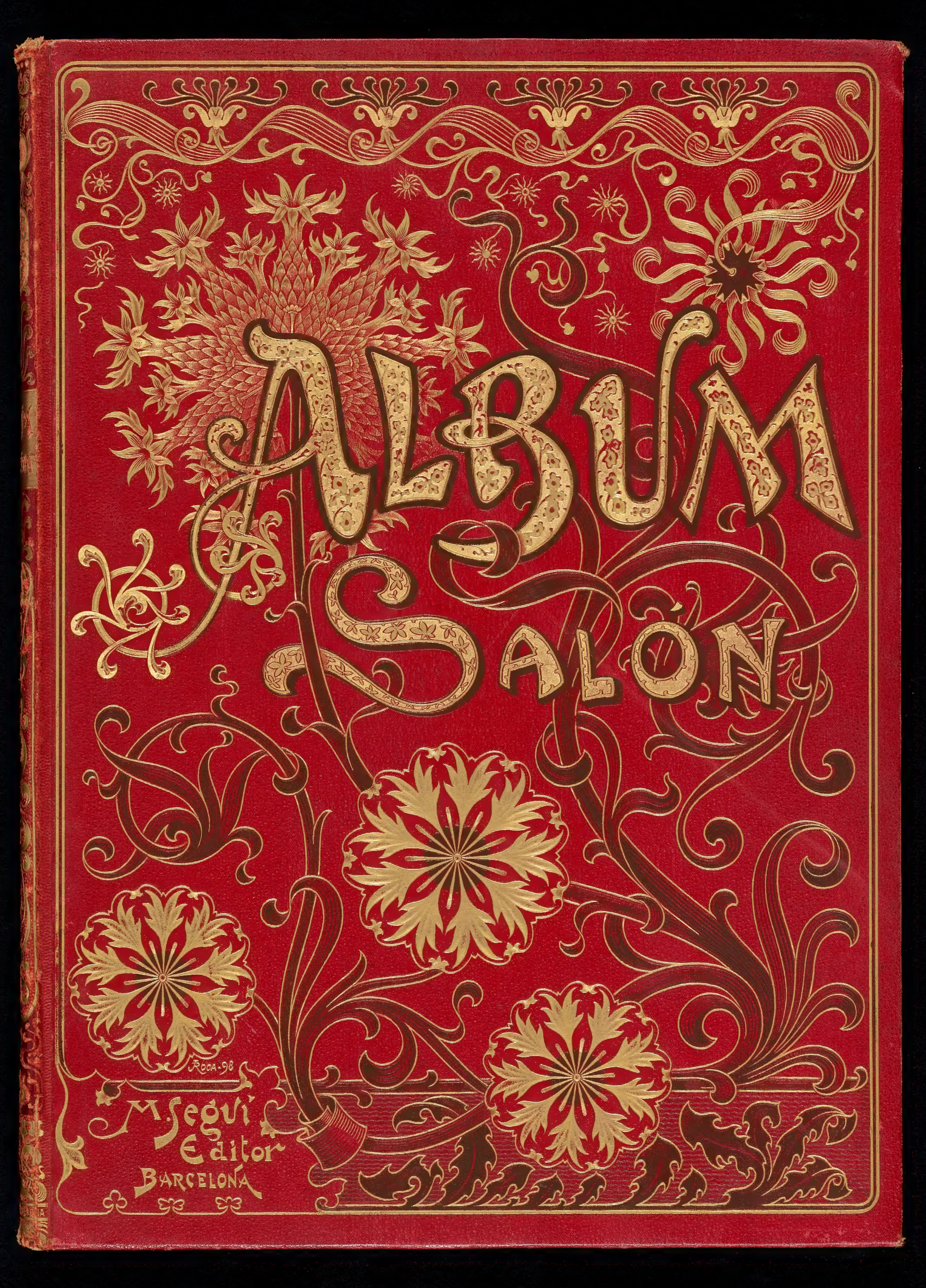

ALBUM
SALÓN
ROCA·98
M. Seguí
Editor
BARCELONA



ALBUM SALON

ALBUM SALON

R. COSTA

PRIMERA.......
ILUSTRACION
ESPAÑOLA....
EN. COLORES.

.AÑO. 1904.

MIGUEL SEGUÍ
RAMBLA·CATALUÑA·125
BARCELONA

THE GETTY CENTER
LIBRARY



Cabeza de estudio, por JULIO BORRELL.

BELLAS ARTES

La trinidad artística Pedro, Ramón y Julio Borrell constituyen tres individualidades distintas y un solo culto verdadero por el arte.

Don Pedro, el padre, puede descansar tranquilamente sobre sus laureles, después de haber educado cuatro generaciones de jóvenes al sentimiento de lo bello, y aunque de vez en cuando se ve alguna obra suya, como el cuadro *¡Buenas perdices!* que publicamos en este número, es más bien obra pretérita, recomendable como suya, pero no producto de la actualidad. Bien merece el descanso ahora, quien ha fatigado toda su vida en la civilizadora labor de la enseñanza.

En cambio, sus hijos Ramón y Julio, baten rudamente el cobre, pues ambos son jóvenes, ambos poseen especiales disposiciones, y ambos, por fin, tienen mucho camino por delante para convertir en hechos las valiosas promesas con que nos brindan.

Este número, consagrado á las obras de los tres artistas, publica en sus páginas en color una buena *Cabeza de estudio*, un cuadro, *Una boda principal*, y *Parada de coches*, apunte del natural, los tres de Julio.

En la primera, échase de ver un prolijo y acabado estudio de una cabeza de viejo, notablemente dibujada y colorida con verdadero *amore*, un poco académica si se quiere, pero resuelta con perfecto conocimiento del tecnicismo pictórico.

Es la segunda una escena señorial, en la que resalta, en primer lugar, la hermosa disposición de la perspectiva, inspirada en la escalera del más grandioso de nuestros edificios públicos. El artista ha sentido bien la época de la arquitectura, y al fondo, bramantino con ribetes de *rococó*, ha aplicado unas figuras del Imperio, ricamente ataviadas, como de boda, formando lucido cortejo que sigue á los novios. La composición es bonita y la entonación es rica sin ser farragosa, envolviendo todo el elegante cuadrito en una tonalidad gris que lo hace sumamente simpático. Creemos que ampliado y resuelto *secundum arte*, sería un excelente tema para un gran cuadro decorativo.

El último es, como hemos dicho, un apunte del natural, sorprendido con mucha soltura y que tiene el agradable *cachet* de las cosas creadas sin esfuerzo.

De Ramón es la *Era* que va en último término, estudio cuidadoso de un detalle que resulta siempre pintoresco.

También de Ramón son los otros cuadros en negro, *Retrato*, *Porté* (Cerdaña), *Estudio de paisaje* y *Cerdaña francesa*, en todos los cuales se observa buen gusto en la elección de los asuntos y un gran fondo de buena fe al transcribirlos con una meticulosidad casi documental.

En cambio el *Sacrificio druídico* de su hermano, es una manifestación más de la cultura del joven pintor, á quien no falta seguramente fantasía para asimilarse los más arduos asuntos.

Ambos artistas están ya preparando la exposición anual de sus obras en su propio taller, y, por algunas que hemos visto, podemos adelantar que merecerán el beneplácito de los inteligentes.

Francisco CASANOVAS

EL LEGADO DEL FRAILE

El Padre Anselmo no hizo testamento. ¿Para qué hacerlo? Cuatro manteos y sotanas, rotos y sucios; un par de sombreros, que, por el color y las peladuras, parecían fabricados con pieles de ratas sexagenarias; algunas prendas de uso interior, convertidas, á fuerza de remiendos y costuras, en muestrario de telas y zurcidos; negro bastón de ébano con puño de plata, trocado por el uso y los golpes en deforme conjunto de abolladuras; y todo ello, con el aditamento de modesta librería de breviarios y autores místicos, no eran bienes dignos de las formalidades de una última voluntad solemnemente manifestada.

Bastó con que el buen Padre, al advertir los primeros síntomas de la dolencia mortal, fuera pegando en cada uno de los objetos susceptibles de legado un papelito con el nombre del favorecido, para que la pobreza del fraile quedase formal y equitativamente distribuída.

Y tuvieron que ver, apenas aquella rugosa piel, rellena de huesos,



SACRIFICIO DRUÍDICO — Cuadro de Julio Borrell.



CERDAÑA FRANCESA — Cuadro de Ramón Borrell.

encontró sepultura en el tranquilo cementerio del pueblo, la impaciencia de los beneficiados en la memoria del difunto por saber tasar y adjudicarse el objeto de la manda; las defecciones de unos, las alegrías de otros y la gratitud de los menos.

Uno tan sólo de los herederos recibió la porción que le correspondía en el reparto con triste y silencioso agradecimiento. Era Juan Manuel, médico, joven y muy reflexivo, que por su mala fortuna hubo de encerrar las ilusiones nacidas al calor de una carrera interminable, en la media docena de lugares enclavados en el partido rural que le tocó en suerte, y que cuando después de exhibir nombramiento y títulos á un alcalde cenil, que recibióle con malos modos, ni más ni menos que si se tratase de un titiritero de feria, miró á su alrededor en busca de una persona, pudo dar sólo con la vieja, triste y desmochada del fraile exclaustrado.

Entre el fraile y el médico establecióse pronto esa mutua corriente de simpatía que nace en la diferencia de años é identidad de juicio. El uno, mirando atrás, siendo historia vivida, índice del pasado; el otro, mirando adelante, siendo libro en prensa, programa del porvenir, completaron una Memoria y fundieron una inteligencia en el crisol del estudio ameno, hecho en el trato íntimo y en la conversación diaria.

Júzguese pues, la pena de Juan Manuel, cuando, enfermo el amigo inseparable, tuvo que confesar la ineficacia de su ciencia para salvar aquella vida; y júzguese también el dolor con que el médico, apenas cumplido el piadoso deber de conducir á la fosa los restos del difunto, concurriría al inventario y distribución de la herencia, hecho por los mismos interesados.

—Esto para usted, don Juan Manuel,—dijo un cazurro entrometido, que abrogóse facultades de presidente en aquel concurso macabro; y entregó al médico un pliego muy cerrado, amarillento y roto por las puntas.

Guardó Juan Manuel el pliego, fué á su casa, encerróse en el despacho, y después de examinar el exterior, detenidamente, rompió el sobre, nó sin cierta emoción, debida al cariño y respetabilidad del donante. El pliego encerraba un escrito dirigido al médico, y otro sobre lacrado de pergamino, que trascendía á viejo, con una inscripción latina, medio borrada por los efectos corrosivos del tiempo.

Depositó el segundo sobre en un lado, cuidadosamente, cual si temiera que se quebrase; y caviloso por saber lo que en el escrito quiso decir el fraile, se dispuso á leerlo.

La lectura dejóle estupefacto. Viniera la cosa de cualquier otro nacido y la tomare con seguridad á broma, ó á burla; pero hartas pruebas tenía de la sensatez y cariño del Padre para dudar un momento de su intención ni de sus facultades mentales.

El asunto no era para menos. Escribíale el Padre Anselmo, que en prueba de afecto sincero y confianza absoluta, legábale una joya, de inestimable valor, llegada á sus manos, junto con el báculo abadial, en el Monasterio donde transcurrieron sus años hasta el día de la exclaustración. Y la joya consistía en la facultad otorgada por el cielo, á un varón seráfico, que murió en aroma de santo, allá por mediados del siglo XIV, y á los poseedores del milagroso secreto, de poder dar nueve vidas á un difunto, mediante la inmediata aplicación del contenido del sobre lacrado. Durante muchos años fué pasando la gracia de abad en abad, sin que nunca el ejerciente creyera á su antecesor, con haber algunos santificados más tarde, ni persona alguna de su tiempo, merecedores, por sus virtudes, de milagrosa resurrección; y de esta manera llegó el sobre á manos del Padre Anselmo, y éste, á falta de abad á quien endosarlo, legábalo á su buen amigo el médico, como la única cosa de valor de cuantas constituían su pobrísima hacienda; y sin otra cortapisa que la de no emplear el remedio en beneficio del donante.

Juan Manuel leyó y releyó veinte veces el extraordinario escrito, y tanta era su admiración por el saber y las virtudes del muerto, tantas enseñanzas hubo escuchado de sus labios y tanto respeto inspiróle en vida, que, desoyendo las voces de la incredulidad, que sonaban con ecos de burla en el interior de su cerebro, llegó á persuadirse de la certeza del milagro, y á convencerse de que, con la posesión del sobre, era dueño absoluto de una fortuna.

Y después de mucho discurrir, decidió, como mejor manera de lucrarse con el secreto, realizar el prodigio en el primer potentado cuya resurrección fuera pagada á buen precio por la familia; y con esta idea, recogió sus pequeñas economías, despidióse del alcalde y de los principales convecinos y clientes, y fuese á Madrid, donde con más facilidad que en parte alguna pudiera topar con el difunto que necesitaba.

Llegado á la Corte, dióse á leer las esquelas funerarias de los periódicos, esperando encontrar la de algún personaje, merecedor de los beneficios del milagro, pero todos, aunque acompañados de profusión de títulos y adjetivos, pareciéronle gente de poco pelo.

—Hay que esperar — se dijo; — estos gordos caen por rachas.

Y esperó mucho tiempo, advirtiendo con recelo que sus ahorros iban más deprisa que su paciencia; hasta que un día, lleno de júbilo, al ver que la primera página de los periódicos de gran circulación ocupábala el anuncio necrológico de un prócer ilustre por sus títulos y riquezas, cuya muerte, á creer á los gacetilleros, era una pérdida irreparable para la familia, la patria y la humanidad, creyó resuelto el problema el heredero del Padre Anselmo.

—Este es mi hombre—pensó Juan Manuel; — y vistiendo su único terno negro, fué á la casa mortuoria, llegóse al deudo más próximo y con el mayor aplomo y seguridad díjole que, contando con la gratitud



UNA BODA

ORRELL



A PRINCIPAL

de la familia, se comprometía á revivir existencia tan preciosa. El deudo, sorprendido por tan extraña pretensión, limitóse, por toda respuesta, á echar al médico con cajas destempladas.

Ya en la calle, dióse Juan Manuel un golpe en la frente, y pensó por vía de consuelo:

—¡Bruto de mí; cómo ha de admitir mis servicios, si es el yerno del difunto!

A los pocos días, supo por el mismo pregón de los periódicos, el fallecimiento de un joven riquísimo, dejando una esposa, bella é inconsolable; y en presencia de la triste vióse sin pérdida de un instante, proponiéndole el milagro en las condiciones sabidas. Vaciló la viuda, y dispuesta se hallaba á volver á su perdido estado, cuando la visita de un amigo íntimo del difunto, que fué á darle el pésame y á decirle de paso lo admirablemente que le sentaban las tocas de la viudez, hizo á la esposa desistir de su piadoso empeño.

—Mujeres, mujeres, — decía nuestro héroe, escaleras abajo. — Fíe usted en sus lloros y en sus lamentaciones.

Y á todo esto, iban tan en baja sus ahorros, que la vida se presentaba á sus ojos con los negros caracteres de un problema insoluble; y obligado por la necesidad multiplicó su ardor y celo; y, en competencia con los agentes de las funerarias, no hubo muerto de algún viso en el que no tratase de verificar la milagrosa resurrección; y vióse con hijos tristes, con hermanos condolidos, con esposas desoladas, con viudos locos de dolor... y todos rechazaron la proposición de Juan Manuel, sin que hubiera uno que, por curiosidad tan sólo, quisiera probar en su deudo los efectos del estupendo legado.

Pasaron los meses, y tantos fueron los desengaños sufridos por el pobre médico, y á tan lastimosa situación condújole la falta absoluta de medios de subsistencia, que seguro de morir de hambre, quiso cuando menos gozar él mismo de los beneficios del milagro, y encerrando el sobre dentro de un pliego, y escritas en éste las instrucciones necesarias para asegurar el éxito, dejóse morir con la tranquilidad que le proporcionaba la certeza de la resurrección.

***

Y, efectivamente, murió. Sobre un banco del paseo de Recoletos, fué descubierto su cadáver; circularon órdenes; presentóse el juzgado, y al registrar el alguacil los bolsillos del muerto, topó con el pliego milagroso; entrególo al juez; enteróse éste del contenido, y dijo al actuario:

—El muerto recomienda que sin perder instante, se le aplique el contenido de este sobre.

Y rompiendo los lacres que guardaban el valioso talismán, cuidadosamente conservado por los abades del Monasterio, extrajo un pequeño y amarillento pergamino, en el que, con menudos caracteres, hallábase escrita la siguiente sentencia:

«Nadie es digno de nueva vida.»

¡Pobre Juan Manuel, víctima inocente de una bromita del seráfico varón muerto en olor de santidad á mediados del siglo XIV!

M. TURMO

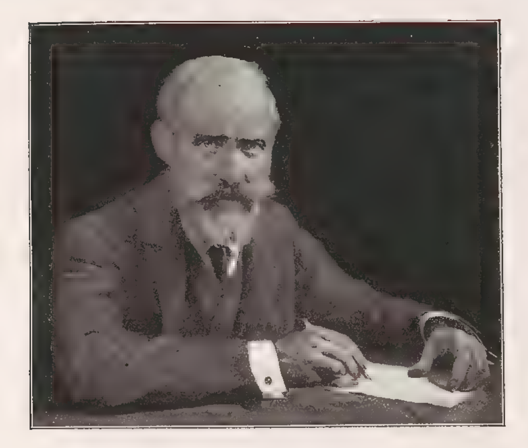


¡BUENAS PERDICES! — Cuadro de PEDRO BORRELL.

LOS PATINADORES

PARA los holgazanes, que en los grandes centros de población abundan que es una bendición de Dios, un día de nevada supone un día de huelga de precepto. Las escuelas quedan punto menos que desiertas, pues la alegre tropa estudiantil sacude aquel día el yugo de la severa disciplina escolar y hace fiesta en honor de uno de los más atractivos y vistosos fenómenos de la Naturaleza. Aquella mañana, desafiando valerosamente los rigores de una temperatura muy propia del polo norte, fué mucha la gente desocupada que acudió al Retiro, tanto por admirar el maravilloso golpe de vista que ofrecía aquel paisaje, totalmente nevado, cuanto por presenciar gratis la grotesca sesión de patines que daban á la intemperie unos cuantos *golfos* desarrapados, pertenecientes á lo más selecto del hampa madrileña y huéspedes nocturnos de los hornillos municipales ó de las bienhechoras garitas del regio alcázar.

Los patinadores habían elegido, como lugar más público y apropiado para su diversión, el estanque grande del Retiro, cuyas aguas hallábanse totalmente heladas; y á allí, á sus anchas, sin comprender el tremendo riesgo que corrían, dedicábanse á tan peligroso *sport*, en el cual hacían verdaderos prodigios de habilidad y destreza. La numerosa concurrencia



RETRATO; por Ramón Borrell.

que presenciaba el *espectáculo*, aplaudió en diversas ocasiones los temerarios ejercicios de aquellos rapazuelos, á quienes el aplauso público estimulaba á entregarse á ellos con entusiasmo cada vez mayor.

El final de la sesión se aproximaba, sin que ningún incidente desagradable hubiese turbado la alegría general; los patinadores continuaban cosechando palmas; el público, del cual formaban parte individuos de todas las clases sociales, seguía con creciente interés las peripecias de la fiesta, celebrando con francas y ruidosas carcajadas las caidas que de vez en cuando daban aquéllos, sin más consecuencias que el natural porrazo y la consiguiente rechifla.

***

Pero, cuando era mayor el entusiasmo de unos y otros, cuando la animación llegaba á su período álgido, la multitud exhaló un grito de horror. Parte del hielo cedió al peso de los patinadores, y tres de éstos desaparecieron en el fondo del estanque.

Tan inmensa fué la estupefacción que el inesperado suceso causó en el público, que por el momento nadie pensó en acudir en socorro de aquellos desventurados, cuya muerte era segura... De pronto, un joven estudiante que, embozado hasta los ojos en su airosa capa, presenciaba el *espectáculo*, destacóse del apiñado grupo de curiosos, de que formaba parte, y despojándose precipitadamente de sus ropas, que dejó allí abandonadas, traspuso la barandilla de hierro que limita el estanque, y sin estímulos de ninguna clase, sin esperanza de ulterior recompensa, y guiado sólo por sus nobilísimos sentimientos, haciendo los más arriesgados y sorprendentes equilibrios para no rodar por aquella resbaladiza capa de hielo, llegó hasta el centro del estanque donde había ocurrido la catástrofe y, sin medir la inmensidad del riesgo á que se lanzaba, arrojóse al agua, desapareciendo de la vista de la atónita multitud que era testigo de aquella escena, por el mismo agujero por donde momentos antes se habían hundido los *golfillos*. La ansiedad del público creció por momentos; las mujeres lloraban, lamentando todos la infausta suerte de aquellos desdichados y la de su generoso salvador. Todos los ojos hallábanse fijos, clavados en el agujero por donde habían desaparecido cuatro seres, tal vez impulsados por los misteriosos arcanos del destino, que acaso estarían luchando con el valor que presta la desesperación, para escapar de una muerte segura, inevitable.



PORTÉ (Cerdaña francesa); por Ramón Borrell.

***

Un momento después la decoración había cambiado por completo, y á la profunda impresión que produjera aquella desgracia, sucedieron las más estruendosas manifestaciones de regocijo. El joven estudiante, tras titánicos esfuerzos, logró salvar á los tres patinadores, los cuales fueron apareciendo sucesivamente sobre la helada superficie del estanque, sin otra consecuencia que el susto y el remojón consiguientes. La multitud aclamó con frenético entusiasmo al valeroso cuanto desinteresado héroe de aquella jornada, que, con una modestia sin precedentes, procuraba substraerse á tales testimonios de admiración, pensando solamente en secarse y vestirse, cosa muy razonable, pues sería inútil decir que el pobre muchacho estaba calado hasta los huesos.

Cuando llegó al sitio donde había dejado su ropa, ¡oh, sorpresa! su ropa ya no estaba allí. ¡Se la habían robado!

Manuel SORIANO



ESTUDIO; por Ramón Borrell.

EL SOL

Ahmed había corrido durante diez horas bajo el sol de Palestina, y no llegaba al término de su viaje, pero sí de sus fuerzas.

Y el sol, el sol despiadado brillaba aún en el horizonte cegando los ojos, abrasando la carne, produciendo una sed y un calor intolerables.

Ahmed cayó del caballo y quedó tendido sobre la candente arena, maldiciendo del sol, que de aquel modo le postraba.

Durmió al cabo y soñó.

Soñó que llegaba á una ciudad, entrada ya la noche, se acostaba, dormía.

Y que al despertar aún era de noche, y que pasaban horas y más horas y no amanecía.

Mugían los bueyes, relinchaban los caballos, aullaban de espanto los perros; rezaban las gentes.

Pero la luz de la aurora no brillaba, y un frío mortal se extendía por la tierra y caía del sudario de tinieblas que la envolvían.

Cesó todo trabajo, el hambre martirizaba á todos los seres vivientes y aumentaba el frío, un frío irresistible.

Y la tristeza y la muerte se enseñorearon de la tierra y Ahmed estaba á punto de morir... cuando despertó.

El sol apuntaba por el horizonte opuesto inundando la tierra de luz y de calor.

Ahmed cayó de rodillas, y como los parias, adoró el sol.

* * *

JULIO BORRELL



Parada de coches.

RAMÓN BORRELL



Una era.



GITANA GRANADINA; por Ricardo Brugada.

RICARDO BRUGADA

Entre los pintores modernos descuella Ricardo Brugada como figura eminente que honra al arte español. Por esto, nuestra publicación, después de haber dado á conocer bastantes trabajos suyos, se complace en dedicarle, hoy, un número especial en que se reproducen interesantes asuntos, debidos á su talento.

Sintió Brugada, desde sus mocedades, inclinación decidida al estudio y cultivo de las bellas artes, por lo cual sus adelantos fueron rápidos, demostrando que andaba por el verdadero camino, donde su temperamento y vocación, debían llevarle á una altura por extremo honrosa. Discípulo de la Academia de esta capital, y de su ilustre Director el maestro Caba, sus estudios superiores fueron un éxito y le señalaron como una esperanza. Pasó luego á Madrid, aprendiendo el clasicismo de los grandes maestros, y después, se dirigió á Italia, permaneciendo bastante tiempo en Roma, de cuyos primeros museos, (Borghese, Corsini y otros), sacó copias notabilísimas, remitiendo, además, algunos trabajos originales que fueron muy elogiados por la crítica. Estuvo finalmente en París, admirando y estudiando el arte moderno, y la gran genialidad de sus principales iniciadores, con lo cual acabó de formar su educación artística.

Como resultado de esa preparación, ha venido formándose una personalidad cuyos sobresalientes rasgos son la solidez del dibujo, la armonía de la composición y la brillantez del colorido. Es un pintor naturalista, poco sumiso á las trabas académicas; pero que jamás cayó en ciertas exageraciones modernistas; siempre atento á la reproducción de la belleza y repugnando, por consiguiente, las fealdades, y aún los simples efectos obscuros, sombríos y violentos, nunca podría ser un Zurbarán ni un Espagnolletto, ni siquiera un Greco en su época última. En cambio, por su color, por su desembarazo y amplitud en la factura, recuerda la manera de Rubens y de Fortuny. Sin amaneramientos ni efectismos cuida de dar interés á lo que representa y, en ocasiones, ostenta mucha sensibilidad, como en el gran cuadro, *Despedida*, que le conquistó honores de segunda medalla en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid.



Fotografía de J. Barrera (Sevilla).

Brugada navega, pues, en la corriente del arte moderno, con la seriedad que lleva consigo el conocimiento y dominio del arte antiguo; sabe dar á sus pinturas el atractivo de la luz, brillantez y lozanía de los grandes coloristas, sosteniéndolo con la perfección del dibujo y muchas veces del argumento de la composición. A pesar de sus méritos, es más conocido y apreciado en el extranjero que en España; ha figurado en exposiciones de Munich, Berlín, Viena y París, obteniendo éxitos envidiables, en especial por sus cuadros *Viam veritatis* y *Fiesta en una venta*, adquirido éste á elevado precio por un norteamericano.

Aunque Brugada se dedica á pintar cuadros de género, tiene predilección por los asuntos andaluces, y por esto es Andalucía su residencia habitual. Hay en aquella tierra un ambiente general artístico, una distinción, que se prestan á lo imaginatorio y á lo bello; no se ve allí naturaleza triste, mujer sin flor, ni ventana sin maceta; mucha exuberancia de luz y color; así la escuela sevillana es la más seductora por sus tonalidades y brillanteces; de allí hubo de salir Murillo; y Brugada que no se precia de Murillo, siente y traduce, en todos sus lienzos, como él, á la mujer andaluza, sea santa, sea gitana, sea obrera, campesina ó dama. Su obra *Despedida*, á que antes aludimos, es una colección de tipos sevillanos que embelesa, y particularmente la protagonista (la despedida), es por sí sola un cuadro que revela á un pintor de primera talla. También este trabajo, que en Barcelona pasó casi desapercibido, lo adquirió un distinguido aficionado norteamericano.

Muy difícil se va haciendo en España que los pintores prosperen según sus méritos; escasos son los Mecenas; reducida la cultura artística; decaída la riqueza pública; pero ¡singular fenómeno! no decae el afán de cultivar la pintura; son, cada día, en mayor número sus adeptos. Deseamos á todos los favores de la fortuna y el soplo de la genialidad, complaciéndonos en señalar y distinguir á los que, como Brugada, dan muestras de poseerla.

* * *

LOS FUSILADOS

(CUENTO ROMÁNTICO)

Una gran pesadumbre llenaba todo el pueblo. La recluta iba á arrebatarle al mozo más garrido, al más prudente, al más jovial.

Andresillo había logrado identificarse con todos sus convecinos. Los hombres buscaban su compañía en las horas de labor penosa, cuando la faena del terruño reclamaba sus esfuerzos. Junto á él conllevaban mejor el cansancio. Andrés tenía siempre en sus labios una frase ocurrente que templara la fatiga; un dicho oportuno para distraerlos; un chiste espontáneo para amenizar la monótona tarea de remover el surco ó guiar el timón del arado.

Las hembras, proclamaban sin ningún rodeo aquella reputación. Para ellas, Andrés era *gracioso*, ó había conseguido caerles en gracia, que, según el refrán, vale más todavía.

A muchas chicas casaderas trajo el morito al retortero, y claro que tratándose de un menestral sin otros bienes que su sangre y sus brazos curtidos por la intemperie, no era ninguna de sus preferidas de entronque blasonado. En una fijó sus ojos Andresillo; en una, sin disputa la más codiciable: en *la rubita*.

Maruja, tal era su nombre, pregonaba uno de esos contrastes singulares que suelen hacer más atractivos á quienes los encarnan.

Nacida en el valle escondido, criada en el pueblo mísero, educada en el ambiente zafio de las gentes de aldea, poseía un alma llena de delicadezas.

Aniñada de cuerpo, suave de líneas, dulzona de palabra, meticulosa de intenciones, no tenía en su persona un solo rasgo de mujer agreste: más bien parecía flor de estufa habilidosamente trasplantada al campo para hacerla cobrar mayor pujanza y lozanía.

Andrés y Maruja se amaban con delirio. En el pleno de sus castos amores les sorprendió la quinta, con la quinta, la mala suerte de un número muy bajo, y, pocos meses después, la orden seca, antipática, despiadada, de la incorporación á filas.

Y aquí de la pesadumbre que extendíase como un velo sombrío, como un nublado de granizo (el nublado que más temían aquellos labradores de abolengo, sobre el pueblecillo acurrucado en la falda de una sierra gris, llena de altozanos blanquecinos, de picos y escarpaduras en donde entre copos de nieve hacía todos los años su nidada el cierzo congelador.

Todo el pueblo acudió á despedir al recluta.

Andrés, huérfano desde niño, tuvo su hogar en el de los extraños.

Su buen carácter abrióle todas las puertas, su hombría de bien, le ganó todas las voluntades. Su familia era la de los demás y, por influjo de la simpatía, sin ser pariente de nadie, emparentó con cuantos le trataban.

No se iba solo el muchacho á servir al rey; se iba con él la alegría del lugar.

***

Mohíno y angustiado caminaba Andresillo, restregándose los ojos con las mangas de su chaquetón, cuando llegó á un recodo del camino, tras del cual perdíase de vista el lugarejo.

El recluta se dejó caer en la hierba mustia de un ribazo y esperó, ocultando la cara entre las manos.

Por los dedos entreabiertos resbalaban gruesos lagrimones.

Así lo encontró *la rubita.*

—¡Andrés!

—¡Maruja!

Los jovenes se estrecharon efusivamente, confundiendo sus miradas, y así permanecieron largo rato. En su mutuo abandono no había nada torpe; aquella caricia no la manchaba nada pecaminoso: lo que se unía eran sus almas.

Los dos quisieron hablar y á los dos les atragantó el pesar. Entonces se estrecharon más, hasta hacerse daño, hasta extrangular el suspiro que fundió en una sola, solemne, intangible, su mutua pena.

—¡Andrés!

—¡Maruja!

Lloraban como niños y un impulso irresistible juntó sus bocas en un beso largo, muy largo.

Andrés se desasió. Maruja quedó rígida, con los brazos caídos, con la vista baja, como una de esas figuras de la leyenda del dolor.

Cuando la joven alzó los ojos, Andrés, á bastante distancia, le daba un adiós postrero y corría á campo traviesa, como alma sin norte, con el morral y el peso de su amargura al hombro.

—¡Espérame! ¡Iré pronto! —gritó Maruja.

Su novio, mientras tanto, corría, corría, hurtando el cuerpo entre los matorrales, escabulliéndose en la alameda, hasta perderse en el fondo del bosque como una leve sombra. Maruja tornó al pueblo con la espina de una angustia muy honda clavada en el corazón.

Ya no tenía suspiros ni lágrimas: ya no tenía sino una fe ciega en huir de allí; del poblado raquítico, herido entonces por la claridad del sol de invierno, de uno de esos soles que alumbran y no calientan, que hace más fulgurantes la crudeza de la atmósfera.

Alejado Andrés, ella, Maruja, era una extraña en la aldehuela.

El corazón la impulsaba hacia él, y á punto estuvo de no hacerle esperar. Un temor instintivo la detuvo y fortalecida en su intención emprendió el camino del pueblo.

***

Andresillo fué de sorpresa en sorpresa. Al principio, la vida de cuartel le aturdía.

Despejado, decidor, nervioso, convirtióse de pronto en un verdadero autómata, enmudeció casi, perdió su natural vehemente.

Hacía las cosas por máquina; tenía siempre puesta la memoria en la



ESTUDIO; por Ricardo Brugada.



FIN DE FIESTA — Cuadro de Ricardo Brugada.

RICARDO



OBRADOR DE PLA

BRUGADA



ANCHA EN SEVILLA

ordenanza y el oído en el toque de corneta; sentía sobre su rostro como un fustazo, los exabruptos del sargento, que sin previa reconvención, con un irrespetuoso olvido de las consideraciones de hombre á hombre, le propinó dos bofetones la primera vez que formó con sus compañeros, por salirse unos centímetros de fila.

Andrés, puntilloso en extremo, sintió todos los arrebatos de su sangre brava.

Por una frase, sólo por un insulto, hubiera trabado reyerta allá en el pueblo, cuchillo en mano.

En el cuartel se medían estos achaques del pundonor con rasero distinto.

Por la mente del recluta cruzó como un relámpago aquella lectura de las «leyes penales» hecha á la nueva promoción de quintos: «El que maltratare de obra á un superior, será pasado por las armas.»

Y por influjo del recuerdo, ese mago prodigioso, vióse febril y abatido, con Maruja al lado, llorosa y febril también; con su boca pegada á la de su novia, y acaricióle el oído aquella última frase de *la rubita*: «¡Espérame! ¡iré pronto!»

Por ella, por ella solo, era preciso resignarse, soportar el castigo brutal, sufrir como un siervo las vejaciones del superior.

Andrés se recobró pronto. A los diez días era otro hombre. Hasta en una cosa tuvo fortuna; no le pegó más el sargento: al contrario; cobróle simpatía al percatarse de que se las daba con un mozo despierto y útil, y le prometió incluirlo en la propuesta de cabos, cuando fuese momento oportuno.

También intimó Andresillo con el *veterano* á quien tocó por turno instruirlo. Era éste un verdadero truhán, uno de esos ejemplares que tanto abundan entre la soldadesca. Despabilado para el vicio, más esmero puso en instruir á su recluta en cierto género de rabotadas, que en los menesteres de la vida cuartelera.

—¡Eres un *chicha y nabo!* ¡No vales un *chavo* moruno! Tan bien plantao como te echó tu madre y aún no has sabido *hacerte* con un *apañito*...

Andrés se enteró de algo muy curioso. Su instructor andaba «de la zapa á la greña» con una sirviente de buena casa que correspondía á las ternuras de su galán partiéndose con él, equitativamente, el producto de la *sisa*.

Y escandalizado, juró no hacer causa jamás con ninguna menegilda, y menos aún entrar con ella en el negocio.

No le cabían en la cabeza al honrado recluta, estos amores socialistas: con el *reparto* como base.

Transcurrieron los primeros meses de cuartel, de fatiga y zozobra constante.

A ningún novato habíansele borrado de la memoria los días de instrucción, el trajín de la maniobra en la explanada árida, polvorienta, el imperativo de las voces de mando, y tras ellas, el monótono *un dos* de la patulea evolucionando asfixiada por el sol, envuelta en el polvo, jadeante y maltrecha entre imprecaciones, culatazos y otros obsequios por el estilo.



ENTRE FLORES — Cuadro de Ricardo Brugada.

Al fin, quedó instruída la recluta y pudo revistársela con todas las formalidades, quedando el coronel «altamente satisfecho».

Con este fasto memorable para el regimiento, á que pertenecía Andresillo, coincidió un hecho memorabilísimo para él. Por sus condiciones físicas y su buena disposición, fué nombrado cabo de la escuadra.

Sin ser presumido ni sentir las comezones del amor propio, aquel inopinado nombramiento le desvaneció al punto de hacerle pensar en... la fotografía.

¡Qué feliz sería Maruja viéndole retratado de «cuerpo entero», con galones en la bocamanga, el ros en la diestra y el *veguero* correspondiente en la otra mano!

Pensando estaba seriamente en reunir fondos con ese objeto, cuando tuvo la mayor, la más inesperada de las sorpresas.

Maruja, en una carta llena de almíbar y de faltas ortográficas, le comunicaba su formal propósito de abandonar su casa y su aldea para ir á buscarle. No podía vivir sin su Andrés: se moría de pena...

El soldado lloró, lloró mucho y besó la carta de Maruja hasta borrar aquellos garabatos con sus lágrimas.

La casualidad le fué feliz. El coronel necesitó un ordenanza y fué reclamado Andrés para este servicio.

Con la entrada de éste en casa de su jefe, coincidió la salida de una de las sirvientes. Tras muchas vacilaciones, Andrés solicitó la vacante para su novia.

Pocos días después no cabía en sí de júbilo. Tres horas se anticipó al tren en que venía Maruja; tres siglos de incertidumbre y de ansiedad.

Al fin, apareció el convoy arrastrándose por los rieles con toda la pereza de un tren de carga.

Allí venía asomada, ella, *la rubita*, con su cara de virgen de fanal, con sus suaves languideces de flor de estufa.

—¡Maruja!

—¡Andrés!

Los novios se abrazaron.

—¡Chica! ¡Cómo hueles á hierba buena!...

—¿Y tú? Dime: ¿también los generales llevan de estos galones colorados?

—Esas son cosas de la ordenanza...

—Pero, ¿me querrás como antes?...

—¿Si te querré como antes? Esas... no son cosas de la ordenanza...

Angel ALCALDE

(Concluirá).

DEBERES DE LA MUJER

La gracia y la belleza son patrimonio de la mujer. En esta vida tan pródiga de amarguras ella tiene un sagrado deber que cumplir. Nada menos que llenarla de canciones y amores.

¡Cuántas cosas austeras se han escrito sobre el fin de la mujer, sobre su destino, sobre el papel que está llamada á desempeñar en la sociedad!

Ella no sería más que hija, esposa y madre para los severos moralistas que se apoderan de estas arduas cuestiones y tratan de resolver tan difíciles problemas. Pues bien, nosotros le asignamos otra obligación igualmente digna de respeto: la constituímos depositaria de la felicidad ruidosa, de las locas carcajadas, de todos los goces de la vida. La mujer recatada, modesta y virtuosa en la obscuridad sólo cumple á medias su tarea. Es necesario que interrumpa la existencia gris monótona en que muchos pretenden confinarla, para lanzar al aire la nota alegre de su coquetería, el triunfo de sus exclamaciones y de sus risas.

Esto no significa que haya de ser superficial é ignorante. Por el contrario, la instrucción y una cierta profundidad en el estudio le enseñarán, mejor que los más hábiles consejos, las leyes que rigen la emoción, el camino que conduce á todas las virtudes y el que aleja de las asperezas y dificultades de la existencia.

No es cierto que la mujer sea hija predilecta del dolor. Si ella sintiera la poesía como el hombre y supiera interpretarla en el más amplio sentido de la palabra, allí donde se encontrara reinaría la paz y la felicidad. La naturaleza misma le ha señalado este alto sacerdocio al dotarla de la hermosura física y moral. Ella no puede desentenderse ni huir de tan encantadora obligación sin traicionar sus más elevadas cualidades, sin perder su exquisita gracia, sin abandonar el secreto de su fuerza que reside toda entera en su poder de iluminar la vida.

Nada más espantoso que el egoísmo y el positivismo en el sér femenino, que ya comienza á ser sospechoso de insensibilidad por algunos hombres de ciencia que así explican la verdadera y profunda causa de su reserva. Nunca debiera dar ella motivo á interpretaciones extrañas de esta índole, reñidas con las leyes más delicadas y complejas de la emoción. Tal decadencia sería imperdonable y le haría perder el valor de su belleza y el resto de sus cualidades elevadas, pues no concuerda con el carácter que en todo tiempo se le ha atribuído y que no habría cómo reemplazar.

No olvide pues, la mujer, que está obligada á desmentir las teorías negativas que ya asoman sobre su capacidad de emoción. Crea que ha de conservar el prestigio con que la enaltecieran artistas y poetas, mientras haga reir la música alegre de sus campanillas, de sus risas, de sus canciones, de sus amores.

Carlos BAIRES



EL MONAGUILLO; por Ricardo Brugada.



APUNTE; por Ricardo Brugada.

SABIDURÍA ÁRABE

He aquí cómo cuentan en la región abrasada que se extiende de Fehgas á Narodma, la leyenda de Abdallah-el-Mansur:

« Mucho más antiguo que el santo Korán, el libro de los libros, mucho más antiguo que todos los códigos humanos es el antiquísimo código de *Alharuddi*, el gran predecesor de Mahomed. En la tribu de los Roreischi, la más noble de Arabia entera, se veneran aún las máximas y los preceptos del viejo código.

» Abdallah nació en la tienda del jefe de los Koreischitas y fué hijo único. Pero como muriera su madre, la bella Miriam, su padre llamó á su tienda para criar al niño á Zora, que tenía un hijo de dos años, Mahomed-ben-Hikem. Criáronse juntos los dos niños. A los quince años Abdallah era el mozo más apuesto y valeroso de Arabia. No había quien le aventajara en guiar un caballo con la voz y las rodillas, quien le venciera en manejar la cimitarra y la lanza. Descollaba entre sus compañeros como descuella el sol entre todos los astros. Mahomed era entero de cuerpo, de color cetrino, callado, rencoroso y avariento.

» Supo un día Abdallah que en el *Alharuddi* se dice, que el hombre que hallare el trébol de cuatro hojas sobre la tierra, se sentaría á la diestra de Allah. Y desde entonces, cada vez que en sus viajes por el desierto llegaba á un oasis desconocido, examinaba con cuidado todas las plantas.

» Antes de llegar al grande oasis donde acampaban habitualmente los Koreischistas, era forzoso, viniendo de la Meca, atravesar un amplio desierto. ¡Guay de aquéllos que no se aprovisionaban de agua! Sus esqueletos y los de sus camellos blanqueaban las arenas.

» Abdallah, compadecido de tantas muertes y lleno de fe en la misericordia divina, gastó sus riquezas todas en abrir un pozo, un pozo profundísimo en mitad del desierto. Se agotó su dinero antes de agotar las capas superpuestas de candente arena. Empeñó entonces sus joyas, sus tapices, sus ganados, y el pozo se ahondó. Una noche, estaba tendido junto á su borde. Triste y melancólico dejaba pasar las horas. Al día siguiente no había quien ahondara el pozo. Había acabado el dinero y los trabajadores les dejaron á él y á su yegua, diciendo que no podían más, que no conseguirían que brotara el agua. El fresco de la noche les reavivaba; pero aún jadeaba la yegua y Abdallah se abrasaba de sed.

» De pronto sintió, en el silencio absoluto, débil rumor en el fondo del pozo; luego le pareció que cedía la arena de las paredes; después se acentuó el ruido y de súbito una columna de agua brotó potente del suelo, se elevó por los aires, cayó en espumosa cascada.

» Galopó Abdallah sin descanso hasta su tienda y, al otro día, seguido de toda la tribu, llegó á la Fuente Milagrosa, que así se llamó. Cayeron de rodillas todos los hombres antes de beber el agua cristalina. El primero que se adelantó hacia el puro arroyo y mojó en él sus labios fué Abdallah. Cuando hubo calmado su sed, advirtió una planta en un hoyito. La cogió tembloroso y ¡oh, milagro! la planta era el trébol de cuatro hojas, que desde las entrañas de la tierra subía para que le recogieran las manos de Abdalla-el-Mansur.

* * *

RICARDO BRUGADA



UNA CALLE DE GRANADA



Cuadro de Félix Mestres.

Propiedad de don Antonio Rosich.



LA SENTENCIA DE APOLO

CUENTO GRIEGO ANTIGUO

En la ciudad de Tebas, en la antigua Grecia, quinientos años antes de la Era Cristiana, vivía una vieja tan rica como avara y egoísta, llamada Eucaria.

Sus contemporáneos referían que, cuando joven, había sido muy hermosa, pero muy interesada. Fué una de las *hetairas* más preciadas de su tiempo, y había vendido sus favores tan sólo á los más ricos.

Entre las demás cortesanas griegas era poco apreciada, por lo muy interesada que era. Nunca socorrió á una amiga. Dejó morir de amor á varios que se enamoraron de ella, porque no tenían bastante con qué pagarlo. Y, en cambio, se entregaba á sátrapas asiáticos, y á etíopes ricos. El oro era el único ideal que la dominaba.

Sus amigas le echaban en cara el que no frecuentara los filósofos jonios ni los de Elea; el que no hubiera tenido por amante ni un poeta coronado en los Juegos olímpicos, ni un escultor de talento. Ella se reía de ellas, diciendo que lo que le importaba era tener *talentos*, y que, en cuanto al talento, le era indiferente por completo.

Ni siquiera había soñado en hacerse reproducir en mármol.

Una vez, un escultor se lo ofreció, á cambio de una noche de amor, y ella rehusó el ofrecimiento. «Con menos de la mitad que otro me daría, podré hacérmela hacer cuando me convenga», respondióle Eucaria.

Pero los buenos tiempos de su juventud pasaron, y con ellos la belleza. Languidecieron sus formas, bajaron sus senos, arrugóse su piel, en una palabra, volvióse vieja. Y con la vejez, aumentó su ambición y su codicia.

Primero, compró una gran finca que hizo cultivar por sus esclavos, y luego, hallando que los productos de ésta eran poco para su ambición de riquezas, dedicóse á la usura. Prestaba á los comerciantes ó á los propietarios apurados, haciéndoles firmar el doble ó el triple de lo que recibían. Después, prestó sobre alhajas á un interés exhorbitante. Luego, acaparaba las cosechas, el aceite, el vino, los trigos, haciendo subir su precio. En fin, que en poco tiempo llegó á tener una fortuna inmensa.

Su placer era bajar á una poterna que había en su casa, en la cual tenía guardados sus tesoros, y encerrarse allí sola, con una lámpara, para pasar revista á los montones de joyas y de monedas de oro que allí tenía guardados. Y en dicha estancia se pasaba horas y más horas, extasiada, viendo lucir aquellas monedas y toda aquella pedrería.

Para disimular su riqueza, vestía pobremente, y casi nunca salía de día de su propiedad amurallada.

Pero fué pasando el tiempo y avanzando en años. Su piel se volvió apergaminada, y los principios de la decadencia senil se anunciaron. Entonces, empezó á reflexionar y casi se arrepintió de no haber llevado una vida más espléndida. Todo aquel oro acumulado no podía acompañarla, después de muerta, en el país de las sombras. De nada le serviría aquel metal ante el tribunal de Minos, y en el reino de Persephona. Y oyó decir que sólo los héroes, los genios, los escogidos del saber y de la belleza podrían escalar el Olimpo, y convertirse en semidioses; ser inmortales. Y entonces, tuvo ambición de inmortalidad. Entonces, sintió el no haber aceptado la oferta del escultor Alcides. Habría sido inmortalizada en el mármol en toda su juvenil belleza. Pero se consoló, pensando que á los dioses les placen las ofrendas, y en cuanto á ofrendas, nadie podía hacerlas de más valor que ella. Y se dijo: «Yo seduciré á los dioses para que me inmortalicen», decidida á sacrificarles una parte de su tesoro.

Había, por aquel entonces, en los alrededores de Tebas, una pitonisa muy célebre por sus oráculos. Eucaria se dirigió á ella, haciéndola un rico presente.

«Vengo — le dijo, — para que me digas si puedo alcanzar la inmortalidad y por qué medio.»

La pitonisa aceptó el regalo, encendió su pira, montó su trípode y comunicándose con el dios, que invocó tres veces, respondióle: «Pasarás sin dejar rastro, como el caminante, por una vía en que el viento ó la lluvia borrase sus pisadas en el polvo. Tu recuerdo no durará más allá de la generación que te ha conocido.»

Eucaria se puso furiosa é insultó á la pitonisa, marchándose con la convicción de que el oráculo era falso.

En una altura y á alguna distancia de Tebas, estaba el templo de Apolo-Spodios. Apolo era el dios de la vida, el dios de la inmortalidad. Su estatua era de oro, de oro eran los adornos de su templo, de oro sus flechas. él, pues, podría concederle la inmortalidad, con el espléndido presente de oro que ella le haría. Él la igualaría á los semidioses y los genios, la llevaría al Olimpo entre las musas, restituyéndole su juventud y su belleza; tal fué el raciocinio de la antigua cortesana.

El templo de Apolo-Spodios, salvo los días de grandes solemnidades, era poco frecuentado; las buenas gentes del campo no se atrevían á acercarse á él, pues se decía que allí se reunían genios y musas bajo la presidencia del dios Solar, el cual hería con sus flechas á los que profanaban su santuario.

Pero Eucaria pensó que esto sería porque no iban á ofrecerle presentes dignos de su divinidad esplendente, y, llenando un saco de monedas de oro y de ricas joyas, se dirigió á la montaña sagrada. Al salir de su casa, el sol brillaba en el cenit espléndido, en un magnífico día de primavera. Al acercarse á la montaña sagrada, cubrióse el cielo de nubes, que fueron obscureciendo el espacio á medida que ella iba ganando la altura con el saco á cuestas. Al divisar el templo, rugió el trueno, brilló el relámpago y cayó tan fuerte aguacero, que no parecía sino que el dios protestara de que un profano se acercase á su morada.

No obstante, la vieja Eucaria no se arredró y aproximóse al atrio. Entonces, los relámpagos iluminaron, casi sin cesar, el espacio y la tempestad se desencadenó de una manera horrible. Mas ella, decidida á implorar al dios en su propio templo, siguió adelante.

Apenas hubo pasado la columnata, aparecióseie un genio, que le preguntó: «¿Dónde váis tan cargada y á qué venís á este templo?»

«Vengo á ver á Apolo y ofrecerle un tesoro» contestó la vieja.

«Dejad el tesoro á la puerta ó marcháos con él al templo de Plutus. Aquí los tesoros nada significan; á Apolo no se le corrompe con oro ni pedrería. Sólo el genio puede hallar cerca de él gracia.»

Eucaria descargó su saco y, mal de su grado, dejólo tras de una columna del atrio y, franqueando una colosal puerta de bronce que se abría sola, entró en el interior del templo.

El espectáculo que se le presentó á su vista le pareció un sueño. Varios genios y musas estaban allí sentados, coronados de flores y de hojas, presididos por el dios que, desde su pedestal, los dominaba.

«¿A qué venís, buena mujer?» le preguntó uno de ellos. «¿Por qué turbáis nuestras sublimes tareas?»

«Venía,—balbuceó Eucaria,—á hacer un rico presente de oro y de pedrería al divino Apolo; más de mil talentos, sin contar las joyas, para que me conceda la inmortalidad, ahora que mi vida toca á su término; para que me lleve al Olimpo con vosotros y pueda ser eternamente joven y bella como fuí en mis buenos tiempos.»

«¿Cómo empleásteis la belleza?—le preguntó uno de aquellos genios.—¿Alentásteis á algún héroe? ¿Adorásteis y servísteis de modelo á algún gran artista? ¿Inspirásteis á algún poeta? ¿Fuísteis la compañera fiel de algún gran filósofo? O sino, ¿dísteis á vuestra belleza el supremo dón de la Palas Atenea, el intelecto sereno y soberano?» Eucaria palideció.

No obstante, se atrevió á dirigirse á la estatua áurea del dios, que parecía animarle encima de su pedestal cubierto de flores.

Reinó un momento de silencio. La tempestad parecía haber suspendido sus rumores. La estatua osciló, se animó y habló, por fin, de esta manera:

«La inmortalidad sólo se adquiere por las grandes obras y los grandes actos. Una existencia que se ha deslizado egoísta sobre la tierra; no merece subir á las alturas del Olimpo. La inmortalidad no se alcanza con el oro. Yo no me dejo corromper por los presentes, pues la divinidad es impagable.»

Y acabado de hablar el divino Apolo, cayó un rayo que alumbró el espacio, sonó un trueno horrible que conmovió la columnata del templo y el cuerpo de la infeliz Eucaria quedó tendido en el suelo, pagando así su sacrilegio.

Pompeyo GENER



Ilustraciones de Pablo Béjar.

LOS FUSILADOS

(Conclusión).

Andrés quedó «petrificado» con la noticia: por orden superior se le dió de baja en su cargo de ordenanza.

¡Qué gran contrariedad para él, separarse de Maruja, con la que compartió hasta entonces los quehaceres domésticos en casa de su coronel!

Taciturno anduvo el pobre muchacho, y lo que fué al principio leve preocupación, acabó por aguijonearle el ánimo con angustia.

Andrés llegó á perder el sueño: las noches eran para él horribles: tenía presentimientos, alucinaciones, veía en torno sombras de mal presagio, nubarrones tristes como esos que se agarran á los cerros altos con los tentáculos de la humedad.

Quería conciliar el sueño, cerraba los párpados y se los apretaba con los dedos hasta irritar sus ojos secos por la fiebre. El sueño le huía sin compadecerse de su cansancio ni del trajinar de sus pensamientos.

Así pasaba las horas revolviéndose en su petate, olvidado en la fila de los otros petates como el suyo, de donde escapaba un prolongado resuello de humanidad: sus compañeros de armas y fatigas roncaban á pierna suelta.

Así esperaba el alborear del día, y cuando teñíase la claraboya con los primeros resplandores del sol, Andrés sentíase conmovido por un efluvio consolador. El sol traía en pos la diana, luego la faena, luego un cansancio más grande y con él la esperanza de un sueño tranquilo.

Aquella noche, el soldado acudió á la cita de su novia con la puntualidad de siempre.

—¿Qué te pasa?

Andrés notó en los ojos de Maruja la huella de recientes lágrimas.

Maruja le cogió las manos y se echó á llorar.

—¿Qué te pasa? ¡Dímelo por Dios, no me atormentes así!

—¡Me voy, me quiero ir contigo!

—¡Conmigo! Yo no tengo más casa que el cuartel, y allí no puedes venir tú.

—¡Pues tengo que salir de aquí!

—¿Por qué, Maruja?

—Porque te quiero mucho. En esta casa peligra mi honra...

El soldado se irguió:

—¿Quién la amenaza? ¡Lo mataré!...

—¡Por Dios, Andrés, ten calma!

—¡Quién, responde!

—¿Quién? ¡el coronel!...

—¡Vámonos, Maruja, vámonos!

—¡No, Andrés! ¡podrían fusilarte!... ¡Espera!

—¡Esperar! ¡á qué!

A poca distancia sonó una corneta.

—Ves, ya te llaman.

—¡Huyamos, Maruja!

Los novios confundieron sus palabras en un largo sollozo.

—Ve tranquilo. No pisaré más esta casa.

—Tranquilo de tí me voy; pero te juro que ese hombre me las ha de pagar; ¡como me llamo Andrés, que me las ha de pagar!

***

El sol asomaba su cara bermeja por las cumbres, bañando la vega con rayos oblicuos de un rojo de incendio.

La atmósfera iba entibiándose y olía á tierra húmeda: aquella luz ardiente tenía algo de beso hombruno; aquel olor acre, algo de voluptuosidad de hembra en celo.

Carretera adelante, entre piafido de trotones, rodar de carromatos y chasquido de fustas, iba la tropa en larga hilera.

El amanecer fué bullicioso y pintoresco en la ciudad.

Las cornetas no se dieron punto de reposo. En el parque quedaron en pocos minutos en orden de marcha, piezas, armones y bestias de tiro.

La caballería se preparó con admirable ligereza, esperando la orden de *botasillas*.

Los regimientos de infantes aguardaban en *su lugar descanso*, frente

BALDOMERO



UNA FERIA DE GAN

D GALOFRE



ADO EN ANDALUCIA

Exposición de don Pío Clos, en la Rambla de los Estudios, núm. 6.

á los cuarteles, la voz de partida. A la puerta de Capitanía, formaba el Estado Mayor, tieso, solemne, con mezcla de rigor de ordenanza y de etiqueta cortesana.

Sonó un cornetín. Apareció el capitán general llevando á su derecha á un hombrecillo, de vistoso uniforme, con el pecho cuajado de insignias relucientes.

Era el príncipe extranjero en cuyo honor iba á celebrarse aquel festejo militar.

Ordenóse la comitiva. A una voz, repetida automáticamente, la tropa emprendió la marcha dejando tras sí gran polvareda.

Al llegar al campo de maniobras, el sol de Junio caía de plano envolviéndolo todo en su orgía de luz, arrancando brillos incesantes á las armas, á los cascos, á las máquinas de guerra.

Las fuerzas se desplegaron entre voces imperativas, gritos y confusión.

Emplazaron los artilleros sus baterías en punto estratégico; corrió la caballería á su puesto; avanzaron los infantes hasta lugar conveniente.

La fusilería rompió el fuego y á sus descargas contestó el estampido de los cañones. El valle y las gargantas de la sierra centuplicaban el estruendo.

¡Hermoso cuadro! Miles de infantes, tomando la ofensiva, aproximábanse á un enemigo imaginario, protegido por brillantes cargas. Aturdía el humo, se mascaba el polvo, y cada soldado parecía buscar en las balas contrarias un glorioso bautismo de sangre...

A la cabeza de su regimiento iba Andresillo, febril, convulso. Percibió clara, distinta, en medio de aquella balumba, la orden de cargar y seguir avanzando.

—¡Fuego!—oyóse por fin.

Al grito siguió el zumbido de mil disparos.

—¡Atrás! ¡Alto, alto!

Estas frases escaparon de muchos labios á la vez.

¡Un coronel muerto!

La soldadesca retrocedió espantada.

Sobre el polvo, enrojecido, veíase el cuerpo de un hombre.

Era, en efecto, un coronel; el del regimiento de Andresillo.

La confusión fué indescriptible.

¡Cómo averiguar el misterioso crimen!

Andrés adelantóse y después de cuadrarse ante los otros jefes, dijo en tono tranquilo:

—¡Yo lo he matado!

Un gran silencio siguió á esta declaración del soldado.

Atardecido ya, marchaba camino de la ciudad un carromato con numerosa escolta. Dentro iba Andrés, aherrojado fuertemente.

Aquella patrulla, silenciosa, sin marcialidad, sin acordes de música, sin fisonomía guerrera, era la nota del eterno contraste, y parecía una lamentación del día espléndido que expiraba entre reflejos opalinos y nubarrones de color sanguinolento...

* * *

El procedimiento fué sumarísimo.

Andrés compareció ante el juez militar y su indagatoria se redujo á una afirmación.

—Yo he matado al coronel. No me pregunten más. Moriré sin decir más.

El consejo de guerra condenó al reo á ser pasado por las armas, debiendo ejecutarse el fallo dentro las veinticuatro horas siguientes, en la explanada de los matorrales, próxima al cuartel.

Se leyó á Andrés la sentencia y poco después entró en el calabozo el capellán del regimiento.

Andrés palideció.

—¿Tienes algún secreto de conciencia?...

—¡Padre! Quiero mucho á una mujer.

El mosen contrajo la comisura de los labios socarronamente. *¿Quién es ella?* pareció decir con aquel gesto, mezcla de ironía y de curiosidad.

Andrés enmudeció, cubriéndose la cara con las manos y así pasó la noche, en un largo sollozo, en un amargo y lento agonizar del corazón...

La primera caricia de la mañana le trajo la visión de sus amores.

Andrés alzó la vista, encontró enfrente el crucifijo, y volvió á ocultar la cara y á llorar amargamente.

Varios pelotones de tropa salieron silenciosos del cuartel, formando el cuadro en la explanada. El sol brillaba con descoco. En los alrededores apiñábanse los curiosos, olfateando con fruición los pormenores del cercano desenlace.

* * *

Por fin, vióse adelantar al reo seguido de una escolta: marchaba sereno, pálido, con esa peculiar altanería de los fuertes de espíritu.

Se le arrodilló ante una tapia medio oculta por espeso ramaje. Desfiló el piquete de ordenanza; brilló en alto una espada.

Algo como una aparición, un fantasma de cabellos rubios, deslizóse rápidamente desde el matorral espeso y se asió con arrojo suicida al cuerpo de la víctima.

Fué el segundo preciso, en que cae el gatillo del fusil y el terror paraliza los sentidos y oprime todos los pechos...

Sonó la descarga, estridente, funeral, y Andrés y Maruja rodaron por el suelo confundidos en un abrazo de muerte...

Angel ALCALDE



Cuadro de Ramón Tusquets.



Cuadro de RAMÓN TUSQUETS.

DR. COMABELLA Y MALUQUER

POR fin, se nos ha presentado la gratísima ocasión de colocarle en nuestra galería de personalidades distinguidas, donde, por derecho propio, ha debido ya figurar hace tiempo. Es doctor en farmacia y licenciado en ciencias físico-químicas. Tiene 27 años, y si por su aspecto no los representa, parece ya un hombre curtido en la experiencia, distinguiéndose por su modestia, doblemente meritoria en quien, como él, reune las condiciones de talento, posición financiera y dón de gentes. Hijo del malogrado doctor don Felipe Comabella y de doña Concepción Maluquer, sus dos apellidos le han dado feliz entrada en la sociedad, á la que no rinde el tiempo que otros jóvenes consagrarían, por hallarse completamente dedicado á sus estudios predilectos: la Química y la Historia Natural.

Los análisis químicos le absorben un tiempo precioso, reservándose una parte del verano para viajar instruyéndose.

Hombre de laboratorio, está reñido con los centros en que nada práctico se aprende, siendo la observación y la experimentación los únicos cargos en que él se deleita elaborando con fruto. De ello es prueba inequívoca la variedad de productos que la ciencia médica proclama de gran valor. De actividad incansable, dedica parte de su atención á las cuestiones, hoy sobre el tapete, de las grandes poblaciones del mundo; nos referimos á los sanatorios. Del que se proyecta en la montaña del Tibidabo, y del que es accionista, hace un estudio particular, como uno de sus administradores delegados. Nada escapa á su ojo previsor y científico. Jalones y cimientos; es decir, terreno en qué operar y base sobre qué edificar con seguridad. Pero donde se demuestra la profundidad de nuestro Comabella Maluquer, séanos permitido este modo cariñoso de señalar á nuestro distinguido amigo, es en su discurso ó Memoria para aspirar al grado de doctor en farmacia, que obtuvo por unanimidad con la nota de «sobresaliente».

La manera cómo en dicha Memoria trata de la «Investigación del flúor en las aguas minerales y en algunas substancias orgánicas» es verdaderamente magistral, tanto que, para no empequeñecerla con nuestro criterio poco competente, nos limitamos á hacerlo constar así, remitiéndonos al juicio que emitió el tribunal examinador en Madrid el año 1897; y á los dictámenes de los conocidos y reputados doctores señores Garagarza, Carracido, Gómez Pamo, Lázaro, Fages, Puerta, etcétera, etc.

Es un excelente hijo y buen hermano.

¡Qué modestia la de nuestro biografiado! Qué lástima no poder disponer de más tiempo y espacio, aun á trueque de caer en su desagrado, para escribir un libro sobre el joven doctor, estudiándole como hombre privado y como hombre científico; pero, en fin, todo se andará, pues ni nosotros renunciamos á seguir estimulándole en su brillantísima carrera, ni él necesita, para elevarse al alto sitio que en justicia le corresponde, otras recomendaciones que las de sus propios méritos.

***



Fot. de Napoleón.

RICARDO BRUGADA

LA LECHERA



NOTA DE CARNAVAL; por Manuel Cusí.

BELLAS ARTES

Estamos en pleno Carnaval. La alegría *obligatoria* retoza en todos los semblantes, invade todos los espíritus y se impone el disfraz para seguir la corriente general y dar un bromazo á los amigos. El periódico no puede substraerse á la locura imperante y refleja en sus páginas el culto que universalmente se presta á Momo y demás divinidades del paganismo que le sirven de risueña escolta.

Por esto el Album Salón adorna su portada con una elegante mascarita, emblema de este bullicioso período, y confía esta misión al especialista pincel de Manuel Cusí, á quien no hemos de presentar, por sobrado conocido de nuestros lectores.

Es siempre el distinguido pintor de los *boudoirs* y los antepalcos, de las bellezas femeninas y los rasos de seda, de las medias luces que juegan discretamente posando sus dorados reflejos en todos los objetos.

La cabecita es linda y el antifaz que cubre el rostro deja adivinar codiciadas perfecciones. Y en medio de sus cualidades pictóricas, que la recomiendan, tiene un mérito principalísimo: la oportunidad.

Con gusto tenemos que ocuparnos hoy en dos obras de nuestro particular amigo y compañero de juventud Leopoldo Roca, hoy consagrado casi exclusivamente á la pintura de retratos, en cuyo género goza merecido renombre.

Leopoldo Roca, que en su edad juvenil cursó en nuestra Escuela de Bellas Artes, conquistando rápidamente los primeros premios, distinguióse siempre por su dibujo correcto y por una fidelidad de colorido que daba á sus cuadros aspecto de realidad.

En París y Roma completó sus estudios (para usar un tópico tan falso como vulgar) y desde la segunda de dichas capitales, especialmente, envió á nuestra ciudad algunos cuadros y acuarelas que le valieron lisonjeras críticas y merecido aplauso.

Establecídose después en Barcelona, ha cultivado con éxito varios géneros; pero las condiciones del mercado y los muchos pedidos le han relegado, puede decirse, del todo al retrato, en el que sobresale, y sólo durante los veraneos, en plena naturaleza, entrégase con fervor á la pintura de paisaje.

Hace algunos años pintó el único cuadro histórico-religioso que le conocemos, una *Llegada al Calvario,* vasta composición que la oleografía ha popularizado.

Cuantos hayan permanecido en Barcelona durante las ferias de Santo Tomás, habrán podido contemplar *de visu* la escena que reproducimos, y que el autor ha tomado precisamente en la Rambla de los Estudios. Es un episodio popular, sorprendido en toda su ingenuidad; y esta carencia de doble intención, esta misma sencillez, propia de las cosas vistas, le da un carácter de documento vivo que es su mayor encanto.

El otro cuadro, *El secuestro*, es una enorme acuarela de más de un metro de altura, lo cual exige desde luego un gran dominio del mecanismo. Es, más que todo, un estudio de expresión que abarca por completo la figura. En tal concepto, es admirable la cabeza, construída, además, con toda la solidez y corrección apetecibles, que es por sí sola un trozo magistral; el resto de la figura corresponde por su actitud á la expresión del semblante, y el fondo está tratado con idéntica importancia.

Leopoldo Roca es, al propio tiempo, un hombre íntegro y sociable, y reconociéndolo así, el Círculo Artístico de Barcelona lo eligió su presidente, cargo de honor que supo mantener con dignidad y abnegación.

¿Qué hemos de decir del *Baile charro* de Enrique Estevan? Que es una hoja de color arrancada del album de los recuerdos, sin más objeto que el de fijar de un modo permanente una impresión recibida. Y nada más.

Francisco CASANOVAS



Colocación de la primera piedra en el monumento que se erige al doctor Robert. — (31 de Enero de 1904).

Fot. de Adolfo Mas.

EL RETRATO

(Historia en tres cartas).

Madrid, 10 de Mayo de 190...

Mi querido amigo: Sinceramente creía que eras un chico listo y un buen amigo para tus amigos, pero la lectura de tu última carta me ha convencido plenamente de lo contrario. ¡Qué le he de hacer! Estaba persuadido de que tú eras el único, entre mis amigos, que se salía de lo corriente, que tenía talento, que era hombre de mundo; pero eres tan vulgar en tus pensamientos como el primero.

Te decía en mi carta anterior que estaba aburrido de llevar la vida que llevo, que no sabía en qué gastar mis rentas, como sabes, cuantiosas, para hallar algo que me sacase de este *spleen* aborrecible que se ha apoderado de mi espíritu y que me tiene perezoso y desalentado. En mi carta citada te exponía, punto por punto, el dinero que poseo, la vida que hago actualmente, expresándote detalladamente que me levanto á las cuatro de la tarde, voy á pasear á la Castellana á las cinco, á las siete como, á las nueve voy al café, á las diez á algún teatro, luego al Casino y, por último, me meto en Fornos hasta las seis de la mañana, hora en que me retiro á mi casita donde me espera mi criada con un buen vaso de leche, y por último me acuesto.

Esta vida igual desde hace cinco años, me cansa y aburre como te digo. Cuando voy al Casino juego por distraerme y quisiera perder, perder mucho dinero para ver si de ese modo mis nervios se excitaban, mi imaginación se preocupaba y mi corazón latía con violencia, para sentir, en fin, alguna emoción, pero ni esto me concede Dios; cuanto más quiero perder más gano; anoche mismo gané cinco mil pesetas. Esto no me causa impresión alguna, porque ¿qué significan para mí mil duros más? ¡Nada! y acaso al que los perdió le hicieran mucha falta. Soy un jugador desgraciado, aunque parezca lo contrario...



Bendición de la primera piedra por el Cardenal Casañas.

La Plaza de la Universidad, vista desde un ángulo de la tribuna oficial.

Te escribí haciéndote presentes todas estas cosas, para que tú, á fuer de hombre experto en las luchas de la vida, me dieras alguna idea, pero una idea nueva y original, nó una vulgaridad tan grande como la que me dices. ¡Que me case! ¡Vaya una solución! ¡Eso me lo dicen otras muchas personas á quienes considero incomparablemente mucho menos avisadas que tú. Mentira parece que me aconsejes semejante cosa, sabiendo mi manera de pensar sobre ese punto. A tu vulgar consejo de que me case te contesto yo con un adagio no menos vulgar «el buey suelto bien se lame», y todo queda como estaba. No me caso, aunque de no hacerlo hubiese de quedarme pobre; estoy muy desengañado con lo que les pasa á otros amigos míos, siempre preocupados con el niño que va á nacer, el sarampión del nacido, la tos ferina del mayorcito, los estudios del otro más grande y los trapicheos del mozo. ¡*Vade retro*, amigo mío! Bien me estoy como estoy, si he de estar seguramente peor cuando me case.

Te doy mi más sentido pésame por tu poco acierto en la solución del problema planteado, y hago votos porque el Altísimo te ilumine un poco más el cerebro.

Te quiere tu amigo. — Pepe.

* * *

Madrid, 15 de Junio de 190...

Estimado amigo: estoy contentísimo; ya he encontrado algo que me preocupe y me distraiga, y esto ha sido la causa de no haberte escrito antes, como de costumbre.

Pocos días después de escribirte mi última, madrugué mucho (á las diez de la mañana), y me fuí á dar un paseo por el Retiro aspirando el pesado ambiente de este Madrid de los demonios, presa del *spleen* acostumbrado.

Discurriendo por aquellas largas alamedas, pensativo y con la vista clavada en el suelo, tropezaron mis pies con algo que llamó mi atención; me bajé y cogí un pequeño tarjetero de señora, que era el objeto con que había tropezado, y lo contemplé unos instantes, dando gracias á Dios por haberme deparado este acontecimiento que no puedo explicarme por qué causa presentía que iba á proporcionarme alguna emoción. Miré á todos lados y no vi á nadie. ¿De quién sería? Exhalaba un perfume suavísimo y penetrante. Seguí andando, dando vueltas entre mis manos al misterioso tarjetero, sin atreverme á abrirle. En mi imaginación fabricaba novelas estupendas. Quizá fuese á descubrir algún secreto femenino, algunos amores impuros... ¡Quién sabe!

Por fin, me decidí á abrirlo. No tenía más remedio que hacerlo así para ver si encontraba algún indicio que me diera á conocer el nombre y residencia de la propietaria de tan lindo tarjetero. ¡No puedes figurarte, amigo mío, lo que se presentó ante mi vista! — Unas cuantas tarjetas sin importancia, un lapicito de oro y el retrato de la mujer más hermosa que he visto en todos los días de mi vida! ¡Chico, qué mujer! La cara, una divinidad..., con unos ojos... y una boca; el peinado, elegantísimo y original; el sombrero, de última moda; el cuerpo, precioso... No puedo explicarte con propiedad el aspecto de aquella hada... Lo más raro del caso es que yo conocía aquella cara, yo la había visto en muchas partes y no podía acordarme dónde. Indudablemente era una mujer del gran mundo; todo lo que llevaba encima lo ponía de manifiesto á simple vista.

Y debía de ser millonaria, á juzgar por la riqueza de su traje. En una palabra: desde aquel momento me quedé prendado de la señora del retrato.



Momento en que el presidente de la comisión, señor Rusiñol, dirigió la palabra al público.

Instantáneas de Francisco Serra.

LEOPOLDO ROCA



FERIA DE SANTO TOMÁS, EN BARCELONA



EL SECUESTRO

Cuando volví en mí, miré las tarjetas, y en todas ellas decía lo siguiente:

ELENA FIDALGO, VIUDA DE BUERGO
Calvario, 110.

No cabía duda. La propietaria del tarjetero se llamaba Elena, y aquel retrato era el suyo. Decidí, pues, ir en persona á devolverle su prenda, puesto que sabía dónde vivía.

Aquella noche no pude pegar los ojos pensando en ella, y al día siguiente me puse mi mejor traje y me encaminé hacia la calle indicada en las tarjetas.

La casa era elegante. Pregunté al portero, me dijo el piso, subí, llamé, abrieron la puerta, y todo tembloroso pregunté con frase incierta á la criada que salió á abrir: «¿Doña Elena Fidalgo?» «¡Sí señor!»—me respondió. — «Haga usted el favor de entregarle esta tarjeta, dije, alargando una de las mías, y dígale que deseo verla un momento para entregarle una cosa.»

La doncella entró, y pocos momentos después salía una señora joven y bastante guapa, pero no tanto como la del retrato del tarjetero.

Después de saludarla, la dije cortesmente:

—Quisiera ver á doña Elena para entregarle este tarjetero que me encontré ayer en el Retiro.

—Soy yo misma, caballero,—me respondió.

—Usted perdone, pero... ¿y este retrato?

—Esa fotografía, — me respondió un poco ofendida la señora, es la de una bailarina célebre que usted debe de conocer; es la Cléo de Merode. La llevaba á casa de mi modista para que me hiciese un sombrero parecido al de ella...

—¡Ah! — exclamé con asombro y con cierta amargura.

La señora comprendió lo que por mí pasaba, y sin duda ofendida por aquello que significaba posponerla en cuanto á hermosura á la del retrato, se prometió á sí misma hacer que olvidase á la Merode y... lo ha conseguido.

Desde aquel día fuimos estrechando la amistad, y hoy estoy enamorado de Elena, la cual no será tan preciosa como la bailarina pero tiene una gracia incomparable, y sobre todo... no es bailarina, sino una mujer de su casa que se casó á los veinte y dos años y á los veinte y tres se quedó viuda, y en tal estado sigue desde hace dos años.

Su capital, según me ha dicho ella misma, no es muy grande, pero le basta para sus necesidades. Vive con su madre y una hermana más pequeña.

Ahora no me aburro; todos los días voy á verlas y quizás muy pronto pueda darte la razón y retractarme de todo lo que te decía en mi carta anterior. Por hoy, bástete saber esto que te digo.

Te quiere. — PEPE.

* * *

Madrid, 29 de Septiembre de 190...

Mi buen amigo: sólo dos líneas para decirte que ya no me aburro, que soy feliz, y que eres un sabio dando consejos; me he casado con la del tarjetero y no tardará mucho en haber bateo. A ver si vienes á Madrid una temporada para que veas mi nido.

Tuyo. — PEPE.

Por el cartero,

MIGUEL MEDINA

ALMA BATURRA

TIENE razón Unamuno: se conoce á la gente por lo que dice y por lo que hace. Mas como al tipo aragonés se le achaca cierta ingeniosidad, hija de la simpleza, tiénese de él un concepto equivocado, si juzgamos por algunos cuentos baturros que se publican.

El *matraco*, podrá ser bruto más que franco, en ciertas ocasiones; pero ¿simple? ¡Bueno es él! Quien diga lo contrario, ni ha estado en Aragón, ni cala como debe las baturradas.

Peca precisamente de ladino, con mucha gramática parda; irónico á más no poder, sus chistes muchas veces levantan ampolla.

Y va de cuento.

Recientemente, aquí en Barcelona, nos hallábamos en el tranvía un baturrico y yo. Ocupaban los asientos de enfrente tres señoritas muy cursis, y al apearnos le dije, por curiosidad, á mi paisano:

—Has visto que señoras más *majas* ¿eh?

—¡Rediez! — me contestó, — qué poca contribución me *paice* que pagan.

A simple vista comprendió de quiénes se trataba, y con una frase retrató á aquellas mujeres.

Sigamos copiando lo que realmente dicen los baturros.

Eran dos peones *darbañil* que se encontraban en la antigua calle de San Gil, hoy Jaime I, frente á una de las muchas joyerías que en dicha vía de Zaragoza hay establecidas.



RECUERDO DEL GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO, LA NOCHE DEL DÍA 28 DEL PASADO MES.

Del natural, por JOSÉ PASSOS.



RECUERDO DEL GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO, LA NOCHE DEL DÍA 28 DEL PASADO MES.
Del natural, por JOSÉ PASSOS.

Por los cristales del escaparate veíanse una gran bandeja de dulces y varias botellas.

—¿*Amos* á que nos convide Taronji? —dijo uno de ellos, á su compañero.

—¡Qué! ¿le compras mucho?

La contestación no podía ser más irónica. ¿Qué joyas puede comprar un infeliz peón de albañil? Pero, el baturro es así, brutalmente irónico: no olvidemos ese rasgo de su carácter.

—Hombre, como comprarle, no; pero entremos, me *paice* que nos convidará.

—Bueno, bueno.

Pero cuando iban á entrar en la tienda, el segundo se marchó solo.

—Ridiez, qué *juada*. En fin, adelante,—pensó el baturro. — Buenos días tengan *ustés*.

—Perdone por Dios, hermano.

—¡Otra! si no vengo á pedir limosna. Venía á ver si me querían comprar un bolo *dioro* que *miencontrau* en la obra.

—Caramba, sí. ¿Y es muy grande?

—Bastante; ya lo verán *ustés*.

—Tome usted una *copica*.

—¡Vaya! Por no dispreciar...

Y el diálogo fué continuando, y el buen hombre comiendo y bebiendo, que daba gusto verle. Cuando no pudo más, se acercó disimuladamente á la puerta y al salir dijo:

—Bueno, pues, cuando me lo encuentre ya lo *trairé*.

El cuento de la onza es conocidísimo, pero queremos referirlo porque da clara idea de uno de los aspectos que el tipo aragonés tiene.

Sucedió el hecho en Madrid. Un individuo de edad avanzada iba, acompañado de su hijo, por la Puerta del Sol, en época de fiestas; pero, efecto de la aglomeración, el anciano alejóse algo. Esta coincidencia aprovechóla un revendedor de billetes, quien le ofreció, con segunda intención, entradas para los toros.

—Hombre, sí; pero supongo que no me engañará usted; ya ve, soy un pobre forastero.

—No tenga ningún cuidado.

El viejo sacó el extremo de la faja donde tenía formado el bolsillo, corrió la anilla, y entre varias onzas de oro escogió una y se la entregó, recibiendo, desde luego, el cambio.

El hijo, que andaba buscando á su padre, vió la última parte de la escena descrita, y llevándose las manos á la cabeza dijo, apesadumbrado:

—¡Ay, padre! ya le han engañado á usted.

—Sí, sí, —respondió el viejo irónicamente, — ¿no te dije que la pasaría?

Inútil es hacer constar que aquella onza era falsa.

Además de ser irónico y ladino, el aragonés tiene, en alto grado, el espíritu de justicia. Vamos á demostrarlo con el relato de una sublevación, acaecida en Zaragoza, hace pocos años.

La Audiencia de dicha capital había condenado á muerte á dos hombres y una mujer, por el delito de asesinato. Un malhechor, pagado por la mujer y su amante, dió traidoramente de puñaladas al marido. Más tarde, aquélla fué indultada, gracias á los trabajos de su defensor que era un político de gran influencia; pero el pueblo zaragozano amotinóse al grito de: «á todos, ó á ninguno», y los tres fueron indultados.

Ese es el tipo baturro: irónico, con mucha gramática parda, justiciero, y de un corazón muy grande. La ciudad de Zaragoza tiene, entre sus numerosos títulos, el de «Muy Benéfica».

Un detalle: para encontrar el calzón corto y el *cachirulo*, es decir, el pañuelo, no vayas á la capital, sino á los pueblos, y cuanto más pequeños mejor.

FRANCISCO GIRALDOS

EL CANTO DE LA MUERTE

Soy el alma del mundo. Soy la bienhechora de los hombres.

Yo calmo todos los dolores y apago todos los odios y desenlazo los dramas que sin mí durarían eternamente.

Soy más fuerte que la vida, pues sin mí no podría existir ella.

¿De dónde sacaría materia para formar nuevos seres? ¿Dónde hallarían espacio para vivir los seres todos?

El aburrimiento, el aburrimiento mortal, que nace en el hombre al conocer á sus semejantes, dominaría como dueño absoluto en la creación entera. No habría transformaciones sin mi fuerte soplo.

La materia estaría aún en estado radiante y los mundos y soles no rodarían por el espacio desmedido; calor y frío, luz y sombras, lo bueno y lo malo, lo fuerte y lo deleznable, materia y espíritu, grandeza y pequeñez, riqueza y pobreza, inteligencia y tontería no existieran.

Yo soy autora de cuanto vive porque he acabado con cuanto vivió. Yo soy la fuerte, la imperecedera, la absoluta.

¡Erigidme altares y arrodilláos ante mí, mortales, súbditos míos!

* * *

ENRIQUE ESTEVAN



BAILE CHARRO



Dibujo al pastel, por Julián Agusty.

BELLAS ARTES

De estudio de dibujo iluminado debe calificarse la cabeza de estudio que Pablo Béjar firma en la portada de este número. Tratada según el modo corriente en las páginas de ilustración, no tiene más propósito que buscar el aspecto agradable, cosa nada difícil para Béjar, sin separarse absolutamente de lá forma artística.

La bonita impresión de la *Sierra Nevada desde Granada*, es una nota más de la inagotable y fecunda paleta de Brugada, sobre cuyos méritos no hemos de insistir, pues bien conocidos son de los lectores de ALBUM SALÓN.

A Francisco Amigó pertenecen el *Paisaje* y el *Estudio* que figuran en tercer lugar.

No es el de Amigó uno de esos nombres que se imponen en la esfera del arte, ni por su abundante labor, ni por la resonancia adquirida anteriormente. Dedicado en particular modo á la enseñanza de la pintura y del dibujo, su actividad artística ha de verse por fuerza muy cohibida, y de consiguiente, pocas son las ocasiones que se nos ofrecen de apreciar las obras de su pincel.

Las que hoy publicamos, revelan por lo menos ingenuo amor al estudio; pues si por una parte el *Paisaje* está tratado con justo sentimiento del color, aunque con cierta pesadez en el mecanismo, la *Cabeza de estudio* pone de manifiesto un dibujo correcto y una notable simplicidad de ejecución, dignos de elogio en quien sigue modestamente y sin alardes su camino ascendente.

FRANCISCO CASANOVAS



MEDALLA PREMIADA EN PÚBLICO CONCURSO, Y ORIGINAL DEL ESCULTOR DIONISIO RENART (hijo).



BOCETO DE RETRATO, EN BARRO, ORIGINAL DE DIONISIO RENART (hijo).

AMOR Y ENVIDIA

En el altar las luces esparcen sus destellos, y la claridad que de ellas dimana es suficiente para iluminar la capilla reservada donde tenía lugar el matrimonio del conde de Casa Piedra con la hija de un militar retirado, del coronel Jimeno, cuyo único patrimonio era su brillante hoja de servicios y la medalla de San Fernando que ostentó en su pecho mientras le duró la vida; joyas para él tan preciadas como su Elena, rubia chiquilla de diez y ocho años, alegría y dicha del hogar, desde que la muerte le dejó solo con ella.

La situación de estos dos seres era bastante precaria; poco ambicioso para él, Jimeno pedía mucho para Elena; además, enfermo hacía ya tiempo, deseaba con ardor, con un afán que le robaba el sueño, dejar casada á su hija antes de que él faltase. La casualidad, dirían muchos, la Providencia, mejor dicho, escuchó las oraciones del padre, poniendo en su camino al conde de Casa Piedra, hombre rico y de trato fino y simpático, el cual, atraído un día por los ojos azules de Elena, quedó subyugado y preso entre los rizos rubios que adornaban la frente juvenil de la joven como una corona de oro.

Llevaba ya el conde tres años de viudez, sin haber gustado los goces del matrimonio, porque el carácter irascible, el genio dominante de su mujer, impidieron que su dicha fuera completa. A la muerte de ésta, ocurrida cuando el nacimiento de su hijo, consagróse exclusivamente al angelillo moreno, de negros ojos, que con su risa animaba la solitaria mansión. Pero el conde era joven, su corazón latía aún al impulso de la pasión, y el rostro hechicero de Elena le atrajo con fuerza invencible. Se hizo presentar; lo que en un principio fué simpatía se convirtió en amor, y si el bravo coronel no tuvo la dicha de asistir á la boda de su hija, tuvo al menos el consuelo inefable de morir sabiendo que el hombre á quien la confiaba era un perfecto caballero.

Y la boda acababa de celebrarse, por el luto riguroso de Elena, sin aparato alguno; los testigos, algunos parientes lejanos y, en un banco detrás de los recién casados, Juanito, el primogénito del conde, heredero de sus títulos y grandezas, quien, no comprendiendo lo que veía, fijaba sus expresivos ojos con ansiedad en el altar y meneaba gravemente, de vez en cuando, su cabecita, como si en su cerebro se agitasen serios pensamientos que él no pudiera resolver...

Terminada la ceremonia, la recién casada se volvió hacia el niño, y el conde miró con ojos de infinita ternura aquellas dos cabezas unidas, aquellos rizos rubios y negros que se mezclaban y se confundían en un beso, y que constituían sus únicos amores!!...

. . . .

El sol derramaba en el jardín, cuajado de flores, sus rayos fuertes, que á no ser por la brisa fresca que los tem-



había sido; de alegre se volvió taciturna. Su marido, inquieto, consultó varios médicos; todos dijeron: «son nervios, ya pasará». Pero no pasaba, porque no eran los nervios los que la ponían alrededor de los ojos cercos obscuros, los que la hacían enflaquecer, los que la hacían llorar; no, era la envidia, era que en su corazón habíase deslizado ese innoble vicio, era que su hijo no heredaba los títulos nobiliarios; y la envidia, cuando se apodera del alma, es un gusano que corroe hasta lo más profundo y hace brotar en el cerebro las ideas más egoístas y espantosas.

Por eso, en el tiempo de que se habla, lágrimas de odio surcaban sus mejillas, sus noches ya no conocían el descanso y sus días pasaban en medio de esas torturas que minan toda existencia. De pronto, se estremeció; Santiago y Juanito estaban balanceándose sobre un columpio, y las risas de los dos se mezclaban en el espacio. Juanito, con su esbelta figura, parecía un pajecillo de la antigüedad, tenía ya quince años y era un adolescente lleno de gracia. Santiaguito era un niño aún; en aquel momento, subido en el columpio, mientras que Juan lo empujaba, con su rostro rojo de alegría y sus rubios cabellos, tan semejantes á los de su madre, semejaba un angelito de los que pintaba Murillo. El cuadro que presentaban aquellos dos niños, entre las flores del jardín, atraía hacia ellos los corazones; y sin embargo, el de Elena, para el mayor, permanecía de piedra, más que de piedra, pues fuera mejor la indiferencia que el relámpago de ira que cruzaba por su mirada al fijarse en él...

Un grito de espanto brotó de sus labios; la cuerda del columpio se había roto, y Santiaguito, lanzado violentamente, iba á chocar contra el suelo, produciéndose quizás la muerte...

Loca de terror corre hacia ellos; pero antes se interpone Juan que, recibiendo el golpe, cae en tierra, teniendo entre sus brazos al pequeño que acaba de salvar...

Una emoción intensa agitó entonces el pecho de Elena; los ojos de la madre se llenaron de lágrimas, pero esta vez fueron de dolor y arrepentimiento; su susto es grande, no sabe si la herida de Juan será grave; arrodillada junto á él restaña con su pañuelo la sangre que sale de la frente del

plaba hubieran agostado las plantas con sus rigores; las purpurinas rosas, las gardenias, más blancas que la nieve, los jazmines, cuyo dulcísimo aroma embriagaba, entreabrieron sus cálices para aspirar con deleite el airecillo que les daba la vida y refrescaba sus tallos ardorosos y sedientos; á lo lejos, una extensión de agua parecía, bajo los rayos del astro rey, una bandeja de plata cuyo vivo resplandor hería la vista; la mansión solariega de los condes elevábase erguida, y sus torreones desafiaban aún los ataques del tiempo, como en anteriores siglos desafiaron los ataques de los sarracenos; el escudo, sus torres de oro sobre campo azul, y el lema de los señores de Casa Piedra destacábase en el fondo, cual si quisiera permanecer allí eternamente para proclamarlo á la faz del mundo entero; «antes la muerte que la deshonra», decía el lema, y contaban las crónicas que jamás faltaron á él los dueños de aquel castillo, desde que un rey, en premio de su valor, les concediera el título y escudo señorial.

Todo en la naturaleza convidaba á la alegría y á la dicha: ¿qué significan, pues, esas lágrimas que bañan los ojos de Elena?

Han pasado doce años desde su casamiento; la felicidad más completa reinó en aquel nido, que el cariño formó; creció Juanito entre sus padres, sin que supiese él mismo decir á cuál de los dos quería más; pues Elena le trataba con el cariño de una verdadera madre... hasta que tuvo un hijo, un niño también, nacido cuando Juanito contaba ya ocho años. Al principio, continuó prodigando al mayor las mismas caricias de siempre, y éste quería con delirio á Santiago, que tal era el nombre del pequeño.

Un día, el conde, contemplando á Juanito que se ejercitaba en tirar al blanco, diestramente, por cierto, exclamó con orgullo:

—Bravo, Juan; eres digno de tus antepasados y sabrás llevar el título cual corresponde al descendiente de aquellos que ya murieron.

Estas palabras eran sencillas y lógicas; siendo Juan el mayor, á él pertenecía el título. Elena lo sabía: ¿por qué entonces se estremeció como si la hubiesen clavado un puñal?

Desde aquella fecha, ya no fué para Juanito lo que antes



LOS EMINENTES ARTISTAS DRAMÁTICOS ITALIANOS, ITALIA VITALIANI Y CARLOS DUSE

RICARDO BRUGADA



SIERRA NEVADA DESDE GRANADA

FRANCISCO AMIGÓ



PAISAJE

niño, mientras Santiaguito corre hacia el castillo en demanda de socorro... y permanecen solos unos momentos, durante los cuales las lágrimas de Elena se juntan con la sangre de Juan; abre al fin éste los ojos y, sonriendo dulcemente, murmura muy quedo:

—¡No es nada, mamá!...

Un grito y un beso muy fuerte le contestan, y toda la alegría, al ver que su estado no es grave, y toda la envidia que corroía el alma de Elena se funden en el beso y el grito de «¡hijo mío!» que resuena en el espacio y se mezcla con el aroma de las flores que adornan el jardín.

María DE ECHARRI

LA HOJA SECA

En el gabinete vecino al cuarto de la enferma se encontraron el médico que salía y el amante que llegaba.

—¿Cómo está? — preguntó el último.

—Mal, muy mal. Caerá con la primera hoja seca.

Así habló el médico, con ruda franqueza, mientras el amante murmuraba con amarga conformidad:

—¡Dos meses de agonía!

Uno y otro, entregados al ensimismamiento de la impotencia, dejaron de percibir el eco de un suspiro, y el choque de un cuerpo débil en mullida alfombra.

—¡Luisa, Luisa! — gritó el amante en la próxima estancia, al ver á la enferma con el rostro pálido pegado al suelo, los brazos en cruz vencidos al peso del infortunio, y las piernas dobladas, bajo la débil presión de aquel cuerpo esbelto, trocado por la tisis en tenebrosa caverna de la muerte.

Volvió la enferma á la vida; y ojalá no volviera, pues fué volver á pena tan intensa, que el mismo demonio la envidiara, para más cruel castigo de los réprobos, si en los antros infernales estuvieran permitidos los tormentos de amor.

Ella, hermosa, rica y joven, amada por los suyos con ternura, y con delirio por el hombre que cautivó su alma, veíase en el duro trance de haber de despedirse de la vida en los mismos umbrales de la felicidad.

—No es nada, — sollozó la infeliz — un ligero desvanecimiento...; ya pasó... ya estoy buena.

Desde aquel día desarrollóse en la enferma un furor de amar rayano en la locura.

Los suyos dejáronle hacer. Siempre los condenados á muerte tuvieron mejores derechos al capricho.

El amante avínose gustoso á las amorosas exigencias de la mujer, la que no se conformaba con menos que con tenerle siempre á su lado. A la desesperación de los primeros días sucedió en el hombre la triste calma de la conformidad con la desgracia. Era muy lógica esta mansedumbre frente á la pena. La muerte no inspira celos, porque no ataca el amor propio; los furores, los arranques trágicos, el suicidio, los engendra la pérdida por olvido ó por engaño, cuando la primera víctima es la vanidad.

Durante las horas consagradas al cariño, hablaban muy poco, porque en la conversación no había más tema que el pasado; el presente y el porvenir eran espantosos. Y cuando cerrábanse sus bocas, ante el miedo producido por el negro fantasma de la muerte, miraba él con tristeza aquella cara de cielo que se iba, y miraba ella con desesperación aquel rostro querido que la vería ir.

. . . .

—¿Oye? — preguntaba Luisa muchas veces. — ¿No te parece que los árboles cambian de color? ¿que las hojas se secan?

—Niña; ¡si estamos en Agosto! ¡en el mes de la vida!

—No importa; para el campo aquél, de regada y punzante superficie, llegó ya la muerte.

La infeliz, con el pensamiento fijo en la cruel sentencia, no apartaba los ojos de los árboles cercanos, que cubríanse con el espléndido ropaje de verdes y rumorosas hojas; y en todos los crepúsculos, cuando el sol caído se defendía de las avanzadas de la noche, rodeándose de pálida aureola é hiriendo con rayos grises á las pardas nubes, heraldos de la obscuridad, temblaba ella de miedo, porque aquel color era el color del frío, el color de las hojas secas, el color de la muerte...

. . . .

—Oye— dijo la enferma.— Cuando no estás cerca de mí, me ahoga la tristeza. Dame algo para ahuyentarla, algo que me haga olvidar, que me obligue á discurrir. Un libro, por ejemplo... Todos tenemos nuestro poeta; tráeme el tuyo.

—Lo traeré — contestó él. — Precisamente, ese libro ha inspirado mis amores; se parece á mi alma como dos cosas gemelas. Y es, además, estuche, ó relicario, que guarda la primera prenda de tu cariño... La mordías nerviosa con tus menudos dientes cuando me confesastes tu amor...; la cogí del suelo, junto con un *sí* que me llevó á la gloria... ¿no recuerdas?

—¡Cómo recordarlo! ¡si mi cariño creo que cuenta más años que mi memoria!

Al despedirse los amantes en el día siguiente, dejó él en las manos de ella un pequeño volumen cubierto con suspiros y registrado con lágrimas.

. . . .

Era un anochecer de Agosto, acompañado de tropical derroche de colores. Algunas nubes, pegadas al ocaso, ardían; otras, repartidas por el cielo desteñido, simulaban calados finísimos, siluetas deformes, ondas de luz. La noche llegaba, precedida de brisa tenue y sensual, á cuyo tibio contacto sentían todos los seres estremecimientos de placer. Escuchábase rumor misterioso, preludio de himno sin notas, canto á la vida, entonado por la creación entera...

Luisa, contagiada por aquel ambiente de salud, sintióse sujeta á la existencia por los tenaces lazos del deseo. Las explosiones de tanta dicha no le dieron envidia.

Miró á los árboles, según costumbre, pero el suave balanceo de las ramas y el murmullo de las hojas no le inspiraron miedo.

Sentóse de espaldas á la noche y, abriendo con ambas manos el libro que procuróle su



Escultura original de Dionisio Renart (hijo).

amante, puso los ojos en los últimos rayos de sol, que se apagaban poco á poco.

Un roce, apenas perceptible, le hizo mirar los pliegues de su falda, y después á tierra.

Al bajar la vista, contemplóse en presencia de la muerte.

Sus labios exhalaron débil gemido, su cabeza doblóse dulcemente, brotó en su boca sanguinolento esputo, mientras una hoja seca, desprendida del libro donde el amante guardóla como primer recuerdo de amor, bailoteaba en el suelo á impulso de la brisa.

M. TURMO BASELGA



Busto de gitana, en mármol, original de Enrique Clarassó.

ALVAREZ DE CASTRO

(páginas de gloria)

¡Préstame, inspiración, tu fuego santo!
¡pulsad, oh musas, mi impotente lira!
¡ven á mis ojos, llanto!
¡y sea así mi canto
digna ofrenda del héroe que lo inspira!
¡Cielo, cuya clemencia,
de aquel cuerpo mortal guarda la esencia!
¡nó por mí que pigmeo me confundo
entre la humana escoria,
sino por el coloso cuya gloria
hizo temblar al mundo,...
ciñe mis sienes, orla mi cabeza
con el soplo divino;
que fuera harto mezquino
todo humano poder, toda belleza,
para cantar del mártir la grandeza!

. . . .

¡Ah! ¡cómo el corazón late violento
al recordar horrores del pasado!
¡cómo, en el pensamiento,
el odio concentrado
trazó surco sangriento!
Junto al humilde hogar, en las veladas
frías de invierno, respirando apenas,
de mi abuelo escuché tristes escenas
y sangrientas jornadas.
Tan fijas, tan grabadas
quedaron en mi mente,
que en ella vivirán eternamente:
incendio, destrucción, yertos despojos,
¡todo lo ven mis ojos!
Mas... calla, corazón; nó del poeta
acabes de turbar la mente inquieta
con violentos latidos rencorosos;...
que si á cantar le mueve,
uno de los esfuerzos más gloriosos
del siglo diez y nueve,...
ni al recordar sus destrozados lares
ha de impregnar en odio sus cantares.
¡Paz á los muertos, en su tumba helada!;
¡paz al rencor, del pecho en la morada!

. . . .

Modelo de valor y de nobleza,
dechado de virtud y bizarría,
espejo de honradez y de entereza,
de arrojo y valentía,
fué el invicto caudillo, luciente astro
de la tierra española,
fué... Alvarez de Castro.
Ante la eterna refulgente aureola
que coronó su frente,
su gloria no se canta, mas... se siente.
Ni el propio aliento la pureza empaña
del cristal de su vida,
ni lo obscurece la enemiga saña,
por su prestigio hundida;
admiración del mundo, honra de España,
al nivel de los ínclitos varones
colocaron su nombre las naciones.
El águila francesa
de conquistar el orbe audaz blasona
y detiene su vuelo ante Gerona.
Se arroja con furor sobre la presa
una vez y otra vez, mas la insolente
garra feroz que se aferró potente
en gigantescos montes,
que rasgó los celestes horizontes
buscando más espacio á sus hazañas,
en el pecho del héroe esclarecido
dejó las uñas y á sus pies vencido
el pendón victorioso en cien campañas.

Sólo cuando la peste asoladora,
ruin aborto del hambre y la miseria,
hizo propia la causa sitiadora;
cuando postró el dolor en lecho horrible
el espíritu nó, sí la materia
del caudillo invencible,...
sólo entonces las tropas del Imperio,
cual tigres vengativos,
hollaron aquel vasto cementerio
de cuerpos muertos y esqueletos vivos.
Hasta aquí la Iliada, hasta aquí el hombre;
¡qué Homero cantará su ilustre nombre!

. . . .

¡Tras la gloria el martirio!; del cristiano
en esta frase el galardón se encierra:
laureles para el héroe da la tierra,...
con la palma en la mano
tiende el mártir el vuelo
para cruzar las bóvedas del cielo.
¡Tras la gloria el martirio!; se acercaba
el momento de prueba en la criatura,
ya el héroe hacia la tierra declinaba,
y el cáliz de amargura,
servido por las iras extranjeras,
apuró en el castillo de Figueras.

. . . .

¡Silencio sepulcral! Sobre las lomas
ya no posan su planta las palomas,
triste murmura el agua del torrente,
cierra la flor su broche,
y el sol convierte el día en negra noche
corriendo al occidente.
La brisa, que en las hojas se mecía,
gime en la selva umbría,
la fiera amedrentada huye á la sierra,
creyéndose quizá que cielo y tierra
se encuentra en la agonía.
Y... agonizando está; rinde tributo
al sér que yace inerte,
mientras, llorando, el ángel de la muerte
pliega sus alas en señal de luto.

. . . .

¡Oh, Alvarez de Castro!, tu destino
cumplióse al fin: si acaso tu mirada
puede cruzar los reinos de la nada
y ver en un sepulcro, harto mezquino,
tu grandeza encerrada;...
¡descansa en paz! al són de los laúdes
ensalzarán los bardos tus virtudes,
eterna tu memoria
quedará en el gran libro de la historia,
y la posteridad te alzará un templo
que, á la par, sea admiración y ejemplo.
Descansa en paz: cuando la muerte llega
y de la vida los pesares calma,
¡dichoso aquel que lega
un timbre á su nación, al cielo el alma!

Salvador CARRERA



ESTUDIO



RETRATO DE EVELIO DORIA Y BONAPLATA; pintado por FÉLIX MESTRES.

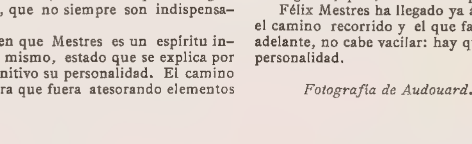
FÉLIX MESTRES BORRELL

Es uno de los *casos* de *vocación* irresistible, frecuentes, sí, en la carrera artística, pero no siempre acompañados de la *disposición*, que es la que en realidad hace vencer. Por eso son tantos los fracasados.

Mestres, niño, llevaba ya en sí los gérmenes que con el estudio habían de traducirse en sólidos fundamentos profesionales. A los 12 años entra en la escuela de Bellas Artes y con acometividad comparable á su precocidad gana bravamente todos sus cursos para salir, á los 16, premiado con una bolsa de estudio.

Nutre luego su espíritu con la contemplación de los grandes maestros que estudia en Madrid y en París donde pasa largas temporadas.

Los grandes pintores españoles, especialmente Velázquez, determinan casi su línea de conducta sucesiva. En efecto, Mestres no se ha mostrado jamás aficionado á la grande composición, inclinándose más bien á resolver los arduos problemas de luz y de relación de sus cuadros, en los que, por lo común, campean muy pocas figuras.



Su *debut* en la vida pública fué para él un éxito. Ocurrió en 1888, y su cuadro *La consulta*, con ser el primero, fué saludado por la crítica barcelonesa como obra de un provecto artista. Rico de detalle hasta la prolijidad, con un efecto de luz perfectamente razonado y resuelto y con notable intención en los dos interlocutores que dan tema al cuadro, puede decirse que de aquel atildamiento y estudiada corrección primitivos formó Mestres la base de su pintura siempre positiva. Y, como los antiguos maestros, ha ido evolucionando desde entonces hacia una forma más sintética, abandonando lo minucioso, para condensar su mecanismo en una pincelada más simple y en un dibujo más sobrio.

Las etapas de su ascensión artística pueden señalarse por los sucesivos premios que en buena lid se ha ganado en las exposiciones nacionales de Madrid, donde alcanzó dos medallas de tercera clase y una de segunda; en las de Barcelona, donde ha obtenido dos segundas medallas, y en la cátedra de dibujo de figura de Palma de Mallorca, que ganó por concurso. Actualmente es profesor de pintura decorativa de nuestra escuela de Artes Industriales, á la que ha dado gran impulso, merced á su cultura y á su conocimiento de las necesidades modernas; plaza que conquistó por concurso de medallas.

Esto, en cuanto á los méritos oficiales, que no son pocos, atendido á que Mestres se halla todavía en plena juventud.

En cuanto á sus méritos intrínsicos, los que se aquilatan en la opinión general, son tales que le asignan uno de los primeros lugares en la región catalana.

Dos rasgos esenciales distinguen su pintura: un realismo culto y sereno, y una corrección irreprochable que algunas veces resta espontaneidad á sus obras. Con el primero, realiza trozos de una verdad envidiable: relaciónanse los tonos y los valores con sapiente gradación y contraste, resolviéndose en hondas perspectivas y en fino ambiente que envuelve los objetos, á los que imprime siempre justa calidad. Con la segunda, muéstrase respetuoso cultivador de la forma, afanándose por conseguir la totalidad de las cualidades exigibles, que no siempre son indispensables para realizar la obra perfecta.

Hay que convenir, sin embargo, en que Mestres es un espíritu inquieto, un perpetuo descontento de sí mismo, estado que se explica por el deseo de fijar de un modo más definitivo su personalidad. El camino andado hasta ahora sólo ha servido para que fuera atesorando elementos técnicos; su campo de observación no se ha limitado á sus propias obras y ni siquiera á la naturaleza, de donde directamente proceden; al par que estudiaba los maestros clásicos, se ha dado cuenta del movimiento moderno y ha visto cuán variados é infinitos eran los medios de expresión plástica. De ahí su inquietud, su descontento de sí mismo, y de ahí arranca también su última fase evolutiva que determinará en breve plazo su completa individualidad.

Una obra hemos visto, la última, que nos lo hace suponer así. Trátase del retrato de su hermano, que remite á la próxima exposición de Madrid. Dejando á un lado los calculados procedimientos de otro tiempo, se ha entregado con caluroso entusiasmo á las espontaneidades del color, cuidando más de condensar el relieve en pocas pinceladas que de buscar en los discreteos del mecanismo la razón de su arte. La obra ha salido fresca, como de primera mano, de la paleta del pintor, y en esa misma frescura ha encontrado una riqueza de colorido que es en él absoluta novedad. Y cuenta, que hallamos este retrato tan completo bajo el punto de vista de la forma como del carácter. A bien que Mestres va siendo ya una especialidad en el género, puesto que los retratos que hemos tenido ocasión de ver, de algún tiempo á esta parte, denotan un decidido propósito de reproducir la vida en toda su intensidad. Algunos retratos femeninos, no en *pose*, sino en acción, y las admirables cabezas del escultor Manuel Fuxá y del poeta Evelio Doria, son ya una afirmación de que nuestro artista se preocupa de algo más que de las facciones físicas del modelo, sino que también escudriña en el alma los secretos de la expresión, así como pide á la luz y al medio ambiente subsidio para completar la fisonomía moral del retratado. Si Mestres puede coleccionar un día todos esos retratos y exhibirlos al público, estamos convencidos de que causarán verdadera sensación.

Y ahora, dos palabras acerca los cuadros que ilustran este número. La *Pescadora mallorquina* y *Crepúsculo*, aunque pintados en distintas épocas y localidades, resumen el momento crepuscular con tanta fineza de observación como justo sentimiento de la hora. Predominan los tonos violáceos que envuelven con sutil velo toda la naturaleza; y á la ternura que inspira la pobre madre pescadora, que mira al horizonte como esperando la barca que conduce á su esposo, corresponde el contraste de la amartelada pareja que, á favor de la semiobscuridad reinante en el otro cuadro, resuelve en íntimo coloquio sus cuitas amorosas. Son dos cuadros bellos, con esa belleza que es producto exclusivo de la verdad.

El *Jardín de Mestre Toni* es un bonito estudio del natural; la pobreza del lugar desaparece ante la esplendidez de la flora mallorquina que blanquea las matas de margaritas.

El *Retrato de la niña Montserrat* tiene todos los atractivos de un cuadro de género sin perder su carácter de retrato. La actitud, la expresión, el colorido y el dibujo se compenetran de tal suerte, para formar un todo homogéneo, que no sabríamos poner tilde á esta obra.

Félix Mestres ha llegado ya á aquel punto desde donde se divisa todo el camino recorrido y el que falta recorrer para llegar á término. En adelante, no cabe vacilar: hay que ir derechamente á la conquista de la personalidad.

Francisco CASANOVAS

Fotografía de Audouard.

EVELIO DORIA Y BONAPLATA

Aprovechando la feliz coyuntura de figurar entre las obras que para su reproducción en este número nos ha facilitado galantemente nuestro buen amigo y excelente pintor, Félix Mestres, el precioso retrato al óleo, que figura en la portada, del inspirado poeta catalán cuyo nombre encabeza estas líneas, creemos de toda oportunidad rendir al original el justo tributo á que le hace acreedor su, por muchos conceptos, recomendable labor literaria, aun cuando abrigamos la seguridad de que la mayor parte de nuestros lectores habrán tenido anticipadas ocasiones de admirarla y aplaudirla.

Mucho y bueno podríamos decir de las poesías de Evelio Doria, con sólo atenernos á la impresión que causa su lectura; pero como acerca de ellas formaron ya juicio, y altamente lisonjero, por cierto, el malo-

FÉLIX MESTRES



PESCADORA MALLORQUINA

grado crítico Miquel y Badía, el laureado vate Juan Maragall y el erudito literato que firma modestamente con el seudónimo de Juan Buscón, tenemos por más provechoso para el interesado y sus admiradores hacernos eco (en extracto) de lo que aquéllos dejaron sentado, ya que es corto el espacio de que disponemos para llenarlo con opiniones nuevas que no revestirían mayor autoridad.

Habla Miquel y Badía:

Por juzgar que es trabajo arduo el de escribir una buena fábula, acogemos con doblado aplauso los libros en que se detallan algunas tan felices, tan intencionadas y tan redondeadas como las que pueden leerse en el volumen *Música vella* que ha dado á luz, en elegante edición de *L'Avenç*, don Evelio Doria y Bonaplata. Familiares le serán las fábulas de los autores que han sobresalido en el género, sabidas se tendrá las mejores que hasta la fecha se han publicado; mas esta erudición, que en él suponemos, apenas se descubre en el libro que ha compuesto, donde hallamos como mérito principal cierta originalidad y una novedad que no se encuentran en colecciones justamente celebradas por otras cualidades, muy leídas y, en algunas comarcas, casi populares. En las buenas fábulas se advierte, como es de suponer, el influjo del tiempo en que se han escrito, y así como en los de Iriarte los hombres doctos se apasionaban por las contiendas literarias, y estas mismas aficiones se extendían á cuantos se preciaban siquiera de medianamente cultos; en la época en que Doria ha escrito sus poemitas, las cuestiones sociales, que son las candentes, han dejado huella en no pocos, con grandísimo provecho, á nuestro juicio, para quien los leyere. En nuestros días se ha dado ya de mano á las querellas retóricas de fines del siglo pasado principios del presente; apenas se disputa por lo que fué materia de enconada lucha entre clásicos y románticos; y tras de la forma en una novela ó en un drama, tras de sistemas mas ó menos nuevos y de escuelas que se encuentren en idéntico caso, se libra frecuentemente batalla por algo de mayor trascendencia todavía y que se enlaza más ó menos directamente con problemas políticos, religiosos, sociales, etc., según el mayor ó menor alcance de las producciones literarias. Así — y valga como digresión—hoy se ensalza á todo trapo á Ibsen, no porque en sus dramas abogue por la verdad y naturalidad, y en mayor ó menor grado preste culto á ellas, sino porque en su fondo constituyen un ariete terrible asestado contra la autoridad en los Estados y en la familia, contra la fe religiosa y contra otros principios que los innovadores quieren arrinconar, para facilitar el paso á la revolución en todos los órdenes de la inteligencia y de la actividad. Ahora bien, la atmósfera de hoy día se respira en *Música vella*. mas no la deletérea y destructora, sino la que conserva y edifica. Evelio Doria, que sabe encontrar para sus fábulas catalanas asuntos de carácter modernísimo y, por lo mismo, no tratados por sus antecesores, halla quizás con mayor fortuna todavía la manera de sacarles punta, como se dice vulgarmente; de convertirlos en ejemplares para sus leyentes. Este es el aspecto que en su mayor parte ofrecen los poemitas de *Música vella*, pero como es natural, algunos se adelantan á sus compañeros, en lo espontáneo del asunto, vigor del desempeño y oportuna significación de la moraleja.

Cuantos imaginan que sembrando en periódicos y en hojas volanderas ideas disolventes y revolucionarias llevan á cabo una faena inocente ó por lo menos poco peligrosa, deberían leer y releer *Lo misto* y meditar despacio su sentido. El fósforo que pega fuego á las pajas y que acaba por destruirlo todo, son ciertas propagandas que hoy se llevan á cabo, á ciencia y paciencia de los gobernantes y cual si fuesen inofensivo pasatiempo.

Contra los vientos de libertad desordenada que ahora privan, contra la igualdad absoluta, contraria á las leyes naturales y sociales, va enderezada la fábula *L'esclava*, donde el agua, con deseos de elevarse á mayor altura, rompe la cañería que la llevaba aprisionada y merced á la cual subía á nivel muy alto, y al correr libremente, sólo consigue perderse por el barro y por la arena.

Puestos á citar las más salientes, tras de las que hemos mencionado, pondríamos *Las arnas y'l gegant*, de tema menos nuevo, si bien oportuno en todos los tiempos; *L'armadura y'l cadavre*, de hermosísimo colorido y que se encamina á advertir los riesgos que corre el hombre si atiende sólo á combatir los enemigos exteriores y descuida hacer lo propio con los interiores que corroen y minan su alma; *Lo traginer y'l ruch*, en el cual reciben lección merecidísima los que tienen únicamente por trabajo de veras el trabajo manual, añadiendo todavía á éstas *Lo mal escultor*, *¿Lladre?* y alguna otra de su misma intervención y fuerza y de idénticos méritos literarios. Que éstos son subidos en la *Música vella* de Doria lo proclamarán los mismos trozos que hemos citado, en todos los que se nota la facilidad que anteriormente hemos encomiado en su autor, quien, acaso arrastrado por ella, no escrupuliza á veces lo bastante en punto á lenguaje, cosa, por otro lado, que no nos atreveríamos á poner como reparo, si se tiene en cuenta el desbarajuste que en este punto reina hoy en nuestro idioma materno, al extremo de que casi, casi pueda aplicársele el antiguo adagio: «cada maestrillo tiene su librillo». Sea ó no reparo de verdad el que acabamos de notar y algún otro que encontrarán los críticos leyendo las fábulas de Evelio Doria, es indudable, se-



RETRATO DE D. JOSÉ MESTRES, PINTADO POR SU HERMANO FÉLIX.

gún nuestro leal saber y entender, que su *Música vella* suena á música muy nueva y con poder bastante para insinuarse en las inteligencias y en los corazones que quieran escuchar sus acordes sones.

Dice Maragall:

Evelio Doria es ante todo un poeta moralista. Como tal se reveló por primera vez al público, hace algunos años, con su colección de fábulas morales que tituló *Música vella*. Desde entonces ha publicado otras obras de diversos géneros (poéticas, satíricas, sociales); pero el moralista ha permanecido siempre en una ú otra forma dentro de ellas: un moralista de tiempos de decadencia, satírico, pesimista, mordaz, á fuerza de tristeza por los vicios que contempla: espíritu recto que se subleva ante todo lo torcido, pesimista que desespera del remedio y satírico que desahoga su amargura á latigazos, por creer impotente la ternura que lleva en su fondo y que le nace poeta.

Ese estado de ánimo, en ninguna forma literaria encuentra mejor su molde que en la fábula moral-social. Por esto, aunque haya producido obras de valer en otros géneros, en ninguno es Doria tan él mismo como en éste, y sus mejores libros son la *Música vella* y el que ahora acaba de publicar, de la misma índole, con el título de *Branques mortes*.

En todo él vibra poderosa aquella ternura agriada que se revuelve contra la vileza, lo mismo contra la de arriba que contra la de abajo, de la escala social.

Así muestra la criatura miserable, en la cama del hospital, á quien da su sangre, y con ella salud y fuerza, la hermana de la caridad, y que después al grito de «¡viva la libertad!» acuchilla con las turbas amotinadas á la misma que le diera la vida. Así, en *El rey y el poeta* fustiga al soberano que no quiere oir la voz de la verdad que habla por boca del trovador. Así, realza con fuerte humorismo contrastes sociales como el de *Los dos vimets*.

Es notable lo ajustado y sobrio de la expresión; y es que Doria se mueve en su elemento y, por tanto, domina la forma. Mostrando el asunto, muéstrase todo él. Y esta compenetración llega á su punto culminante en ciertas composiciones en que bajo la amargura se siente latir la ternura: entonces Doria es todo un poeta; hace olvidar la manera del género que trata, y comunica la emoción poética pura por encima de la moraleja llevándolo todo confundido á las más altas regiones. Así, su *¿Criminal?*; y así, sobre todo, *Los morts no pidolan*, que ha de quedar clásica en su género y que bastaría por sí sola para hacer la reputación de su autor.

Oigamos, ahora, á Juan Buscón.

Con el nuevo literato á quien consagro estas cuartillas, la indiferencia y el olvido los consideraría de notoria injusticia: y al curioso que preguntare quién es Evelio Doria, habría que contestarle: es poeta y un poeta de veras; de la mejor cepa, y que piensa y escribe admirablemente.

Posee por de pronto una cualidad, en mi juicio de inestimable valía: es un poeta «breve y claro»: su musa no es parlanchina y prolija, como suelen serlo la inmensa mayoría de las musas... particulares, vamos al decir, y que hablan por hablar, aquejadas por una lamentable incontinencia de lirismo, casi siempre huero y sin meollo. Es la musa de Doria concisa, extremadamente concisa, está reñida con los retoricismos antiguos y modernos y tiene la habilidad rarísima de condensar mucho y hondo en poquísimas palabras.

De la misma manera que huye Doria de lo gárrulo y de lo vanamente retórico, huye también de lo difuso y de lo nebuloso, dos cosas á que se muestran muy aficionados muchos de los jóvenes poetas de nuestros días, imaginando, en su cándida presuntuosidad, ser eminentemente filosóficos y trascendentales. El filosofismo que campea en *Branques mortes*, con ser en varias páginas muy hondo, es siempre claro, transparente, despojado de inútiles oropeles, de vana palabrería, lleno de fibra y admirablemente condensado. Es muy posible que á algunos lectores les parezca la «manera» del poeta un poco demasiada seca, algo falta de ductilidad y de... salsa artística. No diré que no; pero, tal como es, la prefiero esa «manera» á las generalmente empleadas. Cuestión de gustos.

La primera reflexión que ha de ocurrírsele á cualquiera que repase las *Branques mortes* será la de que Evelio Doria desciende literariamente y en línea directa de Ramón de Campoamor. Hay, efectivamente, extraordinario parecido entre lo que hizo aquel gran poeta castellano y lo que hace el poeta catalán. A muchas de las composiciones de éste les cuadraría perfectamente el título de *Doloras;* el humorismo escéptico y amargo, el pesimismo tranquilo é irónico de Campoamor se encuentran también en abundantes dosis en las páginas de Doria. Con lo cual, esto es, indicando la mucha semejanza que veo entre la musa del uno y la musa del otro, entiendo que se hace el mayor elogio de nuestro paisano. Al ilustre autor de los *Pequeños poemas* se han esforzado por imitarle multitud de poetas; pero sin conseguirlo: y si Doria se acerca notablemente á Campoamor, de seguro, más por intuición nativa que por propósito imitativo, significa eso simplemente que tenemos un poeta catalán más, de indiscutible mérito, y un pensador vigoroso y original.

Después de estos elocuentes juicios, que colocan á gran altura la personalidad literaria de Evelio Doria, cúmplenos á nuestra vez añadir que, además de las obras mencionadas, ha dado á la estampa otras muchas de diversas índoles é igualmente recomendables, mereciendo especial mención el tomo de poesías *De sol á sol*, que bastaría por sí solo para darle justa reputación si no la tuviera ya bien cimentada dentro y fuera de España; pues, sobre ser aquí objeto sus versos de general elogio, han alcanzado el honor, concedido á muy pocos, de ver reproducidos algunos de ellos en lengua extranjera.

Como complemento de lo expuesto, insertamos á continuación varias de las hermosas fábulas de Evelio Doria, traducidas al idioma nacional por los apreciables literatos Manuel Lassa y Luis de la Guardia, á fin de que los lectores del ALBUM SALÓN puedan cerciorarse por sí mismos de lo mucho que vale este genial poeta.



RETRATO DE S. M. EL REY

Pintado por FÉLIX MESTRES *para el Salón de Sesiones de esta Diputación Provincial.*

(Sigue en la pág. 49).



CREP



ÚSCULO

Consideración de segunda medalla en la última Exposición Nacional (1901).

FÉLIX MESTRES



LA CENA

LA ESCLAVA

Le dijo el Agua un día
á la recta y pendiente cañería:
—De tanta esclavitud estoy cansada.
Yo romperé esta cárcel endiablada
y estas insoportables ligaduras.
Lo que es para subir á las alturas
sin torcerme, no creo necesario
emplear un esfuerzo extraordinario.—
Y sin pensarlo más, dió una embestida
silbando enfurecida,
y hallóse de su cárcel libertada;
mas ¡ay! sin conseguir, ¡desventurada!,
á pesar de estar libre, mantenerse
á la altura en que pudo envanecerse.
En vano se obstinaba con porfía
en su rudo trabajo;
faltándole las fuerzas, vino abajo,
y al tocar en el suelo, se sumía
por la absorbente arena,
maldiciendo con pena
la hora en que rompió su cañería.

Oigan los que de libres se envanecen:
cadenas hay que ensalzan y ennoblecen.

LA ARMADURA Y EL CADÁVER

En el claustro desierto
de célebre abadía,
dentro de tumba espléndida yacía
antiguo campeón que en paz y en guerra
fué grande entre los grandes de la tierra.

La Muerte, que, al final de la jornada,
ni perdona ni olvida,
también al señorón (¡desvergonzada!)
cortó el hilo invisible de la vida;
y en honor á su estirpe y su nobleza
le dieron sepultura
con la férrea armadura
cubierto de los pies á la cabeza.
Bien pronto al noble pecho
perdieron el respeto los gusanos,
cual si estuviera hecho
de carne de villanos.

Y una noche que, en torno á la abadía,
sólo el grillo el silencio interrumpía,
animóse de pronto el Esqueleto
y á la Armadura habló de esta manera:
—¡Oh, tú, mi inseparable compañera,
cuyo templado peto,
en torneos, en justas y en batallas,
mil veces supo con sus finas mallas
embotar la guadaña de la muerte!
Si ves mi triste suerte,
¿por qué no cumples tu deber conmigo?
¡Ingrata! ¿Por qué ahora,
cuando me ataca el bárbaro enemigo,
no eres ya de mi pecho protectora?—

(Sigue en la pág. 51).



ABSTRACCIÓN — Cuadro de Félix Mestres.



RETRATO DE LA Srta. ROSA DE BOSCH;
pintado por Félix Mestres.



RETRATO DE LA NIÑA MONTSERRAT DE PUIG DE CONILL



RETRATO DE D. LEOPOLDO SAGNIER;
PINTADO POR FÉLIX MESTRES.

Y la Armadura, inmóvil y severa,
alzando la visera
del yelmo cincelado:
—¡Señor!—dijo,—¡señor! Yo bien quisiera
libraros del que os tiene así postrado;
mas ¿cómo ha de cumplirse mi deseo,
si está dentro de vos y no le veo?
Convencióle al Cadáver la respuesta,
y calló eternamente... Sólo resta,
en la fangosa y negra sepultura,
un puñado de polvo y la Armadura.

Para los enemigos exteriores,
ha inventado el humano pensamiento
mil medios de defensa, á cuál mejores;
mas para el que, traidor, nos da tormento
escondido del alma en lo profundo,
no se han hecho armaduras en el mundo.

EL MANTO AZUL

Guardaba un rico avaro en un puchero
más de cien doblas de oro.
Una noche hizo en tierra un agujero
donde escondió el tesoro.

Mas puso encima de él, al enterrarlo,
un paño azul turquí,
para que no pudiera adivinarlo
el ojo del zahorí.

Muerto el avaro aquél, aunque invirtieron
el afán más prolijo,
los zahoríes todos no pudieron
hallar el escondrijo.

Y una tras otra serie interminable
de centurias pasó,
hasta que, finalmente, un espantable
rayo lo descubrió.

Así también de Dios la omnipotencia,
con previsor recelo,
puso entre sus tesoros y la Ciencia
el manto azul del cielo.

EL TORRENTE

Entre rocas, derrúmbase bramando
el torrente impetuoso,
las cañas y los fresnos arrancando
en medio de un crujir estrepitoso.

¡Qué modo de segar! Cuando decrece
la revuelta riada,
la margen sin un álamo aparece:
ni un chopo queda allí, ni un sauce... ¡nada!

De la honda torrentera en las orillas
frondosas, solamente
algunas miserables hierbecillas
resistieron la indómita corriente.

De nuestra vida en el combate horrible
huid la intransigencia.
Un junco puede más, por ser flexible,
que el roble de más fuerte corpulencia.



ESTUDIO PARA UN RETRATO; por FÉLIX MESTRES.

FÉLIX MESTRES



JARDÍN DE MESTRE TONI, EN PALMA DE MALLORCA



Cuadro de Román Ribera.

Exposición de don Pio Clos (Rambla de los Estudios, 6).

BELLAS ARTES

La *devota* que honra la fachada de este número podrá no ofrecer toda aquella unción que en la iglesia se requiere, pero atestigua una vez más el habilidoso pincel de Román Ribera, que presta á los mundanales atavíos de la mujer el encanto de su realismo culto y señoril.

José Navarro parece el heredero de la fecundidad artística de Baldomero Galofre y de las deslumbradoras galas de ejecución de la escuela fortunyana. Posee todas las cualidades para hacer agradable una obra de caballete: prodigiosa inventiva, riqueza de color, vastidad de composición, buen gusto en la elección de temas y, sobre todo, un mecanismo atractivo y simpático, base principal de su reputación.

Trata generalmente asuntos modernos, aunque buscados en la naturaleza pintoresca. Enamorado de las costumbres árabes y del sol de Africa, gusta con frecuencia de transcribir escenas de mercados ó bazares de Tánger, donde encuentra manantial inagotable para su inspiración colorista. Y sorprende el abigarramiento de los trajes y las deslumbradoras claridades del sol con una intuición y un aplomo que no temen obstáculos.

También las escenas de gitanos y los mercados españoles al aire libre, en las inmediaciones de las ciudades, con sus aglomeraciones de ganados, cacharros, vehículos y cachivaches de todas clases; con sus grupos de gañanes y compradores que se extienden por todos los planos de la escena hasta perderse en la línea de horizonte; con las características arquitecturas que tanto color local dan á esas ferias, y con ese sol esplendoroso que inunda con su blanca luz el ámbito entero de la composición, recortando violentamente las sombras sobre el polvo gris del terreno, son tema favorito de sus cuadros.

No se crea, por ello, que no trate otra clase de asuntos de carácter menos popular. No ha mucho, vimos en una exposición de acuarelas, algunas de José Navarro, en cuyo género es maestro; una, representaba el mundo elegante de Madrid en un día de paseo por la Castellana, en la que no cabía pedir más distinción y elegancia; y otra, de un tema veneciano de gusto tan exquisito como admirable ejecución.

Con lo expuesto queda explicado el valor y los móviles del cuadro que reproducimos hoy, lo cual nos excusaría de entrar en más detalles, si no quisiéramos llamar la atención acerca los de la parte izquierda del cuadro, no tanto por lo pintoresco cuanto por su valor artístico real.

De J. Freixes-Saurí es el *Paisaje* que cierra este número, en el que campean dotes de estudio y observación muy recomendables.

Francisco CASANOVAS

ADVERSIDAD

Pedro tenía veinticinco años y un corazón grande, y aunque había recibido una herida en lo más delicado de sus sentimientos, guardaba Pedro muchas ilusiones, todas á cual más hermosa. El no creía ni era del parecer de muchos jóvenes de su edad que, con unos bigotes muy retorcidos, se titulaban escépticos. Y cuando alguno de éstos le instaba á hablar respecto al desencanto aquél..... él contestaba con evasivas, en donde latía la esperanza, siempre regeneradora del hombre. El creía en un tiempo mejor, y decía seriamente que los jóvenes no podían ser escépticos, y al que quisiera parecerlo, lo creía un necio. En los viejos, sí, era para él natural este convencimiento de que todo es nada, porque la vejez, la experiencia... y así se perdía en un montoncito de cortas reflexiones.

El creía, esperaba y sufría. A esto se reducía toda su vida. Y creía sin ser un gran crédulo y esperaba, pero no el maná, porque era rico y podía vivir cómodamente. En cuanto á sufrir, sufría porque había amado y creía amar aún. Amar algo era para él sufrir mucho; y cuando alguno de sus amigos le hablaba de mujeres, con la misma fatuidad y menosprecio que si hablaran de una cosa puramente material, pero no de gran utilidad, consideraba á éste falto de sentido común, y más, cuando uno de éstos terminaba de contar una de esas historias que echan por tierra toda una señora honra. Entonces sufría su espíritu una emoción profunda y se le oprimía el corazón. Se acordaba de su madre, mujer ante sus ojos de hombre, y sér santo é idealísimo ante su alma de hijo que venera y adora á quien le dió la existencia.

Sus amigos, los jóvenes escépticos, solíanle llamar socarronamente «el bienaventurado Pedro». Y al darle este nombre, le golpeaban las espaldas cariñosamente. ¿A qué sér bueno no le han golpeado en prueba de cariño?

El, ante tales pruebas de simpática confianza, miraba pacíficamente á los llamados sus amigos y se encogía de hombros.

Uno de los tantos días en que se reunía con varios de éstos, fuéronle presentados dos jóvenes que, por parecerse á ellos, estaban también seguros de que las mujeres todas eran unas livianas mariposas, llenas de presunción y adorno, que no servían para nada bueno; y, á propósito, salieron á relucir los nombres de varias señoras; las unas respetables por su posición social, y las otras, no menos, por su virtud; Pedro se alejó de entre ellos, y nerviosamente preocupado se fué á su casa con el buen deseo de abrazar á su madre.



ESCULTURA de José Llimona.

Fotografía de A. Más.

Mientras tanto, los amigos de Pedro quedaron charlando cada cual de sus hazañas, y cuando notaron que éste se había marchado llamáronle inocentón, manso cordero, etc. Después, comentaron un hecho pasado un año antes, en el que figuraban Pedro y una mujer en primer lugar. Ello era una historia sencilla y profundamente triste para Pedro, pero que sus amigos, riendo, calificaban de graciosísima, estupenda, morrocotuda.

En concreto era esto.

Pedro había tenido relaciones amorosas con una jovencita rubia y de una belleza melancólica que, huérfana á los quince años, quedó dueña de una regular fortuna; mas, como menor de edad, fuéle impuesto un tutor, siendo éste, un hermano del padre. Pedro amó á Casilda con el verdadero entusiasmo de un alma virgen de pasiones, y ella demostró siempre tener unos sentimientos delicados y un corazón rico en ternura para su Pedro.

Pero, durante los dos años que duró el idilio de Pedro y Casilda, no pudo éste conseguir que de aquellos labios preciosos, que él adoraba, saliera una risa franca y expansiva, tal como lo son las carcajadas de las inocentes de diez y siete años. Aquella niña de ojos grandes y azules, como el firmamento, estaba siempre triste. Pedro, inquieto, quiso saber la causa de esta tristeza, y sólo le contestó Casilda con un torrente de lágrimas que hicieron palidecer al simpático muchacho. Y como vió lo inútil de sus indagaciones, respetó el dolor de aquel ángel y aprendió á callar y á sufrir.

Un día fueron á avisarle de que su Casildita estaba enferma, y él corrió á su lado lleno de dolor. Cuando llegó, acababa Casilda de tener un vómito de sangre y el médico no daba esperanzas de salvarla.

Casilda yacía exánime sobre los ricos almohadones de su cama, blanca como el plumaje del cisne. Sus lindas manecitas, cruzadas y apretadas sobre el pecho, parecían querer cerrar el paso á la vida que huía de éste.

Su tutor, de pie en medio de la estancia, temblaba, como si el condenado á muerte fuese él.

La poética cabeza de Casilda, orlada por una cascada de cabellos de oro, se había vuelto hacia la puerta. Su oído fino había percibido los pasos precipitados de su Pedro. Este entró en el que él llamaba santuario y, queriendo parecer sereno, se acercó al lecho y besó con veneración los dedos preciosos de su vida, de su amor.

Casilda, después de dar una mirada de desprecio á su tutor, le ordenó, con débil ademán, que saliera. Quería estar sola con su Pedro. El tío obedeció como un autómata. Pedro, nada comprendía.

Ella, al quedar solos, miró á Pedro con el desvarío del que nada espera, y con dulce, pero torpe acento, contestó á una pregunta que Pedro le había hecho en diferentes ocasiones. El por qué de su tristeza. Aquellos labios divinos, untados en otros días del rojo más fruicioso, pronunciaron estas palabras con voz ahogada por un estertor sordo:

—¡Pedro, amor mío; mi padre me dió por tutor á un hombre sin conciencia, que la primera noche que descansé bajo su techo abusó brutalmente de tu Casilda é imposibilitó tu desgraciado amor!

Y Pedro, loco, con los puños cerrados y la mirada brillante y extraviada, no se fijó en que la tan preciosa como infeliz niña, había dejado de existir al confesar su secreto.

Después gritó, se volvió loco, y riendo y llorando juraba matar al tutor de la desgraciada Casilda. No consiguió otra cosa el infeliz, que enterar á todo el mundo de la deshonra de su amor.

La gente habló del caso, haciendo los más prosaicos comentarios, pero él, después de pasado el escozor del terrible bofetón con que le había obsequiado la señora desventura, siguió sufriendo, creyendo y esperando.

Mercedes CUSTODIO



LA HUÍDA Á EGIPTO — *Fot. de A. Más.*

Cuadro de José Cusachs, destinado á la Iglesia del Monasterio de Montserrat.

¿INCESTO?

La tarde era destemplada, tristona; una de esas que los amantes eligen para vivir de sus recuerdos, como si el placer de hoy, lleno de languideces voluptuosas y vaguedades de ensueño, lograra sólo despertar en su memoria imágenes de otros, poco definidos, aunque más embriagadores, tal vez por lo remotos, que los extremos á que su pasión delirante los lleva en las horas de abandono.

Eduardo y Pepita, sentados en muelle otomana, enlazadas las manos y muy juntitos, complacíanse en recordar todas las peripecias de su amor, desde el primer encuentro, analizando con infantil minuciosidad hasta los más pequeños detalles de aquella pasión, nacida al acaso, y cuando ya ambos habían traspasado el límite de la primera juventud. Nada escapó á la mirada retrospectiva de los amantes.

Las timideces y miradas primeras, el abordaje en plena vía pública, una noche en que ella, con paso menudito, se dirigía á casa de una amiga, enferma á la sazón; el espanto que aquel atrevimiento la produjo; sus protestas de honradez inquebrantable; la rectitud de intenciones de que él, con tanta seriedad, daba seguridades; los preliminares deliciosos de la capitulación, inconsciente, inevitable, la primera de su vida, modelo de fidelidad conyugal durante su matrimonio, intachable durante su viudez; todo el proceso, en fin, de aquella pasión, criminal para el mundo, aunque desprovista para ellos de remordimientos.

Y luego, las horas de abandono pasadas en el cuarto de soltero de Eduardo, en aquel nidito, coquetón desde que ella había pasado por él, prestándole su perfume, sus encantos.

La evocación de cada episodio, por fútil que hubiera sido, era objeto de interminables disquisiciones, de sibaríticos paladeos, especialmente, el primer beso, robado, según ella, en el arrobamiento de una mirada intensa, compenetradora, sugestiva.

Y aunque ya, muchas veces, se habían puesto á analizar el desarrollo de sus amores, á ninguno se le ocurrió descubrir la génesis de aquel sentimiento, el origen del impulso irresistible que los había echado al uno en los brazos del otro.

Ya llegaban en su escarceo al presente, cuando Pepita, fijando con empeño sus ojos en los ojos de Eduardo, exclamó:

—Dime, nenito; ¿por qué te enamoraste de mí? ¿cómo llegué á interesarte?

La brusquedad de la pregunta dejó á Eduardo confuso, sin saber qué contestar.

La verdad era que nunca se había detenido á investigar el arranque de un amor que llenaba completamente su vida; pero era preciso satisfacer la curiosidad de su amada, y se apresuró á decir algunas vulgaridades que, sólo á medias, lograron convencerla.

Creyó un deber exigir una confesión semejante, y el consabido: «¿Y tú?» salió de sus labios.

—Es toda una historia — dijo Pepita. — Ya conoces mi carácter, y sabes que en mí, la dignidad y el honor se sobreponen á la pasión más avasalladora. Si sólo hubiera visto en ti al hombre, más ó menos apasionado, más ó menos interesante, la capitulación no habría sobrevenido. Cuando nos vimos por primera vez, creí leer en tus ojos una vida de libertinaje, una encarnación de la impudicia, y sentí, sino repugnancia, indignación, al pensar que me considerarías conquista fácil, presa segura; una de esas mujeres que ceden al primer requerimiento, á una simple invitación.

» Mas, á pesar de este efecto deplorable, despertóse en mí algo nuevo, desconocido, embriagador y mortificante á un tiempo; y como á nosotras, las mujeres, nos preocupa cuanto llega á impresionarnos en cualquier forma, una invencible curiosidad de saber quién eras se apoderó de mí.

» Mi amiga advirtió el cambio operado en mi carácter y, evocando nuestra amistad, nunca desmentida, arrancóme una franca confesión del estado de mi alma.

» Contra lo que yo esperaba, no se burló de mí; antes bien, interesóse

JOSÉ NA



UNA FERIA

AVARRO



EN VALENCIA

Exposición Miralles (antes Robira), Escudillers, 5, 7 y 9.

lealmente en desvanecer mis dudas y descubrir á mis ojos el misterio, si misterio había; y una noche, sin más explicación, me hizo acompañarla á una casa misteriosa, en la que se nos introdujo con todo género de precauciones.

» Entramos en una habitación de extraño aspecto, cubierta de tapices enlutados, y en el centro una mesita, revestida de negro también, cerca de la cual vi á una mujer, de constitución enfermiza, que, según supe más tarde, era una gran *medium*.

» Dijéronme que formulara mentalmente una pregunta, y yo pensé en ti.

» La *medium* sintióse acometida por intensa convulsión, mientras en un papel extendido sobre la mesa, trazaba, con extraordinaria rapidez, unos signos ininteligibles para mí.

» Cuando me los tradujeron supe cosas estupendas, cosas que me impresionaron hondamente.»

—¿Qué supiste?

—No, no quiero decirlo, te reirías.

—¿Reirme de ti, vidita?... Tú deliras. ¿Cómo quieres que me cause risa nada relacionado contigo?... Anda, cuéntamelo todo.

—Sí, es mejor, — dijo ella, después de alguna vacilación. — Sé que vas á llamarme loca; pero no importa; así desvanecerás las dudas que me atormentan cuando no estás á mi lado.

« La *medium* me dijo que, realmente estabas enamorado de mí; que el fuego prendido en tu pecho por la primera mirada mía, era inextinguible; que los goces de un amor eterno, compensaríanme del sacrificio que significaba la adjuración de mis ideas.

» A medida que escuchaba todo esto, tempestades de ternura desencadenábanse dentro de mí; y lo que no hubiera logrado toda una vida de asiduidades y abnegaciones por tu parte, conseguíalo aquella voz de sonsonete. Cuando el eco de la última palabra se extinguió, mi suerte estaba decidida: te pertenecía por completo; ya todo era cuestión de tiempo, de oportunidad.»

—¿Y no volviste? — preguntó Eduardo, á quien el relato de Pepita había emocionado.

La frente de ella se obscureció.

—Sí, volví otra vez,—gimió con desaliento.—¡Ojalá no lo hiciera! Volví con mi amiga, que procuraba por todos los medios infundirme sus ideas. Yo quería conocer toda tu vida y ella me aseguró que los espíritus me informarían... Cedí de nuevo, y pregunté... ¡Aún siento espanto!... Me dijeron que tu alma había encarnado antes en mi hermano.

—¡Incestuosos!...—exclamó Eduardo con voz sorda, levantándose de la otomana, como movido por un resorte, y rechazando con brusquedad á su amada que pretendía retenerlo á su lado; pero ella se irguió también, avalanzándose á él con transporte de pasión.

Enlazó con sus brazos el cuello de Eduardo, y sin hacer caso de su repugnancia, con encantadora volubilidad, explicóle su desesperación al descubrir el horrible secreto, sus zozobras, sus luchas.

—¿No recuerdas,—agregó,—que muchas veces, cuando te acercabas á mí, hurtaba mi cuerpo á tus caricias con movimientos de invencible espanto? ¿Has olvidado la intensidad y fijeza de mis miradas? Convencida de que en los ojos refleja el alma, de que las miradas son una exteriorización de su carácter, busqué en tus ojos algo que me recordara á mi pobre hermano; pero sólo descubría en tus miradas intrusas fulguraciones de pasión, muy diferentes del pálido reflejo de la ternura fraternal. Por otra parte, tú has cumplido treinta años, y mi hermano murió no hace cinco... ¿cómo admitir la posibilidad de que te trasmitiera su alma? ¿ó es que se puede cambiar de espíritu como de corbata?

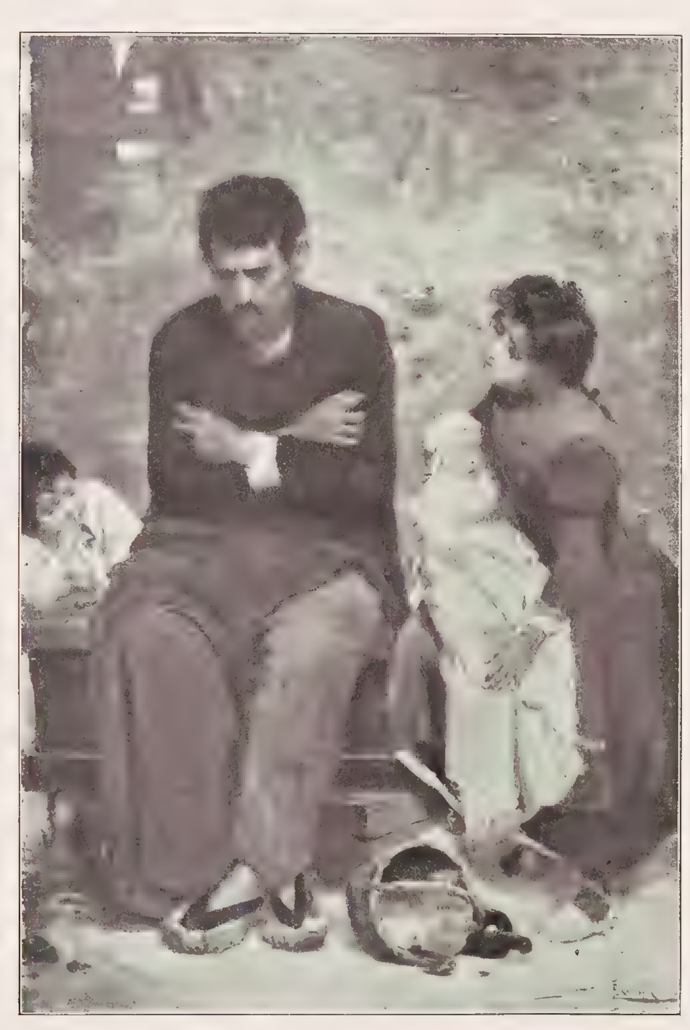
Este argumento convenció á Eduardo, quien, abandonándose por completo á las caricias de su amada, murmuró á su oído:

—La única verdad, entre nosotros, es que nos amamos: el espiritismo es un absurdo.

Sin embargo, alguna vez le asalta el remordimiento y se pregunta con desconfianza:

—¿Seremos incestuosos?

LEVI MURGASI



¡ETERNA VÍCTIMA! — Cuadro de F. Cabrera Cantó.

EL PRISMA

¡Oh! ¡Qué negra es la muerte, madre mía!—
clamaba el infeliz adolescente,
mirando ajigantarse ante su mente
el negro fondo de la tumba fría.
Era invierno: las hojas de las flores
había el vendaval arrebatado,
haciendo trizas, con su soplo helado,
el emblema ideal de los amores.
Con las lluvias, el frío; con el frío,
la cerrazón del imponente cielo,
ponían en la muerte el desconsuelo
del silencioso y árido vacío.
Y no había esperanza; pues la ciencia
mataba impune á la ilusión amada,
entreabriendo las puertas de la nada
con la llave fatal de su experiencia.
Pero vencieron en la ruda liza
el maternal desvelo y el cuidado,
con ese amor al sér idolatrado
que la existencia frágil eterniza.

Y el niño aquél, espectro agonizante,
sintió por fin la fiebre asoladora
de juventud ardiente, abrasadora,
encerrada en el cuerpo de un jigante.
Y pasaron los días y los años;
y, siempre en busca de la ansiada meta,
llegó la etapa que llamó el poeta
«funesta edad de amargos desengaños».
Irradiaba la hermosa primavera,
y las tenues corolas de las flores



EL VIÁTICO — Cuadro de MATEO BALASCH.

absorver parecían los amores
que se exhalaban de la tierra entera.
El mar bravío, en su rizado espejo
abrillantaba el éter esplendente,
cual si toda grandeza, eternamente,
fuera de otra grandeza fiel reflejo.

Mas, á pesar de la risueña calma
que adormecía el giro del planeta,
se apuntalaba el cuerpo del atleta
tan solo á expensas de la paz del alma.
Pues un día de amarga desventura,
como abismo sin término y sin fondo,
creyó sentir del seno en lo más hondo
de la traición la horrible mordedura.
Por eso, al tiempo de explotar el día
en la turquesa del radiante cielo,
clamaba con profundo desconsuelo:
¡Ah! ¡qué négra es la vida, madre mía!

FLORENCIO VILASECA



ORILLAS DEL TER — Cuadro de JOSE M.ª MARQUÉS

J. FREIXES-SAURÍ



PAISAJE



Cuadro de RICARDO BRUGADA.

BELLAS ARTES

Del fecundo Ricardo Brugada es la media figura que publicamos en el frontispicio de este número. Asunto simpático, justa la nota de color, bonita la mujer, es cuadrito que revela una vez más el buen gusto y hasta aquel *dejo* sentimental que imprime Brugada con frecuencia á sus obras.

Una verdadera novedad para el Album Salón es la firma de Juan Roig y Soler que honra hoy estas páginas.

Roig y Soler, es uno de los artistas que ha interpretado más hondamente el carácter típico de las poblaciones rurales catalanas, descubriendo sus bellezas y evidenciándolas de un modo casi tangible á los ojos del espectador. Su especialidad, aún dentro del género, son las limpias poblaciones costaneras, en las que el sol bate deslumbrador al posarse en los blanqueados frontis de las casas. Ninguno como él ha sabido reproducir la luz del mediodía, ni los cielos de azul intenso en los que parece como si la atmósfera estuviera cargada de caliginosos vapores, ni las infinitas gradaciones del Mediterráneo que sirve de plácido fondo á sus cuadros.

Con penetrante intuición escoge bellísimos puntos de vista donde otros pasan con indiferencia, y encuentra la nota característica en esas lindas y pulidas calles y casas en donde se respira una especie de modesto bienestar.

Las ferias y mercados de las poblaciones mayores, préstanle una infinidad de accidentes que aprovecha con un criterio ajeno á todo artificio, de modo que puede afirmarse que las escenas por él vistas, son transcritas con una fidelidad absolutamente local. Y en sus ambientes siempre artísticos, en esos escenarios siempre reales hace mover sus figuras con la misma naturalidad con que ve la arquitectura, sumiendo todos los elementos en la luz difusa y caliente de nuestro sol.

Cualidad primordial de su arte es un mecanismo firme y suelto; en sus comienzos atildado y primoroso, hoy ya robusto y sintético; dibuja correctamente, é imprime un sello especial á sus cuadros que atraen y se saborean con deleite.

Roig y Soler es joven aún y se halla en el apogeo de su arte. Ha sido premiado en varias exposiciones, y sus obras figuran en multitud de galerías particulares y públicas, siendo su firma una de las que gozan más favor en el mercado artístico.

Los dos cuadros que publicamos hoy, *Calle de San Pedro en Moyá* y la *Iglesia de Blanes* son dos hermosos estudios; el primero de una sencillez rayana en el impresionismo, acusándose la forma simplemente como resultado de la luz; el segundo admirablemente contrastado de claro-obscuro y de proporciones acertadísimas. Ambos, justo resumen de todo lo que llevamos expuesto.

Cierra este número una linda *Cabeza de veneciana*, estudio hecho en la propia ciudad de las lagunas y los canales, por el distinguido pintor P. M. Bertrán, ya conocido de los lectores del Album Salón.

F. C.

EL ESTABLECIMIENTO "TORINO"

FLAMINIO MEZZALAMA

El 24 de Marzo, en el lujoso establecimiento *Torino* que para la expendición de los productos de la casa Martini y Rossi, de Turín, con fábrica en esta ciudad, ha abierto don Flaminio Mezzalama en el paseo de Gracia, tenía lugar una fiesta para celebrar la entrega del artístico diploma que el Jurado nombrado por el Ayuntamiento le había conferido, por ser el establecimiento más espléndidamente decorado que se inaugurara en el año anterior.

A los acordes de la banda municipal, una distinguida concurrencia, entre la que figuraba una comisión de nuestro Ayuntamiento presidida por el teniente alcalde don Julio Marial, el Excmo. gobernador civil, representantes de la prensa, las personalidades más salientes de la colonia italiana, residente en Barcelona, los arquitectos y artistas que intervinieron en las obras y otros invitados, invadieron el establecimiento.

Un empleado del Ayuntamiento dió lectura al acta del Jurado en la que se acordaba premiar, entre los edificios y establecimientos inaugurados en 1902, al *Torino;* y el señor Marial, seguidamente, en nombre de la corporación que representaba hizo entrega del diploma y pronunció un discurso felicitando á los artistas y enalteciendo al dueño de la casa por haber honrado á Barcelona escogiendo artistas catalanes para realizar una obra tan genuinamente artística y en la que fueron siempre maestros los compatriotas del señor Mezzalama.

Este señor, profundamente conmovido por las distinciones de que era objeto pronunció elocuentes frases haciendo constar su afecto hacia España, su confianza en los artistas españoles y su satisfacción por haber éstos dado cima de un modo tan perfecto á la obra que les encomendara.

Luego los invitados pasaron al salón interior, donde se les sirvió un exquisito *lunch,* durante el que reinó la más sincera cordialidad.

El diploma es una verdadera joya de arte. Está pintado en pergamino por el señor Mirabent, con notable buen gusto ornamental, y va encerrado en un hermoso marco de bronce, proyectado y construído por los celebrados artífices señores Masriera y Campins.

El fallo del Jurado ha sido acogido muy favorablemente por la opinión pública de Barcelona, la que desde la inauguración del rico despacho de wermouhts y licores se había formado claro concepto del valor artístico de un establecimiento que honra á la ciudad condal, ya famosa por el noble empeño de sus industriales en exponer espléndidamente sus géneros. Júzguese, pues, de la importancia del *Torino* cuando ha logrado no sólo fijar la atención pública, sino también la de un Jurado compuesto de artistas, mereciendo se le concediera el premio anual.

En el *Torino* se han conjuntado todas las bellas artes, sujetándose á un plan común que las realza y avalora recíprocamente. Está proyectado en el estilo llamado *modernista,* pero con tal riqueza de entalles, dorados y pinturas, que más bien recuerda los primores del plateresco, cuya suntuosidad remeda. Sorprende ya desde luego en el exterior el corte especial de las puertas, agrupadas dos á dos en una grandiosa curva que arranca desde el suelo, desechando la clásica forma de jambas y dinteles. Enlázanse con esta curva primordial las demás partes de la fachada y éstas entre sí de un modo tan vario é inesperado, que se pasa de continuo de una á otra sorpresa. Así, por ejemplo, para destruir en cierto modo el macizo que se interpone entre las dos principales aberturas, formando de ambas un todo homogéneo, anímase la piedra en la figura de una bacante que recibe en una copa el zumo de la vid que le vierte un amorcillo; y en las cepas que entrelazadas suben á confundir sus ramas con las que están pintadas en las vidrieras y terminan en los primeros férreos adornos de la pomposa y amplia marquesina que cobija la acera en toda su extensión y motiva los arranques de las lámparas que completan esta original decoración.

El interior sigue, como es natural, el sistema ornamental exterior, pero en consonancia con el *confort* propio de esta clase de establecimientos. Nada se ha escatimado allí para que la estancia resultara lo más agradable posible. Los mismos accidentes de construcción, la misma irregularidad de su planta han impuesto un sello original al gran salón para el servicio del público. El gran arco que divide éste de las demás dependencias, sostenido por grupos de delicadas columnitas sobre las que campean los escudos de España, Italia y Portugal, y características leyendas; el encantador ajimez, del que cuelga suntuoso tapiz, al que flanquean dos elegantísimas mues-



Flaminio Mezzalama.

Fotog. de A. Esplugas.

tras de hierro decorado; los altos arrimaderos primorosamente entallados, cuya vigorosa tonalidad presta mayor delicadeza á los grandes *panneaux* representando escenas de caza que decoran lo restante de los muros hasta la cornisa; el techo, de viguetas labradas y decoradas, apropiándose las galanuras de la decadencia gótica; las hermosas coronas para la iluminación, por gas y electricidad, verdaderas joyas de bronce en las que se engarzan unos á modo de broches de vidrios de colores; las altas vidrieras simulando emparrados que se entrelazan caprichosamente, tamizando la luz á través de sus esmeraldinas transparencias; las mesas, las sillas, el monumental mostrador con su mosaico de Venecia, todo pregona una dirección experta y una mano munífica.

En el fondo, apartado del movimiento que lógicamente había de afluir en el lugar ya descrito, montóse otro salón destinado á fiestas íntimas, encargándose de dirigirlo el eximio arquitecto señor Gaudí.

Oportunas imitaciones han convertido aquel salón en una inmensa taza de mayólica, de tonalidades claras y relucientes, en las que se quiebra la luz de las preciosas lámparas de vidrio de Murano, que son parte principal de la ornamentación.

Toda esa elaboración de colmena, todo ese cúmulo de riquezas artísticas es obra de inteligencias que residen en Barcelona. La dirección general estuvo á cargo del señor Campmany; el techo, del arquitecto Puig y Cadafalch; la escultura en piedra fué tallada por Masana y Buzzi; la talla en madera por Calonge é hijo; las lámparas de bronce salieron de la fundición de Masriera, Campins y C.ª; los *panneaux* decorativos son de Ricardo Urgell; la pintura mural, de Jaumell y García; las vidrieras, de Bordalba y C.ª; los hierros, de Ballarín, y el proyecto de la marquesina, del arquitecto Falqués; el mosaico, de Órsola y Solá; los cartones embutidos, de Miralles; las sillas, de Thonet y las mesas y hierros fundidos, de Hijos de Ignacio Quintana.



Ahora bien, no contaría Barcelona con un establecimiento que tanto la honra, sin la acometividad, entusiasmo y esplendidez del apoderado en España de la famosa casa Martini y Rossi de Turín, don Flaminio Mezzalama, quien, por sus desvelos en pro de nuestro país, al que ha servido desinteresadamente en varias ocasiones, se ha hecho acreedor á la consideración y respeto de los españoles.

Hombre de inteligencia preclara y de una actividad casi inconcebible, después de licenciarse en letras italianas en su juventud, dedicóse al comercio, entrando luego al servicio de la Casa que tan dignamente representa, la cual, reconociendo sus extraordinarias cualidades, le envió en 1893 á implantar y dirigir una fábrica sucursal de sus famosos wermouths en Barcelona, la cual, merced á la habilidad de Mezzalama, pudo en breve tiempo dominar el mercado de España y Portugal y el de algunas naciones de Ultramar.

Hace cosa de tres años, para que el público pudiera conocer y apreciar los productos de la fábrica y evitar las falsificaciones á que están expuestas las marcas de fama, abrió el primero de los dos establecimientos *Torino*, con que cuenta Barcelona, sito en la calle de Escudillers, del que se ocupó con elogio la prensa de Barcelona por la elegancia y lujo de su presentación, siguiéndole un año después el que acaba de ser pre-



Vista exterior.



CALLE DE SAN PEDRO EN MOYÁ (CATALUÑA).



IGLESIA PARROQUIAL DE BLANES (Cataluña).

miado. En ambos despachos, que ha abierto por su exclusiva cuenta, ha expendido Mezzalama, sumas enormes que atestiguan su fibra emprendedora y comercial, logrando que la atención del público se fijara en lo que era objeto de sus afanes: los productos de la casa Martini y Rossi.

Pero su espíritu no se satisface cuando ve ya resuelto en definitiva un problema, y ha de buscar en otras empresas nuevo aliciente á su tenacidad.

Es accionista en Turín de la sociedad *Il vetro* (*El vidrio*), en la que trabajan 1,650 operarios en la confección de botellas de todas clases.

Es gerente apoderado de la sucursal que la importante casa Zahn de Milán ha abierto en Barcelona para la confección de corbatas, en la que trabajan 30 obreras.

Y últimamente ha constituído una Sociedad colectiva bajo la razón Estrader, Mezzalama y C.ª, para la fabricación en Barcelona del exquisito chocolate *Torino*, y para cuya expendición se inaugurará dentro de poco un espléndido local en la calle de las Cortes.

En medio de esa incesante actividad comercial, que forzosamente ha de absorber todo su tiempo, aún halla ocasión de representar dignamente á los productores españoles en Turín, en Viena y en Atenas, convirtiéndose en noble campeón de sus intereses, como no lo haría con más celo un connacional nuestro. En efecto, como á Comisario general y Jurado por la España, en la exposición de Turín de 1902, obtuvo 38 premios á favor de 22 expositores; entre ellos 2 grandes diplomas de honor, 11 medallas de oro, 12 de plata, 11 de bronce, una mención honorífica y la gran copa internacional de honor á favor del *Sindicato de Exportadores de vinos de Barcelona*. Como á Comisario general y presidente del Jurado en la Exposición Internacional de Viena de 1903, obtuvo 51 premios para 21 expositores españoles, esto es, 10 grandes diplomas de honor, 20 medallas de oro, 20 insignias de honor y una medalla de plata. Y finalmente, con idénticos títulos que la anterior, en la Exposición Internacional de Atenas ha logrado otro triunfo para los vinicultores españoles, cuyos resultados definitivos se conocerán en breve.

Carácter abierto, franco y leal, culto, educado, de refinado gusto artístico, periodista á ratos, puesto que es corresponsal de algunos periódicos italianos, y sobre todo muy amante de nuestro país y de los inmejorables productos de nuestro suelo, puede decirse que son sus amigos cuantos le conocen, pues es difícil sustraerse á la sugestión de su expansivo carácter ó de su cumplida caballerosidad.

Mezzalama no ha venido á explotar á los españoles, sino á compartir con ellos las efusiones de su alma altruista y generosa y á batallar á su lado por el engrandecimiento de la nación que le cobija.

Por esto el diploma con que le ha premiado el Ayuntamiento, tanto como un acto de justicia, es el cumplimiento de un deber moral que la ciudad había contraído con el emprendedor extranjero. Y por esto escribimos con íntimo placer estas líneas, que deseamos sean el testimonio de nuestra ferviente admiración y amistad.

Francisco CASANOVAS







Mostrador y escalera de acceso al salón íntimo. Salón principal. Vestíbulo y paso al mostrador.

MI CICERONE

Hace ya muchos años que invitado por mi amigo R., director entonces del Penal de Granada, visité por primera vez la hermosa ciudad andaluza. Hospedado en las excelentes habitaciones que R... habitaba dentro del establecimiento, pasé una gran temporada, durante la cual conseguí reponerme de la aguda enfermedad que acababa de sufrir. Mi amigo no podía acompañarme á parte alguna; se lo impedía el servicio permanente á que le tenía sometido su delicado cargo; por esto el mismo día de mi llegada, y cuando después de cenar me disponía á vestirme para salir, me dijo, pulsando un timbre que tenía á la derecha de su asiento:

—Puesto que no sabrás andar por ahí solo y yo

no puedo dedicarte nada de tiempo, te he buscado un *cicerone*, del que puedes disponer á tu antojo.

—¿Algún amigo tuyo?—pregunté.

—No, un preso, un confinado á quince años de reclusión.

—¡Diablo! ¿te has vuelto loco? — exclamé sorprendido. — ¡Bonito papel haría yo por ahí al lado de un criminal! Me gusta la seguridad personal que me proporcionas.

—Tú calla y déjame hacer. Jacinto Cobos, que así se llama tu *cicerone*,—siguió diciendo R...., — es un hombre de toda mi confianza, que entra y sale cuando lo tiene á bien, y en diez años que hace que lo tengo bajo mi custodia jamás ha dado lugar al más leve reproche. Es hombre de brillante y dolorosa historia, que te referirá, porque siente hacia ti grandes simpatías: ha leído tus libros y conoce todas tus cartas; él me lleva el despacho y me sirve, en fin, en mis más delicados asuntos. Acéptalo con entera confianza, que te agradará...

Y esto diciendo, se nos presentó un hombre como de treinta y cinco años, alto, recio, moreno, de facciones enérgicas, ojos grises y barba negra, poblada y espesa. Vestía con cierta esmerada pulcritud, y sus ademanes denotaban la exquisita cortesía del hombre bien educado.

Mi amigo se dirigió á él y le dijo, señalándome:

—Cobos: Póngase usted á las órdenes de este caballero; el señor, es don Federico Pall...; acompáñele á todas partes y procure que conozca bien todo Granada.

***

Un cuarto de hora después, mi *cicerone* sentábase conmigo en una mesa del café de la Bomba, en cuya acera, protegida de los claros focos de luz y bajo la sombra que proyectaban las cortinas de un toldo á medio correr, disfrutábamos, sin apenas ser vistos, de la deliciosa temperatura que respiran las noches estivales granadinas.

Intrigado yo por conocer la historia de aquel hombre á quien mi amigo sacaba de su celda y despojaba de sus grilletes de presidiario, sentía cierta mezcla de horrorosa compasión hacia él, que permanecía callado y sufriendo, sin duda, las vergonzosas interrogaciones de mi espectante mirada.

Cuando lo juzgué oportuno comencé mis curiosas exhortaciones:

—¿Es usted de esta región? — le dije.

—No, señor; soy castellano, de Valladolid.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en el Penal?

—Diez años, — me contestó, con un dejo de conmovedora amargura.

—Vamos á ver, — me atreví á preguntarle: — ¿qué hizo usted para que la justicia le castigase tan duramente?

—¡Oh, mire usted! un crimen, al que me arrastró la desgracia. Maté á un superior mío, porque se me imputaba un robo de valores.

—De modo, que era usted funcionario público.

—Sí, señor; oficial de Correos, jefe de una ambulancia.

—¿Quiere usted referirme ese capítulo de su vida? La tragedia del hombre honrado es siempre digna de conocerse, por las grandes enseñanzas que da para los que la escuchan.

—Pues, verá usted,—siguió mi interlocutor, cerniéndose en su asiento y chupateando nerviosamente un cigarro. — Viajaba yo de Valladolid á Zamora, línea que conocía al dedillo, y en la que disfrutaba de una conducta envidiable. Un día salí de Zamora con mi expedición, llevando entre los pliegos certificados uno de 5,000 pesetas. Nunca había conducido cantidad semejante, y sentía naturalmente cierto malestar. En el camino llené mis hojas y libros respectivos... y no sé más: sólo recuerdo que me sentí atacado de un profundo sueño y que, cuando desperté de mi letargo, casi en las agujas ya de la estación de Valladolid, mi carpeta de valores había desaparecido.

» Al bajar la portezuela del coche creí que todo el mundo amenazaba desplomarse sobre mi cabeza. Inmediatamente regresé á la Administración y, llorando como un niño, referí á todo el mundo mi tremenda desgracia. Nadie me atendió.

» El jefe, después de practicar las primeras indagatorias que previene el reglamento, se negó á recibirme particularmente. Aquella misma noche ingresé en la cárcel. Yo tenía entonces veinticinco años y fama de hombre alegre, decidor y bullanguero; es decir, de derrochador y mala cabeza.

» Tres meses después, el Tribunal de la ley me condenaba, por mi *robo*, á inhabilitación perpetua y seis años de arresto mayor. No tuve ni un atenuante en favor mío; todo el mundo declaró en contra. Mi jefe trazó un retrato de mis condiciones de carácter ante los jueces, y la sustracción quedó probada; era yo un ladrón indiscutible. Entonces, despojado ya de mi honra y porvenir, viéndome formado en las filas del primer curso de presidio, una noche concebí la idea de matar á mis verdugos.

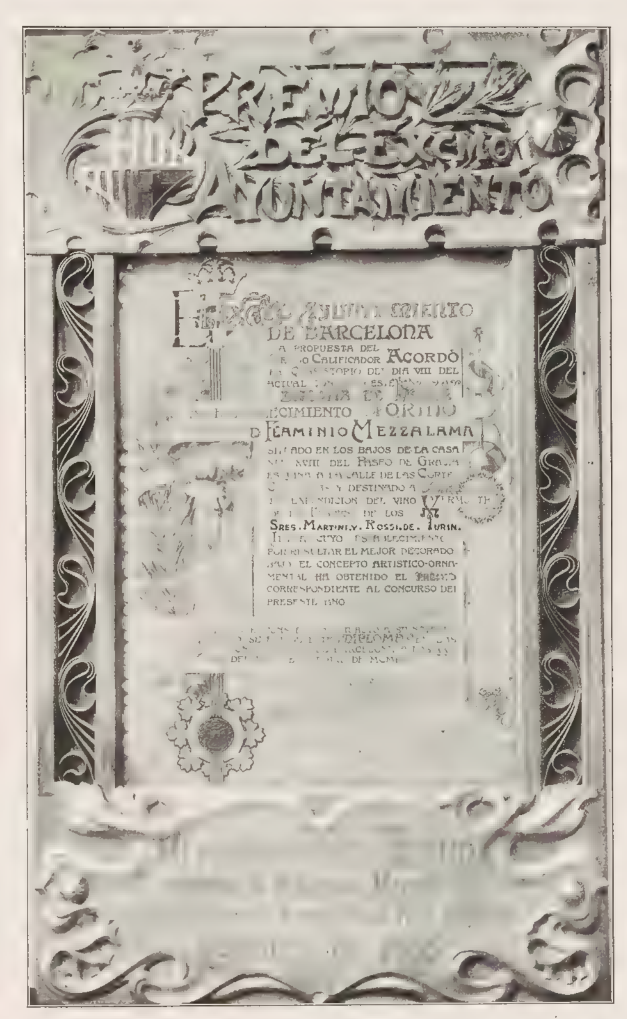
» Mis verdugos se sintetizaban en una sola persona, en mi jefe, y así lo hice: él, me había robado el honor, yo le robé la vida; que tanto vale una cosa como otra.

—¡Oh! entonces, — le interrumpí, — la expiación fué mucho más dura.

—Entonces, — siguió diciendo, — sumé nueve años más á la nueva carrera que me designaba el destino.

—¿Y al fin ha conseguido usted probar su inculpabilidad? — le interrogué.

—¡Cómo, señor...! ¿No fué bastante prueba mi asesinato? ¿Acaso podría hacerme matar, nada que no fuese la voz de mi inocencia?



Facsímil del diploma entregado al señor Mezzalama.

Fotog. de A. Esplugas.

***

Perplejo yo ante lo incontrovertible de su argumento, no supe qué contestar. Callado le miré atentamente con religioso silencio, y en un instante, la faz dura y enérgica de mi interlocutor se transformó á mis ojos en el emblema del sufrimiento, en ese escudo sublime de dolorosa portada que sobre la frente de los bajos han esculpido los salivajos de las leyes injustas dictadas por los altos.

† E. ALBERTO CARRASCO



CABEZA DE VENECIANA






Ultimo retrato; hecho por Napoleón en Barcelona.

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Le vimos entre nosotros, hará pronto diez y seis años, cuando, aún no abiertos sus ojos á la luz de la razón, le trajo á Barcelona la augusta dama que regía los destinos de la nación española, para que desde el maternal regazo presidiera la solemne apertura de nuestra primera y gloriosa Exposición Universal. Desde entonces, los catalanes, como el resto de los españoles no residentes en Madrid ó en San Sebastián, hemos estado privados de verle, y sólo por referencias de la prensa, reflejo muchas veces de la pasión política, más que la de la verdad absoluta, nos ha sido dable apreciar desde lejos el creciente desarrollo físico é intelectual, tan de palpitante interés para el País, de quien, único ejemplo que existe en la Historia, nacido para reinar, era ya rey antes de nacer.

Que el monarca se debe á sus pueblos, es indudable; que para gobernarlos bien ha de estudiar sus necesidades y fomentar sus medios de riqueza, viviendo en continuo contacto con ellos; no podía escaparse á la clara inteligencia del actual Borbón, y por eso le hacemos la justicia de creer que en cuanto, ha dos años escasos, ciñó la Real corona, sintió en el fondo de su alma el justo deseo de recorrer esta España tan mísera al presente como poderosa en tiempos no remotos, y formó el propósito de visitar una por una sus varias regiones, empezando seguramente por la catalana, que si con entusiasmo sincero le aclamó de niño, forzosamente había de experimentar inmensa satisfacción al presentársele hecho un hombre.

Pero el Rey, con arreglo á la Constitución, no es dueño de sus acciones ni puede siempre realizar sus deseos, y ha sido preciso que nuestro joven Monarca tuviera al lado un consejero menos receloso y pusilánime que los anteriores, capaz de arrostrar ante la Nación todo el peso de imaginarias responsabilidades, para que se realizase la regia visita que Cataluña con legítimo derecho esperaba.

Ya se han disipado por completo las pavorosas sombras en que parecía envuelto este necesario viaje; ya habrá reconocido la egregia Reina cuyo recuerdo nunca dejó de sernos grato, que al poner bajo la salvaguardia del pueblo catalán al hijo de sus entrañas no corría otro riesgo que el de quedar por segunda vez obligada á su lealtad y nobleza; ya el propio Alfonso XIII se habrá convencido de que todavía arraigan en nuestro suelo las instituciones en él personificadas, y confesará en su fuero interno que, si ante ellas no marcha unánime la opinión, donde falta el entusiasmo viven latentes el respeto y la cortesía. En buen hora ha venido á nuestros lares, para apreciar personalmente el cariño que aquí se le profesa. ¡Quiera el cielo que jamás deje de merecerlo; porque será señal de que su reinado labra la felicidad de la Patria, única é indivisible!









Excmo. Sr. Alcalde Constitucional,
D. GUILLERMO DE BOLADERES



Excmo. Sr. Gobernador Civil,
D. CARLOS GONZÁLEZ ROTHVOSS



Excmo. Sr. Presidente de la Diputación,
D. JOSÉ ESPINÓS

BARCELONA Y SUS AUTORIDADES

No bien llegó á la Ciudad Condal la noticia de haberse fijado definitivamente la fecha de la visita regia, observóse en ella, aparte de su característica animación, ese movimiento extraordinario, casi febril, que precede á todos los grandes acontecimientos; y acontecimiento no pequeño era el que, tras tantas dudas y vacilaciones, el Gobierno concediera á los barceloneses la oportunidad que se les debía de conocer en persona á su Rey.

Nuestras dignísimas autoridades, cuyos retratos honran esta página y la siguiente, celosas de que el recibimiento correspondiera á la importancia de la capital, constituyéronse, puede decirse, en sesión permanente y no se dieron punto de reposo hasta tomar acuerdo definitivo sobre todos los puntos con él relacionados y dictar las disposiciones precisas para su feliz realización; sin ocultárseles que el éxito dependía principalmente del concurso más ó menos eficaz de los centros particulares, pues dada la organización del actual Ayuntamiento, poco ó nada podía esperarse de su iniciativa oficial, caso que se hubiera considerado prudente solicitarla.

El primer acuerdo que se tomó fué el de que S. M. se alojase en el Palacio del Parque (convertido hoy en Museo), ya que á estos fines lo cedió á la Real Casa la Municipalidad presidida por el ilustre Rius y Taulet en el año 1889, pero como no había tiempo material para terminar las obras y adornar las habitaciones con la suntuosidad que tan soberbia instalación requiere, se desistió de ello, resolviéndose muy acertadamente, á nuestro humilde juicio, habilitar para el transitorio alojamiento del Monarca la Capitanía general.



Eminentísimo Sr. CARDENAL CASAÑAS
Fotografías de Napoleón.

Haciendo verdaderos prodigios de actividad, en doce días escasos, los reputados industriales Busquets, padre é hijo, á quienes el señor Delgado Zulueta confió la delicada comisión de decorar y amueblar las habitaciones destinadas al Rey y á la alta servidumbre que le acompañara, reunieron y combinaron una verdadera riqueza en muebles y cortinajes, de su propia confección los más, cuyo valor intrínseco y refinado gusto dieron al improvisado palacio la apariencia de morada regia y permanente, conforme pueden apreciar nuestros lectores por las vistas fotográficas que en su lugar publicamos, sintiendo que la falta de espacio nos prive de ofrecerles una descripción detallada.

No en vano la Junta de autoridades confiaba con el concurso particular; pronto se convenció de que Barcelona en peso, salvo los elementos descartados de antemano, secundarían con íntimo regocijo y verdadero empeño sus esfuerzos por dispensar al coronado huésped una acogida digna, tal vez memorable, pues en sus respectivos despachos se vieron materialmente asaltados, tanto el Gobernador como el Alcalde, lo mismo el Capitán general que el Presidente de la Diputación y el Comandante de Marina por multitud de comisiones, de dentro y fuera de la capital, representantes de corporaciones, miembros de la nobleza, comerciantes, artistas, empleados, hasta obreros; cuanto constituye, en fin, la fuerza y vitalidad








del Principado, ávidos de ofrecerles su personal servicio y los medios por qué cada uno podía agregar un número atrayente ó de pública conveniencia al programa general de festejos; aparte de los que individualmente se proponían dispensar al joven Soberano, en quien tienen cifradas sus esperanzas los constantes y convencidos partidarios del régimen monárquico.

Y á esas espontáneas manifestaciones, prenda segura de un recibimiento más que lisonjero, posiblemente entusiasta, se agregaba la satisfacción profunda con que todos esos señores iban adquiriendo la persuasión, por autorizadas referencias, de que ninguna nota discordante empañaría el brillo de las fiestas proyectadas; pues los elementos distanciados de la Monarquía y los que no ven con buenos ojos la excesiva centralización del poder gubernativo, si bien se retraerían de ellas, guardarían la correcta y cortés actitud que exigen la proverbial cultura catalana y la irresponsabilidad del simpático visitante.

No cabe negar que al exquisito tacto y laudable prudencia de nuestras autoridades, á la popularidad de que gozan, al prestigio que las rodea débese en gran parte el feliz éxito que legítimamente nos ha colmado de regocijo; pero es fuerza reconocer también, que si Barcelona, dando otra prueba evidente de patriotismo, ha merecido universal aplauso y afianzado los lazos que la unen con las demás provincias, se debe al sano y generoso corazón de sus hijos, cerrado á todo rencor, abierto siempre á todo sentimiento noble, y dispuesto á devolver centuplicado el cariño que se le dispensa, la amistad con que se le brinda.

Así se comprende que el recibimiento hecho al novel Monarca fuera caldeándose por grados durante el tránsito del Apeadero á la Capitanía; no necesitó más aquella multitud heterogénea, congregada en las calles ó agolpada á los balcones, que fijarse en su rostro aniñado, imberbe todavía, descolorido un tanto por la fatiga del viaje y en que se retrataba la más sincera emoción, hija sin duda de la sorpresa, ó de una súbita alegría acaso, para que la curiosidad de los unos y el interés de los otros se convirtiera en general simpatía, manifestándose con estruendosos vítores el entusiasmo de que instintivamente se hallaron poseídos.



Excmo. Sr. D. MANUEL DELGADO ZULUETA
Capitán general de Cataluña.
Fot. de Napoleón.

A los hijos de esta tierra les seduce una mirada tierna, se les conquista con una sonrisa cariñosa; no le ha sido, por lo tanto, difícil á Alfonso XIII, cuya sencilla majestad encantaría, si no hablaran ya en su abono la aureola de la realeza y las naturales galas de la juventud, encender en sus pechos un amor tanto más duradero cuanto más sinceramente sea correspondido.

De él solo depende ahora que nuestros aplausos le sigan por donde vaya, que este amor se consolide.

Barcelona, por sí y en nombre del Principado que tan patentes muestras de adhesión acaba de darle, reclama con razón, nó preferencias ni exclusivismos, sino el amparo legal á que, en justicia, es acreedora; y puesto que personalmente ha visto el Rey lo que esta región vale, es de esperar que los condicionales ofrecimientos con que se dignó alentarla tradúzcanse pronto en lisonjeras realidades, á fin de que, bajo su egida protectora y para honra y provecho de la noble España á que vive unida con lazos indisolubles, alcance en días no lejanos todo el desarrollo, toda la prosperidad de que el mundo entero la juzga susceptible.

Nada avasalla tanto como la gratitud: ¡Dichoso el pueblo que puede estar agradecido á sus reyes!

* * *



Excmo. Sr. D. JOAQUÍN VIDAL GÓMEZ
Presidente de la Audiencia.
Fot. de J. Martí



Excmo. Sr. D. JUAN J. DE LA MATTA
Comandante de Marina.



Excmo. Sr. Rector de la Universidad,
D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ


Fotografías de Napoleón.












Excmo. Sr. D. ANTONIO MAURA *Fot. de Napoleón.*
Presidente del Consejo de Ministros.

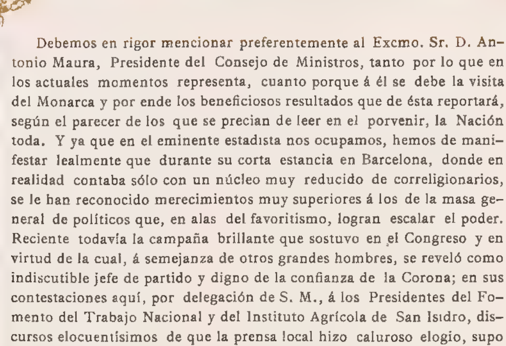
SÉQUITO REAL

Muchas en número y de alta categoría fueron las personalidades que acompañaron á S. M. en el viaje á Cataluña; y de algunas de ellas, ya que no nos ha sido posible obtener los de las restantes, damos, á título de información, el retrato.

La Corte de España se ha distinguido siempre por su esplendor, y aunque los tiempos han evolucionado en sentido democrático, haciendo sentir sus efectos hasta en el Real palacio, lo conserva todavía quizá en mayor grado que las demás Cortes europeas.

Natural era que, siquiera fuese de paso, al visitar por primera vez la más importante provincia española se rodeara el Rey de un cortejo lucido y de los leales servidores en quienes tiene depositada su confianza, lo propio que la amantísima madre que no sin cierta pena y recelo le vió partir.

Además de los que ejercen cargo junto al Trono, vinieron también acompañando á S. M. varios linajudos personajes; unos, por el afecto que le profesan, por curiosidad otros y para formar exacto juicio los demás del recibimiento que aquí se le dispensara; siendo para casi todos ellos desconocida esta ciudad y probablemente poco apreciada por algunos que, ante la evidencia, no han podido por menos que reformar su juicio de un modo muy favorable.



Debemos en rigor mencionar preferentemente al Excmo. Sr. D. Antonio Maura, Presidente del Consejo de Ministros, tanto por lo que en los actuales momentos representa, cuanto porque á él se debe la visita del Monarca y por ende los beneficiosos resultados que de ésta reportará, según el parecer de los que se precian de leer en el porvenir, la Nación toda. Y ya que en el eminente estadista nos ocupamos, hemos de manifestar lealmente que durante su corta estancia en Barcelona, donde en realidad contaba sólo con un núcleo muy reducido de correligionarios, se le han reconocido merecimientos muy superiores á los de la masa general de políticos que, en alas del favoritismo, logran escalar el poder. Reciente todavía la campaña brillante que sostuvo en el Congreso y en virtud de la cual, á semejanza de otros grandes hombres, se reveló como indiscutible jefe de partido y digno de la confianza de la Corona; en sus contestaciones aquí, por delegación de S. M., á los Presidentes del Fomento del Trabajo Nacional y del Instituto Agrícola de San Isidro, discursos elocuentísimos de que la prensa local hizo caluroso elogio, supo probarnos que no en balde sus mismos adversarios admiran en él al primer orador y polemista de los presentes tiempos parlamentarios.

Estas cualidades, unidas á la firmeza de convicción y á la energía de carácter que posee también en alto grado y cuyas agradables consecuencias acabamos de tocar, han hecho comprender que el señor Maura puede ser un excelente hombre de gobierno, y la opinión pública, lo mismo acá que en el resto de la Península, ha reaccionado en su favor, abriéndole las puertas del prestigio, particularmente entre las clases conservadoras y sobre todo desde el criminal atentado á que nos referiremos en sitio oportuno y que le hubiera costado la vida, sin el auxilio de la Providencia, que la reserva acaso para muy elevados fines.

Mucho se le reprochó al señor Maura su empeño en acompañar al Rey á Barcelona; los intransigentes calificábanlo de provocación ó rasgo de soberbia; los más benévolos auguraban mal de su venida; los hechos se han encargado de demostrar que obró oportunamente viniendo.

Como ministro de jornada, acompañó también á S. M. el de la Guerra, Excmo. Sr. D. Arsenio Linares, quien, al igual que el señor Maura, se alojó en la Diputación Provincial, donde al efecto se había decorado y amueblado convenientemente algunas habitaciones.

Aparte de estas entidades, formaban el real séquito:

El Excmo. Sr. Duque de Sotomayor, que ejerce el cargo de Mayordomo Mayor de SS. MM., el primero y más delicado de Palacio, trayendo consigo el personal necesario para el servicio de la Mayordomía. Infatigable en el ejercicio de sus funciones, el citado señor, tras cuyos timbres nobiliarios se oculta una bondad extremada y un afabilísimo trato, no se ha separado un momento del Soberano, ni dentro de la capital ni en las varias excursiones fuera de ella.

El Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja, Jefe del cuarto militar del Rey.

Los Excmos. Sres. D. Juan Lóriga, Conde de Grove y don Miguel González Castejón, profesores militares y ayudantes del Soberano.



Excmo. Sr. D. ARSENIO LINARES
Ministro de la Guerra. *Fot. de Franzen.*







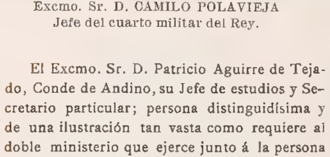

Excmo. Sr. D. CAMILO POLAVIEJA
Jefe del cuarto militar del Rey.



Excmo. Sr. CONDE DE PACHECO
Comandante general de Alabarderos.



Exmo. Sr. CONDE DE GROVE
Profesor militar y ayudante del Rey.



El Excmo. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejado, Conde de Andino, su Jefe de estudios y Secretario particular; persona distinguidísima y de una ilustración tan vasta como requiere al doble ministerio que ejerce junto á la persona del Monarca.

El veterano Comandante general de Alabarderos, Excmo. Sr. Conde de Pacheco y el Excmo. Sr. Marqués de Sotomayor, Jefe de la Escolta Real; cuerpos creados exclusivamente para la custodia íntima de S. M. y de los cuales vinieron contados individuos. Debemos advertir que de la mencionada escolta se hizo poco uso, pues en casi todas las salidas del Rey, seguramente por deferencia de éste á la ciudad de Barcelona, substituyóla nuestra arrogante Guardia Municipal montada.

El Excmo. Sr. D. Manuel Ramón Zarco del Valle, Inspector de los reales palacios, y otros muchos altos empleados, cuyo nombre y categoría ignoramos.

Aunque en realidad no formaban parte del Real séquito, vinieron y hospedáronse también en la ciudad de los Condes, atraídos por la presencia de Don Alfonso, el Inspector general de la Guardia Civil, general Martitegui, y otros muchos miembros de la grandeza y distinguidas familias madrileñas, cumpliéndonos mencionar entre los primeros á los Excmos. Sres. Duque de Arévalo y Marqueses de Viana y de Tovar, que, según se nos dijo, constituyen la tertulia particular del Rey y le merecen singular aprecio.

Con el refuerzo de tanto y tanto forastero ilustre, Barcelona parecía una segunda Corte; contribuyendo no poco á darle ese aspecto la brillante oficialidad de los varios buques nacionales y extranjeros anclados en el puerto, que en todos los actos públicos del Monarca siguióle con respetuoso interés, cual si formara parte de su séquito.

Réstanos añadir que durante los días en que S. M. permaneció entre nosotros, prestaron servicio, como Grandes de España, en la cámara regia, los Excmos. Sres. Marqueses de Comillas, de Marianao, de Sentmenat y de Castelldosrius, con cuyos retratos engalanamos también este número, por ser de justicia que honremos, en la medida de nuestras fuerzas, á quienes ostentando tan preciado título honran á Cataluña.

* * *



Excmo. Sr. DUQUE DE SOTOMAYOR
Mayordomo Mayor de Palacio.
Fotografías de Cao Durán y de Franzen.

Excmo. Sr. DUQUE DE ARÉVALO



Excmo. Sr. MARQUÉS DE VIANA



Excmo. Sr. MARQUÉS DE TOVAR

Fotografías de Napoleón.






EL REY EN CATALUÑA

DON ALFONSO XIII EN SU CABALLO FAVORITO «ALÍ» *Fot. de Franzen.*

Como hemos indicado anteriormente, la entrada de S. M. en Barcelona fué un acontecimiento solemne, un triunfo muy superior al que esperaban los más optimistas, la ovación mayor que se habrá tributado al joven Alfonso en el tiempo que lleva de reinado.

Veamos de bosquejarla en toda su grandeza, pues es la nota culminante del viaje regio.

A las diez y quince minutos del día 7 de Abril entraba el tren real en el andén del Apeadero de la calle de Aragón á toda velocidad. La máquina estaba adornada con un escudo y banderas españolas.

El movimiento de espectación fué enorme. El personal de la compañía y los guardias civiles tuvieron que hacer grandes esfuerzos para contener al público.

Se oyó un aplauso é inmediatamente comenzaron las aclamaciones, que ni un momento cesaron, al Rey y á España.

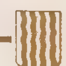
El Alcalde y el Gobernador le recibieron y saludaron al estribo del vagón; pero los vivas hicieron imposible oir las brevísimas frases que pronunciaron dando la bienvenida al Monarca.

Después, Don Alfonso saludó al cardenal Casañas, besándole el anillo,









é inmediatamente, llevando á ambos lados al Gobernador y al Alcalde, salió del andén y subió la gradería con paso ligero, asomando á la puerta del edificio su rostro pálido, en el que se retrataba fielmente la honda emoción que debía sentir.

El aspecto que presentaba en aquel instante el paseo de Gracia era imponente, indescriptible; los vivas al Rey y á España se sucedían, dados por millares de voces sin interrupción alguna; los aplausos, las aclamaciones eran ensordecedoras y ahogaban el estruendo de las músicas, de las bandas de cornetas y de las salvas de los fuertes.

Aquel formidable estrépito hizo que el caballo que iba á montar el Rey se asustara en el momento que le cogía las riendas; sin descomponerse y dando pruebas de una serenidad y una ligereza extraordinarias S. M. montó con suma maestría y sujetó el caballo obligándole á permanecer quieto.

Antes que nadie pudiera impedirlo, la multitud rompió el cordón formado por las tropas y por entre los caballos de la escolta se precipitó hacia el Rey, rodeándole, aclamándole, vitoreándole, sin permitirle apenas que diera un paso. Los estudiantes, con la bandera española, se pusieron junto al caballo del Rey, formando una masa tan compacta, que costó diez minutos de trabajo y de esfuerzos conseguir que llegaran hasta aquél las personas de su acompañamiento.

El desfile fué indescriptible. Pocas veces se ha visto cosa parecida: el Rey, á caballo entre un millar de entusiastas que no cesaban de aclamarle y vitorearle, iba en primer lugar, recibiendo las ovaciones, los saludos y las aclamaciones que le dispensaban los millares de personas agrupadas en el trayecto.

El Rey saludaba sin afectación, con una amabilidad y agrado que cautivaba á las gentes.

Desde los balcones y terrados del paseo, llenos de señoras hasta lo indecible, se vitoreó al Monarca, cubriéndole materialmente de flores.

Junto al obelisco erigido por los militares se soltaron algunos centenares de palomas.

Al cruzar el Rey por



PASO DE LA COMITIVA POR EL ARCO TRIUNFAL DEL PASEO DE GRACIA *(Fot. de A. Más).*



PASO DE LA COMITIVA POR LA RAMBLA DEL CENTRO *Fot. de Laureano.*










SALON DEL TRONO EN LA CAPITANIA GENERAL *Fot. de A. Más*

él una lluvia de *bouquets* que le arrojaban las señoras agitando al aire los pañuelos. El Rey, cuyo rostro demostraba una gran emoción, abandonó las riendas sobre el cuello de *Alí* y cogiendo en el aire las flores saludaba con las dos manos á las manifestantes.

Al pasar S. M. frente al domicilio de la Real Sociedad Colombófila, de la que es presidente honorario, se soltó un considerable número de palomas mensajeras. El Rey saludó afectuosamente á las señoras y socios que ocupaban los balcones. La fachada de la sociedad ostentaba un artístico escudo en bronce con las armas reales.

El Monarca continuó su marcha triunfal por la calle de Fernando, siendo durante todo el trayecto objeto de entusiastas aclamaciones. Cuando llegó á la Rambla del Centro eran las once y media. Las aceras y los arroyos laterales se hallaban completamente cuajados de inmenso gentío, ocurriendo lo propio en los balcones, ventanas y terrados. Al aparecer el Rey, el público le tributó una nueva ovación, que se prolongó durante todo el trayecto de las Ramblas del Centro y Santa Mónica.

En igual forma y entre aclamaciones que se sucedían sin interrupción, rodeado del pueblo y de los estudiantes, embocó en la calle del Dormitorio de San Francisco y continuó por la calle Ancha hasta llegar á la Plaza de la Merced y entrar en la Capitanía general. Sostenidas las riendas del caballo por un palafranero, se apeó, y rodeado de su escolta subió las escaleras del Palacio, dirigiéndose á sus habitaciones.

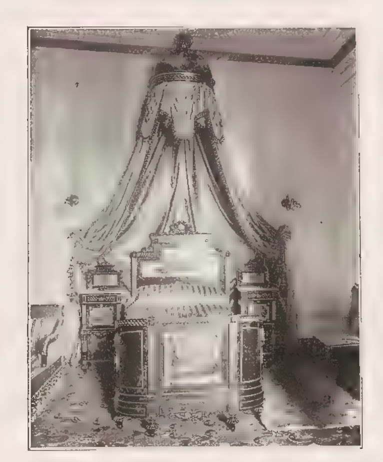
El trozo del paseo de Colón comprendido entre las plazas de Medinaceli y Antonio López presentaba un hermoso golpe de vista. El público llenaba por completo todo el paseo, desde las aceras hasta las verjas del muelle, de las que colgaban verdaderos racimos humanos. Balcones y azoteas viéronse también llenos de gente.

En el momento de asomarse el Rey á uno de los balcones del edificio, un viva estruendoso se elevó de aquella compacta multitud, que aplaudió con entusiasmo delirante; comenzando acto continuo el desfile de las tropas. Junto al Monarca aparecían el Presidente del Consejo, el Ministro de la Guerra, el Gobernador civil, el Alcalde y el Presidente de la Diputación.

delante del Hotel de Inglaterra, una comisión de señoritas le entregó en nombre de las colonias extranjeras un ramo alegórico con la cifra de Alfonso XIII, adornado con lazos y cintas de colores nacionales.

El Monarca, rodeado por los estudiantes y visiblemente emocionado, contestó en frases cariñosas agradeciendo el obsequio y tendió afectuosamente la mano á aquellas lindas señoritas, que ganaron á duras penas el hotel mientras que la comitiva seguía su camino hacia la Puerta del Angel, invadida por la tropa y el pueblo.

Esta hermosísima avenida, que sirve de unión entre la parte nueva y la antigua de la ciudad, presentaba un aspecto brillantísimo, y allí la ovación resultó más imponente, si cabe, debido á que, siendo más estrecha la vía, las manifestaciones de afecto eran más fácilmente vistas y podían ser más efusivas.



EL LECHO REGIO *Fot. de Audouard.*

De los balcones empezó á caer una lluvia de flores que no cesó ya casi en todo el trayecto hasta la Catedral; el Rey no podía ocultar la satisfacción que el espectáculo debía causarle y que realmente era conmovedor. En aquel lugar y hasta la Plaza Nueva el Rey iba quince metros delante de su acompañamiento; así siguió hasta la puerta de Santa Lucía, en la Catedral, sin que decayera en lo más mínimo el entusiasmo ni disminuyera el calor de la ovación.

Don Alfonso, después del *Te-Deum* y de haber visitado la cripta de Santa Eulalia montó de nuevo á caballo y se adelantó, saludando al gentío que se agolpaba en los balcones, ventanas y terrados.

Las señoras agitaban los pañuelos.

Los soldados, los guardias y los municipales hacían esfuerzos titánicos para contener al público, que pretendía á toda costa acercarse al Monarca, quien llegó con gran trabajo á la calle del Obispo. En este punto el público le rodeó y faltó muy poco para que le levantara en alto.

Al llegar á la plaza de San Jaime, que presentaba el aspecto de una inmensa mancha abigarrada, los vivas y los aplausos eran ensordecedores. El Rey, al paso de su caballo y deteniéndose á intervalos, cruzó la plaza y penetró en la calle de Fernando, cuyos balcones y terrados se veían atestadísimos y aparecían con colgaduras y banderas. En el arroyo la gente se estrujaba, apiñándose; desde los balcones caía sobre



EL DORMITORIO DE S. M. *Fot. de A. Más.*








LA SALA DE DESPACHO *Fot. de A. Más.*

de Nuestra Señora de las Mercedes con objeto de asistir á la Salve organizada en su honor por el Real Cuerpo de la Nobleza. Toda la de Barcelona habíase congregado allí, y los uniformes se veían mezclados con el severo frac y los elegantes trajes de las aristocráticas damas.

A la media hora de haber entrado en el templo, salió de él S. M. para regresar á la Capitanía.

La plaza y las calles á ella afluyentes, así como todos los balcones, rebosaban de público que dispensó al Monarca una ovación delirante. Los aplausos, los vítores, y las aclamaciones se prolongaron tanto, que el Rey se vió obligado á asomarse á la tribuna de cristales, saludando desde ella al pueblo.

Imposible describir el entusiasmo que despertó entonces la presencia del Monarca. S. M., visiblemente emocionado, saludó á los manifestantes, y después envió otro saludo afectuoso á las señoras que ocupaban los balcones y las cuales también vitoreaban, agitando los pañuelos.

Don Alfonso, al retirarse de la tribuna, manifestó al Gobernador civil, que á su lado se hallaba, que el recibimiento que Barcelona le había hecho superaba

GRANDES DE ESPAÑA QUE PRESTARON SERVICIO EN LA REAL CÁMARA


Excmo. Sr.
MARQUÉS DE COMILLAS


Excmo. Sr.
MARQUES DE MARIANAO


Excmo. Sr.
MARQUÉS DE SENTMANAT


Excmo. Sr.
MARQUÉS de CASTELLDOSRIUS

Fotografías de Napoleón.

Por la tarde se verificó en el Salón del Trono la recepción general. Más de mil personas desfilaron ante S. M. El acto resultó verdaderamente soberbio, siendo insuficiente el vestíbulo para contener á la multitud de personalidades que acudieron á saludar á Don Alfonso. Asistieron á ella los Grandes de España, Gentileshombres, Grandes cruces, Maestrantes, Caballeros de distintas órdenes militares, Títulos nobiliarios y Cuerpos consulares, Diputación, Audiencia, senadores, diputados, Claustro universitario, Fiscal del Supremo, fiscales municipales, jueces, oficiales del Gobierno civil, Cámara de Comercio, ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, comisiones de gran número de corporaciones y sociedades económicas, literarias y artísticas, los generales, jefes y oficiales de la guarnición francos de servicio, y todos los militares pertenecientes á la reserva.

La recepción terminó á las cinco menos cuarto. Después S. M. mostró deseos de pasear por la población y así lo hizo, acompañado del Presidente de la Diputación y del Alcalde.

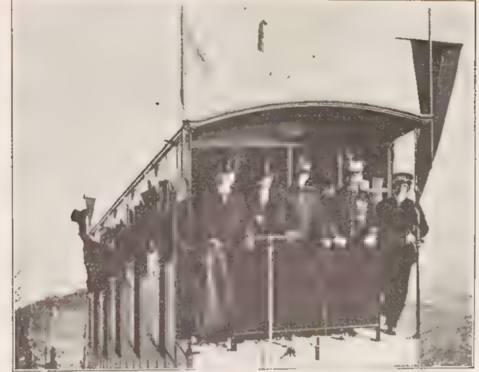
A las seis y media de la tarde, vistiendo traje de Almirante, salió de Palacio para dirigirse á la iglesia


EL COMEDOR *Fot. de A. Más.*







EXCURSIÓN DE S. M. AL TIBIDABO Y ASCENSION A LA CUMBRE, EN EL FUNICULAR

á cuantos se le habían tributado en otras poblaciones.

Hemos relatado con alguna detención los acontecimientos del primer día, que eran los de verdadera trascendencia; en adelante nos limitaremos á reseñar los hechos, sin detalles ni comentarios, para poder consagrar el mayor espacio posible á la información gráfica, muy preferente en toda publicación ilustrada.

A las ocho de la noche del mismo día 7 se celebró en la Capitanía el banquete oficial y, terminado éste, S. M., en compañía de cuantos se sentaron á su mesa, excepción hecha del Cardenal Casañas, se dirigió al « Instituto de Fomento del Trabajo Nacional », donde se había improvisado una nutrida y notable exposición de productos nacionales. A pesar del cansancio que el viaje y las emociones recibidas debiéronle causarle, recorrió y elogió las diversas instalaciones, preguntando detalles acerca de algunas y teniendo para los expositores frases de emulación y elogio. Contestando en nombre del Monarca al elocuente discurso del Presidente del Instituto, señor Ferrer y Vidal, el señor Maura entusiasmó á los concurrentes con la galanura y profundidad de ideas que le son características, empezando ya allí á conquistarse la alta consideración de los intelectuales barceloneses. Tanto á la ida como á la vuelta, el vecindario en masa, que se había echado á la calle para ver las iluminaciones, comparables sólo con las de las fiestas de la Merced en los buenos tiempos, tributó á Don Alfonso una nueva ovación, ruidosa y espontánea; sucediendo lo propio á la entrada y salida del Teatro Principal, en donde estuvo hasta última hora, presidiendo la función de gala.

A las nueve en punto del siguiente día salió el Rey de su palacio para visitar las bodegas que don Pedro G. Maristany, Comisario Regio de Instrucción Pública, tiene establecidas en la carretera del Clot; consagrando el resto de la mañana, pues su estancia en Barcelona debía ser corta y urgía aprovecharla, á honrar con su presencia la fábrica de don Francisco Sert, la Exposición de Arte Catalán contemporáneo que la academia de Bellas Artes había organizado en el taller del malogrado pintor Masriera, la fundición de los señores M. y M. Santamaría, el grandioso templo en construcción que los fieles de la localidad dedican á la Sagrada Familia y la acreditada fundición de los señores Masriera y Campins. A las dos de la tarde tuvo efecto en la Diputación la recepción de alcaldes y comisionados de los pueblos de la provincia que, en número de 700, desfilaron ante el Monarca



EL REY VISITANDO FABRICAS Y ESTABLECIMIENTOS DE BARCELONA



S. M. REVISTANDO LOS SOMATENES EN MONTSERRAT

Excmo. Sr. COMANDANTE GENERAL DE SOMATENES

Fotografías de E. Castellá, de Napoleón y de A. Más.










GERONA — ENTRADA DEL REY EN LA CATEDRAL

quien, verificada ésta, trasladóse á las Casas Consistoriales, cuyas dependencias recorrió, llamándole poderosamente la atención, por sus extraordinarias proporciones, el histórico Salón de Ciento. A las cuatro, y con objeto de presidir la ceremonia infantil de la Fiesta del Arbol, se encaminó al Tibidabo, en cuya falda se hallaban reunidos los niños de todas las escuelas públicas y de muchos colegios particulares, con sus profesores á la cabeza y un gentío inmenso. No cabe imaginar espectáculo más grandioso y poético que el que allí se ofreció á la vista de S. M., ni ovación más sentida, más conmovedora.

En cuanto concluyó el acto, de pie en el freno del funicular ascendió á la cumbre de la montaña, ocupada ya por millares de espectadores, arrancándole frases de admiración el espléndido y sin par panorama que desde aquella altura se entra por los ojos, aunque se quiera tenerlos cerrados. Por cierto que al pasar, á la ida, por la calle Mayor de Gracia, el carruaje real atropelló á un niño de corta edad. ¡Qué mucho si multitud de ellos iban materialmente entre las ruedas! Verlo el Rey y saltar del coche, con la agilidad propia de los diez y ocho años, levantar del suelo al chico, llevarle al establecimiento más próximo, ¡una taberna! retenerle en brazos y colmarle de caricias hasta convencerse de que no había sufrido lesión de importancia, fué obra de un momento. Este rasgo, que revela un hermoso corazón y enterneció á cuantos lo presenciaron, no se borrará nunca de nuestra memoria, y menos lo olvidará, de fijo, la humilde familia que por tan casual percance ha tenido ocasión de conocer la generosidad de Don Alfonso.

Al otro día, 9 de Abril, partió el Rey para Gerona, Figueras, Rosas y San Feliu de Guixols, de conformidad con el itinerario aprobado. El salir á hora muy temprana el tren real no fué obstáculo para que en la estación, lujosa y artísticamente adornada, se hubiera congregado todo el elemento oficial y gran nú-



GERONA — S. M. RECORRIENDO LAS PRINCIPALES CALLES DE LA CIUDAD *Fotografías de Amis Unal.*








FIGUERAS — PASO DE S. M. POR LA RAMBLA

mero de particulares, deseosos de saludarle; salutación cariñosísima que se repitió en todas las demás estaciones del trayecto. Una vez en la Ciudad Heroica, S. M. se dirigió á la Catedral, donde se cantó un solemne *Te-Deum* y desde la cual, siguiendo la tradicional costumbre de sus antecesores, pasó bajo palio á la iglesia de San Andrés, al són de la marcha real que ejecutaban las bandas militares y entre vivas ensordecedores. Visitó después el cuerpo de San Narciso, oró ante el sepulcro del general Alvarez de Castro, recibió en las Casas Consistoriales á cuantos quisieron ofrecerle sus respetos, honró la histórica casa de los señores de Carles, hospedaje obligado de todos los reyes y príncipes que han visitado á Gerona; presidió en el Teatro Principal el banquete dispuesto en su obsequio, de sesenta comensales á setenta y cinco pesetas por cubierto, y siendo la hora de reanudar su camino, levantóse al empezar á servirse los postres para trasladarse á la estación del ferrocarril. Cuéntase que al cruzar el andén observó que un oficial, por distracción seguramente, había pasado por delante de la bandera sin saludarla; el Monarca se le acercó, tocándole en el hombro é indicándole la enseña de la Patria; advertencia que el militar entendió al punto, pues se



S. FELIU DE GUIXOLS — S. M. VISITANDO ESTABLECIMIENTOS



FIGUERAS — ARCO DE TRIUNFO

Fotografías de Pedro Salabert.



S. FELIU DE GUIXOLS - COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA

Fotografías de Jesús Girbal.

cuadró é hizo el debido saludo. Llegado á Figueras, subió al coche que se le tenía preparado, en unión del señor Maura y del Alcalde, que por cierto es federal, asistió al *Te-Deum*, subió al castillo de San Fernando, que recorrió con viva curiosidad, y en el mismo carruaje continuó su viaje por carretera, satisfecho en extremo del leal afecto que le había mostrado aquel pueblo de ideas tan avanzadas.

Don Alfonso pernoctó en Rosas á bordo del *Giralda*, que con el crucero *Río de la Plata* y el cañonero *Temerario* le aguardaba en la bahía, y poco después de amanecido partió por mar para San Feliu, donde permaneció algunas horas, regresando, por mar también, á Barcelona.

A su llegada recibió la penosa noticia de haber fallecido en París su abuela, la ex Reina Doña Isabel II; á consecuencia de lo cual suprimióse los festejos anunciados, entre otros, la función de gala en el Gran Teatro del Liceo y en el de Romea, lo mismo que la del Sportmen's-Club, manteniéndose en pie la organizada por la Diputación, que debía verificarse al otro día en Montserrat, por el carácter militar que le daba el hecho de revistar en ella S. M. á los somatenes catalanes. Más de 14,000 in-






dividuos del Cuerpo asistieron á la revista, amén de las autoridades de la provincia, las dignidades eclesiásticas del Principado y un público numerosísimo, á pesar de haberse cerrado previsoramente las puertas del Monasterio á cuantos no llevasen invitación.

En señal de luto estuvo el Rey dos días sin salir del Palacio, presidiendo en su nombre el Duque de Sotomayor y los señores Maura y Linares los solemnes funerales que por el alma de la egregia difunta se celebró en la Catedral.

Terminados éstos y cuando el Presidente del Consejo salía de la Capitanía general, después de dar cuenta á S. M. de la brillantez del mismo, se vió agredido traidoramente en la Plaza de la Merced por un sujeto que, encaramándose al estribo del coche en ademán de entregarle un memorial asestóle una terrible puñalada. Gracias á los bordados y rellenos del uniforme, la hoja penetró poco en la carne; de otra suerte, el golpe hubiera sido mortal, pues iba derecho al corazón. La indignación que produjo tan vil atentado no es para dicha; y bien se demostró á la mañana siguiente por medio de una manifestación de protesta á la que con-



TARRAGONA ARCO DE TRIUNFO EN LA PLAZA DE OLÓZAGA



TARRAGONA-ASPECTO DE LA CATEDRAL DESPUÉS DEL TE-DEUM
Fotografías de S. Cardona.



REUS — ARCO DE TRIUNFO DE LA CÁMARA DE COMERCIO

currió todo lo bueno y sano de la capital, y que saliendo de la Diputación y recorriendo la calle de Fernando, la Rambla y la calle Ancha se dirigió á la iglesia de la Merced, donde en acción de gracias se cantó un *Te-Deum*. A fin de dar mayor solemnidad al acto, mientras duró la manifestación estuvieron cerrados los comercios del casco antiguo y muchos del Ensanche. Este incidente no fué óbice para que continuara rigiendo el itinerario fijado; según el cual S. M. empleó los días 13, 14 y 15 en visitar Vilanova, Tarragona, Reus, Lérida y Manresa, siendo ovacionado y agasajado en todas partes con el mismo entusiasmo que en Barcelona.

El 16 fué de prueba para el incansable Monarca, pues visitó por la mañana los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, presenció las varias ceremonias organizadas en el puerto, entre otras, la bendición de las nuevas obras de ampliación del mismo y la colocación de un bloque en el muelle de España, en construcción, y estuvo en el Club de Regatas; yendo por la tarde á la España Industrial, al Hospital clínico y á la Casa de Maternidad; y por la noche, después de presidir en el Palacio de Bellas Artes el solemne acto de la constitución de la Caja de pensiones para la vejez, recibió á las Juntas Directivas de los Ateneos y Sociedades obreras.



REUS — VISITA Á NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA
Fotografía Artística.









LERIDA — LA COMITIVA REGIA POR LAS CALLES PRINCIPALES

El 17, verificó la anunciada excursión á Vilafranca y San Sadurní de Noya, puramente agrícola y la más beneficiosa al País, porque allí pudo apreciar mejor que en parte alguna el deber en que está de proteger á los que con su sudor arrancan al suelo los elementos más necesarios para la vida. En la primera de dichas poblaciones, visitó S. M. las Casas Consistoriales, el Centro Agrícola, la Estación Etnológica y las importantes bodegas del senador don Rómulo Bosch y Alsina, y de los señores Torres y Sabaté. En la segunda, que tenía por objeto visitar la finca del señor Raventós, en que se elabora el popular champagne Codorniu, fueron obsequiados el Rey y sus acompañantes con un espléndido banquete, no bajando de 170 el número de cubiertos. Terminada la comida que fué suntuosa y ricamente servida, y ya en pie los comensales, leyó á S. M. el señor Raventós, con sentido acento, un un notable Mensaje exponiendo las necesidades de la agricultura en el Panadés.

El general Linares, por orden de S. M., contestó al señor Raventós, diciendo que el Gobierno se creía obligado á proteger la agricultura y dar facilidades á quienes tanto empeño mostraban en la prosperidad de la Nación.

Respecto á la inestabilidad de los Gobiernos, de que se lamentaban en el Mensaje, dijo que debían cuidar los ciudadanos de evitarla, mandando al Parlamento hombres buenos que hicieran leyes beneficiosas para el País.

A la vuelta de San Sadurní y una vez terminado el banquete con que obsequió en su Palacio al elemento militar, honró con su presencia, en compañía del señor Maura, ya casi restablecido, el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, donde se hallaba congregada la aristocracia barcelonesa; repitiendo ante ella las manifestaciones, altamente lisonjeras para los catalanes, á que acabamos de referirnos.

He aquí las palabras que pronunció S. M. contestando á un patriótico Mensaje del Presidente, don Ignacio Girona, y coronadas con atronadores aplausos y aclamaciones:

«Señores:

»Al pisar por primera vez el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, me cabe la satisfacción de dirigir desde este sitio un saludo á todos los agricultores catalanes.

»No es el saludo del Rey; no lo hago como tal; es el saludo de un agricultor, de un compañero vuestro.

»Me habéis hablado de la lengua catalana. Yo sólo puedo deciros que siendo una lengua española, me es muy grato oirla, conocerla, y que la estudiaré para que, cuando otra vez os visite, os entienda hablando en vuestro idioma y lo hable yo también.»

El Presidente del Consejo, en el brillantísimo discurso



LÉRIDA — ARCO DE TRIUNFO EN HONOR DE S. M.

Fotografías de Emilio Gausi.





MANRESA — ARCOS DE TRIUNFO LEVANTADOS RESPECTIVAMENTE POR LA MUNICIPALIDAD Y POR EL EJÉRCITO

Fotografías de Jaime Torras.







de que, refiriéndonos á dicho señor, hemos hecho méritos, empeñó formal promesa de que se respetará la lengua catalana y que se darán facilidades para su empleo en las comunicaciones telegráficas y telefónicas. Parecióle muy natural que se la estime y emplee, recordando que él tiene también su lengua nativa, similar á la que en Cataluña se habla; por lo cual se halla en condiciones de dar testimonio de la importancia que tiene hablarla y respetarla. Manifestó entender que no hay en este respeto nada que se oponga á la unidad nacional, al sentimiento de Patria. «No hay recelo respecto á Cataluña», continuó, «¡Cómo puede tenerlos quien haya presenciado los agasajos prodigados á Su Majestad!» Pintó el amor regional como un brazo más, un nervio más, un vigor más dentro de la nación española. «Cuanto más se vigorizan las regiones, más fuerte se hace España,» añadió, y, después de extenderse en varias consideraciones harto significativas, puso término á su elocuentísima peroración con un ¡Viva el Rey!, unánime y calurosamente contestado, como resumen ó síntesis de todos los vivas que se dieron durante el acto.

Visitó Don Alfonso en el día 18 las importantes villas de Sabadell y Tarrasa, cuyo extraordinario adelanto industrial mereciole calurosos elogios, y á su regreso, por la noche, recibió en la Casa Lonja á las clases mercantiles y productoras que constituyen las fuerzas vivas de la localidad; recepción organizada por la Cámara de Comercio, el Fomento del Trabajo Nacional, el Círculo de la Unión Mercantil, el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, el Colegio de Corredores Reales de Comercio, el Sindicato de Exportadores de Vinos, la Asociación de Navieros y Consignatarios y el Gremio de Banqueros, y que, á no dudar, resultó ser el número más serio é importante del programa de festejos y su dignísimo remate.



SABADELL. — S. M. EN EL BALCON DEL AYUNTAMIENTO



SABADELL—VISITA DE S. M. A LAS FÁBRICAS PRÓXIMAS A LA RIERA

Por último; á las 8 y media de la mañana del martes 19 embarcó S. M. con rumbo á las Baleares, despidiéndole en el muelle las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, el Cuerpo consular, representantes de la nobleza y de todas las sociedades y corporaciones de la capital, y un gentío inmenso, correspondiente á todas las clases sociales, entre el que descollaban elegantes damas y hermosas señoritas, deseosas de rendir aquel último homenaje á su simpático Soberano.

Muy descontentadizo fuera Don Alfonso XIII si no llevara en su corazón un recuerdo agradabilísimo de su paseo por Cataluña, y muy ingrato si no empleara su poder en labrar la felicidad de este pueblo que tan expresivas muestras le ha dado de adhesión y cariño.

* * *



TARRASA — ENTRADA DE S. M. EL REY



TARRASA — LLEGADA DEL REY A LAS CASAS CONSISTORIALES

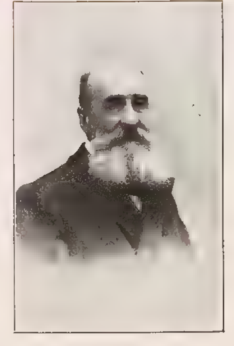
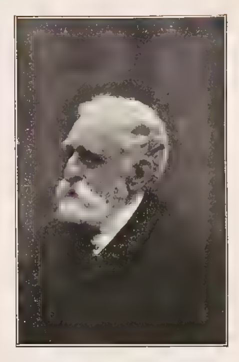
Fotografías de A. Más.









D. JOSÉ MONEGAL Y NOGUÉS — D. LUIS FERRER-VIDAL Y SOLER — D. ANTONIO TUSQUETS — D. FEDERICO NICOLAU

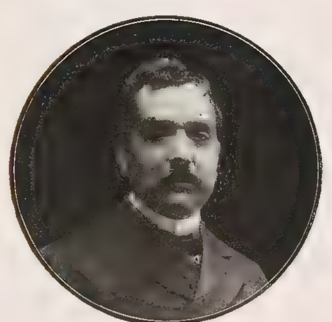
Presidentes de la Cámara de Comercio, Fomento del Trabajo Nacional, Colegio de Corredores Reales y Asociación de Navieros y Consignatarios.

Fot. de Napoleón. — *Fot. de J. Martí.* — *Fotografías de Napoleón.*



EMBARQUE DE S. M. EN EL MUELLE DE LA PAZ DE BARCELONA AL PARTIR PARA LAS BALEARES

Cliché directo (50 por 60 centímetros). — R. Olaguer Feliu.—Plaza Real, 4.





D. IGNACIO GIRONA — Excmo. Sr. D. PEDRO G. MARISTANY, Comisario Regio de Instrucción Pública. — D. JAIME SERRA Y JANÉ

Presidentes del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, del Sindicato de Exportadores de Vinos y del Círculo de la Unión Mercantil.

Fot. de Audouard. — *Fot. de Napoleón.* — *Fot. de Audouard.*






NÚMERO EXTRAORDINARIO A LA MEMORIA DEL EXIMIO ARTISTA

RAMON TUSQUETS

RAMÓN TUSQUETS

Poco á poco van desapareciendo los campeones de aquel grupo glorioso que, con Fortuny al frente, hicieron respetable y admirado por todo el mundo el arte español. A medida que transcurre el tiempo podemos percibir mejor la magnitud de aquel movimiento artístico, completamente aislado, sin precedentes, verdadera losa que cubría al muerto romanticismo y sustentaba al naciente realismo. Como siempre, el arte se adaptó al medio y respondió á una necesidad social de la que era reflejo.

Había pasado el tiempo de las luchas por la libertad, y los ideales políticos iban transformándose en deseos de comodidad y bienestar. El florecimiento de las industrias había creado una infinidad de fortunas que venían á ser como la aristocracia de la clase media, gente nueva y sin tradiciones, cuyos placeres había que satisfacer en la medida de sus gustos, que eran, como es natural, proporcionados á la capacidad que les daba el dinero.



A los palacios señoriales de la decaída nobleza, con sus enormes y frías salas, sucedieron las viviendas reducidas, con saloncitos diminutos, ganando en intimidad y *confort* lo que perdían en majestad. Hubo que crear un arte adecuado á las nuevas necesidades y nacieron por generación espontánea la pintura de caballete y la escultura llamada de salón; ambas sin trascendencia alguna moral ó social, cual correspondía á la cultura ambiente, que sólo anhelaba el deleite de los ojos, sin que el corazón ó la mente quisieran su parte de emoción.

El arte, pues, se empequeñeció en su tamaño y en sus tendencias. Mas como tenía que justificar su valor en cuanto á arte, fué añadiendo en cualidades objetivas lo que perdía en idealidad, dando de este modo principio y fundamento al realismo, que tan sana influencia ha ejercido en los últimos tiempos.

No hay que desconocer los inmensos servicios que ha prestado este arte, burgués como el que lo pagaba, al progreso general, pues si por una parte contribuyó á matar al antipático romanticismo, restableció por otra el estudio del natural, descuidado desde hacía más de un siglo, y enriqueció el tecnicismo con multitud de nuevas fórmulas de imitación.

Por esto el *primorosísimo* fortunyano no sólo tuvo razón de ser, sino que, al influir directamente en el arte de todo un período, adquirió derecho á la consideración de la historia, que no podrá echar en olvido sus positivos servicios.

Ramón Tusquets brilló precisamente en este período, con caracteres tan particulares, que le confirieron marcada personalidad. No fué, como tantos otros, un secuaz de Fortuny más que en el punto de vista general del arte; sintió más bien la influencia de los pintores italianos, cuyo mecanismo y colorido se adaptaban mejor á su temperamento. Colorista por excelencia, confiaba exclusivamente al pincel la calidad de los objetos que representaba, apartándose en esto de los fortunyanos, que empleaban infinitos medios para obtener una exacta imitación. Componía con buen gusto y algunas veces, como en el cuadro *Labradores romanos*, con nobleza y elevación. Dibujaba correctamente y trataba con igual pericia la figura y el paisaje.

Tusquets era hijo de una distinguida familia de Barcelona. Su vocación artística fué tardía, pues hasta los veinte años no empezó á estudiar, como un aficionado cualquiera, bajo la dirección de su amigo Manuel Moliné, famoso más tarde como caricaturista. Los primeros ensayos públicos de Tusquets aparecieron en un periódico satírico catalán, titulado *Lo tros de paper*, en cuyas páginas, con el seudónimo de *Patuflet*, publicó precisamente algunas caricaturas.

Estos primeros destellos, sin determinar concretamente su vocación, contribuyeron á disgustarle de la carrera comercial á que le destinaba su padre, cuya voluntad no se atrevía á contrariar abiertamente. Pero una luctuosa circunstancia decidió de su porvenir. Corría el año 1865 y Tusquets enfermó gravemente, hasta el punto de hacer temer por su vida; pero al propio tiempo enfermaba su padre, quien, menos fuerte que su hijo, sucumbió á los pocos días. No hay que decir si la familia ocultaría cuidadosamente á Ramón esta desgracia; así es que, apenas pudo entrar en la convalecencia, se le trasladó á una quinta inmediata á Barcelona, donde fué recobrando lentamente las fuerzas.

Hacíanle compañía en sus largas horas de inacción algunos amigos suyos, entre ellos Pellicer y Suñol, quienes iban haciendo los preparativos para su primer viaje á Roma, la meta suspirada entonces de todos los jóvenes artistas. Naturalmente que aquel viaje constituía el fondo de todas las conversaciones, que despertaban en Tusquets el ansia de participar de los entusiasmos artísticos de sus compañeros. Y cuando, llegado el momento oportuno, le fué revelado el fallecimiento de su padre, manifestó á sus allegados su irrevocable resolución de marchar á Roma á cultivar la pintura.

A fines del mismo año 1865, cuando frisaba en los 26 de su edad, marchó Tusquets á Roma en compañía de José Luis Pellicer. Del efecto moral que le produjo aquella histórica ciudad, es buena muestra el que el temporáneo viaje se convirtiera en estable residencia hasta su muerte, y el afán con que emprendió sus estudios hasta hacer hablar bien pronto de sí.

Aquel organismo, no abierto todavía á las grandes sensaciones del arte, ignorante de su propia fuerza, de disposiciones y vocación hasta entonces problemáticas, sufrió una metamórfosis completa. Los museos, las ruinas, la sociedad artística de la Ciudad Eterna descubriéronle un mundo nuevo, apenas entrevisto por él, y lanzóse con ardor al estudio, realizando tan rápidos progresos, que causaron la admiración de sus compañeros. Ya en la Exposición Nacional de 1867 (si la memoria nos es fiel), ganaba una tercera medalla con su *Pordiosero romano*, que figura en el Museo de Arte Moderno de la Corte, y casi al propio tiempo exponía en la Academia de Bellas Artes de Barcelona un cuadrito de género, *Una cocina*, de una verdad y calidad que ha desafiado victoriosamente las injurias del tiempo, y que adquirió la Excma. Diputación para el Museo provincial.

En 1868 y 1869 viajó por Andalucía en compañía del italiano Joris, recogiendo una infinidad de escenas andaluzas, en las que con el gracejo típico del país campeaba aquella brillantez de colorido y aquella manera habilidosa que fueron ya desde entonces su característica en la pintura de género. Algunos de aquellos trabajos los expuso en el Salón de San Jorge de la Diputación de Barcelona, y aún recordamos con fruición el simpático cuadrito *El requiebro*, verdadero trasunto de gracia y buen gusto. En la Exposición Nacional del año 1871 presentó su célebre cuadro *Labradores romanos*, la obra más seria y sobria que en nuestro concepto ha salido de su pincel. Una hilera de hombres y mujeres, hundiendo la puntiaguda azada en el terruño, la línea triste y ondulada de la campiña romana y el sol poniente iluminando con sus dorados rayos la escena, constituían un conjunto de una belleza plástica tan sencilla como agra-



tudiara al lado de Fortuny, produjo buen número de obras en este género de pintura, llegando á emular á los mejores.

Su talento, su afabilidad de carácter y su dón de gentes, le granjearon la estima universal, considerándosele como uno de los elementos más valiosos de las colonias extranjeras; de suerte que fué nombrado presidente del Círculo Artístico Internacional de Roma, en cuya ciudad habíase ya creado una familia.

Otras dos veces vino á España, una en 1881 para hacer entrega del cuadro bíblico, *La muerte de Sisara,* que le había encargado don Joaquín Prats, y otra en 1886 para hacer lo propio con los cinco cuadros de la historia de Cataluña que había ejecutado por comisión de don Miguel Boada y que figuraron en 1891 en la primera Exposición Internacional de Bellas Artes que celebró el Ayuntamiento de Barcelona, para quien ejecutó Tusquets el retrato de la Reina Regente, que figura en el salón de sesiones, y el de Moncada para la galería de catalanes ilustres. Viajó además por Italia, Austria, Baviera y Francia, exponiendo obras en las capitales respectivas y alcanzando premios en Nápoles, Viena, Munich, etcétera. Desde la última de las dos fechas citadas no volvió ya más á su país natal, pero á intervalos sonaba su nombre, ya por algún nuevo triunfo alcanzado en el extranjero, ya por la exposición de algún trabajo suyo en esta ciudad.

No sabemos haya pintado más cuadros históricos que los expresados; pero ellos son una muestra de su facultad de asimilación y, sobre todo, de su cultura arqueológica en un género que no había cultivado jamás. La manera de componer es nueva, como si fuesen episodios observados



directamente, sin el efectismo teatral que, por lo común, es parte integrante de este género de obras. Noble en la interpretación, exacto en la indumentaria, pintoresco en la manera de exponer, con esos cuadros de su última fase artística evidencía lo que hubiera podido hacer en aquellas épocas en que privaba este género, si no le hubiera absorbido un arte más humano y general.

dable. El Jurado le confirió la primera de las medallas de segunda clase, en una exposición en que los nombres de Rosales, Mercadé, Palmaroli, Sans, Gisbert y tantos otros valiosos y en la plenitud de su fama se disputaban la preferente atención del público.

Aquella fué la época de su mayor actividad productiva. Solicitado por los comerciantes de arte y por infinidad de particulares que deseaban poseer obras suyas, entregóse de lleno á la pintura que privaba entonces, la de caballete, pasando de los temas de costumbres españolas á los de escenas romanas, cuyo espíritu había penetrado como un verdadero hijo del país. Expertísimo también en la acuarela, cuyo mecanismo es-



Cuadros de Ramón Tusquets.

Las reproducciones que publica el Album Salón en este número, dedicado á honrar la memoria del ilustre catalán, dan clara idea de la evolución progresiva de su talento, desde las pequeñas acuarelas que con tan buena fe como fidelidad pintara en la Academia *Gigi,* recién llegado á Roma, y que tienen digno remate en el magnífico *Guardia suizo del Vaticano;* pasando luego por los soberbios cuadros de género *Solemniis Peractis, En el pozo, La fuga,* y aquella joya radiante de sol de Andalucía, *Descanso en la venta,* que señala el apogeo del artista; para terminar en los cuadros históricos citados.

La noticia del fallecimiento de Ramón Tusquets, que el telégrafo nos transmitió el día 11 de Marzo, fué de duelo para el Album Salón que lo contaba entre sus eximios colaboradores y había estado con él en cordiales relaciones hasta los últimos días de su vida, pues un mes antes de morir aún nos había enviado la fotografía de dos obras que nos apresuramos á publicar. Debíamosle, pues, este tributo de admiración y afecto que con gusto consagramos al artista que honró á la Patria en extranjeras tierras y al amigo bondadoso y caballero.

Francisco CASANOVAS



Acuarela de Ramón Tusquets.



Acuarela de RAMÓN TUSQUETS.

LA LENGUA UNIVERSAL



Qué te dice tu padre?

—Lo que yo esperaba... ó un poco menos. Cumple el hombre la palabra que me dió de retirarse modestamente por el foro en lo referente á pasarme la pensión convenida en cuanto perdiese dos veces seguidas el mismo curso.

—Pues es una friolera... aunque no, precisamente, lo peor.

—¿Aún hay más?

—Y tanto. Como que he recibido ayer de mi casa la grata nueva de que las cosechas se han perdido, el ganado se ha muerto, mis padres están desesperados y me piden que me las busque yo como pueda, por cuanto á ellos les es imposible de todo punto seguir costeándome los estudios. Me parece que la cosa no tiene malicia.

—Pues no deja de ser una contrariedad.

—¡Y los dos á un tiempo! Parece que se han puesto de acuerdo nuestros queridos papás.

—Lo que parece es que si Dios no lo remedia...

—Que sí lo remediará...

—Vamos á pasar una temporadita de esas que acreditan.

—Piensa tú, Pedro, en el modo de salir del compromiso.

—Conforme. Pero si á ti, Pablo, te se ocurriera alguna solución...

—Ni que decir tiene. Compañeros inseparables en la prosperidad, en la desgracia, en la rehabilitación...

—*Chocate* esos cinco...

. . . .

La verdad es que Pedro y Pablo eran dos buenos muchachos, á pesar de sus calaveradillas que traían aparejadas la imposible adquisición de los libros de texto, al principio del curso, y la pérdida inevitable de éste, cuando el catedrático da por terminadas sus explicaciones y comienzan esas grandes pruebas inquisitoriales que se llaman exámenes.

Pedro se las entendía con las Pandectas, el Derecho civil y la Economía política; Pablo con la Anatomía, la Terapéutica, Diagnósticos y Patología, y, no obstante la diversidad de gustos que la elección de tales carreras suponía, eran inseparables, tanto en la modesta casa de huéspedes que habitaban, como en sus francachelas y diversiones, y no decimos en sus penalidades porque hasta el momento de recibir las cartas que les hemos visto comentar no sabían lo que la palabra penalidad significaba, pues para ellos no lo eran, y hacían bien, las calabazas de la novia, ni las calabazas de los profesores, en lo cual ya no hacían tan bien como en lo anterior.



Cuadros de Ramón Tusquets.

Pero lo mismo que la fortuna une con cadenas de flores á los seres humanos, la desgracia los une también, aunque ya no son tan poéticos y perfumados los eslabones. Y Pedro y Pablo, amigotes íntimos siempre que se trataba de jugar unas carambolas, vigilar un taller de modistas ó asistir á un baile de máscaras, se consideraron mutuamente más obligados que antes, y lo que decían los pobres en sus ratos de recíproco consuelo:

—Lo que sea de uno será de otro.

La patrona, que hacía que alimentaba á nuestros dos amigos, al ver que se pasaban los días y las noches sin salir de casa, mustios y faltos de aquel buen humor que les caracterizaba, animándolo todo en su rededor, llegó á creer al principio en la regeneración de los muchachos, y después, viendo que tal estado de ánimo continuaba, lo cual era demasiada regeneración para ellos, pensó en que algo grave les ocurría; pero era tan poco aficionada á meterse en vidas ajenas que, no relacionándose con la cuestión de *monises*, la tenía bien sin cuidado.

Pedro y Pablo decidieron salir de aquella situación, anómala para ellos, y cierta mañana, mientras sentados cada cual en su cama, se hacían la ilusión de tomar chocolate, empapando las rodajas de pan duro y tostado en el líquido obscuro que les servía la infame pupilera, Pedro rompió el

silencio que tácitamente se habían impuesto desde que recibieron las desagradables noticias, y dijo la frase sacramental:

—¡A cualquier cosa llaman chocolate las patronas!

—¡Que no nos falte!

—¿Por qué lo dices?

—Por una corazonada.

—¿Que consiste?...

—En figurarme que como este mes no paguemos á doña Engracia, ¡mal rayo la parta! llegaremos á echar de menos ¡hasta este chocolate!

—Entonces, dilo claro,... lo que no tienes es confianza en tu ingenio.

—No; lo que no tengo es dinero.

—Ni en el mío...

—¿En tu dinero? ¡Menos aún!...

—No, en mi ingenio.

—Eso ya es distinto. Siempre te he creído un sér superior.

—Y te confirmarás en tan, para mí, honrosa suposición cuando te diga que durante la noche pasada, en que no he podido conciliar el sueño un momento, he dado en el quid para salir de apuros yo, para que salgas de apuros tú, y para que todos salgamos de apuros.

—En tus manos encomiendo mi porvenir.

—¿En mis manos?... Pues, manos á la obra. Mañana mismo nos vamos de esta casa.

—¿A dónde? ¿Al Hospicio?

—A un piso que yo alquilaré esta misma tarde, en la calle de Alcalá.

—¿Estás loco?

—Lo loco sería no hacerlo, después de haberlo pensado. Es un plan maravilloso. He decidido establecer una Academia de idiomas... Hoy los idiomas forman parte integrante de toda buena educación social, y con un buen cuadro de profesores, mucho anuncio y mucho bombo, el negocio es seguro. Ya verás.

Efectivamente, ni corto ni perezoso, alquiló con el producto del empeño de su modesto ajuar el mejor piso que halló en la céntrica calle de Alcalá; con recibo de piso tan elegante en la mano, encontró con facilidad quien le prestara los muebles que habían de alhajar la Academia; mandó pintar un enorme letrero y, á los pocos días, la gente se paraba delante de las llamativas letras de aquél, que decían:

LA LENGUA UNIVERSAL

Por procedimientos nuevos y rápidos se enseña el francés, inglés, alemán, turco,



ruso, hebreo, árabe, italiano, portugués, sanstrito, volapük y todos los idiomas que se deseen. Precios convencionales. No equivocarse con ninguna otra academia.

Saboreando estaban Pedro y Pablo el efecto maravilloso que en el público producía el cartel de la nueva Academia, cuando un campanillazo les sacó de sus comentarios llenándoles el corazón de alegría. Indudablemente en el anzuelo había prendido algún pez.

No se equivocaron: un joven tímido, con gran corbata de lazo, llena de lunares azules, que hacían juego, sin duda, con los que adornaban su rostro afeminado, ofuscado por la sabiduría políglota que en aquel centro se pregonaba, subió, llamó y entró:

—¿El director de esta Academia?

—Servidor de usted — contestó Pedro ceremoniosamente. — ¿En qué puedo servirle?

—Pues yo quisiera dedicarme á la carrera de Embajador, para que me nombraran en seguida Embajador en Rusia, por ver si conquistaba á alguna de las muchas princesas que hay allí y que dicen que son de rechupete por lo guapas y lo ricas.

Pedro y Pablo se miraron, pudiendo apenas contener la risa ante aquel rosario de majaderías.

—Bueno, ¿y qué quería usted?

—Pues hombre... aprender bien el ruso. ¿Quién es el profesor?

Pedro contestó con una cómica reverencia.

—Pues entonces, aquí están los honorarios y desde mañana comenzaremos la lección.

—Perfectamente.

. . . .

—Vaya un compromiso, Pedro.

—No lo veo, Pablo.

—El de tener que buscar un profesor de ruso para mañana mismo.

—¿Quién piensa en buscar tal cosa? Yo mismo le daré las lecciones.

—¿Tú? ¡Pero si tú no sabes el ruso!...

—¡Ni él tampoco!...

C. OSSORIO Y GALLARDO



Cuadros de RAMÓN TUSQUETS.



Cuadro de Ramón Tusquets.

¡OH, LA GLORIA!

Adiós, Antonia!

—¡Adiós, Juan! Dios te dé buena suerte, pues de lo contrario no sé lo que va á ser de nosotros.

—Ten confianza. ¡Adiós!

Y después de un estrecho abrazo, que puso término al diálogo de los esposos, ella quedó llorando en su gabinete y él se dirigió apresuradamente al teatro donde aquella noche se decidía su porvenir.

. . . .

Juan era autor dramático de la clase de inéditos. Llevaba algunos años rodando por saloncillos y escenarios con una comedia en el bolsillo, sin que nadie, ni aún por curiosidad, se la hubiera querido leer, porque Juan tenía imprescindiblemente que sufrir ese calvario, que es el yunque donde el verdadero artista tiene que probar el temple de su alma.

Cierto día, un empresario, admirado de la constancia de aquel hombre que, con evangélica resignación, recorría aquel *via-crucis* sin desmayar un instante, decidió tenderle su manto protector, estrenándole aquella comedia en que Juan cifraba todas sus ilusiones de poeta y todas sus esperanzas como padre de familia que constantemente anda á bofetadas con las pesetas, y tiene, por tanto, que hacer prodigios de economía privada é inverosímiles equilibrios para resolver el arduo, intrincado y laberíntico problema de la diaria alimentación.

Al fin, se leyó la nueva obra á la compañía, ceremonia perfectamente inútil, pero impuesta por la rutina desde tiempo inmemorial. Los artistas soportaron los tres actos de mala gana y, aunque no se enteraron de nada, al final, y en las propias barbas del autor, dijeron que aquéllo era una *lata insoportable.* Durante la lectura, el primer galán pellizcaba á una meritoria, que, por hacer méritos, permitía tales libertades; la primera dama dormía como una bienaventurada; el *barba* se devanaba los sesos descifrando la charada del *Heraldo* de la noche anterior, y el segundo galán dirigía miradas tiernas á la característica, una jamona aún en buen uso, que tenía cada año un sobrino de procedencia ignorada.





Acuarelas de Ramón Tusquets. (Roma).

Sin embargo de la opinión que á todos mereciera *El árbol caído* (que así se titulaba la comedia), ésta se ensayó, de *mandanga,* por supuesto, sin que se pudiese conseguir que los actores estudiasen sus papeles, ni que marcasen los tipos; pues, aferrados á su primitiva creencia, *aquéllo* no podía gustar, porque era un *bululú,* no faltando alguno de los más resueltos que se acercase al empresario para aconsejarle que no debía estrenarse aquella obra, porque á todas luces se veía que el fracaso era seguro.

Pero el empresario, sin atender tales insinuaciones, dispuso que continuasen los ensayos, y, al fin, llegó el día del estreno.

***

Como las voces que circulaban en el teatro, respecto de *El árbol caído,* trascendieron á esa parte del público que por sus aficiones, ú otras causas, siempre está al tanto de lo que sucede entre bastidores, el estreno de la nueva comedia no llegó á despertar interés alguno.

Todos estaban persuadidos de que aquéllo era un *buñuelo* como tantos otros que se estrenan, ya por la presión de la influencia, ya por las debilidades de un empresario ó de un actor que se arriesgan á echar á volar un autor de la clase de novatos.

Los críticos de mayor circulación, en vez de ir al estreno de *El árbol caído,* se fueron al «Japonés», donde aquella noche debutaba, con la canción del *Mosquito celestial,* la *bella Tomasa,* mandando en su lugar á sus respectivos banderilleros, con instrucciones precisas y terminantes para que diesen cuenta del estreno en esta forma: «La comedia estrenada anoche en el teatro de... no fué del agrado del público. Estaba previsto.»

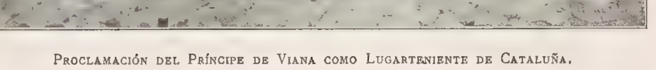
No obstante la atmósfera que en contra de la nueva obra habían hecho todos, á la hora de empezar la función el teatro estaba lleno de bote en bote, tal vez por esa curiosidad que siempre despierta toda primera representación, ó quizá porque á ese público, casi siempre el mismo, que asiste á ella, le había dado en la nariz que iba á haber *hule,* según se dice en el pintoresco *argot* de bastidores.



Embarque del Rey Don Jaime I para la Conquista de Mallorca.

Pedro el Grande en la liza de Burdeos.





Proclamación del Príncipe de Viana como Lugarteniente de Cataluña.



El Conceller Fivaller querellándose ante el Rey Don Fernando I.



Al terminar el acto, que valió á Juan nuevas y mayores aclamaciones, el galán le abrazó conmovido, diciéndole:

—¿Lo ve usted? Siempre lo he dicho: ¡es usted un genio! Ha resultado lo que yo me figuraba desde que oí la lectura: un *exitazo* que nos asegura el cocido para toda la temporada.

Cuando terminó la comedia se repitió la ovación; las llamadas á escena fueron innumerables; infinitos los apretones de manos y los abrazos, y el nombre de Juan corría de boca en boca como el de un héroe popular.

El saloncillo se llenó de admiradores y amigos que estrujaban al poeta con sus manifestaciones de cariño. Entonces llegaron algunos críticos que regresaban del «Japonés» de aplaudir á la *bella Tomasa*, y, al enterarse de lo ocurrido, dijo uno de ellos, que no conocía á Juan ni de vista:

—Sí: ya decía yo que este muchacho tenía algo dentro.

***

Momentos después, Juan salió del teatro dirigiéndose precipitadamente á su casa, donde suponía que su mujer le aguardaba, presa de la natural impaciencia. La noche estaba fría; la nieve caía en espesos copos, y por las calles sólo circulaba algún trasnochador que marchaba á paso ligero, y algún sereno que, envuelto hasta los ojos en el pardo capotón, por resguardarse del frío y de la nieve, aparecía empotrado en un quicio de portal. Cuando el afortunado autor llegó á su casa, recordó que había olvidado la llave de la puerta de la calle, y ¡lo que era mucho peor! que no tenía los indispensables diez céntimos para el sereno, que era un animal con chuzo.

—¿Qué hacer?—pensó Juan.—Pues le diré que me abra y mañana le pagaré.—¡Sereno!—gritó.

—¡Va!—contestó la autoridad nocturna, saliendo de su escondite.

—Haga usted el favor de abrirme... y mañana le pagaré...

—¿Mañana?—gruñó el sereno.—¿Y usted se figura que yo estoy aquí, pasando frío, para abrirle á usted la puerta de gratis?

—Hombre, usted dispense; es que no tengo suelto.

—Pues haber cambiado antes de venir... ¡Estos mendigos!

No obstante, abrió la puerta, penetró Juan, el sereno cerró dando un tremendo portazo, y el poeta pensaba, mientras subía apresuradamente la escalera:

—Pues, señor, tantos aplausos, tantas aclamaciones, y si me descuido tengo que pasar la noche al raso... ¡por no tener diez céntimos!... ¡Oh, la gloria!...

Manuel SORIANO

***

Comenzó la representación en medio del más profundo silencio. Desde las primeras escenas, el autor tuvo la fortuna de apoderarse del público, que, rectificando insensiblemente el juicio que tenía formado de la obra, no perdía sílaba ni detalle de cuanto escuchaba y veía. Al promediar el primer acto estalló una formidable salva de aplausos. Estaba roto el hielo. El monstruo, ya dominado, premiaba al novel autor una hábil y originalísima situación dramática, reveladora de una experiencia teatral de primer orden.

El galán joven, el que más chistes había hecho á costa de *El árbol caído*, palideció al oir aquellos aplausos.

—Pero, ¿esto es de veras?—preguntó á la dama, que en aquel momento se santiguaba, porque iba á hacer su primera salida.

—Hombre, yo creo que sí.—contestó la interrogada.

—Vamos; si aplauden *esto*, digo que el público es un animal.

Pero el público seguía demostrando, no su aprobación, sino su entusiasmo; porque aquello que, en opinión de los actores, era una *lata insoportable*, estaba resultando un éxito macho.

—Sigo creyendo que esto es muy malo,—repetía el galán, al que un *mutis* había valido una llamada á escena.

—Pues me parece que nos hemos equivocado,—le contestó la dama; —esto es dinero.

—¿Equivocado? ¡Sí, sí! Ya verá en el segundo acto, cuando el marqués descubre los amores de su hija con el ingeniero. ¡Floja nos la van á dar!

—Allá veremos.

A la terminación del acto se reprodujeron los vítores y las aclamaciones.

—¿Y ésta es la obra de un autor novel?—preguntaba un espectador.

—¡Cá, hombre!—contestaba otro.—¡Esto es de un *maestrazo!*

—¡Qué plan tan bien combinado!

—¡Qué hermosura, qué profundidad en el concepto! ¡Qué situación tan hondamente trágica!

Al comenzar el segundo acto, el público, siendo el mismo, tenía aspecto muy diferente.

El interés que la comedia despertaba, á medida que la trama íbase desarrollando, era cada vez mayor. El éxito crecía por momentos. Cuando llegó la escena en que el galán temía el desastre, ó cuando el marqués descubre los amores de su hija con el ingeniero, el entusiasmo de los *morenos* se desbordó con impetuosidad de huracán desencadenado. Los hombres aplaudían hasta destrozarse las manos; las señoras, puestas en pie en palcos y butacas, agitaban sus pañuelos con el febril entusiasmo de las grandes conmociones populares; y todos, á una voz, gritaban:

—¡El autor!... ¡El autor!...

Y arrastrado por el galán, que, pálido y convulso, no se daba cuenta de lo que sucedía, salió Juan á recibir aquel homenaje que le resarcía de toda la amargura de su calvario.



Acuarelas de Ramón Tusquets. (Roma).



Cuadro de Andrés Larraga.

BELLAS ARTES

Hace viento, y para evitar que éste arrebate el sombrero, hay que agachar la cabeza y sujetar el ala de aquél con la enguantada mano; simpático movimiento que Andrés Larraga ha sorprendido, seguramente en alguno de los borrascosos días del pasado mes de Abril. La figura es elegante; la actitud no puede ser más espontánea, y un colorido sobrio y conciso atestigua que la rapidez de la ejecución ha corrido parejas con la fugaz y bella visión.

Larraga, que es un excelente paisajista, puede permitirse el lujo de traspasar las fronteras de su campo, con no menos pericia que en el propio, como lo demuestra esta linda figurita, una de las mil que han salido de su donoso pincel.

Pocos enamorados de la naturaleza hemos conocido más sinceros que Segundo Matilla. Tiene para ella todos los íntimos é infinitos arrobamientos del alucinado, y se entrega á su pasión con aquella modestia que es propia del más puro platonismo.

No produce, estudia; y lo mismo estudia á la naturaleza como finalidad, que estudia los medios de expresar de un modo coherente sus impresiones. Así sucede que sus obras no tienen jamás un carácter decisivo, sino que aparecen más bien como preliminares de otras obras sucesivas, y, eterno estudiante, convierte en estudios transitorios hasta aquellos cuadros que presentan un aspecto bien determinado y resuelto.

Sus carteras están llenas de admirables apuntes, algunos tan maravillosamente acabados, que de ellos surge sin más rodeos la obra de arte. En sus grandes telas pone el mismo ardor ansioso de aquellos apuntes, y aún á su pesar nace la obra de arte, sin rebuscarla, sólo al calor del entusiasmo.

Un ejemplo de ello es la bellísima tela que reproducimos en la doble página central. Es el cielo y el mar de nuestras costas; el cielo cubierto de ligera neblina, con transparencias de un blanco plateado, y un mar azul terso como un espejo, cortado horizontalmente por las pausadas ondulaciones de las olas. En la playa, unos carros hacen su provisión de arena que sirve para mezclar á la argamasa de las construcciones de Barcelona, y son las únicas cosas vivientes que interrumpen la soberana majestad de la naturaleza.

Con esta encantadora sencillez de medios logra Matilla despertar una completa sensación de belleza.

El joven M. Videla Huici, discípulo de Gaspar Camps, *asoma* por primera vez á la vida pública del arte con el *Capricho* que va en la última página. Aunque se trata de un primer ensayo, échase de ver que el discípulo ha sabido ya aprovechar las lecciones del maestro.

Francisco CASANOVAS

EXCMO. SR. D. JOSÉ MAESTRE VERA

Gobernador Civil de Tarragona.



Fot. de Torres (Tarragona).

Hijo de familia acomodada y distinguida de la villa de Elda, provincia de Alicante, se educó en el Colegio de Escolapios de Yecla, terminando el Bachillerato en el Instituto de Murcia. Se trasladó á Valencia, en cuya Universidad siguió la carrera de Derecho, licenciándose en 1870, á la edad de 20 años. En el mismo año fué admitido en el acreditado despacho de don Miguel Amat y Maestre, que tenía abierto en Petril, Juzgado de Monovar. Bajo la dirección de este eminente letrado, empezó á ejercer la abogacía, y á los 21 años se inscribió en el indicado Juzgado de Monovar. Pronto se acreditó como hábil abogado, y al retirarse su maestro, el señor Amat y Maestre, del ejercicio de tan noble profesión, el bufete de nuestro biografiado continuó siendo, como el de aquél, uno de los más acreditados de los Juzgados de Monovar, Novelda y Villena, donde trabajaba. Sus éxitos se contaban por los asuntos que dirigía y no había negocio de importancia que no estuviese ofrecido á su dirección.

Acreditado desde muy joven como jurisconsulto consumado, sus aficiones le llevaron al campo político, afiliándose al partido liberal-conservador que capitaneaba en aquella provincia el gran patricio don Luis Santonja y Crespo, marqués de Villagracia, bajo cuya dirección ha reñido rudas batallas en la circunscripción de Alicante, donde ha tenido un numeroso grupo que siempre lo ha aclamado.

Sus amigos, á pesar de que sus clientes le aconsejaban no abandonara su despacho de letrado, lo llevaron á los 26 años, á la Diputación provincial de Alicante, siendo ya nombrado en su primera elección, á propuesta en terna de la Diputación, por su amigo á quien siempre ha seguido sin desmayos, don Francisco Romero Robledo, vicepresidente de la Comisión provincial, cargo que desempeñó varios años á satisfacción de sus amigos y de sus adversarios, pues era el político de sus simpatías y del que se decía *que tenía ángel*. Luego fué elegido presidente de aquella alta corporación, siendo reelegido al terminar los dos años. Bajo su presidencia fueron votados senadores dos romeristas, en disidencia con el inolvidable Cánovas, únicos amigos que el señor Romero Robledo tuvo en el Senado. Ha seguido á este hombre público, y su lealtad y constancia han sido tales, que jamás le han podido vencer los cargos que se le han ofrecido, las contrariedades que ha experimentado y los desengaños que ha tenido. Siempre fiel á su jefe ha mirado con desdén los ofrecimientos hechos y con desprecio á los que se iban del lado de su jefe que tanto le debían.

Ha sido gobernador de varias provincias y hoy desempeña la de Tarragona á satisfacción de toda la provincia y de todo el Gobierno, estando completamente identificado con el presidente del Consejo de ministros, el Excelentísimo señor don Antonio Maura y con su predilecto amigo el Excelentísimo señor don Francisco Romero Robledo.

* * *

¡HERMANOS!

Aquella primorosa casita, colocada coquetonamente á la salida del pueblo y sobre un verde ribazo que dominaba gran extensión de terreno, era preciosa en verdad.

Su fachada, cuidadosamente teñida de color de rosa, desaparecía á trechos bajo los tupidos ramos de una frondosa madreselva que amorosamente dábanle estrecho abrazo. Sus bajas rejas y sus balconcitos de antepecho estaban pintados de blanco, y resguardábanlo de los ardores del sol unas persianas verdes, que contribuían á completar el simpático aspecto de aquella morada.

Sin embargo, cosa extraña, la casa estaba deshabitada, polvorienta, y llenas de telarañas sus puertas y ventanas, y, á pesar de su inmejorable situación y de lo exiguo del alquiler, nadie se decidía á vivirla, ni lo que es más á visitarla siquiera, asegurándose muy formalmente que después de anochecido no pasaba un vecino del pueblo por aquellas inmediaciones que no se santiguase rápidamente y procurase alejar sus pasos de la risueña casita.

* * *

Corría el mes de Diciembre de 188...

Un día en que el sol brillaba con más fuerza y en que el aire dor-

mía en sus ignoradas cavernas, el anciano cura del pueblo, acompañado de sus inseparables amigos, el boticario y el alcalde, salió á dar un paseo con objeto de estirar las piernas, entumidas por una larga semana de lluvias y vientos, y sobre todo para dar á conocer á don Restituto, nuevo médico del consejo municipal, las bellezas de la aldea y los sitios más pintorescos. Ya se había visitado el caudaloso salto de agua que ponía en movimiento una magnífica fábrica y dos ó tres molinos; habíase admirado la frondosidad de cierto barranco poblado de seculares castaños; y aquel día tocóle en suerte dirigir los pasos hacia el lugar de la coquetona casita de las persianas verdes. Despertóse, como era natural, la curiosidad de don Restituto por averiguar la causa de permanecer deshabitada tan preciosa casa, instalada en tan bello sitio; y el párroco, haciendo alfombra de la mullida hierba, hizo sentar á su lado á sus acompañantes y les habló de este modo.

***

Hace de esto muchos años; tantos, como que hacía dos ó tres que yo había cantado mi primera misa y seis meses que estaba destinado á esta parroquia; y sin embargo, los sucesos que voy á relatar á ustedes los tengo tan presentes como si se hubiesen desarrollado ayer mismo; tan grande fué la impresión que en mi alma produjeron.

Una mañana, muy temprano, instalóse en esta casita que había restaurada previamente, un matrimonio que por su gentileza, llamó mucho la atención, y cuyas bondades y sentimientos caritativos despertaron grandes simpatías. El era alto, moreno, fornido y de muy distinguidas maneras. Ella, dulce, somnoliente, delicada y de una belleza que más parecía trasunto del cielo que de criatura terrena y perecedera. Ambos hacían ostentación de gran lujo y, á juzgar por las apariencias profesábanse mucho cariño. Veíaseles á menudo salir juntos y dar grandes paseos por los alrededores del pueblo, volviendo luego á la casa, apoyada ella en el brazo del marido y dirigiéndose miradas llenas de pasión. La voz pública atribuíales una felicidad envidiable, y se les citaba como un matrimonio modelo. Decíase que pertenecían á una linajuda familia de la Corte, y que disgustos y ciertas enemistades políticas habíales hecho buscar un tranquilo refugio en esta sana y poética región.

Por aquellos tiempos ardía la primera guerra civil en España. Las partidas carlistas tenían en jaque al país y apenas pasaba día sin que se librasen sangrientos combates entre uno y otro bando, cuyas victorias atribuíanse cristinos y facciosos, pagando el pueblo, como siempre, los vidrios rotos.



MATERNIDAD — Cuadro de Vicente Nicolau Cutanda.

Uno de los cabecillas más activos y de quien la tradición contaba más horrores, era el joven conde X..., ayudante que fué de Cabrera, que hacía tiempo merodeaba por las inmediaciones del pueblo, y cuyas avanzadas nos habían sacado *velis-nolis*, más de una vez raciones y subsidios.

Una noche, habíase retrasado más que de costumbre la partida diaria de tresillo que sosteníamos con el dueño de la casita de color de rosa, en la tertulia del médico; su antecesor de usted, don Restituto. El tiempo mostrábase amenazador, estábamos á fines de Octubre, y el cordonazo de San Francisco azotaba que era un gusto nuestros campos. Don Eladio, que así se llamaba el morador de la pintoresca casita, emprendió el camino para su vivienda, completamente solo y confiado en la honradez de los naturales del país, y en la corta distancia que tenía que recorrer. Cuando llegó á su casa iba completamente mojado por el terrible chaparrón que caía. La presencia de un caballo enjaezado militarmente, atado á un árbol, y una especie de fatal intuición, hízole aproximarse á uno de los bajos balconcitos de antepecho; — á aquel precisamente que tenemos delante, — dijo el cura extendiendo el índice de su mano derecha; — y el espectáculo que presenció le hizo rugir de espanto y de dolor. Su esposa, su joven y adorada Pura, encontrábase sentada en un diván del comedor, abandonada dulcemente en brazos de un desconocido que la colmaba de caricias, á las que ella no permanecía indiferente. Aquel hombre era lo que suele llamarse un real mozo; usaba rizada barba, y sus grandes ojos negros tenían gran expresión. Vestía un extraño uniforme gris obscuro, con vivos celestes; franja dorada en el pantalón, dos entorchados en la bocamanga, faja encarnada ceñía su cintura, y cubría su cabeza con una boina azul con larga borla de hilillo de oro. Altas botas de montar, con espuelas, y un sable corvo de caballería, con tirantes de charol y portapliegos, completaban su militar al paso que elegante atavío. Era el jefe de la fuerza carlista que hacía tiempo operaba por aquella zona.

Don Eladio, ciego de furor, no quiso ver más; separó las persianas y saltó como un tigre dentro de la habitación, cuchillo de monte en mano; allí, aprovechando el estupor del primer momento, cayó sobre el general carlista y de un solo corte le degolló; después hundió ferozmente el arma por dos veces en el pecho de Pura. Aquéllo había pasado tan rápidamente que nadie se había apercibido; á más de que las víctimas, por lo imprevisto y simultáneo de la agresión, no habían tenido tiempo de defenderse ni de exhalar un solo grito. El conde X... había muerto casi instantáneamente. Pura se agitaba en las convulsiones que preceden á la agonía.

Alzando sus ojos, ya empañados por la muerte, extendió la mano con unos papeles á su marido y exclamó con voz entrecortada y débil:

—«¡Te perdono, esposo mío! Ese hombre es mi hermano, mi hermano del alma á quien no veía desde mi niñez. No he dejado un momento de amarte ni de ser honrada. Esos documentos te lo probarán. Ahora, adiós; adiós hasta la eternidad.»

Un golpe de tos cortóle la palabra y un ligero estremecimiento indicó que aquella mártir había dejado de existir.



AREN

MATILLA



EROS

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).

Don Eladio encontrábase entre aquellos dos inocentes asesinados por él en un momento de vértigo, y en medio de un gran charco de sangre; loco, trémulo, devoró el contenido de aquellos papeles. Eran actas y partidas por las cuales se comprobaba debidamente que su esposa y el conde X... eran hermanos legítimos; odios de familia, á consecuencia de las malditas ideas políticas, habíanles hecho separarse muy jóvenes. Entonces, enloqueció; abriéronse sus ojos desmesuradamente, vaciló, y... arrancando del cadáver del jefe carlista el revólver de reglamento que llevaba en la cintura, disparóse un tiro sobre el temporal derecho.

***

Fuí llamado precipitadamente por los criados; acudí, como era mi deber, y recibí de boca de don Eladio, que aún conservaba milagrosamente un soplo de vida, una confesión tan explícita y tan llena de fe y remordimiento, que me hizo creer que aquellos crímenes, ejecutados por una culpable precipitación y por fatales apariencias, no arrojarían el alma del homicida en los abismos de la eterna perdición. Le absolví *sub conditione*, y entonces don Eladio otorgó, ante testigos, un testamento legándome la casita y sus terrenos, para que con su producto aplicase sufragios y practicase obras de caridad en descargo de su crimen. Después, á los pocos momentos, expiró. Al día siguiente, cumplidas que fueron las prácticas judiciales, me hice cargo de los tres cadáveres, cuyos restos yacen en el cementerio del pueblo, cubiertos por una losa blanca y una sencilla cruz, con este solo epitafio: «¡Hermanos!»

La exaltada imaginación de los campesinos ha creído ver, después de la media noche, vagando por estos contornos, los espectros de los dos hermanos, y tras ellos el de don Eladio que se arrodilla y les pide perdón con voz ronca y terrible.

—Yo puedo asegurar á ustedes que he pasado á todas horas por estos sitios y no he visto señales de tales aparecidos.

—Dios Nuestro Señor haya perdonado al asesino y dé su descanso á todos.

—En cuanto á mí, no he cesado de cumplir el encargo de don Eladio, y muchos pobres deben la tranquilidad que disfrutan y un relativo bienestar á su piadosa manda, y esta misma mañana he aplicado el santo sacrificio en sufragio de sus almas y porque Dios les dé su gloria.

—Amén, —contestaron los oyentes del sacerdote.

Y, reunidos como habían venido, emprendieron el regreso al pueblo, tristemente impresionados por el relato de aquel espantoso drama.

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ

VICENTE NICOLAU CUTANDA



EL MONTE DE LAS ÁNIMAS. *Leyenda de Gustavo A. Becquer.*

¡SI LE DA LO MISMO!

(CHASCARRILLOS DE MI TIERRA)

ALLÁ por el año de 1866 vivía en Málaga don Miguel del Oro Domínguez, viejo, de humor excelente, que según el dicho de sus paisanos se tomaba el pelo á sí mismo cuando no tenía á quien embromar. Derramaba gracia por arrobas en las anécdotas que refería, y era el único socio fundador que restaba de aquella sociedad de *Los Calmosos* que se creó en 1841, asociación que en su breve existencia dejó gran caudal de sucesos para referirlos á las nuevas generaciones. Como prueba de las excentricidades de aquellos socios, referiremos sólo un caso, rigurosamente histórico.

Uno de los socios salió un día á comprar pescado, provisto de su correspondiente *cenacho* de esparto. No lo halló en la pescadería y entonces preguntó en el muelle si había algún barco próximo á salir del puerto. Le contestaron que se preparaba uno para América, tomó pasaje, fué al Nuevo Mundo y, cuatro meses después, regresó á su casa, donde por muerto lo lloraban, con el cenacho bajo el brazo y el pescado... podrido; pues lo había comprado en la pescadería de Méjico.

Don Miguel del Oro concurría diariamente al senadillo del Liceo. Allí discutía lo divino y lo humano, hacía chistes y tomaba café por la mañana, tarde y noche. Vino por entonces á Málaga, con el cargo de Intendente de Hacienda, un extremeño muy formal y muy caballero; pero muy *farol*. Lo presentaron en el *senadillo*, y allí se entretenía en relatar sus aventuras, sus hazañas en la época en que fué militar combatiendo contra los carlistas, las cruces conquistadas y los honores merecidos.

Faltaban dos ó tres días para el Corpus, y una tarde se presentó el Intendente mal humorado en el Liceo.

—Mal bicho le ha picado á usted hoy, — le dijo don Miguel.

—¡Calle usted, hombre! ¡Estoy desesperado! Ya saben ustedes que me había mandado hacer en Madrid el uniforme de Jefe Superior de Administración. Deseaba estrenarlo en la procesión del Corpus, y el sastre, cumpliendo su palabra, me lo envió ayer. Me lo pruebo y veo que se me ha olvidado el espadín. Salgo á comprarlo, y no lo venden en Málaga. Tengo necesidad de traerlo de Madrid ó Barcelona, y ya no hay tiempo.

—¡Bah! ¡bah! — exclamó don Miguel. — ¿Y por eso se apura usted?

—Naturalmente. ¿Dónde encontrar ese espadín? Debo renunciar á ir de uniforme á la procesión.

—Pues no señor, tendrá usted el espadín. Guardo, como oro en paño, uno que fué de mi abuelo y que es una verdadera joya. Se lo presto á usted por ser quien es...

—Gracias, muchas gracias, Oro, —añadió el Intendente, interrumpiéndole. —¡Me salva usted de un grave compromiso!

Llegó el día del Corpus y Oro no había mandado el espadín al Intendente. Este le envió su ordenanza, al cual replicó don Miguel, que en persona recibió el recado:

—Dígale á su jefe que se me había olvidado buscarlo; pero que dentro de una hora lo tendrá en su poder.

En vez de una hora pasaron dos. Nueva presentación del ordenanza. Don Miguel contestó:

—No encuentro el espadín por ninguna parte; pero que no tenga impaciencia, que ya tengo idea del sitio en que está guardado.

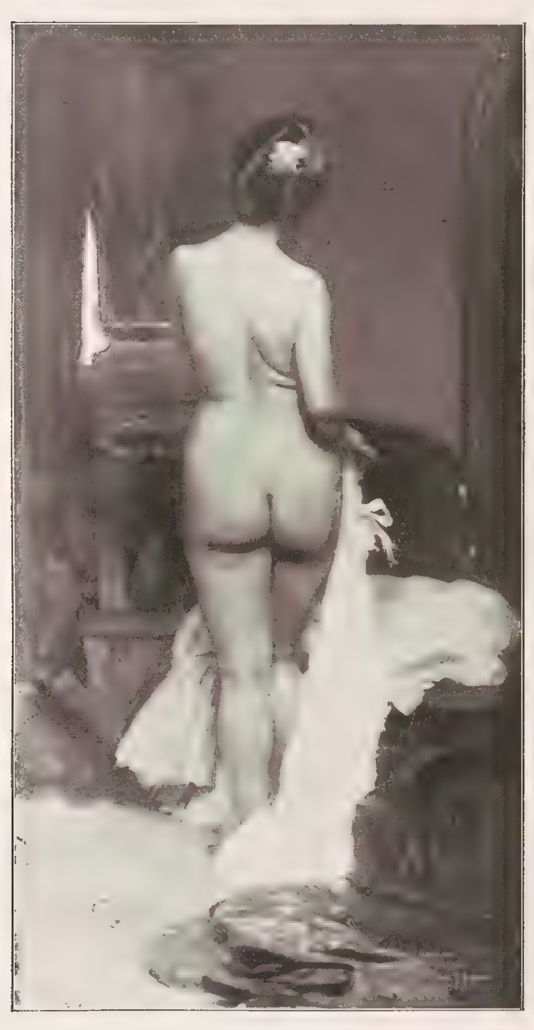
Faltaba un cuarto de hora para la procesión. Los repiques de la Catedral llamaban á los fieles á tan solemne acto. Las músicas militares se oían en las calles y las tropas empezaban á cubrir la carrera.

El ordenanza del Intendente, con la respiración entrecortada, prueba de la carrera que se había dado, desde la Aduana á la calle de Montaño donde el señor de Oro vivía, se personó en casa de éste.

—Dice mi amo, que está vestido y que sólo espera el espadín para irse á la procesión.

—Pues dígale usted á su amo,— respondió don Miguel, — que al buscar el espadín, he recordado que se lo pusieron á mi abuelo cuando se murió; pero que si le da lo mismo un trabuco,.. puede enviar por él.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



NOTA ARTÍSTICA; por FÉLIX MESTRES.



Fot. de J. Martí.

JOSÉ PINELL

DISTINGUIDO VIOLINISTA ESPAÑOL

Los amantes del arte lírico tuvieron el gusto, á mediados del pasado Mayo, de apreciar las raras cualidades que concurren en este joven y ya notable artista, paisano nuestro, y sus notorios adelantos por el concierto que dió en el teatro de «Novedades», y que le valió un nuevo triunfo.

Pinell cuenta hoy diez y ocho años, y bien es de ver por el retrato que acompañamos, habiendo hecho sus primeros estudios en la Escuela municipal de música de Barcelona, bajo la dirección del maestro Güell.

Después de un concierto en el palacio de Bellas Artes, lo presentó en Madrid el Conde de Morphy, gran protector de la juventud artística, y con la recomendación de don Jesús de Monasterio se hizo oir en Palacio, obsequiándole Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel con un precioso regalo.

De regreso á Barcelona, la mediación del Marqués de Soto-Hermoso le valió una pensión del Ayuntamiento para París, donde debía perfeccionar sus estudios; y allí, el tribunal que le juzgó al ingresar en el Conservatorio, le acogió con elogios que sólo se tributan á los músicos de gran porvenir.

Pinell prosiguió sus estudios, desarrollando sus singularísimas aptitudes; tanto, que á los pocos años consiguió el primer premio internacional del Conservatorio de París, en oposición bien reñida.

En 1902 visitó Barcelona y dedicó al Municipio un concierto, que tuvo lugar en el Salón de Ciento y que fué demostración de la gratitud de Pinell á la corporación popular, que le otorgó la subvención, ayudándole á adelantar en su carrera. En aquel concierto evidenció Pinell sus admirables condiciones artísticas.

Larga tarea sería la de enumerar las sesiones en que ha figurado el joven y celebrado concertista en París y en otras ciudades. Los éxitos han seguido á su excelente labor musical.

El violín con que se presentó en el citado concierto es regalo de la Reina Doña Isabel II, en cuya augusta presencia dió una sesión hace año y medio. Tan complacida quedó S. M. de la habilidad del joven violinista español, que le obsequió con este magnífico instrumento, que es verdadera joya.

Felicitamos cordialmente al señor Pinell por sus legítimos triunfos y le auguramos un hermoso porvenir si, lejos de infatuarse con el éxito, dedica al estudio la juventud que aún le queda hasta alcanzar la perfección relativa á que deben aspirar los artistas eminentes.

* * *



CAPRICHO



Cuadro de LUIS GRANER. *Salón Pares.*

LUIS GRANER

HAY que creer en la predestinación. Sin ella, Graner sería hoy un honrado comerciante ó un enriquecido bodeguero; y no lo decimos en són de menosprecio porque consideremos denigrantes tan útiles profesiones; muy al contrario; sino porque, efectivamente, Graner estuvo *amenazado* muchos años de ejercer dichas profesiones y realmente las ejerció en calidad de dependiente.

Por lo común, casi siempre, el estro artístico se revela ya desde la primera infancia; son tantos y tan conocidos los casos que prueban este aserto, que nos eximen de mayor demostración. Y entiéndase que hablamos de aquellas artes que requieren una técnica *aprendida* y que casi nunca se adquiere en edad adulta, por haber perdido (siempre en tesis general) su facultad de adaptación los órganos indispensables para ello. Podría asegurarse que han salido más poetas de una oficina ó escritorio, que pintores, escultores y músicos. Y es que en forma más ó menos prosaica, escribiendo números ó registrando partidas, lo mismo el oficinista que el poeta esgrimen idéntico instrumento, la pluma, y únicamente difieren en la mentalidad.

Luis Graner, pues, no reunía ninguno de los requisitos indispensables para *diagnosticar* una verdadera predestinación. Jamás, durante su niñez y su primera juventud, tomó el lápiz para llenar de muñecos cuantos papelotes cayesen bajo su alcance; ni le pasó por las mientes que las estampas, cromos é ilustraciones (y no decimos cuadros porque ignoraba seguramente el concepto de la palabra) pudieran ser obra de sus manos. Su estado, en suma, era el de completa inconsciencia artística, sin ninguna de las formas de vocación y disposición que acompañan siempre á los *predestinados*.



Fot. de Napoleón.

Así no es extraño que al llegar á los 15 años de su edad, y aprovechando ciertas relaciones que tenía con un comerciante de Puerto Rico, su padre le propusiera y el muchacho aceptara como la cosa más natural del mundo pasar á aquella isla á hacer su aprendizaje de comercio, en uno de aquellos establecimientos en que se vende de todo: sederías, tabaco, hierros, carbón y zapatos. Ciertamente que el trato con los negros y los blancos clientes de la casa no fueron parte á iluminar su espíritu con destellos de algo ignorado y no presentido. Decimos mal: tal vez podía tomarse por vago presentimiento su constante tristeza y sus anhelos de ver mundo, única pasión que perturbaba su pacífica existencia.

Un día cayó bajo sus ojos un album de ésos en que la vanidad y la impertinencia humana se complacen en atormentar á cuantos escriben líneas cortas ó trazan un garabato cualquiera. La portada, muy llena de rasgos caligráficos intercalados con pájaros y flores, era en colores, *pintada á la mano*, como dicen los que entienden de estas cosas, y nuestro Graner quedóse estático en su contemplación.

—¡Me gustaría hacer esto! —se dijo; pero así, como si pensara: —¡Me gustaría subir á la luna!

Fué una chispita de revelación, mas como juzgaba la cosa en el número de los imposibles, no pasó de ahí.

No nos entretendremos en referir su viaje de regreso á Barcelona para restablecerse de una grave dolencia, y su vuelta á Puerto Rico, sin que le llevara á aquella isla una irresistible vocación, sino más bien el ansia de movimiento, de ver otras tierras. Obsesionado por esto, sin duda, un día que tocaba en el puerto de San Juan un vapor para Cuba, tomó pasaje, llevó su baúl á bordo, ajustó cuentas con su principal y el mismo día se embarcó para la Habana.

¿Qué iba á hacer allí? Ni él mismo lo sabía. Ni buscó nueva colocación, ni conocía á nadie, ni tenía formado propósito alguno acerca su porvenir. Fué viviendo unos días con el poco dinero que le había quedado; luego vendió la ropa de su baúl prenda á prenda... y cuando hasta ésta quedó agotada, encontróse frente á frente con el hambre.

Decididamente, no le llamaba el comercio, pues con su práctica del negocio no le hubiera sido imposible hallar una colocación, allí donde la encuentra tanta gente burda y sin ninguno de sus requisitos. La naturaleza de los alrededores le tenía fascinado y á ella consagraba sus horas y sus indefinibles entusiasmos como un *golfo* cualquiera. El hambre le devolvió á la realidad, y fué preciso de todo punto agenciarse para vivir.

Había visto en Puerto Rico poner asientos de rejilla á unas sillas desvencijadas, y fué de puerta en puerta buscando sillas que componer. Encontró trabajo y á los pocos días, no acostumbrados sus dedos á tan desusada labor, sangrábanle por todos los pulpejos. Hubo que renunciar al oficio... y á comer.

La debilidad, la intemperie y la postración de su espíritu quebrantaron sus fuerzas. Después de tres días sin probar bocado y abatido por intensa fiebre, vagaba por el puerto de la Habana, cuando recordó que por aquellos días debía llegar de Barcelona un amigo de su familia. Efectivamente, el vapor estaba allí; y el amigo, que llevaba encargo de buscarlo, dolorosamente sorprendido al verle en aquella situación, se hizo cargo de él, lo cuidó y lo embarcó para España.

Ya en su país, tuvo que atender primeramente á restablecerse. Y cuando, pasado algún tiempo, su padre le encareció la necesidad de tomar alguna ocupación, Graner mostróse decidido á no seguir la carrera del comercio. Y recordando aquel album que viera en Puerto Rico, cuyo recuerdo no se había borrado ya más de su memoria, manifestó su deseo de aprender á dibujar.

Sin inspirar confianza á su padre, pero con el apoyo de su hermano, ingresó en una academia particular, donde por primera vez en su vida tuvo un lápiz en la mano. Aquella vocación, contenida por tantos años en lo recóndito de un sér que no sabía darse cuenta de sus propias voliciones, pareció que se desbordaba con pasión de amante correspondido. Sus progresos no eran los de un principiante á quien hay que guiar, por decirlo así, de la mano, sino que eran el fruto de una inteligencia que daba de una vez lo que debía haber incubado paulatinamente.

A los 20 años se matriculaba en la Academia de Bellas Artes, y en solos dos años, después de haber ganado todos los premios de cada curso, fué galardonado con una bolsa de estudio de *mil doscientas* pesetas que el aplicado joven empleó pasando tres meses en Madrid, estudiando aquel Museo de pinturas, y siete meses en Roma para observar el movimiento artístico contemporáneo, realizando un verdadero prodigio de economía.

Terminado el dinero, regresó á Barcelona, donde instaló una academia particular. Son indecibles las penalidades y privaciones que experimentó en los primeros meses, hasta que el número de alumnos creció lo suficiente para asegurarle una tranquila subsistencia. Pero el recluirse en la enseñanza era cerrarse la puerta á toda aspiración de arte trascendental, y Graner no quiso sucumbir á la idea de su anulación.

Después de algunas tentativas, más bien dudosas que afortunadas, determinó despedir á sus alumnos, y empezó entonces aquella época de febril actividad en que sus cuadros inundaron el mercado de Barcelona. Su tema favorito fueron las escenas nocturnas con luz artificial, en cuya interpretación ha logrado sorprendentes efectos de realidad, y no hubo aficionado que no deseara poseer alguno de aquellos cuadros que constituían su especialidad.

Empezó á pintar también para las grandes Exposiciones, sin dejar de luchar jamás para las duras necesidades de la vida.

Su familia, que había visto al principio con desconfianza que Luis se dedicara á la pintura, temiendo que fuera un pretexto para proseguir en sus juveniles devaneos, se rindió al cambio radical y á la manifiesta vocación de su deudo, dejándole, sin embargo, entregado á sus propias fuerzas, no tanto para mortificarle, cuanto para que no cesara la tensión

de su esfuerzo ante la esperanza de mayores comodidades. Sin embargo, hasta esta idea era errónea, como se ha visto después. El fallecimiento de su hermano don Ramón, que le dejaba heredero de una regular fortuna (prueba innegable de su verdadero cariño), puso en condiciones á Graner de tomar las cosas más tranquilamente, y de mirar por su salud, un tanto quebrantada. Lejos de ello, desvanecido el temor que infunde la lucha por la vida, hase entregado en cuerpo y alma á su amado arte, inaugurando un período de hondo estudio y alta producción, en el que la abnegación con que se entrega al trabajo substituye en su salud á las antiguas penalidades.

Hemos querido entrar en todos esos pormenores, que á alguno le parezcan tal vez pueriles, porque el caso lo merecía por su novedad y rareza. Es verdad que son varios los artistas que luchando con las miserias y quebrantos de la vida han llegado á figurar en primera fila; pero son muchos menos que los que caen extenuados entre los abrojos del camino. Y no deja de ser providencial que, sin un propósito exteriorizado de continuo, y que por lo tanto no tuvo siquiera el mérito de verse contrariado, fuera á parar Graner á aquello mismo á que parecía destinado por las relevantes dotes expuestas más tarde. Es posible que antes se hubiese dado cuenta de su vocación si el medio ambiente en que se movía hubiera favorecido su desarrollo intelectual. Pero tímido por temperamento, alejado en temprana edad de todo consorcio artístico, encaminado hacia una esfera de acción de todo en todo opuesta á la genuina manifestación de su sér, hubiera seguido siendo un honrado bodeguero, si la tenue luz de aquella abigarrada página de album no hubiera dado algún vislumbre á su obscurecido espíritu, y si su afán de ver mundo no le hubiera indicado que la profesión de comerciante no era la más adecuada á su temperamento.

En España, sobre todo, donde apenas si por excepción se estudia el carácter y disposiciones de los niños, ¡cuántos ingenios deben perecer en el olvido, que bien encaminados hubieran hecho hablar de sí y engrandecido á su patria!

***

Luis Graner es una de las personalidades no sólo más salientes, sino también más características del arte contemporáneo catalán. Llegado tarde al estadio artístico, no tuvo tiempo de encariñarse en tiquis-miquis de escuela, como lo demuestra el que no se parezca á ninguno de sus maestros ni coetáneos. Lo que sabe, bueno ó malo, es producto de una cultura intensiva de sus facultades, por lo mismo que precisaba ganar el tiempo perdido, pero al propio tiempo es hijo de un ingenio espontáneo y fácil en grado sumo, que sabe asimilarse las cualidades de la naturaleza, todo cuanto es refractaria á la imitación ajena.

Sin embargo, esta misma facilidad y más probablemente, la imperiosa necesidad de aplicar sus primeros conocimientos al problema de la existencia, no permitieron que llegara á completa sazón el fruto de sus estudios. La prodigalidad de su pincel, si de una parte le facilitó un dominio técnico que no se arredra ante los mayores obstáculos, mermó en gran manera su espíritu analítico, rebelde, en fuerza de la costumbre, á toda sujeción reflexiva. Así, su pintura no alcanzaba por entonces aquella intensidad que es propia de las obras duraderas. La visión era sorprendente de realidad, la impresión justa, la pincelada elegante y suelta, pero el conjunto era poco madurado y la impresión se borraba de la memoria con la misma facilidad con que se había realizado el cuadro.

No se crea por ello que las obras de aquella época carezcan de mérito: las cualidades apuntadas son suficientes para delinear una personalidad, y sus tabernas iluminadas á la luz artificial de linternas ó quinqués de petróleo, y sus cabezas de borrachos quedarán como tipo de pintura no aventajado por nadie aquí.

Fué preciso que un cambio favorable de fortuna determinara en Graner un propósito de resolver lo que había dejado en suspenso en la época que calificaremos de comercial. Y en efecto, se puso á estudiar con verdadero afán, si bien luchando con la costumbre ya inveterada en su rápida mano. Esfuérzase en ser menos sintético, y aunque no siempre lo obtiene, la tranquilidad que le presta el hallar satisfechas todas sus necesidades, hace que su obra madure más en el concepto y en la ejecución.

A esta época pertenecen los grandes cuadros con que ha regalado nuestros ojos en los dos ó tres últimos años y los sólidos estudios de paisajes y marinas con que va documentando su inteligencia.

Su cuadro *La fragua*, que el Ayuntamiento de Barcelona adquirió en la Exposición internacional de 1894 para el Museo, preludiaba el cambio que se iba á operar. Pero ¡cuánta distancia de aquella tela, pintada en pleno período de lucha, á los grandes cuadros que recientemente expuso en Barcelona y que expidió luego á los grandes certámenes europeos! Hoy es ya un maestro consumado, y parece como que se complazca en amontonar dificultades para tener el gusto de superarlas. *La hora triste*, *Cambio de crisol*, *Pesca á l'encesa* (con fogatas), *Los contrabandistas*, *El entierro de la sardina*, son facetas de este nuevo modo de ser, y atestiguan la fuerza de voluntad y la fibra del artista. Esas grandes telas no están pintadas entre las sombrías paredes del taller, sino en medio de la naturaleza, con todos los modelos ocupando sus respectivos sitios, con las luces apropiadas á la inspiración del artista, que de este modo lleva aquella virginidad de toque, con rápida y nerviosa ejecución, de la naturaleza al cuadro, sin desleirse en la copia de estudios fragmentarios.



LUIS GRANER en su estudio.



MAÑANA D

GRANER



Salón Parés.

DE PRIMAVERA



Y así también esas obras tienen la fuerza sugestiva y vibrante de los estudios y cautivan al espectador asombrado ante aquellos trozos de naturaleza sorprendida en sus fugaces palpitaciones.

Quédale á Graner un último sacrificio que hacer para afirmar definitivamente su arte. Debe sacrificar su facilidad, que es un resabio adquirido en circunstancias que se lo exigían, y que ahora han desaparecido. Permítanos el maestro esta leve observación que apuntamos sin merma de sus grandes méritos, que hace tiempo somos los primeros en reconocer.

***

Graner ha tratado todos los géneros de la pintura, manteniéndose en todos á envidiable altura. Le son fáciles la marina y el paisaje, como también la copia de interiores con las más extrañas y contrapuestas luces, ya sean diurnas ó nocturnas. Conoce la figura humana como pocos, y sería una especialidad en el retrato, si en nuestro país se estimara como un género de pintura superior, en vez de tomarse por un arte bajo y lisonjero, con los retoques y afeites de la más vulgar fotografía.

Nadie le iguala en la interpretación de las luces artificiales, ora en su color natural, ora á través de vidrios de colores; lo mismo en el interior, que en la profusión de los grandes paseos y avenidas con sus miriadas de focos, ó que rielando en las tranquilas aguas del puerto. Si fuese posible que desaparecieran todas sus demás obras, quedando únicamente las de este carácter, bastarían para perpetuarle en la historia del arte catalán. Su filiación artística le coloca entre los más fervientes adeptos del realismo, al modo como lo entendieron Velázquez, Zurbarán y Ribera.

Su reputación se ha extendido muy allá de su país natal y, á partir de la Exposición Universal de Barcelona en 1888, en la que fué premiado, lo ha sido sucesivamente en París con el título de *associé* de la Sociedad del Campo de Marte, con dos medallas de tercera clase, y una de segunda en las Exposiciones nacionales de Madrid, con una primera en la Internacional de Barcelona de 1894 y recientemente ha sido propuesto para una condecoración en la que se está celebrando en Madrid, por no poderse ampliar el número de primeras medallas, para una de las cuales estuvo propuesto.

Finalmente, ha sido varias veces miembro del Jurado de las Exposiciones de Barcelona y figuran cuadros suyos en los Museos de esta ciudad, Madrid y Filadelfia, y en infinidad de galerías particulares.

Hoy Graner, á los 41 años de su edad, toca á la madurez de su genio, en circunstancias que pueden hacer esperar grandes cosas de su talento. Ha andado la parte más áspera del camino, y mirando hacia atrás podrá enorgullecerse de no haber perdido el tiempo.

Francisco CASANOVAS



Los tres amigos. — Labrador acomodado.

Cuadros de Luis Graner.

NOCHE DE SAN JUAN

El comedor, lleno de mugre, es asfixiante. La pálida luz del quinqué brilla como una gota miserable entre el espesor del humo que la ahoga.

Pedro, el desarrapado peón, en mangas de camisa, aparta el plato y chupando el cigarro hasta quemarse los dedos, clama, entrando en mal humor:

—¿Aún no?...

—¡Calla, si quieres!

—Padre, ¿y el tío Miguel?...—dice la pequeña.— Es tan hermosa la ingenuidad de su alma.

—¿Qué hacemos?

—Eso tú, Pedro; es tu hermano.

—Bueno, ¿y qué? Hablémosle claro. Ya pasa mejor las noches. ¡Bueno estaría!... ¿no es así?

—Claro.

—Pobre tío... ¡me da más pena!...

Y la buena niña es la única de ellos que tiene el corazón virgen para acordarse del infeliz enfermo, y sepulta una mirada compasiva en las tinieblas del corredor. Allá, en el fondo, una tos seca y continua aumenta la obscuridad.

—Háblale tú, —dice ella, abrochándose y arreglando el vestido de su hija.

—Ya verás, más vale que se lo digamos juntos.

. . . .

—¿Te falta algo, Miguel?... Ya estás mejor, ¿sabes?... pasas mejor las noches... Ya verás, hazte el cargo... ¿comprendes?... Hemos pensado en salir, ¿qué te parece?

De las profundidades de la alcoba sale una voz lenta y apagada.

—Sí, sí, no os molestéis más; bastante trabajo os doy... Creed que querría estar bueno... mas...

¡La tos, aquella tos!...

—Tú, Teresa, ¿qué haces?... Trae el quinqué. ¿Quieres luz?

—No. No hace falta.

Llega la luz y se ilumina la pequeña sala; al fondo de la alcoba aparece el rostro demacrado del tísico.

—Nada necesito, marcháos. Cuando me encontraba fuerte, como vosotros... entonces... también me sabía mal... perder... una... noche... como... es...ta.

—No te canses, después te vendrá la tos, y...

—Sí, sí, partid y divertíos... ¿Y tú, pequeña?...



Horno de vidrio. — Trabajando al fresco.

Cuadros de Luis Graner.

LUIS GRANER



PUESTA DE SOL

Salón Parés.

El pobre joven levanta la cabeza para verla mejor. La niña le contempla tristemente, avanzando la cabecita rubia.

—¡Harán fuegos artificiales!... ¡qué me gusta todo esto!... ¿Y vos, tío?... ¡Me dáis más pena! ¿Por qué no venís?... ¡tantas cosas que me diríais!...

—Cállate; ya te las dirá luego.

—No la regañes. Luego... después... después...

Y abatido, hunde la cabeza en la almohada.

—Adiós. Hasta más tarde.

La sala y la alcoba vuelven á quedar negras de angustia; el infeliz, solo en las tinieblas de su postración, nota que sus ojos se empañan.

La puerta del piso se cierra de golpe y la llave gira de una manera sorda. El pobre tísico, perdido en la noche de su alma, murmura desconsoladamente:

—¡Más tarde, después!...

***

La ciudad está plenamente despierta. La gente ríe y se empuja, roja de fiebre, con gritos alcohólicos. Las hogueras chisporrotean. Las hogueras son altas, tienen la vida del instante, viven mientras se consumen.

Por todas partes, ruido y fuerza, todo vibra, todo es estío. Silban los cohetes alzándose con furia, la larga cola luminosa, y entre las inmensas quietudes del espacio se derriten en estrellas falsas de colores de alegría.



Club.

Las calles son demasiado estrechas, la gente las inunda, parece que se vuelva loca, quiere divertirse; todo el mundo grita, los manubrios suenan, los cafés cantantes bullen, las tabernas revientan.

Abatido, el enfermo se hunde en el fondo de la alcoba. El ruido de la calle le sepulta en la muerte de un tiempo que nunca volverá.

¡Sin salud y sin madre! Su hermano se cansa, su cuñada también. La única que le ama es la pequeña... ¡Qué solo, qué abandonado!... ¡Qué triste! .. ¡Juventud, amistad, esperanza!...

El ruido crece y crece más y más; voces de mujeres, risas espontáneas y frescas animan la calle. En la taberna de enfrente rompe la música, dominando el barullo, y empieza la danza.

El tísico, lleno de tristeza, mira los vidrios del balcón, que brillan súbitamente, como si reflejaran un gran incendio. El fuego del estío ardiente, de la noche tibia, ilumina el rostro amarillo del enfermo que, al darse cuenta de su gran postración, tiene un gran deseo de vivir, se encuentra demasiado solo, y en un rapto de energía salta del lecho. Quiere probar de andar, viene el vértigo, y los muebles, las paredes, el suelo, todo baila alrededor de él, las fuerzas le faltan y cae abandonadamente en la desvencijada silla.

Las claridades rojas se debilitan trémulas en los vidrios sucios del balcón. Aquella luz que se apaga, aquel fuego de un instante, le hablan de una manera insconsciente para él, de su propia existencia; tiene frío, mucho frío. Luego, le parece sentirse con bastante fuerza para llegar hasta el balcón. Se levanta de nuevo y vuelve á caer en la silla.



Rincón de taberna.

Tiene un gran ataque de tos, más fuerte que nunca, seguido de terribles convulsiones; hecha sangre... extiende los brazos sobre la cama... ¡Se ahoga!...

¡La tos, la maldita tos!... Las piernas se le alargan en un supremo esfuerzo, los brazos como maderas. Sus dedos crispados parecen las patas de un cangrejo. La cabeza se levanta para caer sin fuerza sobre las sábanas...

Tiene una tremenda convulsión y luego... ¡nada! La luz roja, vacilante, se apaga; los vidrios quedan fríos como antes. La cavidad del piso es más silenciosa que nunca. La tos continuada y seca del tísico ha enmudecido para siempre.

Y en la calle, el ruido sigue sin amainar en nada, los cohetes suben furiosos como sierpes encendidas. La gente se divierte, tiene una gran manía de diversión.

***

La puerta cruje y se cierra con estrépito, haciendo retemblar las paredes de la casa. La tenue claridad de la mañana entra perezosamente en el piso, blanqueando el negro corredor.

En el cuarto del enfermo hay un silencio que impone.

La pequeña está cansada, mas se acuerda del tío y corre á su habitación:

—¡Le contaré muchas cosas, muchas!...

Pedro y su mujer quédanse sentados con un gesto de extraño encantamiento, casi cómico, las manos en las rodillas, con toda la estupidez del borracho.



LAS ULTIM

RANER



AS NOTICIAS

Salón Parés

Miguelina vuelve, llena de extrañeza, lentamente.

—El tío Miguel está sentado en la silla y no contesta.

—¿En la silla?...

—Sí, sí... está dormido, no contesta.

—¿Sentado?... ¡Sentado!...

—¡Está sentado!...

Y los dos, poseídos del terror, quédanse mirando el corredor de una manera estúpida; el vino les entorpece.

En aquella covacha hace un calor asfixiante, mas el cuarto del tísico es helado como un sepulcro.

Rafael NOGUERAS Y OLLER



Entierro del Carnaval (Barcelona).

LA FELICIDAD ES UN MITO

No existe, nó, ni podrá jamás existir. Cada uno la comprende á su manera, no pudiendo nadie verla realizada, tocarla cual se la ha imaginado. El Rey desea la libertad del sencillo pastor que pasa desapercibido á los ojos de la sociedad. El pastorcillo, cuando oye las trampas de caza y ve pasar ante sus ojos las brillantes cabalgatas de damas y caballeros, dueños y señores de aquellos bosques y llanuras, exclama, lleno de admiración: ¡Qué felices son estos grandes del mundo, que no tienen que pensar más que en pasarlo bien! Sus noches se deslizan agradables en templadas camas, y bajo los finos cobertores que el hombre teje con las lanas de nuestras fieles ovejitas y bizarros carneros, que en la primavera de cada año vienen á quitarles, para que la Naturaleza y nuestros cuidados vuelvan á hacerlas crecer, en beneficio de su comercio; mientras nosotros pasamos esas noches en constante desvelo y al cuidado de estos nuestros queridos animalitos, para que los lobos no los hagan presa de sus deseos carnívoros, y expuestos siempre á las intemperancias de los elementos, sin saber apreciar aún los placeres que experimentan los que en mullidos lechos ven correr esas horas de felicidad para ellos, y que de tantas angustias y amarguras están llenas para el pobre pastor.

Pues bien; ni el Rey, ni el pastor serían felices, cual se forja su imaginación, si posible fuera que se realizaran sus deseos. De pena, de desesperación moriría el Rey si tuviera que dejar su trono y reemplazar el cetro por el humilde cayado, para marchar noche y día al cuidado del redil que confiado le fuera. Y para el pastor, al ser sacado de sus montañas, donde su voluntad es libre, y donde no tiene que luchar con la humanidad voluble é ingrata, el mullido lecho sería de espinas punzantes; los espléndidos palacios, cárceles, y los hombres verdugos, constantemente dispuestos á inmolar sus víctimas.

Si á cada uno en un momento dado le fuera posible realizar sus deseos, la humanidad sería aún más desgraciada de lo que es. La felicidad en general se cifra en poseer lo que no se tiene; la posesión del objeto deseado, después del primer instante produce hastío, y nuevos deseos renacen en el corazón para que el martirio sea continuo. La dicha, cuando se ha obtenido en excepcionales ocasiones, ni se comprende ni se conoce hasta que se ha perdido. La felicidad es un mito, no existe; vivimos tan sólo de recuerdos y de esperanzas, puesto que los momentos en que el alma se recrea, y se distrae de la materialidad de la vida son tan pasajeros, que, al querernos posesionar de ellos, la realidad nos detiene, diciéndonos: espera, no prosigas, todo ha concluído, sólo puedes envolverte en el recuerdo que es el verdugo del porvenir y el que nos hace desconfiar de todo. ¡Cuán triste es la vida cuando, muerta la esperanza que ha sostenido nuestra planta insegura, la duda se sobrepone á la creencia y acabamos por desconfiar de todo!

¡El ayer pasó, el hoy es triste; que no sean ilusiones engañosas ese divino mañana que espero con frenesí!

CONDESA DE BLANCA LUNA



La vuelta del trabajo.

Cuadros de Luis Graner.



Retrato de Jimémez Aranda, pintado por el mismo. *Salón Parés.*

NÚMERO DEDICADO Á LA MEMORIA DEL EMINENTE ARTISTA SEVILLANO

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

La primera vez que hemos visto obras de Jiménez Aranda fué en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid en 1871. La musa picaresca y popular, que tan admirables lienzos inspiró al artista en el transcurso de su vida, estaba representada ya entonces por los cuadros *Como ropa de Pascuas* y *Un accidente en la plaza de toros*, premiado este último con tercera medalla.

Eran aquéllos los primeros pasos de Jiménez Aranda en una senda que había de colmarle de gloria y de provecho. Le vimos luego crecer en arte y fama, y no sin íntima satisfacción nos dábamos cuenta de que se realizaban todos nuestros vaticinios.

Muy niño aún empezó nuestro artista á dar inequívocas señales de su vocación. A los doce años emprendió ya sus estudios, bajo la sucesiva dirección de dos obscuros profesores que le enseñaron las primeras nociones, tan efímeras como la obscuridad de sus nombres. Pero de entonces data un hecho, que, al propio tiempo que marca su gusto por la composición, revela el principio de un culto que debía acompañarlo toda la vida, con una tenacidad tan admirable como honrosa. No sabemos cómo, llegó á sus manos un ejemplar del *Quijote* de Cervantes, cuya lectura tuvo la virtud de exaltar su imaginación, en edad más propia de los juegos que de las meditaciones. Sugestionado por la belleza del asunto, por lo pintoresco de las descripciones y lo humorísrico de los episodios, dióse á ilustrarlo á su manera, como puede hacerlo un muchacho desconocedor en absoluto de todas las reglas del arte. Guiábale, sin embargo, un feliz instinto. Sabido es la parte importante de su existencia que ha consagrado Jiménez á ilustrar las hazañas del *ingenioso hidalgo*, notable herencia artística que bastaría ella sola á inmortalizar el nombre de su autor. No hay duda que esta pasión por la obra de Cervantes tuvo su germen en aquellos infantiles escarceos; pero lo extraordinario del caso, es que, ya en la plenitud y madurez de su talento, muchos de los dibujos con que ha ilustrado el *Quijote* coinciden, salvadas las debidas distancias de corrección y arte, con aquellos primeros ensayos, prueba irrecusable de la precoz fuerza intelectiva del muchacho, y de la ausencia de todo espíritu arcaico en el maestro.

Trabajó luego bajo la dirección de don Antonio Bejarano, director de la Academia de Bellas Artes de Sevilla, y con él empezó en realidad á echar los cimientos de su arte, dibujando del antiguo, con un vigor y corrección que bien revelaba cuál había de ser la parte predominante de su talento artístico.

Hijo de una modestísima familia y, por lo tanto, con más necesidades que medios de satisfacerlas, lanzóse á pintar á la buena de Dios, «empezando — según decía él mismo más adelante — á dar palos de ciego». Hacía cuantos encargos se le presentaban, sin excluir la iluminación de fotografías y el litografiar imágenes para los *santeros* de la capital andaluza. También se dedicó por poco tiempo á la escultura, en la que parece hubiera despuntado, lo que explicaría el relieve casi *tangible* de su dibujo. Como quiera, hubiese perdido á buen seguro un tiempo precioso en estos ensayos y efímeras producciones, ó se hubiera malogrado su talento, sin la oportuna llegada del ilustre pintor don Eduardo Cano, que llevaba á Sevilla, además de sus sólidos conocimientos artísticos, una ráfaga de *aire de fuera*, saturado de *realismo*, que con tanta fortuna se iniciaba entonces. Conoció á Jiménez y comprendió en seguida las cualidades naturales de que estaba dotado, tomándolo por discípulo suyo.

Al lado de Cano sufrió el joven artista una radical transformación, salvándose á tiempo de un probable extravío. Se embebió en el estudio del natural, fundamento único de todo arte serio, y con nueva y sólida base empezó á producir los primeros cuadros, cuya intención y espíritu de novedad le dieron á conocer bien pronto por un exquisito pintor de género, é hicieron volar su nombre más allá de los límites de Sevilla. De esta época son los primeros tanteos para las Exposiciones Nacionales de Madrid, pues en la de 1864 presentó los lienzos *El músico ambulante*, *La hija del preso* y *La huérfana*, mereciendo mención honorífica, y dos años más tarde *La pordiosera* y el boceto *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*, que fué objeto de generales alabanzas. En la de Sevilla de 1867 expuso otro cuadro, *Don Juan de Mañara encontrando su propio entierro*, que causó también profunda impresión.

Por aquel tiempo, el duque de Fernán-Núñez abrió un concurso para la ejecución de un cuadro conmemorativo de la guerra de Africa, para adornar su palacio de Madrid, y Jiménez quiso aventurarse á medir sus armas con otros artistas, enviando un boceto de la *Entrada de las tropas españolas en Tetuán*. Llevóse el premio y la ejecución de la obra definitiva don José Palmaroli, que era entonces uno de los artistas que mayor privanza gozaban en la Corte; pero, sorprendido él mismo por las relevantes cualidades de su joven contrincante, aconsejó al duque la adquisición del boceto de Jiménez. Y como, al tratar del precio, éste pidiera una suma irrisoria, en armonía con lo que estaba acostumbrado á cobrar por sus cuadritos, Palmaroli puso precio al boceto, estimándolo en una suma que su joven contrincante no se hubiera atrevido á soñar.

Este asunto dióle ocasión de ir á Madrid por primera vez, donde admiró el Museo del Prado y especialmente á Velázquez, que fué para él una revelación. Complacíase, en su edad madura, en recordar la impresión que le produjo la contemplación de los lienzos del primero entre los pintores españoles, y declaraba que hasta entonces no se dió cuenta exacta de lo que era la pintura.

Establecióse en Madrid durante tres años, hasta que en 1871 expuso los dos cuadros que mentamos al principio, uno de los cuales adquirió el Gobierno, y con su producto hizo su primer viaje á Roma, llevando consigo á sus padres y hermanos, á más de su mujer y tres hijas.

De cómo aprovechara el tiempo en la Ciudad Eterna y de la estima que logró entre sus connacionales es buena muestra el siguiente episodio, que relata Eusebio Blasco en *Europa y América*, y cuya autenticidad le dejamos:

«Érase en vida de Fortuny. La primera vez que éste fué al estudio de Jiménez Aranda, en Roma, creyó que perdía su tiempo y que le hacía un favor con la visita.

Pero así que entró y vió el cuadro que el artista titulaba *Dios guarde al rey*, varió de opinión y quedó sumamente sorprendido.

Jiménez Aranda no estaba pensionado por el Gobierno. Había ido á Roma con recursos propios ó por la protección de algún particular sevillano.

—¿Para quién es este cuadro? — preguntó Fortuny.

— Para nadie, — respondió el artista, con su habitual sequedad. — Yo no he vendido aún nada.

— Pues yo lo compro, — respondió el artista catalán, que era entonces el dios de los pintores representantes en Roma de todos los países.

Y, al salir del estudio, les dijo á los artistas que formaban su cohorte y que le habían acompañado:

— No se debe desdeñar á nadie sin conocerle. Este hombre dibuja de una manera tal, que podría enseñar á todos.

Aquella misma tarde, escribió á Stwart, el famoso coleccionista, y le dijo:

«Compre usted el cuadro que le enviaré en esta semana. Es obra de un artista español de gran mérito, á quien no dudo en augurar un porvenir brillantísimo.»

Stwart no discutía jamás una opinión de Fortuny. Envió el precio que éste le indicó y adquirió el cuadro sin conocerlo.

Pero, al venir Fortuny á París aquel invierno y visitar los salones del rico americano, notó que el cuadro de Jiménez Aranda estaba encima de una puerta.

— ¡Cómo! — exclama Fortuny, con esa hermosa lealtad de criterio del genio que no conoce la envidia. — ¿Ha creído usted tal vez que mi carta era una recomendación y nada más? ¿No ha sabido apreciar lo que tiene? ¡Coloque usted ese cuadro en lugar preferente... ó quite usted todos los míos!»

Poco menos de tres años estuvo Jiménez en Roma, gozando de la consideración de toda la colonia española, que le reconocía uno de los primeros lugares; allí pintó, además del lienzo expresado, *La rifa del santo*, *Che caldo fa* y *El barbero en lunes*.

Cansóse de estar en Roma, y en 1874 regresó á España, yendo á parar á Valencia, donde se detuvo un año, pintando *La Murga* y algunos otros; y luego se trasladó á Sevilla, instalándose en su ciudad natal hasta 1881, produciendo, entre otras obras, algunos dibujos para el Album de Calderón de la Barca, que publicó la Academia Libre de Bellas Artes, y varios retratos, como el de don Juan Piñera y el de la duquesa de T'Serclaes, que la crítica calificó de notabilísimo.

Poco después, el artista se trasladó á París, donde fijó su residencia, acompañado siempre de sus deudos (excepto sus padres, que habían fallecido), y en la capital francesa no tardó en consagrar su reputación, iniciada en el *Salón* de 1878 con *El guardacantón*, tipo de majo.

Su fecundidad en este período de nueve años de residencia en la capital francesa toca en lo extraordinario, si se considera, sobre todo, que sus obras eran el producto meditado y consciente de una labor perfecta y acabada. Meissonnier reconoció sus relevantes méritos, y al gran artista francés le comparaban cuantos trataban de describir el género artístico á que se dedicaba con predilección Jiménez.

Difícil es enumerar las obras que produjo su pincel en este brillante período de su historia, muchos de los cuales han popularizado la fotografía y las ilustraciones. Pero, circunscribiéndonos á las que expuso en el *Salón* y que dieron motivo á la prensa para escribir sendos ditirambos en su honor, debemos mencionar *Los penitentes*, *¡Que llega el capitán!* *Dernière epave*, *El sermón en el patio de los Naranjos*, *La tertulia en Sevilla*, *Los dos amigos* y *Le vieil arbre* (acuarelas) *Preliminares de un matrimonio* y una colección de quince *academias* dibujadas á la pluma y el famoso Tríptico *La visión de Fray Martín* que le inspiró el poema de Núñez de Arce.

Entretanto, iba realizando el ensueño de toda su vida. Fuerte ya con todos los elementos de una técnica que obedecía dócilmemte á su voluntad, empleaba las noches de su existencia, consagrada por entero al arte, como si nada más existiera á su alrededor, dando vida física, substancial, psicológica al héroe de la inmortal novela de Cervantes. Los amores de su infancia cuajaron en su edad madura en una forma que se confunde con la realidad misma, que sigue el desenvolvimiento físico y fisiológico de un hombre, convirtiendo en narración *visible* la escrita por Cervantes.

Ignoramos si nostalgia de patria ó cansancio de mundo, ó deseo de movimiento le hizo dejar París, cuando mayor era su renombre. En la Exposición Universal de 1889 se despidió de la capital francesa con su cuadro *La desgracia*, ganando la medalla de oro, y con ella y con su lienzo se presentó en la Exposición de Madrid de 1890, obteniendo la misma recompensa en la capital de España. Su regreso fué señalado con vivas muestras de satisfacción por el mundo artístico; mas no pasó mucho tiempo sin que nuestro artista sintiera la comezón de volver á su ciudad natal, y allí, finalmente, dió con su persona ocho ó nueve años antes de que la muerte truncara su gloriosa vida.

Instalóse definitivamente en Sevilla, donde siguió *haciendo arte* con



TRÍPTICO INSPIRADO EN EL POEMA DE NÚÑEZ DE ARCE, *La visión de Fray Martín.*

Salón Parés

JOSÉ JIMÉN



AL ES

EZ ARANDA



Salón Parés.

CONDITE

ardor juvenil, rodeado de una cohorte de discípulos y admiradores, figurando entre los últimos la flor de los artistas sevillanos. En 1898 obtuvo por concurso la cátedra de colorido y composición de la Academia de Bellas Artes de aquella capital andaluza, y éste fué el último reducto desde el cual pudo propagar las provechosas doctrinas de su saber y su experiencia, hasta su muerte, acaecida el 6 de Mayo del año pasado, convirtiendo en luto nacional el dolor de Sevilla, que lloraba á uno de sus más preclaros hijos.

***

José Jiménez Aranda no desmintió en lo que respecta al arte la regla infalible común á todos los artistas de una época determinada. Fué un verdadero hijo de su tiempo.

El romanticismo daba las últimas boqueadas. Velázquez y Goya volvían á ser el verbo del arte, tras del eclipse en que les sumiera el neo-rafaelismo de Overbeck y sus secuaces. Dividíase el campo del arte español entre la pintura histórica, que halló la más alta expresión en las obras de Rosales y Mercader, y en la pintura de género, que puede decirse *creó* Fortuny. Pero todos buscaban directamente en la verdad de la naturaleza la fuente de sus inspiraciones. Jiménez Aranda no podía sustraerse, dado su talento y sus aptitudes, á la corriente general. Por eso, sin ser un imitador de nadie, se vió compelido á sujetar su producción al tipo general, sin que esto representara un esfuerzo para él, pues sus peculiares condiciones le conducían expontáneamente á ello. Gracias á eso, también, su arte es personal é inconfundible. Pudo ser envuelto por la corriente común; pero no perdió ni por un momento lo que es más estimable en toda producción artística: su individualidad.

Ayudábanle á ello, en primer lugar, su soberana ciencia del dibujo, que en él constituía el elemento primordial de expresión; y en segundo lugar, el profundo conocimiento de una época histórica que logró restablecer en sus cuadros como si la hubiera vivido: la que por antonomasia se ha dado en llamar época de Goya. Con estos dos elementos ha colmado casi todo el ciclo de su existencia, en la que se vislumbran de vez en cuando ciertos destellos que acusan una cultura más general. Así es que cuando quiso separarse de sus *casacones y peluquines,* lo hizo con tanta conciencia y saber como si se tratara de cosa tan familiar como aquélla, y sus excursiones por el campo de la Biblia (*Adán y Eva contemplando á su hijo, Encuentro del cadáver de Abel* y *El arrepentimiento de Judas*) por el de la historia (boceto de *Carlos II, el Hechizado*), por el de la fantasía (*La visión de Fray Martín*), por el de la religión (*El Crucificado*) y por el de la novela (*El ingensoso hidalgo* y *Tartarín de Tarascón*), son revelaciones de un temperamento proteiforme, apto para percibir todas las sensaciones que puedan hacer vibrar el alma de un artista.

Sí, la época de Goya le atraía; pero porque aquellos trajes tan ricos como cercanos al ridículo, aquella sociedad de galanes petimetres y damiselas de fingido y remilgado recato, aquellas costumbres de forzada hipocresía, tan propias para ser fustigadas, tan pintorescas por su cómica exterioridad, aveníanse del todo con su musa retozona, que velaba constantemente en el fondo de su adusto carácter.

Tildábanle algunos españoles de poco colorista. Si el colorismo consiste en avivar las tonalidades hasta herir con fuerza á la retina como los flamencos, ó en hacer valer recíprocamente los colores, como los venecianos, tendrían seguramente razón; pero cuando, como hacía Jiménez, se toma por base una tonalidad, y con bien meditadas gradaciones se destaca los objetos, se envuelve en ambiente los términos, y se dá cuerpo á las figuras, ocupando cada cosa el sitio que le corresponde, se es también colorista, á la manera que lo fueron nuestros clásicos, cuya tónica fué el gris. Es cierto que no desleía en su paleta los rayos del sol, como hacía Fortuny y como hace Moreno Carbonero, pero la relación de sus tintas era tan perfecta, que no se echaba de menos aquella luminosidad en sus cuadros.

Los innumerables apuntes y estudios dibujados de sus carteras, y los muchos que andan dispersos por el mundo, prueban la conciencia de su trabajo. Nada dejaba al acaso. Todo cuadro suyo tenía génesis en el papel, primero en conjunto, luego en detalle ante el modelo. Su composición era clara, sencilla, sin arcaísmos, pero no tan vulgar que estuviera desprovista de nobleza. Tenía, por lo menos la dignidad de la naturaleza. En punto á expresión, sabía describir con tanta fuerza persuasiva, que en sus telas holgaba el título. En dos de sus más celebradas, *Un accidente en la plaza de toros* y *La desgracia,* logra interesar y producir emoción sin dejar ver la causa del tema, y sí sólo sus efectos en las figuras secundarias.

Dada la conciencia de su trabajo, resulta realmente asombrosa su productividad. Y la difusión no interrumpida de obras durante más de treinta años, representa una serie de aciertos de que pocos pintores podrán vanagloriarse.

La siguiente lista de cuadros, agregada á los citados hasta aquí, dará pálida idea de su fecundidad, pues no comprende todos los que produjo.

Ayer y hoy, ¿Será stradivarius?, La rebotica, La peluquería, Los inválidos, El recomendado, Un concierto ante Su Eminencia, Los murmuradores, Una noticia interesante, Preliminares de un casamiento, ¡Que viene el capitán!, El abuelito, Los dos amigos, Los últimos recursos, Los últimos retoques, La audiencia, Los primeros pasos, De sobremesa, El maestro de baile, El poeta, El café, Solo de flauta, Partida de ajedrez, Los políticos, Los timadores, La última gota, ¡Abrir en nombre del rey!, El doctor, Partida perdida, Lectura de una poesía satírica, Al amor de la lumbre, ¿Quién engañará á quién?



Dibujo de Jiménez Aranda.

En familia, *La echadora de cartas*, *El tresillo*, *El mentidero*, *El santero*, *Bajo los naranjos*, *El sermón en el patio de los Naranjos*, *Los bibliófilos*, *Un accidente de la corrida de toros* (repetición del cuadro de 1871, variados los trajes en los de majos de principios del siglo XIX) *Los murmuradores*, *La carta de recomendación*, *Tertulia en un patio de Sevilla*, *La representación*, *La consulta al abogado*, *¡Abandonada!*, *¡Loca...!*, *Desengaño*. *Naturalistas*, *La siesta*, *El puente de Triana*, *A buscar fortuna*, *La vieja de los gatos*, *La esclava*, *Consumatum est*, varios episodios del Quijote y algunos asuntos más cuya lista no se ha compilado.

A tan conspicua labor correspondió el mundo del arte y el oficial con las siguientes recompensas, que si prueban de una parte sus eximios méritos, prueban de otra su espíritu de luchador incansable y convencido.

1871, Exposición de Madrid, medalla de tercera clase; 1882, Salón de París, medalla de tercera clase (dibujo); 1883, Exposición Universal de Munich, premio de honor; 1889, Exposición Universal de París, dos medallas de primera clase, una para pintura y otra para dibujo; 1890, Exposición de Madrid, medalla de primera clase; 1891, Exposición de Berlín, diploma de honor; 1892, es nombrado académico de la real Academia de Berlín y es honrado con la cruz de primera clase de la real Orden de Alberto de Sajonia; 1893, Exposición de Chicago, medalla única; 1894, medallas de primera clase en las exposiciones de Berlín y Vizcaya; 1896, Exposición Internacional de Barcelona, medalla de primera clase (dibujo) y 1898, cátedra de colorido y composición de la Academia de Bellas Artes, de Sevilla, por concurso.

No nos consta que fuera académico de la de San Fernando. Seguramente no hubiera cabido allí su espléndida figura artística.

***

Pero borrad toda la producción de Jiménez Aranda y dejad solamente su Quijote, el Quijote que *ha hecho en colaboración* con Cervantes, y quedará siempre una inmortalidad.

Ochocientos dibujos no son la ilustración de una obra, son la obra misma hecha imagen. Son el *cinematógrafo*, instante por instante, de la vida del protagonista.

El artista busca en la naturaleza el tipo real del buen Quijada, en la plenitud y disfrute de su razón; le coloca en el ambiente imaginado por el sublime manco de Lepanto, y con estudiada y lógica gradación lo conduce hasta hacerle perder el juicio. No es, pues, la caricatura usual de un hombre, tipo tradicional de Don Quijote que imitan unos de otros los dibujantes, sino el personaje mismo según se hubiera visto en la vida real. Y así están tratados los demás personajes de la obra, arrancados del mundo viviente y tan particularizados en sus exteriorizaciones, que parecen los propios retratos de los que viera Cervantes en su fantasía.

Muévelos pacientemente Jiménez, siguiendo línea por línea el texto, hasta formar una sucesión de cuadros gráficos que traducen, en no interrumpida sucesión, así la psicología de los personajes, como sus actos y expresiones.

Los lugares, los paisajes, las casas, los muebles, los trajes, son una completa adaptación al medio. Parece como que el artista acompañara á Cervantes por todos los sitios en que coloca la acción de su novela, y fuera tomando apuntes para ilustrar gráficamente al hidalgo manchego.

De esos ochocientos dibujos, que el artista calificaba de bocetos, hay unos ciento treinta, los que tuvo tiempo de terminar á su gusto, y que comprenden los seis primeros capítulos, verdaderos cuadros, en los que se sirvió del modelo y de todos los accesorios necesarios para su exacta representación. Es asombrosa la fuerza de voluntad que tal obra representa y á la que consagró Jiménez las veladas de muchos años de su vida, sin fin preconcebido, por lo menos utilitario, pues no pensó jamás enajenar ni una sola parte de este tesoro que tantas vigilias le costaba. Deleitábase con ello, y tal vez acariciaba en su mente la idea de dejar un monumento tan imperecedero como el que le inspiraba, y que no anduviera disperso como lo restante de su producción artística.



Dibujo de Jiménez Aranda.

***

La familia, amigos y admiradores del gran artista, pensaron honrar su memoria organizando en Sevilla una exposición de las pocas obras é infinidad de notas y apuntes que habían quedado en su taller, y tal fué el éxito obtenido que, con buen acuerdo, la trasladaron sucesivamente á Buenos Aires, Madrid y Barcelona, despertando en todas partes sincera admiración aquellos gloriosos trazos de un artista genuinamente español, desconocido para la mayoría de sus compatriotas, precisamente porque dedicó lo mejor de sus años y de sus talentos al extranjero.

No podía el Album Salón, con motivo de la exposición de sus obras en Barcelona durante el mes de Mayo último, dejar de asociarse á este tributo de glorificación honrando sus páginas con algunos de esos rasgos póstumos de una mano paralizada para siempre.

Mucho han cambiado las corrientes de opinión respecto al modo como sentía el arte Jiménez Aranda; pero, fuerte en la inquebrantable base de su dibujo magistral, puede desafiar los siglos sin que sus obras pierdan aquella bondad intrínseca que caracteriza á las destinadas á la posteridad.

Francisco CASANOVAS

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



UN BIENAVENTURADO

Salón Parés.



RETRATO AL ÓLEO *Salón Parés.*

LAS PRIMICIAS

La primavera, rebosando vida y amor, había llegado, convidando al hombre á gozar de su fragante exuberancia.

La sangre renovada con vivificante savia circula por las venas con más rapidez, y los sentidos avivados por el ejercicio á que la naturaleza los somete en esta época en que renace cuanto les rodea, están ávidos de gozar las infinitas delicias con que, por todas partes, les brinda la tierra.

¡La vista, allá por donde se extiende, sólo goces encuentra! ¡Los bellos panoramas que le ofrecen gigantescas y esmaltadas montañas, la gama encantadora de las flores, la tonacidad azul y rosada del firmamento, el fulgor de los astros, cuyo brillo parece más intenso á través de la atmósfera serena; todo, en fin, convida á nuestra vista á deleitarse y quedar extasiada!

El olfato llega á su grado máximo de delicias, con el perfumado ambiente que, cargado de esencias, le ofrece el aroma tonificante de los montes, la suave fragancia de las flores, el embriagador perfume del azahar, hermoso heraldo de la embriaguez del amor que siente la casta doncella que postrada ante las gradas del Divino Altar espera, coloreada por el rubor, recibir la bendición que ha de hacerlo puro y digno de llegar hasta Dios.

El oído no gozó jamás mayor armonía que la que le presta el mágico concierto que ofrece la Naturaleza, sublime instrumento que tiene todos los registros y cuyas notas de incomparable afinación llegan hasta el fondo del alma hiriendo dulcemente todas las fibras del sentimiento.

El tacto, suavizado por la caldeada brisa primaveral, se deleita con sus dulces y amorosas caricias.

El paladar despierta también en esta época, ávido de saborear los delicados frutos con que la tierra le brinda por doquiera.

Todo convida al hombre al placer, cuando la Naturaleza, al despertar llena de vida, le ofrece sus deleitosas primicias; prueba que por sí sola basta para demostrar, aún al más incrédulo, no sólo la existencia de Dios, sino su infinita sabiduría y su inmenso amor al hombre para quien creó tanta maravilla.





Dibujos de Jiménez Aranda.

¡Pero no sólo la Tierra es más que nunca encantadora cuando nos ofrece sus primicias! ¡que la criatura humana, en quien el Señor quiso esmerarse como en su obra predilecta, ofrece también en sus albores, todas las dulzuras, todos los perfumes, todas las luces, todos los cautivantes atractivos que hacen de la juventud, (hermosa primavera de la vida,) el Paraíso de nuestra existencia y la delicia de cuantos nos rodean en tan preciosa edad, cuyos incomparables goces sólo echa de menos el mortal cuando, pasada la esplendorosa ráfaga de vida con sus dorados tonos de dicha y de alegría, llegan, primero el triste otoño con sus tintas grises impregnadasde melancólicos recuerdos, y más tarde el frío invierno con su espantosa aridez y sus negruras que sólo muerte anuncian por doquier!

Pero si las primicias de la Tierra son seductoras y atractivas, y las de la criatura humana en su parte externa delirantemente bellas, ¡cuánto más no lo serán las del alma, soplo divino que nos hace dignos de llegar hasta Dios!

¡Ellas son la felicidad basada en el amor que en sus distintas fases condensa cuantas dichas alcanza á gozar la criatura, dichas que sólo puede ofrecer el alma en sus primicias cuando, exuberante de amor, que es toda la vida, en su hermosa primavera halla siempre dentro de ella misma los goces con que sueña, ya que cuanto materialmente la rodea es siempre estrecho y mezquino para llenar las inmensas perspectivas internas del alma, que, cual capullo, se abre para convertirse en lozana rosa y esparcir por doquiera su aroma y sus colores, que son la belleza y el amor que todo lo fecundan y ennoblecen!

¡Nada más adorable que las primicias de un alma, llenas siempre de candor, de sencillez, de dulzura y de amor!

¡Tras ellas corre ciego y delirante el hombre! y sólo se considera dichoso cuando se une á una mujer que se las entregó con la casta ingenuidad de las vírgenes de alma y cuerpo, pues sin la pureza de aquélla no ofreciera encantos la de éste.

¡Por eso la virgen que consagra á Dios las primicias de su alma, será seguramente la esposa del Señor; que si ya recibía con júbilo las pri-

micias de la Tierra, que le ofrecieron los primeros hombres, mucho más gratas habrán de serle las de nuestro espíritu.

Así, pues, declaremos que las primicias son los frutos codiciados, tanto en el orden físico como en el moral, porque sólo ellas satisfacen cumplidamente al cuerpo y al espíritu.

DOLORES GONZALO MORÓN

NOTA LOCAL

En el antiguo colegio y *Academia Superior de Labores* que las profesoras doña Margarita Brils é hija, tienen establecidas en la plaza de Junqueras, se verificó, á fines del pasado Mayo, una exposición de labores ejecutadas por las mismas alumnas, que resultó verdaderamente notable.

Desde la simple puntilla á la prenda más complicada de confección, y de las humildes iniciales de señalar ropa hasta las caladas filigranas del bordado en blanco y los primores del bordado en colores, había en la referida exposición cuantas labores puede ejecutar una señorita.

Entre las muchas cosas que pudimos contemplar, recordamos unos almohadones de terciopelo, dos lindas sillas auxiliares, un reclinatorio de peluche y dos preciosos juegos de cama, todo ello bordado con maestría. También vimos unos lindos estores de seda, guarnecidos de encaje inglés, y otro, de seda también, montado sobre tul, de suma riqueza.

Felicitamos cordialmente á las citadas profesoras y recomendamos muy de veras su establecimiento educativo á las distinguidas suscriptoras del ALBUM SALÓN.



* * *

CANTARES

El águila con ser águila,
no me ganara en su vuelo,
si me elevase á la altura
que cruza mi pensamiento.

—

Aquella noche bebí
para decirte mi amor;
¡para llegar á olvidarlo
hoy beberemos los dos!

—

El cantar que más quería
entre amarguras nació,
y lo escribí con mi llanto
dentro de mi corazón.

—

Trajo pajillas y plumas
para formar aquel nido,
y al final voló su hembra
y quedó el nido vacío.

—

Voy aprendiendo á contar
por ver si cuento algún día
las penitas que me das.

—

Mira si tengo mal alma,
mira si soy mala sangre,
¡me gusta verte llorar
para luego consolarte.

—

Florecilla sin aroma,
avecilla sin cantares,
arroyuelo sin corriente,
¡eso es un hijo sin madre!

—

Voy á poner un altar
en el sitio en que te vi,
y una Virgen del Pilar
para rezarle por ti.

—

Cuando voy al cementerio
tu voz me parece oir
y que repite á mi oído:
—¡No te separes de mí!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Dibujos de JIMÉNEZ ARANDA.



Salón Pares.

ESTUDIO PARA UN TECHO



Retrato del eminente pintor IGNACIO PINAZO; pintado por él mismo.

Museo Municipal de Barcelona.

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(BOCETO HISTÓRICO)

Caballero, soldado, poeta y sacerdote, la vida de este genio inmortal no puede ser más admirable.

Nacido en Madrid el 17 de Enero del año 1600, estudia en la entonces famosa universidad de Salamanca, hasta graduarse de bachiller: escribe su primer obra dramática, *El carro del Cielo*, cuando apenas contaba trece años; abraza, luego, la profesión de soldado; lucha en Italia y en Flandes, y llega á *capitán de corazas*, sin por eso olvidar á sus queridas Musas, que cada día, y en cada obra, le coronan con nuevos lauros; y en 1651 se ordena de sacerdote, alcanzando, por sus grandes méritos, el hábito de Caballero de la Orden de Santiago, un beneficio en los Reyes Nuevos de Toledo, una capellanía de honor en Palacio, y el nombramiento de Hermano Mayor de la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid.

En esta época su celebridad traspasa las fronteras de España y se hace europea. Su talento lo abarca todo, y á todas partes llega su esclarecido nombre.

Halagado de todos, cubierto de aplausos, admirado de propios y extraños, falleció en su villa natal, el 25 de Mayo del año 1681, siendo su entierro una de las manifestaciones más grandes de dolor que registra la historia de aquella época.

* * *

El monumento elevado á su gloriosa memoria en la Plaza de Santa Ana, frente al «Teatro Español», es obra del distinguido escultor catalán don Juan Figueras, y figuró, con general aplauso, en la Exposición de 1877. Adquirido por el Estado, fué cedido por éste al Ayuntamiento de Madrid. La Academia de San Fernando propuso al señor Figueras para Comendador de la Orden de Carlos III, que el Gobierno se apresuró á concederle en justo premio á tan hermosa obra, cuyos bajo relieves son también del señor Figueras, quien tuvo la dicha de ver el Centenario de su ídolo, falleciendo en el mes de Diciembre de 1881.

¡El Centenario de Calderón!

¡Qué español no recuerda orgulloso aquella fecha! Lisboa, Oporto, Berlín, Stturgart, París, Roma, y cien ciudades más, enviaron á él sus hijos más ilustres.



Dibujo de J. Jiménez Aranda.

En aquella gran solemnidad tomaron parte las Universidades, el Congreso, el Senado, los Ayuntamientos, las Diputaciones, los literatos, los artistas, la marina, el ejército, el clero, el comercio, la industria, los gremios, celebrándose en honor de Calderón, exposiciones, congresos, funciones teatrales, reuniones y fiestas, de las cuales la *Procesión histórica* fué, sin duda alguna, la que produjo mayor efecto, conservándose de ella gratísimos recuerdos.

Heraldos á caballo llevando en los banderines los títulos de las obras más notables de Calderón: los artistas españoles y extranjeros, de etiqueta; la carroza de los herreros, admirable reproducción de los trabajadores del siglo XVII; la de los maestros de obras; la del Círculo de la Unión Mercantil; la de la Prensa; la de las sociedades de Escritores y Artistas; las de América; la del ejército, fidelísima reproducción de los soldados de infantería, caballería y artillería, compañeros de Calderón; las del Ayuntamiento y la Diputación; detrás las comisiones españolas y extranjeras, cerrando la marcha un pueblo entero, orgulloso de haber contado con un don Pedro Calderón.

Cuando, al llegar la comitiva frente á la estatua, se inclinaron ante ella todas las banderas, al grito de ¡Viva España!, lágrimas de gozo, lágrimas salidas de lo más profundo del corazón, surcaron las mejillas de cuantos presenciaron tan conmovedora escena.

Digamos algo del poeta.

Rey de la comedia de intrigas, aún se conocen hoy las de variados sucesos por la frase *lances de Calderón;* conjunto de las facultades humanas, escribe tragedias de tan alta valía como *La hija del aire* y *El mayor monstruo los celos;* obras de tan gran filosofía como *La vida es sueño* y *A secreto agravio secreta venganza;* comedias de tanta importancia como *El alcalde de Zalamea* y *El médico de su honra*, y tan graciosas como *La dama duende* y *Otra casa con dos puertas;* autos sacramentales,—género en que no tuvo rival,—tan inspirados como *La primer flor del Carmen* y *La púrpura de la rosa;* zarzuelas tan entretenidas como *El golfo de las Sirenas* y *El jardín de fallerina;* entremeses y jácaras tan chistosos como *El dragoncillo* y *El desafío de Juan Rana*, *El mellado* y *La chillona*.

Según el erudito don Juan Eugenio Harzembusch, escribió ciento y veinte obras dramáticas, á cual mejores: su biógrafo, Vera Tasis, dice que pasan de ochenta los autos sacramentales y de ciento los entremeses, sainetes y jácaras

En don Pedro Calderón resplandecían la grandeza de su genio colosal; la elevación de sus pensamientos, tan nobles como profundos; y la universalidad de conocimientos, plenamente demostrada en cuantas obras escribió. Sus concepciones son tan vastas como admirables. Calderón es un poeta, un autor que, adelantándose á su tiempo, no pinta individuos, pinta al hombre y á la mujer, reales y verdaderos. El ilustre autor de *La vida es sueño*, resulta, estudiado en sus obras, filósofo y

poeta, profundo y chistoso, reflexivo y entusiasta, festivo y razonador, trágico y cómico, moralista y satírico.

Con don Pedro Calderón, dice el señor Escosura, perdió el teatro un príncipe, España un poeta laureado, la iglesia un ejemplar sacerdote, los pobres un bienhechor, las letras un maestro, cuantos le conocieron y trataron un amigo afectuoso, un discreto consejero y un acabado modelo de todas las virtudes sociales.

¡Bien merece tales elogios el hombre que, consagrado por completo á su patria, á la poesía y á la iglesia, fué siempre un modelo de soldados, de escritores y de sacerdotes!

No ha mucho fueron trasladadas sus cenizas, de la iglesia de San Pedro (presbíteros naturales de Madrid), sita en la calle de la Torrecilla del Leal, al nuevo templo que esta Congregación posee en la calle Ancha de San Bernardo, con numeroso y distinguido acompañamiento.

Digamos, para terminar este ligero trabajo, que la muerte de don Pedro Calderón se consideró en Portugal, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, como una desgracia universal. ¡Tan colosal era su renombre!

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Dibujo de TORNÉ ESQUIUS.

VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

La primera vez que la vi fué en el teatro, en una función de moda. Todo el mundo elegante estaba allí reunido, no divisándose en los palcos y las butacas más que fracs de gran lujo, repletos de condecoraciones, y vestidos cuyos brillantes relampagueaban.

Estaba sola, mirando con abandono aquí y allá, no prestando gran atención al espectáculo. Para ella, la verdadera comedia se representaba en la sala, y por esto mismo, de vez en cuando cambiaba lánguidas miradas con un viejo instalado en un palco interior, que á su vez no la perdía de vista.

Yo tampoco me fijaba mucho en lo que pasaba en la escena, atraído por aquel pálido rostro encuadrado por trenzas de cabellos negros.

Verdaderamente, no podía apartar la mirada de aquella hermosura extraña, singular, sugestiva, mucho más atrayente y llena de encantos que todos las que la rodeaban, merced al vivo brillo de sus grandes ojos azules.

La función tocó á su fin. Me apresuré á salir, para contemplarla más de cerca, y la vi subir á su *coupé* en donde me pareció apercibir ya instalado el viejo del palco que antes la miraba con ojos de sátiro, insolente y atrevido.

***

La segunda vez que la vi, estábamos en el campo. Era una preciosa tarde del mes de Abril, deliciosa época en que la naturaleza con galanuras de fiesta celebra el regreso de la primavera. La podía entonces mirar con mayor libertad, puesto que me acompañaba y vivía conmigo en la intimidad de los primeros amores. Decir cómo había sucedido aquéllo, no lo sé. Lo cierto es que nos encontrábamos sentados sobre el césped, rodeado de malezas. El traje de raso que usaba antes, lo había reemplazado por una falda de percal, y el lugar de los brillantes ocupábanlo perlas de coral sin más valor que aquél que mi estimación les había concedido.

Cariñosamente la apretaba sobre mi corazón, diciéndola que la quería.

Ella se mostraba feliz oyendo mis declaraciones apasionadas y fijaba sobre mí sus azules ojos, en los cuales parecía reflejarse el cielo, cuya bóveda infinita, hubiérase dicho que nos protegía.

Su aliento se confundió muy pronto con el mío.

Hasta entonces no había yo sentido las delicias ni las exageraciones del verdadero amor.

***

La última vez que la vi, fué en una sala triste y desnuda de un hospital. Sus instintos inconstantes habían vuelto á apoderarse de ella, y esto me había desconsolado tanto más cuanto que me figuraba haberla convertido para siempre á la vida tranquila y sosegada del hogar honrado y lleno de esperanzas.

Y por más que ella me hubiese repetido que me quería, el día menos pensado desapareció, impelida por su sed de placeres y por su amor á la variación y á lo desconocido.

Ya hacía dos años.

Había ido yo á pasar la tarde con un buen amigo, jefe interno en el hospital de Lariboisière. Llegados á la cama de la enferma, la reconocí pronto, á pesar de que su rostro lívido no tuviera nada de común con el cutis rosa de otros tiempos. Una tos característica acabó de indicarme á qué enfermedad sucumbía la desgraciada.

Me acerqué y la apreté las manos, que tenía frías y descarnadas. Contestó con un débil apretón y dos lágrimas aparecieron en sus ojos, que ya no eran tampoco aquellos ojos que tantas veces había admirado: estaban nublados, apagados y como indiferentes á las cosas del mundo.

¿Lloraría de remordimiento por haberme dejado tan solo, tan triste y sin consuelo? ¿Echaría de menos la vida alegre á que no había de volver, ó bien pensaba en sus padres y en la sana educación de ellos recibida, sintiendo haber malgastado su juventud, no dejando de su paso más que un triste recuerdo en esta tierra?

—Tisis galopante — me dijo mi amigo al retirarnos. — No pasará la noche.

—Prométame—le contesté enjugando una lágrima— no mandar hacer su autopsia.

La infeliz, más bien merecía el olvido que la exposición en el anfiteatro del hospital.

Y, en efecto, dolíame el corazón al pensar que aquel cuerpo que había acariciado con tanta ternura había de ser descuartizado por el bisturí.

Mi amigo atendió mi súplica.

Al día siguiente conducían al cementerio, en el furgón de los pobres, el cadáver de la que había tenido coches y caballos.

Y desde entonces, cuando veo con adoración ¡por qué he de negarlo! unos bellos ojos azules, no puedo evitar que mi pensamiento corra á buscar á aquella infeliz, á quien, sin duda, le habrá sido perdonado mucho, porque mucho había pecado también en este mundo.

JOSÉ PELA Y ROBIN



Dibujo de TORNÉ ESQUIUS.

JUAN ROIG SOLER



DEL NATURAL



JARDINES DEL GENERALIFE (Granada)



LA CANTINERA

Había logrado cautivar con su afable carácter á aquellos sencillotes cuanto aguerridos soldados, tan dóciles á la ternura como rebeldes al miedo.

Y en verdad que ella, la gentil cantinera, no omitía esfuerzo siempre que de hacer el bien se tratara; y en la línea de guerrillas, bajo un diluvio de proyectiles, que desafiaba, su mano era el primer apósito pronto á restañar la sangre heroica del herido; su cantimplora era inagotable para calmar los horribles tormentos de la sed que la hemorragia produce; y en sus ojos había siempre una lágrima, y en sus labios una oración piadosa para el infeliz que sucumbía en la batalla.

La cantinera llegó á ser, en poco tiempo, el ídolo de los soldados del 40 de línea. Tan profunda veneración les inspiraba, que el juramento más sagrado para ellos era el en que se la tomaba por testigo de la afirmación, de la oferta ó de la amenaza.

Y era de ver aquel cuerpo desmedrado, aunque esbelto; aquellas facciones casi microscópicas, si bien de perfecta regularidad y belleza; aquel sonrosado color que no conseguía empalidecer ni el legítimo espanto que á los organismos delicados causa el peligro brutal de la más horrible manifestación de la energía humana; aquella sonrisa sugestiva, cariñosa y á la vez helada, que atraía irresistiblemente y marcaba el obstáculo invencible para las torpezas de quien osaba traspasar los límites de la más rigurosa honestidad; era de ver — repito — tanta perfección física, albergando un alma de temple superior, pródiga en humanitario heroísmo, que disputaba con denuedo una víctima al furor del plomo homicida.

También los jefes y oficiales hacían justicia al valor y á las virtudes de Marta — éste era su nombre — llegando á castigar con dureza á quien se permitía con ella el menor intento de ultraje.

Pero Marta era un misterio para todos. En vano, al filiarla, se la preguntó algo de su vida anterior. Ella, al presentar sus documentos en regla, cumplió los preceptos legales. Eludía toda conversación que tendiera á descubrir su origen.

Esta circunstancia, que, en sociedad menos ajena de prejuicios que aquélla, formada por hombres rudos y leales, hubiera despertado sospechas, era un título para el contingente del 40 de línea, que se enorgullecía con tener en su seno la cantinera más cariñosa y gentil de todo el ejército.

La jornada presentóse ruda, espantosa. Las partidas del Pretendiente, detrás de bien situadas trincheras, hacían un fuego terrible. Al 40 de línea tocábale aquel día formar en las reservas; pero, aniquilados los cuerpos iniciadores del ataque, tuvo que entrar en acción, cerca del mediodía.

Las crestas de las colinas, cimeradas con penachos de humo; el vibrante chasquido de la fusilería, apagado periódicamente por el ronco detonar de los cañones; los gritos de coraje que arrancaba su impotencia á los rechazados; el gemir sordo del que se veía detenido en su marcha por haber ofrecido blanco á un proyectil; el alarido de rabia y de dolor de quien sentía escapársele la vida en las oleadas de sangre que fluían de espantosa brecha abierta en sus carnes; la potente voz de los generales y jefes animando á los rehacios; el sugestivo són de las cornetas y tambores que tocaban sin cesar ataque, y todo esto iluminado por un radiante sol de primavera, ofrecióse á los ojos de los soldados del 40 de línea, cuando, después de abandonar el abrigo que los resguardaba del plomo carlista, viéronse súbitamente en plena batalla.

El primer momento fué, como siempre que se inicia un combate, de titánica lucha interna. El instinto de conservación, revelándose contra la voluntad y contra la disciplina, embarazó, durante algunos segundos, el avance del valiente regimiento; pero la reacción no se hizo esperar, y se rompió vivo fuego.

La marcha, difícil por lo peligrosa, era lenta. Una descarga, y un paso.

Era preciso preparar el asalto, avasallando con la crudeza del tiroteo la briosa energía del enemigo, envalentonado por la inexpugnabilidad de sus posiciones.

Desplegados los tiradores, que parecían no advertir los estragos que diezmaban su fila, marcharon de frente. Marta iba en su puesto, cerca del guía central de la guerrilla.

Varias veces tuvo que detenerse para acudir en socorro de algún herido ó de algún muerto, pero luego se restituía al lugar elegido por ella misma, compartiendo con sus camaradas el riesgo de la lucha.

Un oficial, que advirtió el peligro inminente que corría, gritó con rudeza:

—Esa cantinera, á retaguardia.

Ella fingió no oir el mandato, y continuó en su puesto. Un segundo más tarde, el oficial que la había ordenado retirarse, caía mortalmente herido.

Marta, apenas tuvo tiempo para cerrarle los ojos. Una bala, mientras

se hallaba inclinada sobre el que quiso salvarla, penetrando por su región parietal, se alojó en el cerebro de la cantinera, haciéndola caer sobre el ya inanimado cuerpo del valiente oficial.

Acaso por vez primera, la boca de Marta vióse en contacto con los labios de un hombre; tal vez al chocar, estallaría un beso último, eterno; el de dos almas al escaparse presurosas de la materia, destruída por otro beso terrible...

***

El ejército liberal tuvo que retirarse ante la imposibilidad de expugnar las trincheras carlistas.

La retirada fué desastrosa; pero los soldados del 40 de línea, quienes consideraban irreparable desgracia la muerte de su cantinera, no abandonaron su cuerpo.

El coronel, queriendo honrar la memoria de la infatigable heroína, dispuso que todo el regimiento desfilara por delante de sus despojos antes de darles sepultura.

Una fosa, en cuya excavación habían intervenido igualmente las lágrimas de los soldados y los instrumentos de zapa, esperaba codiciosa su presa.

Ya iba á ser colocada en el fúnebre lecho, cuando ordenó el jefe que se la registrara por si era posible cumplir una última voluntad. Cosida á sus ropas interiores, se le encontró una cartera de cuero, repleta de papeles.

Todos los ojos se fijaron en ella, y todos los corazones latieron á impulsos de la esperanza: ¡iban á hacer algo todavía por la que tanto los había querido!

El coronel, emocionado por lo imponente del espectáculo, sacó de la cartera, al azar, un papel.

Cuando fijó su vista en las pocas líneas en él trazadas, cambió de color, pasando el documento á manos del comandante, que también palideció al leerlo.

He aquí lo que decía:

« No sé, mi general, si podré hacer que ésta llegue á sus manos antes de la batalla de mañana, aunque no lo creo indispensable, porque si seguís mis indicaciones, la victoria nos será propicia.

» Aun cuando el espíritu de las tropas liberales es excelente, nótase en ellas algún descontento, que debemos aprovechar, fomentando las deserciones.

» Por los planos y estados de fuerza que anoche le remití, conoce el plan del general N..., y le será fácil burlar sus intentos.

» Siga al pie de la letra mis instrucciones, mi general, y esté seguro de que el triunfo será para los que defiendan la buena causa. — D. P. R. — MARTA. . . . .
. . . . »

Causó honda pena en el 40 de línea el descubrimiento de que las virtudes de su cantinera fueron sólo un disfraz del más odioso y repugnante oficio que puede aceptar en la guerra un sér humano: el de espía.

LEVÍ MURGASI

Ilustración de ROJAS.

CARTAS INTIMAS

Entre dos vates que son
á cual de ellos más guasón,
según ayer me han contado,
las dos cartas se han cruzado
que van á continuación.

I

Estimado amigo Abad:
Unos cigarros le envío,
y espero de su bondad
que acepte ese obsequio mío
como prueba de amistad.

Dicen los inteligentes
que son puros excelentes,
y no falta quien presuma
que cuando uno se lòs fuma
se alegran los inocentes.

Cuando comienzan á arder,
causa mucho gusto ver
cómo se dejan chupar.
¡Hasta se dejan morder,
los tontos sin protestar!

La ceniza permanece
firme y nunca se obscurece
su blancura inmaculada;
¡más que ceniza parece
rica leche merengada!

Del humo no hay ni que
[hablar;
formando azulada nube,
sube y sube sin cesar...
Lo raro es que siempre sube;
nunca le da por bajar.

No hay, lo sé de positivo,
mejores cigarros de hoja,
y, un dato muy sugestivo,
sirven como aperitivo
si en *vermouth* se les remoja.

Usted ya los probará,
y espero que me dirá
su sincero parecer.
Con recuerdos de papá,
le abraza. — PEPE FERRER.

Posdata. — Si los chupase
por el extremo encendido,
fácil es que se quemase.
Convendría que no echase
esta advertencia en olvido.

Y también debe saber
que los tiene que encender
antes de fumar, se entiende,
pues no comienzan á arder
mientras no se les enciende.

II

Muy apreciado Ferrer:
No sé cómo agradecer
los puros que me ha mandado,
pero usted me ha fastidiado
al pedirme parecer.

Y aunque, tal vez con razón,
por ello me llame tonto,
haré á usté una confesión:
se me acabaron tan pronto
que aún no he formado opinión.

Lo que he notado ¡pardiez!
es que, menguando el volumen
al chupar con avidez,
poco á poco se consumen,
sirviendo sólo una vez.



Dibujo de JULIO BORRELL.



El precoz compositor JUANITO BOVA

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Por más que he reflexionado
y la causa he investigado,
aún no la he podido hallar;
pero me tiene intrigado
y la quisiera encontrar.

Como usted en tal cuestión
deseará una aclaración,
puede mandarme otra caja,
y así podré con ventaja
seguir mi investigación.

Quedo lleno de impaciencia
por continuar la experiencia,
y, confiando en su bondad,
le da en nombre de la ciencia
un abrazo. — ANTONIO ABAD.

Post scriptum. — Por favor,
que no le asedie el temor
de molestarme con esto;
el fumar nunca es molesto
para el que es buen fumador.

Y si juzga que, en lugar
de una, mejor es mandar
dos cajas, lo puede hacer,
y seguro puede estar
de que no me he de ofender.

Por la copia,

VICENTE NICOLAU ROIG

ENRIQUE ESTEVAN



BAILAORA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

MADRID 1904

R. Cosra

EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES

(Madrid, 1904).

Este número extraordinario obedece á las exigencias de la información, que no podemos eludir cuando, como ahora, se trata de asuntos que entran de lleno en las condiciones de nuestra Revista; y también al deseo, que nos anima siempre, de contribuir á la mayor y más eficaz propaganda de toda manifestación artística.

Nos limitamos, por lo tanto, á reproducir, en colección sumamente interesante, los cuadros de los autores que han obtenido premio, sin entrar en consideraciones sobre la utilidad ó influencia que en el terreno educativo pueden reportar esas exposiciones oficiales, ni fiscalizar el fallo que, respecto á la de referencia, tenemos á la vista; pues lo primero requiere un espacio de que no disponemos, y, en punto á lo segundo, implicaría ridículo alarde querer formar un juicio que á los señores del Jurado, susceptibles de error, por respetables que sean, habrá costado no poco tiempo y estudio.

JURADO

PRESIDENTE.
Excmo. Sr. D. Guillermo Rancés, marqués de Casa Laiglesia.

VICEPRESIDENTE.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sorolla.

SECRETARIO GENERAL.
Excmo. Sr. D. Enrique M.ª Repullés y Vargas.

SECCIÓN DE PINTURA

Presidente.
Excmo. Sr. D. Joaquín Sorolla.

Secretario.
Sr. D. Marcelino Santamaría.

Vocales.
Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant.
Excmo. Sr. D. Manuel Domínguez
Sr. D. Alejandro Saint-Aubin.
Sr. D. Manuel Ramírez.
Sr. D. Ricardo de los Ríos.

Suplente.
Sr. D. Luis García Sampedro.

SECCIÓN DE ESCULTURA

Presidente.
Excmo. Sr. D. Agustín Querol.

Secretario.
Sr. D. Julio González Pola.

Vocales.
Sr. D. Cipriano Folgueras.
Sr. D. Juan Vancells.
Sr D. Mateo Inurria.

Suplentes.
Excmo. Sr D Mariano Benlliure.
Sr. D. Antonio Garrido.
Excmo. Sr. D. Aniceto Marinas.

SECCIÓN DE ARQUITECTURA

Presidente.
Excmo. Sr. D. Fernando Arbós

Secretario.
Excmo. Sr. D. José Urioste.

Vocales.
Excmo. Sr. D. Luis de Landecho.
Excmo. Sr. D. Enrique María Repullés. y Vargas.
Sr. D. Joaquín Pavía.

Suplente.
Sr. D. José López Salaberry.

SECCIÓN DE ARTE DECORATIVO

Presidente.
Excmo. Sr. D. José Ramón Mélida.

Secretario.
Sr. D. Juan Bautista Lázaro.

Vocales.
Sr. D. Amalio Fernández.
Sr. D. José Montero Navas.
Sr. D. J. A. García del Castillo.

Suplentes.
Sr. D. Angel García.
Excmo. Sr. D. Enrique M.ª Repullés.
Sr. D. Juan Riera.

EXPOSITORES AGRACIADOS CON PREMIOS Y MENCIONES

SECCION DE PINTURA

Primeras medallas.

D. Eduardo Chicharro.
» Ramón Casas.
» Enrique Martínez Cubells.
» Manuel Benedito.

Segundas medallas.

D. Fernando Alvarez de Sotomayor.
» Aureliano de Beruete.
» José Bermejo.
» Eliseo Meifrén.
» Antonio Gomar.
» Laureano Barrau.
» Rafael Hidalgo de Caviedes
» Felipe Abarzuza.
» Ricardo Brugada.
» Juan José Gárate.
» Julio Vila Prades.

Terceras medallas.

D. Antonio Ortiz Echagüe.
» Fernando Alberti.
» Julio Romero de Torres.
» Teodoro Andreu.
» Samuel Mañá.
» Inocencio Medina Vera.
» Fernando Labrada.
» José Mongrell.
» Enrique Romero de Torres
» Agustín Otermín.
» Angel Romero Mateos.
» Fernando Palacio.
» Eugenio Hermoso.
» Juan Téllez.
» Eduardo Urquiola.
» Félix Borrell Vidal.
» Luis Beut.
» Carlos López Redondo.
» José Pinelo Llull.
» Ernesto Gutiérrez.
» Eusebio Morata Petit.
» Anselmo Miguel Nieto.

Menciones honoríficas.

D. José Robledano.
D.ª María Elena Camarón.
» Trinidad Francés.
» María Adalid.
» Carmen García de Arredondo.
D. Gumersindo Pardo Reguera.
» José María Gamoneda.
D.ª Matilde Escribano.
D. Andrés García Prieto.
» Salvador Rodríguez Bermudo.
» Vicente Montesinos.
» Herminio Novella Roldán.
» Ramón Zubiaurre.
» Federico Avrial.
» Lorenzo Cerdá.
» Carlos Iñigo.
» Fernando Viscai.
D. Javier Winthuysen.
» Cadevallader Washburn.
» Ricardo Sáinz.
» Justo Almela.
» José Benlliure Ortiz.
» José Mataix.
» Francisco Rodríguez Clement.
» Vicente Santaolaria.
» Eugenio Gómez Mir.
» Manuel G. de Acilu.
» Benigno Pereira Borrajo.
» Segundo Maldonado.
» Francisco Posada.
» Pablo A. de Béjar.
» José Cuerda.
» Carlos María Herrera.
» José Nogué Massó.
» Rogelio López.
D.ª Pilar Trelles.
D. Mariano Bertuche.
» Pedro Sánchez Picazo.
» Julio del Val.
» Luis Huidobro.
» Feliciano Roy.
» Eduardo Núñez Peñasco.
» Joaquín Capulino Jáuregui.
» Emilio Nombela.
» Juan Hidalgo Linares.
» Nicanor Piñole.
» Ramón Manchón.
» Francisco Toda.
» Fernando Martínez Checa.
» Alfredo Carreras.
» Manuel Delicado
» Rafael Marín.
» Aurelio Tolosa.
D.ª Isabel Dato.
D. Baldomero Gili Roig.
» Joaquín González Ibaseta.
» Luis Masriera Rosés.
» Mariano Oliver Aznar.
» Manuel López de Ayala.
» Gregorio Llaret.
» Fernando Villodas.
D.ª María Luisa Puiggener.
D. Salvador Castro.
» Eduardo Martínez Vázquez.
» J. Novell.
» Rafael Forns.
» Rafael García Guijo.
» Conrado Sánchez Varona.
» Manuel García R. Hispaleto.
» Manuel de la Cuesta y Ramos.
» Gabriel Osmundo Gómez.
» Jesualdo Gallego.
» Francisco Aldana y Montes.
» Augusto Junquera.
D.ª Josefa Texidor.
D. Francisco de Cidón.
» Salvador Cabedo Ballester
» Manuel Pallarés.
» Arturo Pitarch.
D. Eugenio Pérez Villamil.
» Miguel Martínez Jerez.
» Daniel Vázquez Díaz.
» Francisco Jimeno.
» Francisco Sardá.
» Nicolás Soria.
» Eugenio Jimeno Reguier.
» Juan Menéndez Arranz.
» José Rico Cejudo.
D.ª Aurelia Navarro.
» Concepción Lozano Montalvo.
D. Darío de Regoyos.
D.ª Rosa Cabrera
D. Luis Domínguez Meunier.
» Román López de Hoyos.
» Ricardo Verde Rubio.
» José Rodríguez Acosta.
» Carlos Moreu Gisbert.
» Alfredo Bari.
» Mariano Miquel.

SECCIÓN DE GRABADO

Primera medalla.

Desierta.

Segundas medallas.

D. Carlos Verger.
» Agustín Llardy.

Terceras medallas.

D. Nicolás Esparza.
» Enrique Vázquez Atienza.
» Constantino Fernández Guijarro.

Menciones honoríficas.

D. Juan Núñez Fernández.
» José Gisbert.
» Felipe García Vao.
» Pablo Galando.
» Gregorio Durán.
» Luis Fernández López.
» Leandro Oroz.
» José Armillas.

SECCIÓN DE ESCULTURA

Primeras medallas.

D. Eduardo Barrón.
» Miguel Angel Trilles.

Segundas medallas.

D. Enrique Marín.
» Manuel Castaños.
» Enrique Clarassó.
» Miguel Oslé.

Terceras medallas.

D. Francisco Escudero.
» Aurelio R. U. Carretero.
» Lorenzo Coullaut Valera.
D. Higinio de Basterra.
» Lorenzo Ridaura.
» Aquilino Cuervo

Menciones honoríficas.

D. Alejandro Petit.
» José Canalias.
» Alfredo Sanguinetti.
» Esteban Calleja.
» Damián Molino.
» José Rebarte.
» Enrique Soler Ventura.
» Manuel Piqueras Cotolí.
» José Gisbert.
» Manuel Delgado.
» José Pérez y Pérez.
» Manuel Carrasco.
» Filiberto Montagut.
Gregorio Llovet.
Federico Corto.
Enrique Ubar.
Diego García Carreras.
Antonio García Gutiérrez.
Sr. Paredes García.
D. Segundo Moreno Sastre.
» Sixto Mejías Villanueva.
Domingo Liria.
Ricardo Causarás.
Luis Cambronero.
Manuel Iglesias.
Rodrigo Castaños.
Lorenzo Fernández Viana
» Antonio Coll
» Enrique Arévalo.
» Salvador Escudé.
» Matías Moreno.
» Narciso Sentenach.
» José M.ª Alcoverro y López.
» José Vega Cruces

SECCIÓN DE ARQUITECTURA

Primera medalla.

Desierta.

Segundas medallas.

D. Antonio Palacios y D. Joaquín Otamendi.
» Pascual Sanz Barrera.

Terceras medallas.

D. Luis M.ª Cabello y Lapiedra
» Tomás Gómez Acebo.
» Francisco Roca y Simó.

Menciones honoríficas.

D. Alfonso Dubé.
» Luis de la Figuera y Lezcano.
» Francisco Carlos Parente.
» Francisco de la Pezuela.
D. Joaquín Roji y López Calvo.

SECCIÓN DE ARTE DECORATIVO

Primeras medallas.

D. Sebastián Aguado.
» José Arija y Sáiz.
» Enrique Amaré y Algueró.
» Víctor Masriera y Vila.

Segundas medallas.

D. Francisco de Cidón.
» Gregorio Muñoz Dueñas.
Eulogio Varela y Sartorio.
Pedro Estany Capella.
Rogelio Gadea y Sanz.
Juan Riera y Casanovas.
» Eduardo Barrón y González.
Antonio Urpi y Pey.
» Víctor Brossa y San Germán
Lamberto Escaler y Mira.
José Maumejean.

Terceras medallas.

D. Policarpo Pérez Terrados.
D.ª Eloisa Garnelo y Aparicio.
D. Angel Bueno.
» Luis García Sampedro.
Pedro Guillén Vigner.
» Francisco Labarta Planas.
Miguel Massot y Tetas.
Francisco Clivilles.
Angel Díaz Sánchez.
Sr. Galán Sánchez.
D. Juan Labarta.
» Ricardo Pascual Temprado.
» Francisco Vila.
» Rafael Avila.
Buenaventura Sánchez Comendador.
» Gregorio Málaga y Arenas

Menciones honoríficas.

D.ª María Infante.
» Clementina Mozoncillo.
D. José Pueyo.
» Joaquín Roji L. Calvo.
» Eduardo Sánchez Solá.
» Julio Vargas Fernández.
» Pedro Algueró Nicolí.
» Aurelio Cabrera.
» Jesús Carrasco y Encina.
» Juan Estellés Adrián.
» Juan Pugets.
» Ricardo Tárrega.
» Claudio Tordera.
» Juan U. Ballartas.
Srta. D.ª Carmen S. Aroca.
D. Vicente Alcocer.



EL POEMA DE ARMIDA Y REINALDO — EDUARDO CHICHARRO.

Todas las fotografías de este número proceden de los señores Mateu (Madrid).



BARCELONA, 1902 — RAMÓN CASAS.



TRABAJO, DESCANSO, FAMILIA — Enrique Martínez Cubells.



CANTO VII DEL INFIERNO DEL DANTE — MANUEL BENEDITO VIVES.



ORFEO PERSEGUIDO POR LAS BACANTES — F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR.



EL CEMENTERIO VIEJO — AURELIANO DE BERUETE.



SOBRE EL ARROZ — JUAN VILA PRADES.



CASA CHICHI (VALLVIDRERA). — ELÍSEO MEIFRÉN.



EL DESQUITE — José Bermejo.



TAPONERAS DEL AMPURDÁN — Laureano Barrau.



EL BAJO EGUIA — Felipe Abarzuza.



MURMURACIÓN — Ricardo Brugada.



CALVARIO — Rafael Hidalgo de Caviedes.



UNA COPLA ALUSIVA — Juan José Gárate.



CANTERA DE CUTAMILLA — ANTONIO GOMAR.



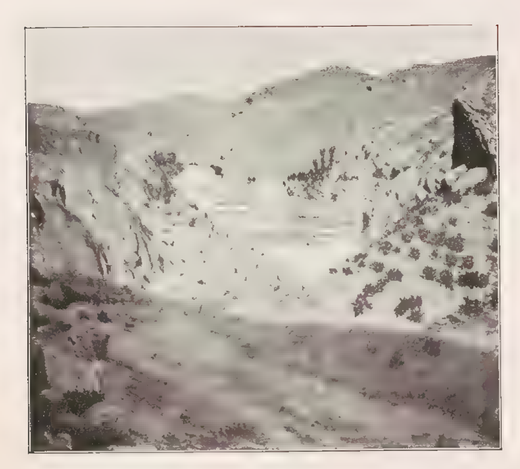
TERCERAS MEDALLAS



CAMINO DE LOS VILLARES — E. R. DE TORRES.



ROSARILLO — J. R. DE TORRES.



PAISAJE DE TOLEDO — Ernesto Gutiérrez.



PLANCHADORAS — Antonio Ortiz.



VENDIMIA — Luis Beut.



ENTRE DOS FUEGOS — Fernando Palacio.



CHARCA DEL ALGARROBO — José Pinelo.



SIN REMEDIO — José Mongrell.



PRIMERAS GALAS — FERNANDO ALBERTI.



TARDE DE INVIERNO — TEODORO ANDREU.



PROMETIDOS — EUSEBIO MORATA PETIT.



GRUPO — EDUARDO URQUIOLA.



A CASA QUE LLUEVE — I. MEDINA VERA.



UN HORMIGUERO — C. LÓPEZ REDONDO.



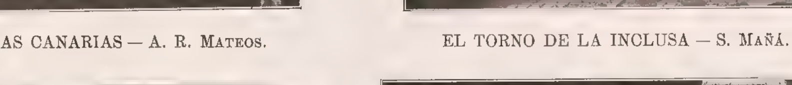
EL PUERTO DE NAVACERRADA — F. BORRELL.



UN CAFÉ — A. MIGUEL NIETO.




ESCENAS CANARIAS — A. R. MATEOS.

EL TORNO DE LA INCLUSA — S. MAÑÁ.



ESTUDIO — EUGENIO HERMOSO.



ESPIRITISTAS — JUAN TÉLLEZ.

ESTUDIO — FERNANDO LABRADA.



PESCADORES — AGUSTÍN OTERMÍN.



NERÓN Y SÉNECA — EDUARDO BARRÓN.



PERSEO Y ANDRÓMEDA — Miguel Angel Trilles.



MISERICORDIA Enrique Marín.



¡AL HAREM! — Manuel Castaños.



EVA — Enrique Clarassó.



INSPIRACION — Miguel Oslé.



EL AMOR INVICTO — F. Escudero.





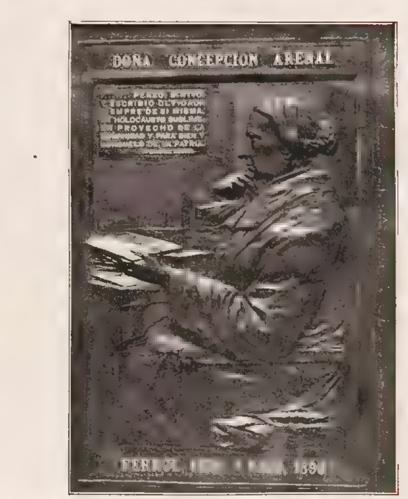
EL CONDE D. PEDRO ANSÚREZ — A. Carretero.

CONSUELO — Higinio de Basterra.



LA JUSTICIA — Lorenzo Ridaura.

LA CANCION DE LA PRIMAVERA — L. Coullaut Valera.



RELIEVE EN CERA — A. Cuervo.



Cuadro de José Jiménez Aranda.

M.seo Municipal de Barcelona.

RELIGIÓN Y TRABAJO

El problema social no es de ayer: quedó planteado el mismo día en que los hombres tuvieron que servirse de sus semejantes para el logro de sus fines en la Tierra.

En su acepción virtual, era ya un hecho en los tiempos más remotos. Vivía vida latente en la oropelesca civilización de las ciudades bañadas por el Eúfrates y el Tigris; en las severas leyes espartanas y en las odiosas macedónicas, que establecían el privilegio de castas. Era una semilla que en la Edad Media germinaba bajo las capas del mundo feudal y que la extinta centuria, por antonomasía llamada de las luces, ha visto brotar, crecer pujante y extenderse cual amenazadora hiedra por todos los ángulos del gran edificio social.

Sin remontarnos á su origen, que podríamos llamar *caótico;* sin detenernos en aquel lapso evolutivo, dilatado y complejo de la familia humana, mirémosle en su actual estado de desarrollo, en el momento crítico que señala un jalón entre el secular predominio del capital y la protesta de su medio generador, representado por la mano del hombre, símbolo y emblema de todas las herramientas auxiliares y productoras del trabajo.

La manifestación *activa* de la doctrina socialista tiene fatal razón de ser en nuestros tiempos, á la manera que todo invento y descubrimiento se realiza cuando de su aplicación se desprende una imperiosa necesidad.

Efectivamente: estudiando los más famosos, se ve que surgieron en el momento histórico señalado por sensibles transformaciones en el dual orden político-sociológico, y que no fueron causa de tales evoluciones, sino efectos precisos de nuevas fases y otros destinos abiertos al paso de la humanidad por el planeta.

Así también, estudiando la naturaleza y los caracteres del socialismo,





AURORA Y OCASO; por VÍCTOR MASRIERA Y VILA.
Primera medalla (Arte decorativo) en la última Exposición general de Bellas Artes.

Todas las fotografías de este número proceden de los señores Mateu (Madrid).



«AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS» — PINTURA MURAL; por LUIS GARCÍA SAMPEDRO.
Tercera medalla (Arte decorativo) en la última Exposición general de Bellas Artes.

se comprende su existencia como derivación lógica de teorías hijas á su vez del siglo XIX y de sus obras.

Y ¡quién lo dijera!, apenas nacido á la vida de la acción el credo socialista, sus prosélitos llenan ya el mundo, cual en los primeros siglos de nuestra Era llenaban los cristianos las catacumbas romanas y los circos del martirilogio. De los modernos socialistas, podría decirse lo que Tertuliano decía de los neófitos convertidos á la religión del Redentor: «Estos cristianos se reproducen asombrosamente; de todos los rincones salen veinte; nadie está seguro, ni yo mismo, que temo seguir su ejemplo.»

Y es que el pensamiento, aunque mero soplo, tiene el poder de conmover al universo.

Un soplo inflamó la mente de Lutero, y provocó la célebre *querella de frailes* que produjo la *Reforma;* un soplo iluminó el espíritu de Colón, y le condujo en el apocalíptico viaje que debía dilatar los confines geográficos del globo; otro soplo, movido en la imaginación de Guttemberg, ensanchó los del saber con la invención de los caracteres movibles aplicados á la imprenta... soplos, ráfagas y nada más, han en todo tiempo encendido la inspiración de los poetas, caldeado la mente de los pensadores y avivado todas las fantasías de la imaginación. La idea, ora despertando con susurros de blanda brisa, ora con rugidos de tempestad, aquí plácida y risueña, allí férvida y arrollada, genera las más fecundas energías y determina las más hondas transformaciones.

Pero las ideas no brotan al azar. Al igual que los fenómenos inexplicables en apariencia, son perfectamente explicables, si con buen tino se penetra en su naturaleza é indaga la razón de su existencia.

En el mismo caso se nos presenta el pensamiento socialista, que hoy día tiende á dominar en los entendimientos y á enseñorearse de las inteligencias.

Abarcado en sus varias formas, comprendido en sus fines y anhelos, fácil cosa debe ser el mirarlo sin recelos ni temores; que el socialismo, en el genuino sentido de la palabra, constituye un problema harto definible, á poco que en su solución concentren su interés y sus propósitos las múltiples y complejas fuerzas de la sociedad.

Tan cierto es esto, que si se considera la utilidad material del trabajo productivo alternado con la práctica de la sana moral, se impone ante la influencia de uno y otra la negación é imposibilidad de todos los males sociales, en otros términos, se encuentra la solución de las más pavorosas cuestiones que vienen debatiéndose en el agitado palenque de la vida.

Mas ¿en qué consiste el verdadero socialismo; qué es y á qué aspira?

«La única potencia creadora de toda riqueza, es el trabajo; el único productor, el obrero», se ha dicho, no sin razón; de lo cual se ha querido deducir una consecuencia vulnerable, á saber, que por ser materialmente imposible á un hombre producir por sí solo la cantidad suficiente de trabajo proporcional á la cantidad de bienes, las riquezas, consideradas desde el punto de vista de la crematística, se apoyan en un derecho de moralidad dudosa.

Esta argumentación sofística, basada en puros abstruccionismos de la razón, viene sirviendo de punto de partida para sus disquisiciones á todos los enemigos de la propiedad individual, desde Proudhón, que tanto exacerbó las iras de los diputados de la Camara francesa, haciendo famoso *aquello* de que *la propiedad es un robo*, frase cuya verdadera paternidad pertenece á Brissot y cuyo espíritu está encerrado en un célebre cuento satírico de Voltaire.

¡La igualdad absoluta!... La absoluta igualdad es una utopia, un imposible, como es imposible y utópica la absoluta libertad.

La libertad así establecida, sin límites ni freno, sería la negación de la misma libertad, la negación de la sociedad y aun de la propia especie humana, por cuanto, perteneciendo y estando todo sometido al arbitrio de la fuerza indomable, esa fuerza todo lo arrollaría y aniquilaría. Así también la igualdad que defienden algunos teóricos y en que sueñan los proletariados faltos de resignación y de fe, jamás podrá ser un hecho empírico y sancionado por las leyes, nunca impunemente conculcadas, de la justicia.

Si la dicha y la dignidad del individuo se fundaran en el triunfo de esa doctrina que aspira á barrer categorías, nivelar clases é igualar fortunas, la máquina del progreso dejaría de funcionar en el acto y radicalmente; marchitaríanse los ideales, morirían las nobles ambiciones y cesaría la lucha. Sobrevendría un equilibrio funestamente perfecto, que precipitaría al mundo social en el abismo de la inmovilidad, término negativo de la vida; de la vida, que no puede existir sin el movimiento, que carece de encantos sin la luz de la esperanza, de calor sin el fuego de las pasiones, y que, cual las fantásticas montañas del nevado polo, es triste y helada si no la fecunda el sol de las ideas.

La misma naturaleza, obedeciendo inconsciente á la voluntad de Dios, nos demuestra que la igualdad es una pura abstracción.

Véanse, sino, las hondas diferencias que establece entre los productos de un orden común.

A todos los seres humanos, salvo raros ejemplos de deformidad fisiológica ó anatómica, concede un encéfalo, cuarenta y tres pares de nervios perfectamente simétricos, dos manos, iguales articulaciones, idéntica estructura; para todos elabora en la trama impalpable del éter el mismo oxígeno de que se nutre el organismo, y á todos suministra gratuitamente el calórico indispensable á sus funciones. Hasta aquí, la igualdad no es un mito; es una ley precisa, incontrovertible. Pero esta uniformidad en el sistema de repartir sus propiedades la naturaleza, no puede aceptarse como argumento válido en pró de una igualdad que ninguna analogía guarda con la que persigue el socialismo; porque tanto valdría, recíprocamente, negar la única y verdadera igualdad, la que emana de los derechos civiles, fundándose, verbi gracia, en que unos hombres nacen mejor dotados que otros en lo físico y en lo moral, en que unos salen con la inteligencia roma y otros resultan genios, en que hay razas, familias é individuos fuertes, sagaces y hermosos, al paso que los hay también débiles, tardos de entendimiento y de fisonomía y catadura repugnantes.

Estas sí que son *diferencias* en las que se puede reconocer el principio de las infinitas que los hombres ofrecen entre sí. Acaso no sea paradógico sentar que en esos fenómenos naturales, ó al parecer caprichos de la *madre común*, está la explicación de las llamadas injusticias sociales.

Y sin embargo, por exceso de soberbia ó por falta de reflexión, se clama y truena contra un estado de cosas en el que el hombre desempeña de modo inconsciente y fatal una doble función: la de agente é instrumento.

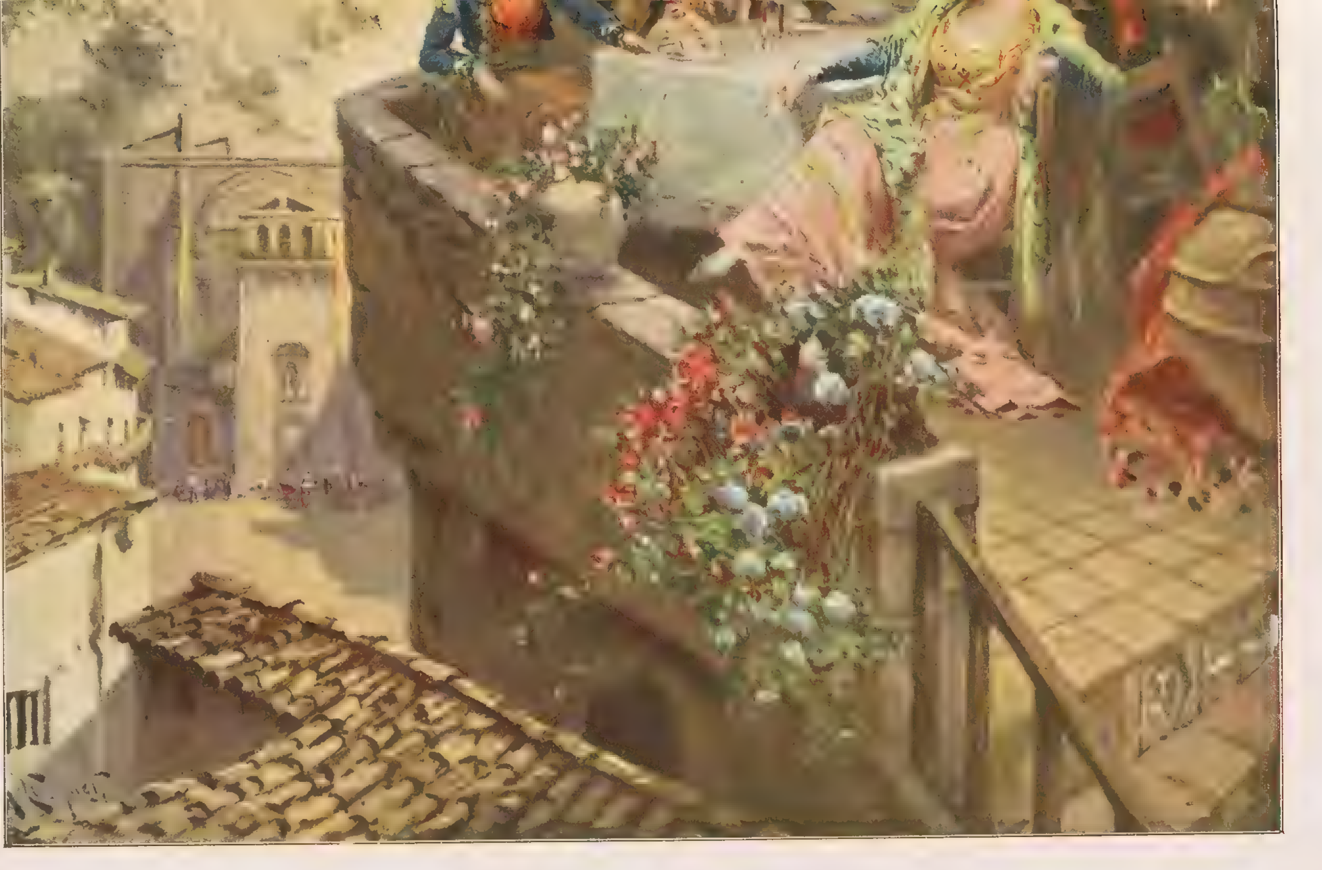
Problema irresoluble. el problema sociológico; cuestión terrible, la cuestión social... No, ciertamente:

Ce qui crèe un peuple, ce qui le fait ce qu'il est, c'est la famille, l'atelier et l'ècole, dijo el ilustre Julio Simón. Palabras hermosas, dictadas por el mismo criterio de alto sentido sociológico-moral que inspiró estas

(Sigue en la página 163).

RAMON TUSQUETS





JUERGA EN LA TERRAZA

Adquirido por don Eduardo Sevilla.



ARTÍCULO DE FONDO — Cuadro de JUAN VITÓRICA.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

otras al cardenal Monescillo, honra y prez de la Iglesia española. «La cuestión social solo puede resolverse con pan y hojas de catecismo.»

Glosad este pensamiento, y llegaréis á una conclusión inequívoca, cierta, inatacable, es á saber: que la felicidad de las colectividades humanas se apoya en el Trabajo y la Religión.

En el Trabajo, porque, sujeto el hombre á una multiplicidad de relaciones y á sus propias necesidades, vese obligado á llenar una labor más ó menos pesada y difícil, más ó menos en armonía con sus aficiones y aptitudes, pero ineludible, para conquistar el pan de que se alimenta el cuerpo. Resuelto así el problema de sus intereses materiales, que es el de la subsistencia, el hombre deja de sentir el aguijón de la penuria y el sobresalto de la duda, y consigue en cambio la tranquilidad que consigo trae aparejada la confianza en el mañana. Sus compañeros de tareas le estimulan; apodéranse de su espíritu legítimas ambiciones y nobles anhelos; cobra afición á la virtud y horror al vicio. El Trabajo es, en suma, acicate que lo encauza y conduce por el buen camino, y al par freno que le detiene ante los precipicios que el mal abre sin cesar bajo la planta de los mortales.

En la Religión, por los consuelos inefables que proporciona. El Catecismo, libro tan pequeño que cabe en el hueco de la mano, contiene verdades y preceptos tan grandes que llenan el universo. La vida ejemplar de Aquél que por redimirnos hizo el sacrificio de morir en afrentosa cruz, es una lección imperecedera de bondad y amor al prójimo. Sus máximas llegan á todos los corazones; ablandan á los empedernidos y fortalecen á los que desfallecen. Cuando las creencias religiosas no faltan, tampoco falta caridad por parte de los poderosos, ni resignación en los humildes. Con caridad y resignación quedan solucionados los males todos de la sociedad. Más, una y otra, obra son de la Religión tan solo.

Resulta, pues, que en admirable consorcio el Trabajo y la Religión se aunan para conseguir el fin común de la felicidad de los pueblos.

Practicando la ley del Trabajo, que es la primera virtud, — labor prima virtus, — y respetando las inmanentes de la Religión, que es la primera de las necesidades, la sociedad habrá triunfado de su principal y más funesta enemiga: la envidia, hija natural de la soberbia.

Entonces, cuando todos los hombres, sintiéndose iguales ante Dios, árbitro supremo de sus destinos, se rijan por los evangélicos preceptos de solidaridad y amor, quedará evidenciado, con toda la evidencia del axioma, que la felicidad de los pueblos es directa consecuencia del Trabajo y de la Religión, esto es, obra firme y eficaz del Catecismo y del pan, únicos elementos capaces de resolver la pavorosa cuestión social.

ANTONIO ASTORT

FAUSTO... Y MARGARITA

El choque fué inevitable en aquellas dos almas, de igual temple, que el curso de la vida mantuvo siempre lejos la una de la otra, y que el mismo curso de la vida, por fin, juntaba y confundía en un mismo beso de luz, en aras de la redención, que es el amor...

Cuando lograron hallarse, ya casi habían recorrido ambos la mitad de la vida y pasado por las distintas eventualidades que ésta les deparara. Luisa había cumplido ya veintiocho años; Fausto pasaba de los treinta y dos. Así y todo se reconocieron al punto, tras un breve y elocuente diálogo, sostenido, más que de palabra, por los ojos, á los que se asomaron sus almas, deslumbradas, curiosas, rebosantes de inefables preguntas, al par que de dichosas aseveraciones. Sí, no les cabía duda, *por fin se hallaban;* en noche de gran baile y en aquel desierto salón en donde, valiéndose de la confianza que tenía con los dueños de la casa, Luisa se refugiaba, huyendo de la barahunda enojosa de la gente, á la sazón en el comedor reunida. En aquel salón, en donde la divina música de Fausto, divina y magistralmente interpretada por Luisa, se perdía como corriente dulce y profunda de suspiros que estremecía con vagas ondulaciones las luces y que pasaba por junto á las cornucopias, estilo Luis XV, sin siquiera empañar sus venecianas lunas.

El alma esencialmente artista de Luisa, convencida de su soledad, transmitíase al piano, íntegra y sincera, confiando á las notas sus vagas nostalgias, sus íntimas tristezas, sus más remotos ensueños...

Al acabar de tocar, misteriosamente atraída, se volvió, y entonces púsose vivamente de pie, perpleja, llena de turbación, al tropezar sus ojos con los de un hombre que detrás de ella, en actitud de recogimiento permanecía.

Mas de igual suerte que véis animarse de espléndidos tonos de vida la vegetación que, al sentir en sus raíces la bienhechora inmersión del agua, revive, así el conturbado semblante de la joven se coloreó de improviso por viva satisfacción. Es innegable el tacto exquisito que tiene la mujer para saber á qué atenerse con respecto á la impresión que causa, sobre todo si ésta es buena, Luisa estaba segura de su triunfo; la turbación del joven no podía ser más elocuente, mientras que así le hablaba:

—Perdón, señorita, perdón si he osado enajenar con mi presencia la

soledad en que su alma, como Diana celestial del arte, con tan divina desnudez se mostrara... si he profanado ese baño apacible sobre cuya diafanidad seductora me ha sido dable descubrir los encantos de su presentida hermosura... Vagaba al azar por los corredores, cuando vino á herir, nó, á acariciar mis oidos la música de mi nombre, la misma que allá en los primeros años de mi juventud, arrancando á mi alma en crisálida fulgentes alas de mariposa, me hizo soñar con un amor ideal, nunca realizado... Antojóseme aquella música el llamamiento de un alma y... qué sé yo, maquinalmente aquí me he dirigido, casi á hurtadillas, procurando no llamar su atención, avaricioso de mi propio encanto.

Un rumor continuo y heterogéneo de gritos descompuestos, de huecas risas y cristalinos choques, llegaba, atenuado por la distancia, hasta aquel tranquilo recinto, acusando la social rebujiña de los que de engullir no cesaban y haciendo más ostensible la soledad que rodeaba á aquella singular pareja. Mas con serenidad y tacto salvó Luisa esta circunstancia embarazosa, apresurándose á contestar ante las razones de Fausto:

—Por lo que oigo, antes que perdonarle, debo dar á usted las más expresivas gracias por su atención, á la que, francamente, no me hubiese atrevido á aspirar...

Y acompañando de un gracioso mohín sus palabras, Luisa fijó ya franca y abiertamente en los negros ojos de Fausto los suyos azules y hermosos. Mirábala él, sugestionado. Luisa estaba ideal. De pie, junto al piano de cola, apoyaba delicada y familiarmente en él su figura flexible y elegante. Su traje del color de las lilas, dando tenue realce á su semblante, de palidez mate, asemejábala á celestial visión que iluminase la luna. Cerraba su púdico escote un artístico prendido de violetas que obscurecíanse á íntima sensación, inclinando tímida y confiadamente sus cabecitas á la tibia caricia del seno blanquísimo...

La conversación de Luisa y Fausto fué haciéndose cada vez más animada, ó mejor, más íntima. Sus llameantes ojos se cruzaban claras y terminantes explicaciones sobre lo que apenas insinuaban los labios. Los dos estaban solos en el mundo. Ella se había casado muy joven, sólo por obedecer á sus padres, y quedado á los pocos meses viuda. Desde entonces hizo voto de no pensar más en casorios. Es tan difícil hallar al sér que nos comprenda: la compenetración de las almas es el más divino misterio de la felicidad... El era poeta: su nombre era ya querido y respetado en el mundo de las letras. Luisa asentía sonriendo: ¡había visto en ilustraciones y periódicos, intrigándola sin saber por qué, tantas veces su nombre! Como que en más de una ocasión la lectura de sus versos habíala dejado en un estado de preocupación inexplicable...

No cesaban de mirarse pálidos y sonrientes: ¡tenían tantas cosas que contarse! Y agregaban los ojos: «¿Por qué no nos habremos conocido antes?; pero ¿qué importa si es ésta la primera vez que sentimos abrasada nuestra alma por la pura llama; ley eterna de la vida, que cuanto toca regenera?»

Instintivamente se habían acercado el uno al otro, contrastando los cabellos de Fausto, del color de la endrina, con los rubios bucles de la joven: hablaban bajito, él amorosamente inclinado hacia ella, ella envolviendo en una caricia de sus celestes ojos las facciones virilmente hermosas de Fausto.

Tan absortos se hallaban, que no vieron que alguien acababa de penetrar en el salón. Era una joven ricamente ataviada, de figura mórbida, y hermosa, con la hermosura que habla á los sentidos. Entraba desolada, sin duda en busca de Fausto, mas como le viera tan dulcemente entretenido, paróse de súbito con marcado disgusto, exclamando, al fin, con airado, á la vez que suplicante tono:

—¡Fausto!

Y convencida de que apenas era oída, con mayor indignación siguió:

—¡Cómo! ¿Es posible que así de mí te olvides, y de la promesa de permanecer toda esta noche á mi lado, halagándote la idea de que el mundo creyese que eres mi novio?

Fausto se encogió de hombros.

Una nutrida ola de carne humana, aprisionada bajo el atildado frac y en el vistoso y señoril prendido, acababa de inundar aquel salón, ebria de vino y de algazara. Pronto, empero, quedó ésta pospuesta á la más curiosa espectación, cuando aquella brillante sociedad pudo darse cuenta de la escena que os describo.

Poco debió de curarse de esta circunstancia la airada joven, toda vez que, al ver el movimiento de Fausto, con voz arrebatada por los celos y soltando los diques del propio respeto, insistió:

—¡Contéstame; responde á *tu* Margarita!

Clavó Fausto en ella, con singular extrañeza, sus ojos, y pasándolos consecutivamente de sus labios rojos, sensuales y temblorosos por la ira, al delicado rostro de Luisa, profirió, emocionado y sincero:

—No, *mi Margarita* no eres ni has podido nunca ser tú: *mi Margarita* es sólo ésta.

Y así diciendo cogió á Luisa por una mano.

Un rayo no hubiera sido con más ensañamiento fulminado que la mirada con que la despechada Margarita pretendió herir á su rival. Esta la soportó serena, casi sonriente: y envolviendo Fausto, á su vez, con una mirada, que lo mismo podía ser de reto que de disculpa, á toda aquella gente elegante, indiferente á sus murmullos de reprobación, de los que los implacables *reporters* sacaron curiosos apuntes, y cuyos tiros lo mismo iban dirigidos á él, que á la viudita, que á la temeraria joven que en situación tan ridícula acababa de ponerse, enlazó la mano que tenía cogida de Luisa á su brazo y llevóse á ésta á más solitarias salas, para poder decirla y recoger de sus labios la confesión soñada, la frase siempre oída y siempre nueva, en la que los más divinos misterios del alma se compendian, y que abre en todas épocas la vida á primavera fecunda...

JOSEFA CODINA UMBERT

PATIO DE LA SULTANA — Cuadro de MARIANO BERTUCHI.

Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.



PAISAJE

Museo Municipal de Barcelona.



Cuadro de José Cusachs.

Exposición Monjo (Rambla de Canaletas, 11).

LA VUELTA DE LOS SEGADORES

Vista de lejos, es una cruz de artísticos perfiles; vista de cerca, es una cruz tosca de piedra ó de ladrillo, levantada sobre un zócalo ó sobre un pedestal; airosa siempre, nó por su elevación, que es poca, sino por la soledad en que se encuentra, en lo tortuoso de un camino pedregal ó á orillas de una amplia y polvorienta carretera que al paso de los carros y del gentío levanta nubes de incienso.

Esa cruz es la cruz simbólica de la Fe, cruz tradicional, cruz de recuerdos en los pueblos de Castilla y de Aragón, que á uno ó á medio kilómetro del poblado sorprende al caminante recordándole la sencillez cristiana de las costumbres de los lugareños.

Al frívolo, al enfrascado en intrincadas metafísicas, al indiferente que iguala la inmensidad molecular del elefante con la indivisibilidad de la hormiga, esa cruz no le dice más que una noción de amojonamiento; al observador, al pensador profundo, al cristiano sincero y virtuoso, esa cruz le dice mucho: le recuerda la fe de los mayores, le despierta un profundo recuerdo de la creencia religiosa de los pueblos de España, le habla al alma, le aviva sensaciones en el corazón, le invita á la meditación.

¡Cruz bendita siempre, cruz siempre venerada, que habla en la soledad, que hace latir descompasadamente el corazón, que obliga á descubrirse primero, á prosternarse después, á meditar siempre!

***

Yo viví muchos meses en uno de esos pueblos de Aragón en que se hace alarde del valor matando lobos y en que se vanaglorian todos los hombretones, desde el mocetón al viejo, de no contar más que un homicidio en el largo período de seis décadas.

Ciertamente que es muy rara la cosa en un pueblo al que rodean innumerables montículos sembrados de cepas que tienen á orgullo no dar tintos de menos de 16 grados y que cuenta por puertas abiertas el número de tabernas repletas de consumidores.

Cierto también que en aquel pueblo no se ve por las calles un alma á la hora de la misa conventual, que las rondas de mozos no lanzan al viento endechas cupidinescas, sino filosofías criminalmente pisoteadas en el arroyo y regeneradas por el arpegio vibrante de una garganta robusta.

***

Cuando Mayo hace brotar los pámpanos, cuando las cepas tienen hecha su poda, cuando por el triangular tresbolillo ó por el dibujado marco real ha pasado ya tres veces la reja acerada del arado, cuando el cascajo de las excrecencias volcánicas está limpio de hortigas, de briznas y yerbajos, y las piedras achatadas brillan al sol con reflejos argentinos, cuando toda la inmensidad del cielo azul se presenta sin las blancas vetas y sin los rojo-pálidos matices anunciadores de desdichas para el racimo, jóvenes y viejos, mozos y casados se reunen en la plaza del lugar á formar cuadrillas, á trazar programas, á sumar esfuerzos y voluntades, y á comentar, sobre todo, la cosechaza enorme de trigo en los Monegros, de la cosecha extraordinaria de cebadas en las Cinco Villas, y del cosechón infinito de granos en las que pronto serán calcinadas llanuras de la Mancha, por el incendio del sol y por los reflejos ardientísimos de las mieses amarillentas.

Y, substituyendo la navaja podadera por la hoz con sus resguardos, semejantes á castañuelas, hoy una y mañana otra, y luego otra y muchas más, desfilan silenciosas, tomando la inicial de las duras jornadas en la hora de media noche, las cuadrillas de segadores que de Mayo á Septiembre han de hocear cebadas, trigos y centenos, con la espalda arqueada y recibiendo perpendicularmente los rayos de un sol que después de tostar la piel tostaría también los huesos.

Aquella caravana de hombres y de borriquillas y asnos se detiene, al salir, en el silencio de la noche, frente á la cruz de piedra. No rezan á coro; el susurro de la oración no interrumpe el susurro de la brisa que habla al deslizarse por los brazos de la cruz; todos oran en silencio, con la cabeza humillada, pensando tal vez, los más, en si podrán enderezar el dorso arqueado, para volver á saludar aquella muda cruz de piedra, á la que mudamente confían sus esperanzas y sus temores en la hora de la partida.

En una de esas cuadrillas va Boira, hombrecillo de más que remediana estatura, muy enjuto de carnes, tan rico de musculatura como pobre de colores, un muñeco de acero que lleva la cabeza inclinada al peso de sus filosofías y de sus pesadumbres.

El es uno de los pocos que abrazan la cruz de piedra después de terminada la oración.

Al avanzar por la senda del atajo aquellos conocedores de las piedras, de las retamas, de los barrancos, de los picachos y de todos los indicios diseminados por la soledad, los hombres emprenden sus conversaciones, confiándose cuitas, comunicándose esperanzas, como hacen los soldados con sus compañeros de fila cuando van al combate.

—La probe de mi mujer, — dice Boira á un mocetón como un castillo, que no despega los labios sino para gritar monótonamente: *arre, burra, pasa ya* — está mucho malica; tuese mucho y está enferma paice que del pecho; el médico ma dicho que con cuidiaos puá tirar tol verano y tol invielno si no le falta buena costillica de calnero; y que aun entoavía pué escaparse si pasa güen invielno. Voy á ganal lo menos ciento cincuenta duros en esta siega, aunque se me truencen los riñones y aunque mesmamente el sol me queme los pelos. ¡Probecica Jolja! Daría más, mucho más que la metá de mi vida por tenela güena como cuando era moza.

Boira deja escapar dos lagrimones como avellanas. El mocetón como un castillo, que en eso de consolar al triste no es más entendido que en literatura griega, dice por toda contestación:

—*¡Arre burra!* Si te se muere la... *¡miá, burra!* la mujel, ¿qué le vas hacer?... *¡pasa ya, burrica!*... Toos semos de calne y güeso y tenemos que moril... *¡pol vida de la burra!* ¡Probecica... *¡ridiez la burra!*...



A LA MAR — Cuadro de J. G. Ibaseta.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

Jolfa! Si no te consuelas, tiés razón... pero te queda entavía... *¡arre burra!...* esa, la mesmica, la María, que se merece el mejol mozo del pueblo... y ques más güena quel pan...

***

Los segadores tienen la costumbre de citarse para hacer la entrada en el pueblo en un día señalado.

Era el día 8 de Septiembre. Me hallaba yo sentado en el zócalo de la cruz de piedra cuando por un recodo del camino apareció la avanzada de un verdadero batallón de segadores, negros como el betún, negrura que contrastaba con el blanco refulgente de los calzones y camisas.

Me aparté de la cruz.

A unos cien pasos de distancia, un verdadero gentío de mozas y casadas, niños y viejos esperaba alborozado entre gritos y risotadas de franca, de natural alegría.

Llegaron los segadores. Quitáronse sus sombreros de fieltro, arrodilláronse, y durante cinco minutos ni un ruido, ni un siseo, interrumpió el silencio de la oración.

La fe era más fuerte que todas las pasiones. ¡Cómo latirían aquellos corazones! Y sobre todo ¡cómo latiría el del pobre Boira, al ver en primera fila á María, su hija, enlutada, teniendo de la mano á sus dos hermanitos.

Cuando los segadores terminaron su rezo, desbordóse la alegría general.

Pocos pudieron fijarse en que el pobre Boira, más tostado que los demás, se quedaba abrazado á la cruz de piedra.

María y los dos niños llegaron hasta la cruz. Boira, al mirar á sus hijos, prorrumpió en un llanto amargo.

—Más pasó el que murió en ésta — dijo, señalando á la cruz, mientras abrazaba á sus hijos.

***

Se perdía el griterío de la muchedumbre allá abajico, á la entrada del pueblo, cuando Boira echó á andar con sus hijos.

—¡Eh, tío Boira! Yo estoy aquí, *¡por vida de la burra!* — dijo de pronto una voz á espaldas del atribulado segador. — Yo... tío Boira... quiero á María... y ella paice que no ma mirau mal nunca... Si quierusté tenel un hijo ahura que ha perdío la mujel, yo le juro por esa cruz, ques la cruz de los segadores, que seré güen hijo... si María me quiere.

El que así hablaba era el mocetón como un castillo, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, apuntando con un dedo á la cruz, como testigo sagrado de aquella escena dulcísima y como juramento mudo de una alma profundamente cristiana.

José OSÉS LARUMBE



FANTASIA SOBRE MOTIVOS DEL FAUSTO — Barro cocido, de N. SENTENACH.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

LA BARCA

Todos conocen la vieja historia. A los ancianos les cuesta lágrimas; á los jóvenes, suspiros. El viento la trae en sus quejas y las olas en sus ecos...

***

Alargaba muchas tardes mis paseos hasta la pequeña ensenada, bordeando la arena que el mar barría con su dulce vaivén dejándole flecos de espuma.

Clavada entre cuatro peñascos había una barca rota; mejor dijera un esqueleto de barca. A veces me paré á contemplarla; una tarde me senté á su lado. Y atraído por su soledad, transcurrió más de una hora.

Al cabo de unos días, la barca rota y yo éramos íntimos amigos. Y con todo el respeto que me inspiraba aquella reliquia del mar, la interrogué... de ese modo que se interroga á las cosas inanimadas que por sugestiones especiales nos parecen guardadoras de secretos.

¿Quién pudo traerte aquí? Las olas, sólo las olas. En tu abandono leo la derrota.

No envejeciste en la playa y te olvidaron los hombres, tan ingratos con las cosas viejas; tal vez luchaste de joven y la furia te sacudió contra estas rocas y ahí quedaste tumbada como gladiador exangüe. En tu decrepitud hay todavía un gesto de tragedia...

Y volví muchas tardes á sentarme junto á la barca.

Una de ellas, vi acercarse un hombre. Caminaba bordeando la playa, y á trechos la espuma crujiente mojaba sus pies con manso homenaje. Era fornido; iba descalzo; tenía la melena rizosa y blanca como piel de armiño; los brazos desnudos; el tórax de coloso, medio á la intemperie.

Lo vi acercarse, más y más, hacia la barca. Me oculté. El viejo se aproximó lentamente, con unción religiosa, clavó en tierra las rodillas y ocultó la cara entre las manos. Por las rendijas de sus dedos salían hilos de lágrimas.

El dolor de aquel hombre tenía el amargo sosiego de los dolores hondos y remotos; su pena era una de esas penas que se acomodan en una y la pueblan y la abruman; que llenan toda una vida.

La barca tenía historia, historia siniestra, ligada por lazos de luto y ruina á otra historia mortal.

El hombre se alzó del suelo, tembloroso, y miró al horizonte que teñía el crepúsculo de color sanguinolento. Yo seguí su mirar vago. Y así estuvimos los dos mucho tiempo. Las tintas bermejas del horizonte se borraron poco á poco. El mar se puso negro y las olas, al deshacerse, comenzaron á contarnos misterios.

Me decidí á romper el silencio:

—¡Buen hombre!

A. DE FERRER



CAZADORES DE PÁJAROS



MARINERO INVALIDO

Exposición Monjo.

A. DE FERRER



EL SANTERO

Exposición Monjo.



LA HUELGA MAS TRISTE — Escultura de ENRIQUE UBAO.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

El desconocido volvió la cara, tras violenta sacudida de sus músculos.

—¡Quién, quién!...

Me pareció que palpaba los bolsillos; quizás sintió temor y buscó un arma. Los hombres son más temibles que las penas, porque matan de pronto. Y el instinto rechaza la muerte aunque el dolor haga la vida despreciable.

Al ver mi catadura pareció tranquilizarse.

—¡Qué!—dijo con aire reposado.

—¿Sois marinero?

—Aquí todos lo somos...

—Tenéis aspecto de ser un bravo...

—Nunca he tenido miedo...

—¿No naufragásteis alguna vez?

—Muchas...

—¿Acaso esta barca fué vuestra?

—¡Esta barca!. . Mía fué... mía fué...

—¿Por qué está aquí, tan sola y tan vieja?

—¡Sola y vieja la barca! ¡Solo y viejo yo! ¡Qué os importa de estas cosas!...

Y sin oirme más, emprendió su ruta, junto á las olas, por la arena bordeada de espumas; y lo vi perderse en la lejanía gris, como fantasma de pesadilla...

* * *

El huracán bramaba con fiereza. El mar encabritaba las olas, que sacudían su melena de nieve salpicando el caserío pescador. Las mujeres encendían cera á sus devociones; los hombres callaban; en su silencio había más terror que en los lamentos y congojas.

En torno de los aparejos se acurrucaban grandes y chicos. Los labios del más viejo murmuraban, entre tembleque de pena, la misma relación.

Fué una noche como aquélla; así de obscura y así de horrible; el huracán bramaba también; las olas sacudían su melena de nieve salpicando el caserío pescador. Fué la noche en que se tragó el mar para siempre á la hija de *Vicentón*.

¿Quién era *Vicentón*? Un hombre de bien, cabal para el trabajo y cabal para las personas. No tenía otra prole que Mariuja, el orgullo de su vida; el orgullo de la playa; sus ojos parecían, de tan negros, un abismo; en él cayó, muerto de amores, un joven piloto.

Mariuja y el marino se contaron muchas veces sus ternuras al borde de las aguas; las aguas tuvieron envidia. Y una tormenta le quitó á Mariuja el novio.

¡Pobre niña, viuda de amores! Se le trastornó la cabeza. Y fué aquella noche, así de obscura y así de horrible, la en que Mariuja corrió á la barca de su padre, soltó la amarra y se lanzó, á fuerza de remo, entre las crestas de las olas. El mar, compasivo, se la tragó también. ¡Quién sabe si Mariuja y el piloto tendrán allá dentro, donde cuentan que hay la corte del dios de los océanos, un palacio de corales!...

Al otro día, el mar escupió la barca de *Vicentón*. Y allí, en la ensenada, duerme su pena, panza arriba, sin que nadie la toque, porque es sagrada, porque en ella tienen dos almas un sepulcro.

Por eso *Vicentón* va á contemplarla muchas tardes y reza devotamente como ante un altar...

* * *

Todos conocen la vieja historia. A los ancianos les cuesta lágrimas; á los jóvenes suspiros. El viento la trae en sus quejas y las olas en sus ecos...

ANGEL ALCALDE

REALIDAD

El martes de Carnaval tocaba á su término. Acababan de dar las once en el reloj de la Universidad, cuando salí de casa de mi novia, tan enamorado como siempre y más que nunca desesperado, no sabiendo cómo contrarrestar las severas órdenes del Ministro de la Guerra, que obligan á los pobres subalternos á destrozar su corazón, haciendo de él un objeto de compra y venta.

No basta que ante la severa disciplina depongamos nuestra voluntad y libre albedrío; es preciso que en aras de ella sacrifiquemos nuestras más risueñas ilusiones y nuestras más gratas esperanzas. Y á cambio de tanto sacrificio ¿qué conseguiremos? Un relevo, un cambio de uniforme y esperar la venida del Mesías para conseguir un ascenso.

Pálido y demudado, por la desaparición de mis esperanzas, y resentido físicamente del frío aire que sin cesar soplaba, ofrecía un aspecto desconsolador.

Sin darme cuenta, me encontré frente al Liceo.

La curiosidad me hizo penetrar bajo sus pórticos. Allí cesaba el frío; gozábase de una atmósfera templada por el calor de los encendidos mecheros y embalsamada por el perfumado aroma que las máscaras á su paso dejaban.

* * *

Continuamente veía mujeres que con bulliciosos ademanes saltaban del coche y con rapidez dirigíanse al salón del baile.

De pronto, una magnífica carretela, tirada por dos briosos alazanes, se detiene, salta de ella el lacayo y, descubriéndose respetuosamente, abre la portezuela. Del carruaje desciende una joven, cubierto el rostro por un antifaz y envuelto su esbelto talle en un mantón de Manila. Sin parar la atención en los saludos que la dirigían, ni en los piropos que la echaban, siguió silenciosa é impasible su marcha... Pero al llegar al sitio en que yo me hallaba, se detuvo. Un estremecimiento sacudió su cuerpo y, fijando en mí su mirada, me dijo con tembloroso acento: «Ven.» Y, cogiéndose de mi brazo, me condujo al coche de donde había bajado, haciéndome sentar á su lado sobre el mullido asiento.

Mi desconocida, dirigiéndose al cochero, dijo: «A casa.» Subió el lacayo, fustigó el cochero los caballos, que emprendieron rápida carrera, arrastrando el coche, y en él á la misteriosa máscara y á mí, que me había quedado perplejo y confuso.

* * *

Aún no había vuelto de mi asombro, cuando paró el carruaje.

Abierta la portezuela por el lacayo, que con el sombrero en la mano se mantenía en actitud respetuosa, bajó la máscara y me arrastró tras ella.

La entrada de la casa era magnífica; la escalinata de mármol, que conducía al interior, estaba adornada é iluminada por varias lámparas

de gas. Subimos. Yo no creo haber visto en mi vida cosa mejor; columnas, estatuas, jarrones, pinturas y una porción más de joyas artísticas veíanse por doquier.

Pasamos rápidamente por varias salas, hasta que por fin llegamos á un reducido gabinete, adornado con extraordinario lujo.

Frente á una magnífica luna de Venecia estaba colocado un sofá, en el cual nos sentamos.

¡Qué término tendría mi singular aventura!

Quedéme contemplando á mi desconocida, sin pronunciar una palabra.

—¿En qué acabará todo esto? — decía entre mí.

Después de un corto silencio, me preguntó:

—¿Te halaga esta riqueza?

—Sí; porque con ella lograría lo que ansío.

—¿Y qué es ello? — añadió sonriendo.

—Poder llamar mi esposa á la mujer que adoro.

—¿Y qué te lo impide?

—El no poseer, ni ella ni yo, cuatro mil duros y el estar muy lejos la estrella de capitán.

—¿Y si te dijeran que todas estas riquezas pertenecen á tu prometida: ¿qué dirías?

—No sé: debo estar loco, creo comprender y no quisiera engañarme; ¡ah! ¿por qué no te descubres el rostro? ¿por qué no permites que contemple tu semblante?

—Si tanto lo deseas, quítame tú mismo el antifaz.

Con sumo cuidado lo hice, rozando apenas su delicado rostro.

Un grito de suprema alegría brotó de mi pecho.

—¡Adela, Adela mía! — exclamé.

Jamás la había visto tan bella; nunca me había parecido tan hermosa.

La contemplé extasiado un breve instante, hasta que, por fin, no pudiendo contenerme, cogí su cabecita y, acercándola á mis labios, imprimí un beso en su frente, tan puro, como puro era el amor que por ella sentía.

Porque yo amaba á Adela con locura, y mi amor, á pesar de los pesares, aumentaba más cada día.

Ella, lejos de enfadarse, me dirigió una mirada encantadora; una sonrisa brotó de sus labios y, acercándolos á mi oído, pronunció con sin igual ternura esta palabra:

«¡Guillermo!»

***

Despierto... y veo que mi nombre había sido, en efecto, pronunciado, pero nó por ella, sino por mi madre, que me llamaba con su solicitud de siempre, porque tenía que entrar de guardia.

Todo había sido un sueño: sueños sólo son los amores juveniles.

Sólo el amor de mi madre era realidad.

Ana María MORENO



ANDROMEDA CAUTIVA—Escultura de Antonio García Gutiérrez.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

PÁLIDA, RUBIA Y TRISTE

Eres pálida y rubia... Tus cabellos,
cuando la luz del día juega en ellos,
tienen del limpio sol los aureos visos;
y el viento que suspira entre las flores
te habla de mi tristeza y mis amores
cuando resbala por tus blondos rizos.

Eres pálida y triste... Flor de estío
es tu boca en botón, dulce amor mío,
entreabierto capullo perfumado;
de tu boca en el virgen embeleso
se esconde esquivo el delicioso beso
que en mis locos insomnios he soñado.

Eres pálida y bella... Pudibunda
mezcla de gracia y gravedad circunda
tu frente juvenil, noble y tranquila.
Tu frente tiene nimbos de querube
cuando fugaz á iluminarla sube
la claridad azul de tu pupila.

Pálida, rubia y triste... Casta Ofelia,
deshojando una mística camelia,
en mi sombrío erial te apareciste;
yo te seguí en silencio á la distancia,
y amé tu juventud y tu fragancia,
porque eres buena, soñadora y triste!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso (Chile).

LA PRIMERA CANA

Percíbola en mi sien con la tristeza
con que se ve una fe desvanecida;
entre los negros hilos confundida,
parece una amenaza en mi cabeza.

Ella viene á decirme, con certeza
que el alma que temprano ha sido herida
no sabe dónde acaba en esta vida
el dolor, ni la dicha dónde empieza.

Ella se posa en mi dolor sombrío
como la enviada triste de un pasado,
diciendo, convencida, que es el mío,
¡que no tuve niñez!... que no he gozado!

Ella trepó sobre mi sien con brío,
porque mi juventud ha naufragado.

Diwaldo SALOM

EL NIDO

Mi corazón fué un nido, donde un ave
— la esperanza — trinaba sus canciones;
donde nacieron á su arrullo suave
las hijas de su amor: ¡las ilusiones!

Dejó ya el ave para siempre el nido
y sus hijas también, para mi daño;
hoy, en mi corazón envejecido
una serpiente anida: ¡el desengaño!

José CIBILS

Rosario de Santa Fe.

R. CUARTIELLES



UN *BOULEVARD* DE PARÍS

Exposición Monjo.



Cuadro de Francisco Pradilla.

Museo Municipal. — Donativo del primer Marqués de Alella

EL PRÓLOGO DE UNA BATALLA

El cortijo de Rubiales, situado como á media legua de Andújar, era tenido como el mejor y más productivo de todo el término. Sus extensos y bien cuidados olivares aparecían alineados sobre la feraz campiña, como macetones de albahaca, y sus sembrados se consideraban los mejores del país.

Labraba esta finca, hacía muchos años, el tío *Frasco, el Cermeño,* picador y garrochista en su tiempo, hombre duro, de mirada fija y altiva, cuyo tipo constituía el verdadero del andaluz de nuestros campos, alegre y sencillo como unas castañuelas, enamorado de un buen caballo, entusiasta del pálido vinillo de la tierra y del gazpacho, y muy amigo de reunir en las noches de verano á sus conocidos, y, bajo el emparrado que adornaba la puerta del cortijo, organizar una de esas fiestas típicas y clásicas de Andalucía, donde la melancólica guitarra preludia sus arábigos tonos y las parejas mueven indolentemente sus cuerpos á compás de la copla lanzada al aire, ora con el apasionado acento del amor, ora con el grito de venganza, ó el lamento del sentimiento, mientras la luna hace prodigiosos efectos de sombra y los grillos entonan sus mejores piezas de concierto.

El tío Frasco se conservaba muy bien, á pesar de sus 65 años cumplidos; sus patillas grises sombreaban un rostro curtido y sano, y su ágil y anguloso cuerpo, aún no inclinado hacia la tierra, tenía vigor para saltar un caballo como el mejor desbravador de Córdoba, ó para ponerse al frente de sus trabajadores y, bajo el ardiente sol andaluz, dirigir las operaciones de la siega, animando y haciendo reir á carcajadas á los sencillos segadores con sus intencionados y picantes chascarrillos.

Contrastaba notablemente con este tipo el de su hija Rosario.

Todo cuanto el padre tenía de duro, fuerte y animoso, era en ella débil, sensible y delicado. Rosario era una hija del Támesis nacida en las orillas del Guadalquivir.

Rubia cual las espigas de sus campos, azules sus ojos como el cielo andaluz, y con un talle esbelto y cimbreante, era la antítesis de su padre, de tal modo, que parecía imposible que aquella mujer ó, mejor dicho, aquella niña soñadora y tímida, viviese en el campo, entre labriegos, y que sus menudos pies sólo pisaran los desiguales pedruscos de la era, ó los terrones de la campiña de Andújar.



LA OBEJA DESCARRIADA — Cuadro de MANUEL LÓPEZ DE AYALA.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

Viudo hacía diez años, el labrador de Rubiales había concentrado todo su cariño en su hija, á la que mimaba y vigilaba, como si abrigase el temor de que el aire la transportara con sus invisibles alas fuera del cortijo.

***

Corría el mes de Julio de 1808. La fatal jornada de Rioseco había repercutido dolorosamente en toda España, y en la región del Mediodía se aprestaban nuestros bravos á tomar la revancha.

El general *Castaños,* á cuyo mando se habían puesto todas las fuerzas de Andalucía, logró reunir un ejército de 25,000 infantes y 2,000 caballos, con las partidas volantes que acaudillaba *don Juan de la Cruz.* El día 11 de Julio, se celebró Consejo en *Porcuna,* asistiendo los jefes de las divisiones, que lo eran, *Reding,* suizo al servicio de España; el Marqués de *Coupigny,* antiguo oficial de guardias walonas; *don Félix Jones,* y el jefe de la reserva, *don Manuel de la Peña.* Allí quedó acordado el plan de la gloriosa batalla de *Bailén,* que consistía en que *Reding* cruzaría el *Guadalquivir* por Mengíbar, dirigiéndose sobre *Bailén,* sosteniéndose *Coupigny,* que debería pasar el río por *Villanueva,* y que, entretanto, *Castaños,* con la 3.ª división y la reserva, atacaría de frente á *Dupont* en *Andújar,* mientras *Cruz,* con las tropas ligeras, pasaría el puente de *Marmolejo* para caer sobre la derecha del enemigo.

El general francés *Dupont,* reforzado con las tropas de *Vedel, Ligier-Belair* y *Gobert,* permaneció acantonado en Andújar.

***

El tío Frasco había salido al anochecer á vigilar el riego de unos terrenos; los maíces estaban secos, aquella noche tocaba el agua, y marchó tranquilamente, dejando encomendada la vigilancia de la heredad á Antonio, el viejo capataz y el más fiel entre todos los del cortijo; el agua tardó en llegar más de lo acostumbrado, y el tío *Cermeño* emprendió el regreso, calculando, por las estrellas y el caminito de Santiago, que hacía mucho rato había pasado la media noche.

***

El cortijo de Rubiales habíase convertido, en el entretanto, en puesto avanzado de los franceses. Un pelotón de soldados vivaqueaban en la puerta, bajo el frondoso emparrado. Las bromas y las chanzonetas circulaban de boca en boca, y sus intencionadas miradas, dirigidas hacia las ventanas del cortijo, denotaban que algo ocurría allí dentro que les llamaba poderosamente la atención. El infeliz Antonio, amarrado fuertemente á un olivo, presenciaba lleno de estupor esta escena.

Todas las fotografías de este número proceden de los señores Mateu (Madrid).

Hacía unas dos horas que aquella fuerza había sorprendido á los moradores de *Rubiales;* los mozos de labranza huyeron con las mujeres; el fiel Antonio, que intentó resistirse, había sido reducido á la impotencia, y Rosario, la bella hija del tío Frasco, sufrió un desmayo, y el pobre viejo recordaba con espanto haberla visto desaparecer en los brazos del oficial que mandaba la fuerza francesa, por el ancho portalón del cortijo.

***

El tío *Cermeño* había visto á lo lejos brillar las armas de los franceses. Comprendiendo lo que pasaba, corrió á campo traviesa, dió la vuelta al cortijo, saltó la corralera y entró en la casa, trémulo por la ansiedad y el espanto. Un hombre, en el que reconoció el uniforme de los jefes del ejército enemigo, bajaba la escalera; ocultóse en la sombra el cortijero y después subió anhelante. Un horroroso espectáculo le hizo enmudecer y quedar inmóvil. Su hija, la preciosa y gentil Rosario, el encanto de su ancianidad, pendía mal envuelta en sus ropas de una viga que cruzaba la estancia, y el aire de la noche hacía balancear horriblemente su delicado cuerpo.

Rosario no había querido sobrevivir á su deshonra.

***

Feroz escena desarrollábase pocos momentos después en el ancho corralón del cortijo de Rubiales.

Dos hombres se encontraban frente á frente, armados de la terrible faca, cuchillo peculiar de los andaluces y la gente de campo. Uno de ellos es el tío Frasco, que desea matar al violador y causante de la muerte de su hija, pero que, noble y leal, quiere hacerlo cara á cara; el otro es un joven oficial del ejército francés que, avergonzado de su crimen, acepta lleno de remordimientos aquel desafío singular. La luna alumbra el cuadro y da de lleno en el enérgico rostro del tío *Cermeño*, cuyos ojos lanzan chispas siniestras, mientras sus crispadas manos denotan la ira que inunda su alma lacerada y dolorida. Empieza el extraño duelo; los combatientes no cuidan de cubrirse y sólo desean concluir pronto. El labrador avanza decidido y alarga el brazo. El oficial francés, herido en medio del pecho, cae de espaldas; la sangre mancha su uniforme y va enrojeciendo la tierra. Sus ojos giran violentamente, sus labios balbucean algunas frases y queda inmóvil. Rosario estaba vengada.

***

Empieza el amanecer del memorable 19 de Julio de 1808. Las avanzadas francesa y espa-



LABORES DEL LINO (GALICIA). — Cuadro de M. TITO VÁZQUEZ.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.



MANIOBRAS MILITARES— Cuadro de F. RAFAEL SEGURA.
(Ultima Exposición general de Bellas Artes).



Boceto del cuadro

Premiado con medalla de oro en las Expo

PLA Y RUBIO



«¡A LA GUERRA!»

osiciones de Madrid (1895) y Munich (1901).

ñola se baten con encarnizado ardor. El cortijo de Rubiales arde por sus cuatro costados y las llamas alumbran al viejo labrador, que cava una fosa para su hija.

Cumplido este piadoso deber, salta sobre un caballo y, con una garrocha de picar toros, corre, deseoso de abandonar aquel sitio, teatro de sus pasadas alegrías, y únese á la famosa caballería del invicto *Castaños*. Allí, su terrible arma se enrojece de sangre invasora, y cae al fin acribillado de heridas, á tiempo aún de oir los gritos de triunfo de los españoles, que humillaban y vencían las águilas imperiales del audaz *Napoleón Bonaparte*, y hacían capitular y quedar prisionera de guerra toda la división francesa.

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

¡PERRA!

¿Cómo? «¿que si la quise mucho?... ¡Ya lo creo! á todo querer del alma ..

Era una niña, alegre, sensual, casi peligrosa... Se había muerto su madre, y tenía novio... dos novios... tres... ¡qué sé yo!... La vi al borde de un precipicio... Era una lástima... aquella *figurita* iba á caer muy hondo á poco que cualquiera mano villana la precipitase... La voluptuosidad, apuntando en sus gruesos labios, fulgurando en sus negros ojos, escapándose de todo su cuerpo, era un incentivo para el cazador astuto... Luego, su poco seso, su desequilibrio mental... ¿Loco yo? ¡Bah!... ella sí, ella sí, toda su vida, desde la niñez; cuanto más iba, más... ¡Ea! yo era libre... lo que se dice enamorarme, no me enamoré... fué un sentimiento extraño... medio compasión, medio cariño... una parte de vanidad y otra de orgullo... ¡Ja, ja!... la veía yo en la estrechez, á punto de resbalar, firme... ¿Los resbalones pasados?... niñerías, al fin, más que delitos... Y la abrí mis brazos... nó á ella sola, á todos los suyos... La poseí como en una inmersión de algo piadoso en algo humano, como anticipando egoístamente una fatalidad... como recogiendo una flor cerca del cieno para conservarla en lo posible...

¡Mía!... Palabra-poema... un encanto ó una atrocidad, un oasis ó un desierto, un verjel ó un zarzal... ¡Ja, ja!... *¡Mía!* Yo lo repetí veinte veces con esa lengua incorpórea é invisible que tienen los sesos... Porque los sesos hablan... ¡ya lo creo que hablan!... un lenguaje mudo, el más elocuente... Me creía un héroe... haber alcanzado una victoria, un gran triunfo... ¡Ahí es nada, arrancar del lodazal algo que puede ser cultivado y enaltecido... Bueno, ¿qué?... Un año, otro, otro, otro... ¿cuántos? Catorce ó quince... ¿Sacrificios? Todos los que pude hacer... ¡Como que llegué una vez á sacrificar mi dignidad, no ya mi bienestar!... ¿Os parece poco?... La vi ingrata, que pagaba con la traición mi buen deseo... ¡y la perdoné no obstante!... ¿Loco? ¡Ya lo creo que sí!... Todos me decían que la loca era ella... ¡Mentían! Era yo, yo, yo cien veces. ¿Perdonar, constando el delito? ¿quién lo hace, sino un loco?... ¡Ea! tuvieron razón para recluirme... ¡Ja, ja!.. Pero yo no alcanzaba nada de lo que es traición, hasta no verla enteramente... Confieso mi ignorancia... ¿Entrever la falsedad? ¡Ya lo creo! millones de veces... Revoloteaba junto á mí como un bicharraco inmundo. No era desconocimiento, nó; era instintiva repugnancia á la ingratitud. ¿Ella engañarme?... Mis ojos, mi entendimiento, me decían con imperio: *¡¡Sí, sí, sí!!* .. Mi alma, mi conciencia, mi corazón, replicaban rebelándose con nobleza: *¡¡No, no, no!!* La verdad real era aquéllo, la verdad sagrada para mí era lo otro... Y yo... pues yo creía lo otro; esto es, *lo otro*, lo que me nutría para desollarme luego...

Ved la figura de mi existencia entonces: un plano inclinado; en el vértice yo, sosteniendo algo á punto de rodar por la pendiente... Gasto de energía, empeño tenaz, imposibilidad matemática. ¿Eh? Ya lo creo, las cosas caen del lado donde se inclinan...

Por no pensar en esto, por no tener esto presente, no dejé caer antes lo que había de arrastrarme luego... Cariño, estimación, aprecio... hasta amor hubo al cabo... ¿Qué? ¿os reís? Ponéos en contacto con la simpatía, tratad á una infeliz años y años... y podréis responderme.

¡Bah! Catorce años, ¿eh? Ya es fecha. ¿Choques? Veinte mil. Unas veces por repulsión, otras por todo lo contrario. Chocar para fundirse, es entrar en la gloria. Las mismas bajezas son grandes cuando son movidas por la pasión... ¿Malas las pasiones, los arrebatos?... Bueno, convertid la humanidad en un compuesto de bloques, y entonces veremos el resultado. Preferid el desenfreno á la ley estática. El equilibrio de los sólidos es una puerilidad; es un hecho, nó una cosa aceptable. El sátiro es preferible al eunuco.

¡Qué de arrebatos!... ¡Ja, ja!... Catorce años... ¿Os parece poco tiempo para llegar á querer á lo indigno? Juntad dos adversarios en un lecho á la fuerza, y estudiad su animosidad al cabo de unos meses... ¡Cuánto más si los sexos son distintos!...

Un día... era un día, fué un momento, un instante parecido á veinte centurias... Un aleteo fúnebre me sacó de un sueño venturoso. ¡Todo lo malo tiene un poder inmenso!... Si os despierta la dicha, lo hace despacito, casi os importuna, y no lo agradecéis. En cambio, la infelicidad, ¡qué recios golpes! ¡con qué brusquedad os dice: «¡Perezoso! levanta, que ya está aquí el dolor,.. ¡Mira!» ¡Y os muestra unas realidades tan aplastantes! No intentéis la lucha, sometéos; saldréis perdiendo, de lo contrario.

La realidad fué, sí; un monstruo que disfruta del poder de lo incontravertible... Aquella criatura, ¿eh? aquello que yo había mimado, enaltecido, honrado, arrancado del cieno, un año, otro, y otro, y otro... me engañaba, fingía, se amparaba de una sonrisa falaz para encubrir una infamia soez... Ya teníais á mis nervios en tensión, mi cuerpo todo en sa-



PAISAJE — Cuadro de Francisco Aldana.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.



FLORES MURCIANAS; por PEDRO SÁNCHEZ PICAZO.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

cudidas violentas, mi espíritu agobiado, mi alma... ¡Oh! los que sepáis lo que es un alma apuñalada sin cordura, un corazón traspasado sin miramiento, unos sesos que bullen al calor de la desesperación, echad la primera piedra...

Bien, sí... unas palabras de acero, un gesto despiadado, una continencia semejante al idiotismo... Todo lo que se puede esperar de un individuo á quien el martillazo de la ingratitud da recio, con toda la tanda de reflexiones amargas y sensaciones terribles... ¡La eché! ¡se fué!... ¿Creeréis que se fué?... Si me dice: «*¡Perdóname!*» otra vez la perdono. No hubiera sido mi honor, mi decoro, nada: hubieran sido... catorce años de vida íntima, todas las sinsubstancias del cariño, como ejército invasor logrando la conquista... No quiso el perdón, quiso... una cosa sin nombre... ó con un nombre que es un asombro. Alguien lo llama *escándalo*... ¿Eh?

La vi, la vi pasear *eso*, el escándalo, una vez y otra, y otra... Cien voces, mil, un ruido ensordecedor en mis oídos, diciéndome una palabra misma: «*¡Mátala!*» Yo comprendía que sí, que esas voces, esa multitud invisible estaba en lo cierto... Aquello era inicuo, vil, torpe y canallesco á la vez... ¡ni siquiera el falso pudor del fingimiento... nada! Tenían razón: *¡Mátala!*, como un campanillazo enorme que removía mis sesos... No, no sería eso un castigo... no sería una vindicación .. hay otra arma que hiere doble: el desprecio... ¿Sabéis? La llamé *¡¡perra!!* desde lo hondo del alma... Y me eché á reir... y río aún.... y reiré siempre, siempre... ¡Ja, ja, ja!... ¿Para la ingratitud? esto, la risa, la carcajada eterna... ¡Ja, ja, ja!...»

Y el pobre orate se alejó de nosotros, como huyendo, y resonó en el aire la risa histérica, sonora, impetuosa á más no poder, entremezclada con repetidas voces de: ¡¡perra!! ¡¡perra!!...

SEBASTIÁN GOMILA

SABIDURÍA ÁRABE

(FACETA)

En vano habían procurado sus padres advertirle los peligros y riesgos que correría, andando el tiempo, á causa de su portentosa desidia. Ahmed era incorregible; pero tan franco, tan amable, tan bueno, que su pereza y su descuido, antes que defectos, parecían cualidades de valía. Tenía aguda la inteligencia, fuerte el brazo, noble el corazón y esforzado el ánimo.

No hay que extrañar, pues, que fuera uno de los guerreros más valerosos, ni que se casara con Miriam, la perla del Hedjaz, ni que su cimitarra fuera un prodigio salido de los mejores talleres de Damasco.

Vivía feliz y envidiado sin ser envidioso.

Un mozo de su tribu andaba enamorado de Miriam, pero ésta no daba oídos á su pasión.

Cuantas tentativas hizo Mehedí se estrellaron contra la fría indiferencia de la moza.

Pero Mehedí conocía muy bien á Ahmed y decidió arrebatarle lo que más quería.

Entró una tarde en la tienda de Ahmed y encontró á éste fumando una pipa, ocupado en contemplar la bóveda inmensa.

—¿Dónde está tu caballo, Ahmed?

—Paciendo.

—¿Y tu mujer?

—Donde le place.

—¿Y tu alfanje?

—Junto á la puerta.

Ahmed, que nada extrañaba, no extrañó tales preguntas; pero al cabo de pocos momentos de haber contestado á Mehedí oyó un alarido desgarrador.

Era Miriam que gritaba aterrorizada.

Se levantó de un salto y vió que Mehedí, montado en su caballo, ceñida al costado su cimitarra damasquina, llevaba en brazos á Miriam, que pugnaba por desprenderse de ellos.

Mehedí escapó al galope y gritó mientras se alejaba:

—Quien tiene mujer bonita, buen caballo y buen alfanje, ha de vigilarlos de continuo.

Ahmed lanzó un suspiro.

—Allah es grande, — dijo. — Lo que ha sucedido estaba escrito.

Se metió en la tienda, acabó la pipa y continuó mirando la inmensa bóveda.

Y en el Hedjaz se venera su memoria como la de un sabio.

* * *



BLUETS; por PEPITA TEXIDOR.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.



UNA ESTRELLA... ERRANTE



Cuadro de LUIS GRANER.

INMORTALES AMERICANAS

ELENA APPLEGATH HAVILAND

En artículos anteriores ya publicados en el Album Salón, hemos tenido ocasión de poner en relieve algunas de esas mujeres heroicas y admirables que han sobresalido en Chile, en aquella época de la magna revolución que estremeció hasta en sus cimientos á la pacífica República llamando la atención de toda América y de Europa, tanto más, cuanto que había sido tan imprevista como formidable, porque Chile, durante medio siglo, era ejemplo de una paz octaviana, con forma regular de gobierno y sin que en aquel país se desarrollasen luchas civiles ni acontecimientos que en varias de las naciones americanas habían sido rémora para el progreso y para los adelantos morales y materiales.

Hubo matronas que, sin deslustre de los blasones de su estirpe ni de su linajuda prosapia, desechando vulgares preocupaciones, se identificaron con los esfuerzos de aquellos que miraban en la revolución el triunfo de ideas avanzadas y la aurora de una nueva era política que había de redundar en beneficio de la patria amada.

Hijas, hermanas y esposas, hicieron alarde de una energía á toda prueba, y en los ámbitos de la inteligencia femenina desarrollaron cuantos elementos podían aunar para proteger y auxiliar el triunfo de la idea y la victoria que disputábanse uno y otro bando.

Fué un verdadero torneo en el cual la ilustración de la mujer, sus energías, sus aspiraciones y sus virtudes se pusieron en relieve demostrando lo que puede y lo que vale en momentos supremos, y la verdad halagadora de su incontrastable influencia.

En el mundo de las ideas, de las meditaciones, de los grandiosos acontecimientos y de los intelectuales adelantos, en el mundo de los heroísmos, debe y puede colocarse en primer término á la mujer, no sólo desde su gloriosa redención, sino hasta en las edades más remotas y en los pueblos más primitivos.



No habría que hacer otra cosa sino estudiar detenidamente la Biblia y la historia de la Judea, donde resaltan inmortales ejemplos de sublimes patriotismos, con todos los esfuerzos varoniles de almas forjadas en el molde del valor temerario y de la abnegación más esplendorosa; el incontrastable influjo de sus virtudes y la fuerza de voluntad, que á veces suele ser más inquebrantable que en el hombre.

Aun profundizando en los tiempos en que la mujer yacía en la ignorancia más completa y en la degradación más injusta, encontraríamos rasgos que hacen brillar su heroísmo como brillan en noche serena y en cielo purísimo los luceros y las estrellas.

Por mi parte, creo podría asegurarse que el maravilloso influjo de la mujer dió comienzo en las centurias más apartadas, cuando el hombre habitaba allá en las cavernas, defendidas de la intemperie por los árboles seculares, y que ya desde entonces fué la sacerdotisa no sólo del hogar sino de la sociedad en su estado menos culto.

Dios habíala creado para formar la familia, perpetuar la humanidad y ayudar al compañero de su vida en la doble tarea progresista y política.

Era lógica aquella preponderancia ejercida por un sér bello, tierno, amoroso, alma y vida de la familia, elemento poderoso y lazo de unión en la trinidad doméstica y en la vida social.

No sé tampoco, ni podría explicarme en qué fuentes ha bebido la mujer la fortaleza para el sufrimiento, la audacia que despliega, en algunos momentos, que es una de sus glorias más culminantes y el principal de sus méritos, porque esa audacia ha sido fuente inagotable de bienes y de adelantos. Hubo centurias y centurias en las cuales sublevóse la mujer para levantarse, redimirse, escalar el puesto que debía ocupar, y esto, cuando las horribles injusticias asiáticas pesaban sobre ella hasta un grado inconcebible, relegándola á la mísera condición de esclava.

Generaciones y generaciones se han sucedido, y la mujer, reconocida su elevada inteligencia y los dones y capacidades que acumula en su sér, es hoy, más todavía que en los tiempos antiguos, el alma y vida en la palestra de contiendas sociales. Palmaria muestra ha dado de esto mismo en las últimas evoluciones políticas, no sólo en Chile, sino en varios de los países hispano-americanos.

En aquel suelo de penetrantes perfumes, rico de savia y de vigor, donde los frutos embalsaman la atmósfera con sus ambrosías sin par; donde las flores y los arbustos forman misteriosos bosquecillos, como nidos de amor, ocultos por las múltiples enredaderas de vistosos colores que se enlazan á los troncos de árboles altísimos mecidos por la brisa suave; allí donde todo es luz, poesía, fulgores, clásicos panoramas; allí nació la hermosa Elena Applegath Haviland, hija de un noble inglés y de una dama de linaje esclarecido. Una sola página, una sola, en su risueña y feliz existencia, fué bastante para poner en evidencia sus altas condiciones de carácter, hasta entonces ocultas entre las sonrisas, el donaire, la gentileza y la sencillez juvenil de la seductora chilena.

No fué menester sino una chispa eléctrica, una impresión, una idea acariciada con empeño, para colocarse sobre un pedestal de gloria.

Que en su alma se albergaba el patriotismo más puro, no hay que decirlo. Que su noble corazón rindió culto en el altar de la revolución, fué una verdad. Elena Applegath y su bellísima hermana Dora fueron desde las iniciativas revolucionarias, propagandistas, auxiliares y graciosas conquistadoras de partidarios para las filas constitucionales, y en aquella atmósfera, cargada de sombras y de siniestras tempestades, eran el arco iris presagio de la próxima bonanza. E.las, y la gentil Luz Cabarrubias y Ortuzar fueron poderosas protectoras del constitucionalismo. El periódico *La Revolución* las contó en el número de sus cajistas, y Elena trabajó sin descanso como el más infatigable de los obreros.

Su nombre, como el de la Fronda, queda grabado con letras de oro en los anales históricos chilenos.

BARONESA DE WILSON

EL FRAC

Yo tuve durante algún tiempo, eso que hemos dado en llamar *un amigo* .. Le conocí en el café Imperial á los pocos días de hallarme en la corte.

La manera que tuvo de trabar conversación conmigo fué originalísima para mí, que no estaba iniciado entonces en los secretos del modo y manera de vivir de ciertos jóvenes, que el vulgo y buena parte de la gente que no figura en él, han dado en llamar un muchacho listo.

Mi nombre era un joven decentemente vestido, de veinte y ocho á treinta años, alto, delgado, nada feo y de modales excelentes.

He aquí cómo *se hizo* mi amigo:

Hacía ya dos ó tres tardes que notaba la presencia de aquel joven en la misma mesa en que yo tomaba café todos los días... Una tarde fuí á encender el cigarro y no llevaba fósforos... Aquel amable joven me ofreció los suyos; los acepté, le dí las gracias y me contestó:

—No las merece... Puede usted quedarse la caja.

—Gracias... muchas gracias, caballero,—repuse.—Ya he pedido una al mozo.

Que usted se la queda, que no me la quedo, que sí, que no, que toma, que dale... al fin, tuve que aceptar la caja de cerillas del amable compañero de mesa, y desde aquel momento fuímos *amigos*... es decir, fuímos eso que muchos llaman *íntimo amigo* cuando se trata de un personaje influyente, y *conocido*, cuando se refieren á un simple pelagatos ó, lo que es peor, *pelagatos simple*.

Salimos juntos del café.

—¿Juega usted al billar?—me preguntó.

—Un poquito,—repuse.

Fuímos á jugar unas carambolas y gané.... La galantería me obligó á pagar, no permitiendo que así lo hiciera mi amable proveedor de fósforos.

Al día siguiente nos volvimos á encontrar en el café, y la conversación fué más íntima.... Poco á poco, y al cabo de un par de semanas llegamos á sernos indispensables durante la hora del café... Después ya nos dimos cita en el Prado, más tarde en el teatro «Español»... En fin, que Gómez era *completamente* mi *amigo*.

Un día me acompañó á mi casa, á ver no recuerdo qué, y le ofrecí un habano y una copa de buen Jamaica.

Después añadí:

—Desde hoy, amigo Gómez, nos veremos muy poco... Tengo mucho trabajo y, como usted no venga algunas veces á visitarme...

—¡Oh! por mí no pierda el tiempo... Ya vendré á verle...

Encendió el cigarro, bebióse la copa de ron y se fué con aquel atolondramiento de joven alegre que tan simpático le hacía.

Al día siguiente no le ví; pero al otro, se presentó en casa después de comer y tomó café conmigo... Le dí otro habano y otra copa y charlamos mucho acerca de no recuerdo qué tontería.

Desde entonces, Gómez, concurrió á mi despacho todas las tardes y pude notar que era sumamente listo para comprender cuándo estorbaba y era hora de largarse.

Conforme fuímos intimando, las conversaciones fueron más francas.

Una tarde le oí exclamar, suspirando:

—¡Si yo tuviera un frac!...

(Se me olvidaba deciros que Gómez me había confesado no tener más bienes que lo que su *ingenio* le producía).

—Si tuviera usted un frac... ¿qué? —le pregunté sonriendo.

—No me llamaría Gómez al año de tenerlo.

—¡Cómo! ¿Influye el frac en los apellidos?—exclamé con asombro.

—Muchísimo.

—Explíqueme usted eso.

—Como usted no ha tenido que luchar contra el destino, no comprenderá todo el alcance de mis palabras.

—Haré por comprenderlo,—le dije.—Además, lo que me diga será para mí de gran utilidad, pues por sus revelaciones, adquiriré conocimientos, ya que no práctica, de otro género de vida que la que llevo.

—Mientras usted no forme de mi un concepto erróneo...

—¿Y por qué lo he de formar?

—A veces. .

—Vamos, amigo Gómez, sea usted complaciente conmigo y explíqueme eso del frac.

Como había tenido ocasión de observar que mis habanos le hacían más amable, le entregué otro... Lo encendió y, arrojando al aire la primera bocanada de humo, me dijo:

—Escuche usted.

Hizo una pausa, arrojó el fósforo á la escupidera y empezó su relato del siguiente modo:

—Amigo mío, seré franco por lo mismo que usted me inspira confianza... Para vivir como yo vivo, es necesario más talento que para vivir á costa de las letras, que, según usted, están reñidas con el dinero. Una prueba de lo que acabo de decir, lo soy yo. ¿Cree usted que poseo ni he poseído jamás una peseta? No la necesito para nada... Mi vida, es la siguiente: Conozco, en fuerza de ser alegre, jovial y un poco entremetido, infinidad de relaciones provechosas... Todas las hice poco más ó menos de un modo parecido al que empleé para intimar con usted... Las primeras relaciones me sirvieron para proporcionarme otras.... Mi talento consiste en hacerme simpático; conseguido esto ya tengo una casa donde ser recibido á la hora de comer. ¿Entiende usted? Hoy he comido en casa del Vizconde de N..., mañana comeré en el restaurant con un provinciano que se está arruinando á escape y me ha tomado por *amigo* con tal de que le inicie en todos los vicios de buen tono; otro día iré á ver á otro amigo á la hora de comer, me invitará y después de pretextar urgente ocupación, lo *sacrificaré todo* por acompañarle á la mesa...



VENUS — Cuadro de Francisco Toda.
Mención honorífica en la última Exposición general de Bellas Artes.

—Es decir que usted tiene establecido una especie de turno para las comidas.

—Justamente.

—¿Y con las cenas...?

—Pasa igual.

—¿Y cuando falta uno de esos turnos?

—No ceno.

—¡Cáspita! Eso es terrible.

—Para mí ya no.

—Extraño, pues, hallarle siempre contento.

—Si yo perdiera el buen humor perdería las simpatías...

—Y estropearía el turno de...

—Ni más ni menos.

—¡Voy comprendiendo!

—En cuanto al café y cigarros, por ahora es usted mi proveedor... Le he preferido á otro porque fuma habanos.

—Muchas gracias por la preferencia.

—Dije que iba á ser franco y lo soy. Cuanto llevo dicho es la verdad pura. ¿Qué opina usted de mí? ¿Que soy un vago? ¿que soy un perdido?



DE VUELT

RIBERA



Museo Municipal. — Donativo del primer Marqués de Alella.

TA Á CASA

—Hombre yo... no opino nada.

—Que es lo mismo que opinar todo lo que he dicho... Pues bien, no hay tal cosa... Yo soy, sencillamente, un hombre que ha sabido conocer á sus semejantes, hacerse cargo de lo que es la vida y seguir el camino que otros muchos siguieron para llegar á ser grandes hombres.

Al llegar á este punto de nuestra conversación, no pude menos que mirar con extrañeza al tal Gómez. O estaba loco ó era un tunante listo si los hay... Para mí no podía ser otra cosa. ¡Ay! Más tarde he comprendido que era un joven... ¡con muchísimo talento!

—No me mire usted de ese modo ni se incline á creerme un sér despreciable—continuó diciendo Gómez con gran aplomo;—algún día me mirará usted con gran asombro, amigo mío... Yo he de ser mucho si consigo por fin...

—¿Poseer un frac?

—Ni más ni menos.

—¿Y qué tiene que ver el frac con el porvenir de usted?

—¡Un frac!—repitió Gómez con el mismo tono admirativo que si nombrara una cosa santa, sublime ó poco menos.—Esa prenda es la llave mágica que abre muchas puertas... esa prenda es la varita de virtudes que realiza toda clase de prodigios; el frac determina el destino de un hombre... Fíjese usted, amable amigo, en que toda persona de arraigo, todo aquel que figura, que brilla, que tiene posición real ó ficticia, en fin, el que bulle, el que forma con otros eso que llamamos la espuma del gran mundo, tiene frac... ¡Sin esa sacrosanta prenda no habría grande hombre posible!

Pero bien, antes de poseerla hay que ser grande hombre.

—Algunos casos se presentan, pero son pocos. La inmensa mayoría llegan á ser ilustres merced á un frac, muchas veces no pagado al sastre.

—¿Y por qué no se lo hace usted... con opción á no pagarlo?

—Porque aún no he logrado ser amigo de un sastre.

—¿Tienen buen olfato los malditos, eh?

—Algo hay de eso... El caso es que yo no tengo frac .. Pudiera haber pedido prestado el dinero que cuesta; pero entre los preceptos del hombre que sigue mi carrera, figura el de no ser sablacista... Este vicio se nota pronto y ¡adiós amigos! ¡adiós porvenir!

—Veo que estudia usted bien su carrera.

—¡Ah! ¡si yo tuviera un frac!

Calló Gómez, me quedé contemplando lo afligido de su rostro, y por una de esas genialidades que todos tenemos, eché mano á la cartera, saqué un par de billetes y se los dí, diciendo:

—Para ese frac.

Gómez se apoderó del papel moneda con manos temblorosas de emoción y me dijo:

—Usted me hace hombre. Puede que algún día le devuelva el favor con creces. ¡Adiós amigo mío!

Desde aquel día no volví á ver á mi *amigo*.

Supe por otros que concurría al Real y se presentaba en los palcos de algunos reyes de la banca y no pocos nobles. El frac comenzaba á proporcionarle, por lo menos, la gran ventaja de ir al teatro.

Pasó algún tiempo y no oí hablar de Gómez. Como yo, esclavo de las cuartillas, salía pocas veces de casa, no era fácil que le encontrara.

El destino me llevó á Barcelona un par de años, y al cabo de ellos volví á la corte en busca de trabajo, sin una peseta y, en fin, como nos vemos frecuentemente los que apenas sí nos llamamos escritores y tenemos que vivir forzosamente de nuestra pluma.

Durante un mes pasé como pude; pero los recursos se me acabaron y me ví en la peor de las situaciones.

Una tarde, cansado ya de ir á molestar á mis amigos y compañeros en demanda de trabajo, decidí quedarme en casa.

A las cinco entró la patrona en mi cuarto y presentándome una tarjeta, me dijo:

—Señorito, este caballero que espera en la antesala, desea verle.

Leí el nombre impreso en la cartulina y no pude menos que lanzar una exclamación de asombro.

Debajo de un escudo se leía el nombre siguiente: Damián Gómez.

—¡Diablo!—exclamé.—¿Será aquél?

—¡El mismo en cuerpo y alma!—exclamó mi *amigo*, entrando en mi humilde cuarto.

Vestía elegantemente, llevaba cadena de oro en el reloj, sortijas de brillantes en los dedos y alfiler precioso en la corbata.

Se sentó á mi lado y sonriendo me dijo:

—Me llaman usía... fumo, bebo, calzo, visto y derrocho en usía, y todo merced á un frac que usted me pagó. Hoy supe que se hallaba usted en la corte y vengo á ofrecerle un frac de tela superior y una credencial de doce mil reales.

Acepté la credencial y rehusé la prenda de vestir, diciendo con asombro:

—Gracias, *amigo* mío... ¡Jamás lo hubiera creído!

—Pues ya lo ve usted—replicó Gómez.

Y añadió sonriendo irónicamente:

—El porvenir de un hombre, está muchas veces en manos de un buen sastre.

—Pero ¿qué ha hecho usted para tener coche, dinero y llamarse usía?

—Sencillamente... ¡llevar frac unos cuantos años!

Desde entonces dudo mucho del talento, de la probidad ó de la nobleza de muchas gentes que llevan frac, y á quienes otros miran con asombro y juzgan grandes hombres.

¡Ah! ¡Si yo hubiese tenido *eso* que se necesita para llevar frac unos cuantos años como aquel Gómez, es posible que á estas fechas no me viera en la necesidad de escribir de mala gana para comer con buen apetito.

Luis DE VAL

A. DE FERRER



LA «JOVE» DE LA CASA.
Adquirido por don Leandro Puente (Madrid).

¿CUENTO?

El desnudo cadávar yacía sobre la mesa de disección. Y de pie junto á él, en bata de trabajo, el doctor venerable iba á herir aquellas carnes vírgenes que fueron una adolescente encantadora y eran un mármol de suaves y peregrinos contornos.

Su mano descarnada, vieja amiga de la lanceta, obedecía diestramente la voluntad de aquel hombre encanecido en el estudio, que, apartando carne insensible, sin sangre, tendones y fibras, buscaba la muerte en las entrañas para arrancarle el secreto de la vida.

Ni mirado había el cadáver. En la soledad del limpio y tranquilo gabinete que brillaba con sus vitrinas y cristalados armarios donde relucían los útiles de cirugía, preparaba los cortantes instrumentos con esa calma, no exenta de entusiasmo y complacencia, propia del que no habiendo equivocado sus aficiones á ellas se dedica.

Fijóse al acaso en aquel cuerpo blanco, puro, transparente, de líneas delicadas, algo lánguidas, de expresión inocente, candorosa, el rostro agraciado, entreabierta la boca, entornados los ojos, virgen soñando en el amor, poéticamente en desorden la corona lujosa de cabellos rubios y rizos, cascada de oro, y conmovióse. ¡Lástima! pensó quizás por vez primera en su vida, ¡su pobre madre!... ¿Lástima? murmuró de nuevo interrogándose... y el recuerdo de su juventud lejana pasó rápidamente, en conjunto, de golpe y con fuerza por su imaginación; luego persistieron algunos detalles con fuerza abrumadora. Aquella mujer, casi niña, á quien, pasatiempo de estudiante, mintió cariño y engañó como un miserable... era también de carnes alabastrinas, de cabellos rubios, de negros y claros ojos que entornaba, entreabriendo los labios, cuando escuchaba, paladeándolas una á una, las palabras de fuego que quedito pero con vehemencia, él, joven entonces, desgranaba junto á su oído, despertando aquella alma de un sueño de inocencia, hiriéndola deslumbradoramente con las ignoradas claridades del amor.

Y en la llama de la pasión impura del amante quemóse el pobre ángel las alas que le apartaban de la tierra, enfangándose en amoroso éxtasis, saboreando dulces palabras y sabrosas promesas.



Capillita del barrio.
Adquirido por don Emilio Kirdorf (Düseldorf Alemania).



La caridad.
Adquirido por don Ramón de Abadal.

Y en un hogar enturbiado, una madre lloraba y un padre maldecía. La pobreza amargóse asquerosamente con la deshonra.

El, en tanto, doctor ya, obtenía la plaza de médico de un pueblecillo rural, amodorrado entre montañas. Allí, en aquella calma profunda, reaccionó su carácter naturalmente serio, dióse con perseverancia y entusiasmo al estudio; la ciencia y la ausencia sorbieron sus remordimientos y olvidó, al fin, que confiada en su palabra, escupiendo á la sociedad, una mujer, tal vez madre, serena y amorosamente le esperaba. Los años y la experiencia le hicieron sabio, el cuerpo humano era su único libro; pero no supo ver en los laberintos de las entrañas más que carne. Pedazo de carnaza era el corazón, palpitante en vida, de ella péndulo misterioso que con el tiempo dejaba de marcarlo por naturalísimo desgaste.

Y ahora, en un momento, se convencía de que esa víscera era algo más; en ella erguíase la conciencia aterrorizándole; palpitaba lastimándole, sacudía su naturaleza anciana brutalmente: el vuelo arrebatado de alondra, de la juventud impetuosa, de ojos cerrados, era ahora de águila, sereno, majestuoso, que desde las alturas del pasado, descubría en el lodo el fementido gusano de sus concupiscencias. ¡Miserable! ¡miserable! murmuraba apretando los dientes.

Abatido, por deber, automáticamente, fué á empezar su tarea; movía tristemente la cabeza venerable contemplando la inerte niña, diciendo para sí, ¡pobrecita mía!... pero más le ha valido... llore su madre sin consuelo pero sin amargura; ¡oh! continuó cada vez más emocionado, parece la misma... á no haber pasado tantos años lo jurara... maldito yo... Dios mío... Dios mío...

***

Era tema obligado de las conversaciones, en el hospital, la profunda impresión que se manifestaba en el anciano doctor al salir de la autopsia de la pobre niña hallada exánime en el arroyo. Había sido envenenada. Nadie se explicaba aquella emoción en un hombre de tan larga práctica médica. Era evidente que algún misterio existía.

Pasó al día siguiente pálido y tembloroso la visita. Halló una enferma nueva en la sala de mujeres. Una repugnante anciana. Habíanla la noche anterior llevado al hospital retorciéndose en horribles convulsiones. Tratábase, según antecedentes, de una crapulosa ajadora de inocencias, digna de un grillete. Parecía enloquecida.

El consumido cuerpo dislocábase con secos crujidos en movimientos horribles, el pecho aplastado, casi esqueleto, pretendía dar fuerza á la voz, que salía rota, apagada, ingrata, por la boca convulsa. Decía que la desventurada niña muerta era hija suya. Quería verla y costaba gran trabajo á las hermanas retenerla en el lecho.

Acercóse el doctor bondadosamente. El pecado de su vida (de ella) pasada le roía las entrañas. Una úlcera incurable. Dirigióle algunas palabras de consuelo, y ella con el instinto de conservación moral, que también existe, al darse cuenta de la asquerosa compasión que inspiraba, quiso justificarse: sus ojos muertos, hundidos y fijos nubláronse de lágrimas, subieron por su garganta de agarrotado sollozos obscuros;... si ella no era mala, mientras fué joven y hermosa ella se bastó, de su caída no tenía la culpa... sus padres murieron de dolor... ¡pobre madre mía!... ella quedó sola con su hija, con la muerte, recién nacida... no habían de morirse de hambre; y trabajó, y el trabajo fué ocasión de su segunda desgracia... El dueño del taller, un viejo calenturiento... y de escalón en escalón... y comió con su carne... su hija estaba muerta... mejor... si ella la había muerto!... era pobre y era hermosa... la había envenenado... porque ella se sentía morir y no quería dejarla sola en el mundo. Y seguía hablando trabajosamente, ahogándose, con frases entrecortadas por espasmos; llamó delirando á su seductor deseándole, le maldijo, le perdonó... aún volverá... y reía y lloraba y se retorcía.

Cuando se fijaron en el doctor le hallaron con la cabeza entre las manos.

¿Qué le pasará al pobre, al bueno del doctor?

***

En vano le esperaron al día siguiente los practicantes y hermanas á la hora de la visita. En el dormitorio no estaba. Luego de violentar la puerta, le hallaron en el gabinete de disección con lanceta ensangrentada en la mano y el lado izquierdo del pecho completamente abierto.

El infeliz había querido convencerse de si tenía corazón. Le parecía imposible.

Domingo GARCIA PUJOL

LA CANCIÓN DEL FUEGO

(faceta)

Oidla, si queréis. La canta cuando brilla en el hogar, cuando crepita en un bosque, cuando fulgura en el rayo. Unas veces la canta en voz baja, en remiso tono; otras la entona con brío, asustando á cuantos la oyen. Es una hermosa canción. ¿Queréis oirla?

***

—Yo soy el alma de los mundos. Sin mí, las estrellas, los planetas, los cometas, moverían en un espacio frío sus masas más frías aún; en un mar de tinieblas eternas la obscuridad de su eternidad. Por mí, el sol nos presta calor y luz; por mí, halla el caminante su ruta, guiado por las estrellas. Por mí, viven los hombres, los árboles, las plantas. Gracias á mí es soportable el invierno, agradable el hielo, encantadora la primavera, fecundo el verano. Yo soy el que enciende las pasiones en el corazón humano. No hay quien me domine, no hay quien me venza. Mi vida es eterna. Si un día me extinguiese, se extinguiría al mismo tiempo la vida universal. Como los parsis, como los vedas, como los incas, ¡adoradme, hombres!

* * *

A. DE FERRER



LLEGADA DE LOS AMOS (Viajes de antaño)



Cuadro de F. Sans Castaño.

LAS FIESTAS

DE LA

MERCED



Aspecto general de la Plaza de Cataluña.

Sin ninguna ó con insignificantes variaciones en el programa celebró esta ciudad, desde el día 24 del pasado mes hasta el 2 del corriente, los anunciados festejos en obsequio de su augusta patrona. Ni benévolos en demasía, ni extremadamente descontentadizos, hemos de reconocer que, si resultaron harto deficientes para una capital de la categoria de la nuestra, no estuvieron tan dejados de la mano de Dios como algunos de nuestros paisanos han dado en decir; máxime teniendo en cuenta que fueron poco menos que improvisados. Y esto es, en realidad, lo único reprobable: que por fas ó por nefas sea resultado de una improvisación siempre violenta un acuerdo que debería tomarse con mucho tiempo, después de detenido examen y cuando se contara con elementos suficientes para garantizar el éxito.

Partidarios somos de esta clase de fiestas y abundamos en la idea de que convendría verificarlas cada año, por constituir un medio de riqueza digno de toda consideración; pero no como ahora, á la buena de Dios, con deplorable precipitación y afrontando el riesgo, casi seguro, de un fracaso que relativamente se ha podido evitar, gracias á los desesperados esfuerzos de algunos entusiastas y al desprendimiento con que gran parte del vecindario ha correspondido á las excitaciones oficiales. Otra parte, quizá la más valiosa, optó por el retraimiento, en revancha seguramente del que guardó nuestra corporación municipal, con motivo de otros festejos que por recientes nos creemos dispensados de recordar.

En nuestro fuero interno condenamos entonces el hecho y no lo aplaudimos en esta ocasión: el buen nombre de Barcelona está por encima de esas rencillas políticas que cortan sus alas cuando más necesita remontar el vuelo, y los forasteros que la honran con su visita tienen derecho á que se presente á su vista con las riquísimas galas de que oficial y particularmente dispone.

Por fortuna, no vacilamos en repetirlo, ha salido del atolladero mejor que cabía esperar, sobre todo si se toma en cuenta que lo que aquí ha parecido pobre, frío y deslabazado, en cualquier otra capital de provincia hubiera resultado exuberante, espléndido y delicioso, por hallarse reunidas en un pequeño recinto la multitud de atracciones que en la gran ciudad condal han tenido que buscarse desperdigadas á costa de tiempo y fatiga; y esto nos demuestra una vez más que no hemos de pensar en festejos de ninguna clase mientras no se les prepare con la antelación oportuna y se pueda hacer frente á un presupuesto de gastos que guarde relación con la importancia que el mundo entero ha dado á la hermosa urbe barcelonesa.



Inauguración de las obras de los cuerpos de edificios destinados á Museo de pintura antigua y moderna.

En los que acaban de realizarse, á pesar de las muchas deficiencias que somos los primeros en reconocer, ha habido para todos los gustos, figurando en el programa números que, en realidad, han llamado la atención, por su buen gusto y originalidad; siendo de justicia mencionar, entre los más selectos, el *Coso blanco*, nuevo en esta localidad, que tuvo efecto en el Parque, el *Ajedrez viviente*, también nuevo, jugado en el gran salón del Palacio de Bellas Artes y la *Cabalgata artística*, á cargo del «Niu Guerrer», suntuosa alegoría de la Música. En cuanto á ornato é iluminación, llevóse la palma, en el concepto general, la calle de Fernando, de deslumbrador aspecto; produciéndolo agradable, aun cuando se esperaba bastante más, la Rambla toda, lo propio que la Plaza de Cataluña, donde se pensó echar el resto, sin contar con que la falta de tiempo material para terminar y elevar la profusión de objetos decorativos que debían darle monumental carácter, sería causa de que esa obra principal y con tanto empeño emprendida apareciera, al fin, incompleta y desprovista de toda oportunidad.

No entraremos en reseñas ni consideraciones acerca de las restantes fiestas; ese trabajo árido é insulso nos robaría el espacio

Todas las vistas de este número proceden del fotógrafo Merletti.



Fiesta marítima en la playa de San Sebastián.

quinista de mal talante. Durante la noche, habíale parecido más fría y dura que de costumbre la cama alquilada, y pensó, más que nunca, en aquella otra, blanca y mullida como la nieve, que guardaba para él, día sin otro, tesoros de calores y blanduras.

Soñoliento, y tropezando en las vías, cruzó los desiertos y obscuros andenes de la estación, y dirigióse al depósito de máquinas, donde le esperaba su valiente «Ligera», la que, dócil á su mano, devoraba el espacio trepidando de gusto y engalanándose con espesas guedejas de humo; y, después de dar vuelta alrededor del pesado artefacto, subió á su puesto para revisar los hornos.

Al poner su mano en el cierre de la compuerta, tocó un papel; iba á tirarlo, sin darle la menor importancia; acordóse de pronto de que podía ser algún encargo de cualquier compañero, y, bajando de la máquina, se dirigió al farolillo que, pegado á la pared, tan sólo servía para poner de manifiesto la obscuridad de la tenebrosa estancia.

Aquel día sirvió para algo más; sirvió para que Braulio leyera su sentencia de muerte en las cuatro líneas donde se le denunciaba que el estridente silbido de la máquina era contestado

destinado al texto de verdadera amenidad; por lo cual, nos atenemos á lo dicho y dejamos que las vistas fotográficas que hemos podido obtener y en este número publicamos satisfagan la curiosidad de nuestros lectores, mejor que lo haría seguramente nuestra humilde pluma.

* * *

EL CHOQUE

El señor Braulio, maquinista experto, á quien la poderosa compañía encomendara el difícil gobierno del tren expreso, subió á la «Ligera» en un estado de ánimo difícil de pintar. Asiendo con mano crispada la palanca; mirando fijamente al jefe de estación, que aguardaba la carga del último equipaje para dar la señal de partida; ajeno por completo al estridente ruido de topes y carretillas, parecía contagiado del ardor calenturiento de la máquina; aquellos hervores de caldera sentíalos él dentro de su pecho; el fuego de los hornos era un mezquino reflejo del fuego de su cerebro.

¡Pobre Braulio! Allá, á un kilómetro escaso de la estación de destino, en una casita modesta, situada á pocos pasos de la vía, guardaba él todos los tesoros de su alma, la vida entera, puesta bajo la custodia de una mujer, joven y hermosa, querida por el obrero con todas las energías del corazón. ¡Con qué placer saludaba en todos los viajes, con un prolongado silbido de la máquina, aquellas blanquecinas paredes! ¡y qué alegría tan honda, al ver los giros de un pañuelo, rasgando el aire en señal de correspondencia!

—Mi mujer,—decía invariablemente al fogonero Roque, único testigo de aquellas expansiones amorosas del horno de vapor y del hogar tranquilo; y, acortando Braulio la marcha del convoy, parecíanle música dulcísima, el tronar de las placas, el traqueteo de las agujas y el chirrido de los frenos.

Aquel día levantóse el ma-

por el áspero chirrear de la puerta falsa de la casita blanca, que abríase día sin otro, á la misma hora, para dar salida á un hombre.

Al acudir á su puesto el fogonero Roque, para emprender la cotidiana tarea, extrañóse de no hallar á su jefe acariciando los músculos de hierro de la «Ligera».

Esclavo del cumplimiento de la obligación, iba á dar principio á su trabajo, á la vez que un sordo gruñido hízole fijar la vista en el espacio débilmente iluminado por la mortecina lamparilla. Allí, de bruces sobre una greda de piedra, había un hombre; un hombre que hubiera visto impasible, en su puesto de honor, el desgarro de un tunel, ó el desplome de un puente, y que en aquel instante lloraba.

—Señor Braulio; ¿qué es eso?—dijo Roque, emocionado ante aquel cuadro de tristeza inmensa.



Gran fiesta sportiva en el velódromo del Parque.



EL VIÁTICO EN UNA

-CUBELLS Y RUÍZ



ALDEA DE ASTURIAS

Cuadro procedente del *Museo de Arte Moderno* (Madrid), y existente en el Gobierno Civil de Barcelona.



Revista del Cuerpo de bomberos en el Parque.

pidas de los que lo veían alejarse, con la envidia que produce todo lo que se va.

El tren corría y corría, devorando kilómetros, pueblos, montañas, sin que Braulio y el fogonero Roque hubieran pronunciado más palabras que las precisas para el buen gobierno del convoy.

—Más,—decía con frecuencia el maquinista; y Roque, abriendo las compuertas de los hornos, pagaba las ardientes bufetadas del fuego, con montones de combustible.

El día llegó á su mitad. Se acercaba para aquellos hombres y aquella máquina el término del viaje. Nuevos brazos y nuevos hierros llevarían el tren á su destino.

—Hoy no diréis que llevamos retraso,—murmuró el fogonero, viendo las impaciencias de su jefe, ante las forzosas detenciones del convoy.

—Oye, Roque, —habló de pronto el segundo, —¿tú sabes si alguno me quiere mal en la compañía?

—Si acaso, el señor Martín.

—¿Por qué?

—Dice que por culpa de usted, lo han echao al corto. Salió ayer tarde, y ahora, cuando nosotros lleguemos hará viaje otra vez. ¡La verdad es que lo han partido!

No hablaron más. En lontananza aparecieron las verdes colinas que anunciaban á Braulio las proximidades de la dicha; la campiña iba tomando caracteres de caserío; se percibían rumores de ciudad; una niebla quieta, sujeta á tierra por colgajos de humo, interponíase entre el cielo y el poblado.

De pronto, el tren, deslizándose á todo correr por las laderas de las colinas, desembocó en el llano.

Los ojos de Braulio se clavaron en un punto del horizonte; y, como si aquel punto lo atrajera con fuerza irresistible, lanzó el convoy por la cuesta abajo, con velocidad espantosa.

—Señor Braulio, señor Braulio; vamos muy deprisa,—atrevióse á decir el fogonero.

El maquinista, fija la mirada en el punto blanco, no contestó.

—Nada, hombre, nada. ¡Hay tan poca luz en este infierno! Tropecé y caí: eso es todo. Y ahora á la máquina.

A la máquina fueron; enjugando Braulio con las mangas de su tiznado chaquetón de trabajo los lagrimones que hacían surcos blancos en su ennegrecido rostro; y Roque detrás, extrañándose por momentos de todo lo que veía, porque eso de caerse un hombre que podía andar con los ojos cubiertos por aquellos andurriales... y, aunque se hubiera caído, eso de lorar por tan poca cosa, ¡vamos, que no era posible!

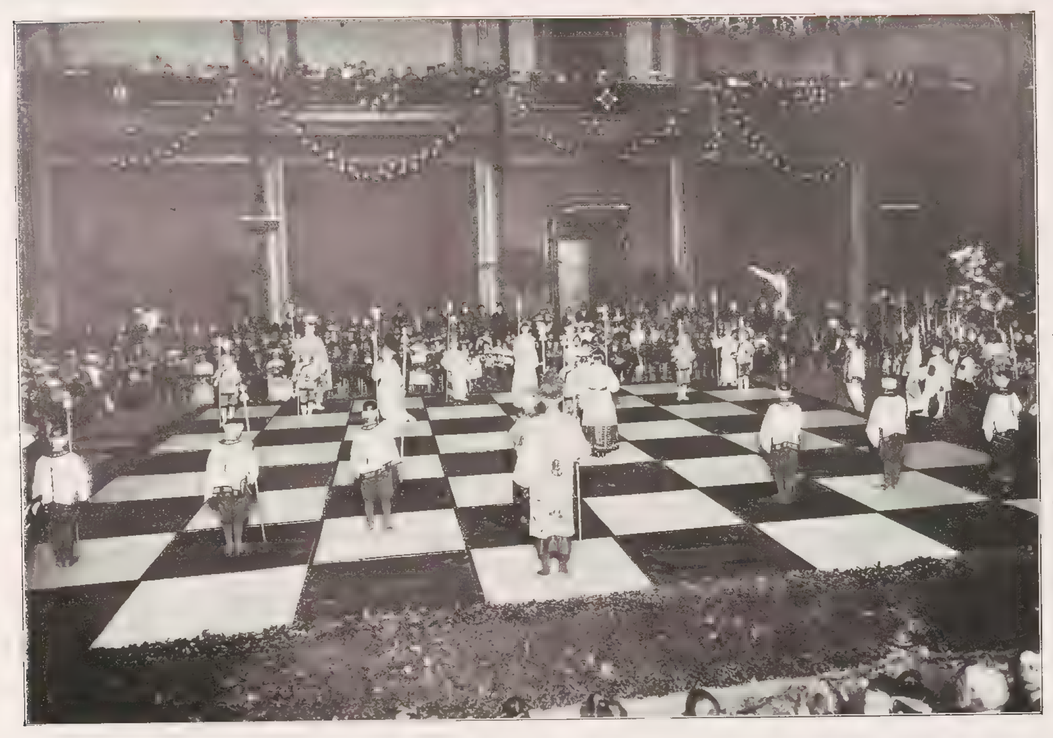
—Enciende,—dijo Braulio; y á los pocos momentos en las parrillas de los hornos aparecieron las primeras brasas; cayó sobre éstas, paletada tras paletada de negro combustible; escapóse el humo á borbotones; la bruñida mole estiraba sus miembros, piafando de impaciencia; en las paredes del depósito, se reflejaron los fuegos del horno con resplandores de incendio. El señor Braulio miró el manómetro.

—En marcha, —dijo; y el monstruo echó con estrépito por sus escapes, torrentes de vapor que lo envolvieron en blanquecina niebla; deslizóse lentamente por los rails; maniobró varias veces, y, á los pocos momentos, corría bajo el tunel metálico de la estación; parábase á la altura de la primera aguja; y, retrocediendo cada vez más despacio, fué á unirse con fuerte topetazo, al lujoso convoy del tren expreso, que se desentumeció, al brusco contacto de la máquina.

Amanecía; por la boca del ancho tinglado de hierro entraba luz á chorros; los viajeros, arrastrando mantas y maletas, metíanse á toda prisa en los vagones, para coger sitio, y postura en que continuar el interrumpido sueño; sonaron los timbres del telégrafo; corrían los empleados; cerráronse las portezuelas de los coches; oyóse el toque de una campana; luego un silbido largo y tremendo; contestó la máquina con una vomitona de vapores y un aviso chillón de su sirena, y, con arrancada mucho más brusca que de costumbre, deslizóse el tren con velocidad creciente, dejando atrás las miradas estú-



Gran festival popular en las Arenas.—Desfile de la Guardia Municipal.



El Ajedrez viviente, en el Gran Salón del Palacio de Bellas Artes.

—Señor Braulio, ¿no silbamos?

—No.

La ciudad corría al encuentro del tren.

Ante los ojos admirados de Roque, apareció el tunel metálico de la estación, abriendo su boca cada vez más; y el aturdimiento trocóse en espanto, al ver que el maquinista mantenía la misma vertiginosa velocidad.

—¡Frena! ¡frena!—gritaron los empleados, en el colmo del terror, al observar que el expreso cruzaba los andenes con la furia de un ciclón.

—¡Más fuego, más fuego!—gritaba Braulio.—Hoy llego á tiempo, y llego en silencio.

El tren precipitóse vía adelante, como si quisiera embestir la blanca casita guardadora de los tesoros del obrero.

Llegaban. La puerta falsa de la casita, abriríase para algo más, que para dejar paso á la deshonra.

—¡Freno! ¡freno!—gritó Roque.

Una máquina, maniobrando, venía á todo correr en demanda de la estación. — ¡Es Martín! — rugió Braulio.

Los hierros de las dos máquinas se mezclaron en estallido enorme; pedazos de hombres fueron á salpicar con sangre las paredes risueñas de la casita blanca.

Mariano TURMO

FACETA

(la providencia)

El río viene turbio, crecido. Un niño, pasando por la orilla, cae dentro de él; bracea un momento, se hunde, reaparece y de nuevo va al fondo.

Las aguas se cierran sobre su cadáver.

Dos hombres han presenciado la catástrofe; de muy lejos uno, de muy cerca el otro. Este podía salvar al niño, y ha mirado impasible su muerte.

El que estaba lejos se acerca.

—¿Ha visto usted cómo se ahogaba ese infeliz? — le pregunta.

—Sí, señor.

—¿No sabe nadar?

—Nado como un pez.

—¿Y no ha salvado al niño?

—¿Yo? ¿Me cree usted tan malvado?

—No comprendo...

—Eso les pasa á todos; no comprenden y, sin embargo, juzgan. Yo también, años antes, pensaba como usted. La experiencia me ha demostrado que me engañaba.

» En una ocasión evité que unos ladrones mataran á un político. Ese hombre desencadenó una guerra en la que perecieron muchos miles de hombres.

» Otra vez impedí que el fuego consumiese una casuca de un obrero mío; pocos meses después se desplomó mientras yo entraba en ella y me hirió, este chirlo da fe de ello. Una niña hermosísima, de diez ó doce años, estaba á punto de ser devorada por dos lobos, hace unos diez años. La salvé exponiendo mi vida. Me casé, al cabo, con ella. Me abandonó, haciéndome padecer lo indecible, y ahora, en la ciudad, devora la fortuna de cuantos tontos caen en sus manos.

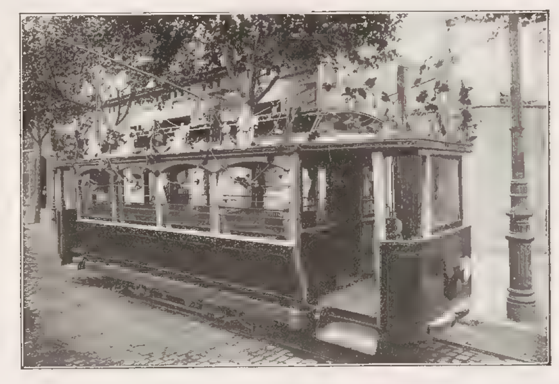
» Podría citarle otros ejemplos. Estoy seguro de que, haciendo memoria, recordará usted algunos también.

» ¿Y quiere usted que asuma el papel de Providencia? ¡Ah! ¡no!

» La verdadera bondad consiste en no oponernos á lo que ha de suceder?

» ¿Quién sabe si de este modo no evitamos horribles catástrofes?

* * *



Carruaje adornado de la Compañía Anónima de tranvías



LO QUE ABUNDA EN TODO *SPORT*



Cuadro de Alberto Pla y Rubio.

NÚMERO DEDICADO Á ESTE NOTABLE ARTISTA, É ILUSTRADO EXCLUSIVAMENTE CON OBRAS SUYAS

ALBERTO PLA Y RUBIO

No vamos á trazar aquí una biografía. Pla y Rubio es muy joven aún y ni por su temperamento ni por las especiales condiciones de su vida ha pasado por aquellos contrastes que dan color y carácter á una existencia.

Vamos más bien á examinar un caso, tan extraordinario en la vida social y artística, que parece más bien el capítulo de una novela romántica, que trasunto de la realidad.

Nos referimos á su instantáneo é inesperado encumbramiento.

Saltar en un día de la obscuridad más completa á la celebridad es caso tan raro, que nosotros no recordamos otro igual en nuestra ya larga vida de experiencia y de observación. No es común ni lógico subvertir las leyes de la naturaleza, que quieren que las cosas procedan por grados y paulatinamente, sin sacudidas ni atropellos. Sólo el azar puede permitirse esos exabruptos, enriqueciendo, por ejemplo, con el premio gordo ó por un afortunado golpe de Bolsa al que era ayer un miserable que no sabía dónde caerse muerto. En la esfera de la inteligencia, sólo hemos visto rápidos encumbramientos en literatura; los nombres de Zorrilla, García Gutiérrez y Echegaray, triunfando con su primera producción poética ó dramática pueden atestiguarlo; pero esto probaría únicamente que el genio de esos hombres al despertar, se hallaba suficientemente pertrechado con una técnica que existía latente en su cerebro y que sólo esperaba un acto de la voluntad para evidenciarse por el vehículo de la palabra.

En las artes plásticas, sin embargo, la cosa no es tan fácil. Para pintar un cuadro, para modelar una estatua, se precisa una larga preparación documentada con centenares de estudios, para acostumbrar la mano á secundar la visión; y cuando ya aquélla se halla suficientemente ejercitada, conviene ensayar la inspiración en una serie de cuadros, en los que no siempre el resultado corre parejas con el deseo. La obra juvenil es fogosa, es atrevida, pero casi siempre desequilibrada, y sólo después de haber errado varias veces halla el artista la debida proporción entre su acometividad y sus medios de expresión. Hablamos, se entiende, de los predestinados á elevarse sobre la medianía.

Pues Pla y Rubio ha roto con esos moldes. Desconocido, obscuro, hasta para sus mismos comprovincianos, presenta en la Exposición Nacional de 1895 el cuadro *A la guerra*, con la zozobra del que teme no ser siquiera admitido, y el Jurado le adjudica una primera medalla.



Fot. de Napoleón.

¿Éxito tan imprevisto y extraordinario fué obra de la casualidad? Nó, porque son tantas las cualidades que campean en el cuadro, que no es creíble que el Jurado se equivocara en su juicio. ¿Fué obra del favoritismo? Tampoco, porque enviado el cuadro á la Exposición de Munich de 1901, aquel Jurado, ajeno á toda influencia personal, le concedía una medalla de oro.

Sin embargo, no hubiera sido imposible que se tratara de un acierto especial en aquel caso concreto. Había que ver á Pla y Rubio en otra obra, y entonces se podría formar juicio exacto acerca de su mérito. Y efectivamente, en la Exposición sucesiva, de 1897, expone su otro cuadro *De la guerra*, conmovedor episodio que era como el reverso del cuadro anterior. El artista acentuó lo patético, hizo gala de mayor técnica en la resolución de los contrastes de luz y supo ser sobrio en una composición que fácilmente podía caer en la sensiblería. El cuadro fué discutido; fué tratado injustamente por el Jurado, que no quiso premiarlo con primera medalla, á pretexto de que el artista era muy joven todavía para poseer ya dos medallas de aquella clase; pero del fondo de todas las discusiones, contrariedades é injusticias destacábase una verdad inconcusa: que este cuadro era mejor que el anterior, y que, por lo tanto, el primer éxito no fué obra del acaso.

Despechado el artista por la injusticia con que había sido tratado, envía el cuadro al *Salón* de París de 1899, y alcanza la mayor recompensa que se concedió aquel año, pues el Jurado le asignó la primera de las segundas medallas, habiendo dejado desiertas las primeras por carencia de cuadros con méritos suficientes para merecerlas.

Aquí, pues, ya no se trata de un caso afortunado en nuestra tierra, sino de una verdadera consagración en el cerebro del mundo; tanto más, cuanto que la obra de Pla y Rubio habría sido clasificada para primera medalla, si un mal entendido *chauvinisme* no se la hubiera arrebatado, para no dar el mayor premio á un extranjero. De esta preterición se lamenta el crítico de *Le Progressiste* en el siguiente párrafo, que copiamos íntegro:

«Un autre étranger, M. Pla y Rubio, fait résonner, selon moi, une autre note de grand éclat dans une composition dramatique, *La Guerre*, œuvre absolument hors de pair á laquelle, une médaille de 2.ª classe attribuée á l'unanimité, ne rend pas encore suffisamment justice. Que faut-il donc faire, alors, pour obtenir une premiére médaille? L'excuse du Jury ne saurait être de n'avoir pas voulu décerner cette haute récompense, *uniquement*, á un étranger; puisqu'il le place en tête des secondes médailles ne reconnaît-il pas sa valeur supérieure á tout autre? L'Exposition universelle récompensera certainement M. Pla y Rubio á son juste mérite.»

Mas no acaba aquí la consagración del talento del pintor valenciano; el conservador del Museo Nacional del Luxemburgo M. Leoncio Benedite le escribe con fecha 23 de Mayo de 1899 proponiéndole la adquisición del cuadro para el expresado Museo, en el que no figura ya, por uno de esos muy comprensibles impulsos propios de un pundonoroso y verdadero artista.

Acusaban á Pla y Rubio sus detractores de haber retocado el cuadro antes de enviarlo á París, y sólo con objeto de desmentirles quiso traerlo á Valencia, privándose candorosamente de uno de los más firmes y legítimos medios de asentar su fama en el extranjero.

En resumen, Pla y Rubio ha pagado cara su fácil victoria primera en España, pero ha probado que no fueron cómplices suyos ni la casualidad ni el favoritismo, viendo reconocido su talento en centros de cultura artística tan famosos como Munich y París.

¿Quién puede vanagloriarse de otro tanto en sus dos primeras obras?

***

Y ahora, vayan algunos pocos datos para la historia del joven y celebrado artista.

Alberto Pla y Rubio nació en Villanueva de Castellón, partido de Játiva, patria del *Españoleto*. Hijo de una familia acomodada, cuyo jefe cuidó con singular esmero de la educación de sus hijos, debió á su irresistible vocación el dedicarse á un arte que le reservaba tan envidiables triunfos.

De corta edad aún, establecióse su familia sucesivamente en Játiva, donde el niño Alberto aprendió los primeros rudimentos del dibujo, y en Madrid después, para secundar la carrera científica de sus hermanos mayores.

En la corte empiezan realmente los estudios serios del joven pintor; en la Academia de Bellas Artes primero, y después en el taller de don Alejandro Ferrant, que lo tuvo por discípulo predilecto, reconociendo



¡TRISTE JORNADA! (Boceto)



¡DE LA GUERRA!

Medalla de oro (primera recompensa) *en el Salón de Paris de 1899.*

ALBERTO PI



FRAGMENTO DEL CUADRO DE LA GUER

LA Y RUBIO



RA, que figura en la página anterior.

sus espontáneas dotes. Tan espontáneas eran, que el discípulo se asimiló bien pronto el estilo del maestro. Preocupado Ferrant por este hecho, que consideraba nocivo y perjudicial para su aventajado discípulo, tuvo el desprendimiento honroso y poco común de aconsejarle que se separara de él, y que se fuera á Valencia á estudiar con Pinazo, con lo que lograría recobrar lo más estimable en un artista: su propia personalidad.

Hízolo así, en efecto, el joven principiante, y en Valencia, al lado de aquel insigne maestro, completó esa enseñanza intermedia que va de las aulas de la Academia al taller.

Carácter apocado y excesivamente modesto, se ensayó en algunas telas que guardaba en su estudio, pasando tan desapercibida su labor, que muchos de sus amigos ignoraban que se dedicara al arte. Transcurría el tiempo y el novel artista no salía de sus estudios y sus ensayos, hasta que su buen padre, cansado de aquel eterno vacilar en inconcluyentes escarceos sin eco ni resonancia alguna, le hizo encontrar inopinadamente una gran tela en su taller.

—¿Qué es esto?—preguntó el joven, asombrado.

—Pues que te he traído esta tela para que pintes un cuadro.

El cuadro fué *A la guerra*, que había de abrirle las puertas de la celebridad.

Su desconfianza era tan grande al enviarlo á Madrid, que temió no sería aceptado siquiera. Se hubiera contentado con una tercera medalla. y ganó una primera. Verdadero inconsciente de su valer, no supo estimar su trabajo hasta que se lo aquilataron los demás.



Estudio.

No le deslumbró la fácil victoria, antes al contrario, comprendiendo el grave peso que había caído sobre sus hombros, se aprestó á trabajar en su segundo cuadro, *De la guerra*, en el que amontonó y venció mayores dificultades. Ya hemos visto cuál fué su éxito, y cómo París *desfizo el entuerto* del Jurado nacional.

En 1898, con un fragmento-estudio del mismo cuadro, obtuvo en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona consideración de primera medalla.

No desalentado por el revés sufrido en Madrid, quiso trabajar por el desquite, enviando un conjunto de telas que demostraban su versatilidad; pero contrariedades y acontecimientos de género íntimo malograron su primera intención, limitándose á enviar á Madrid, en la Exposición de 1901, su cuadro *¡Pobres madres!* que le valió consideración de primera medalla, título que suele otorgarse cuando es corto el número reglamentario de éstas.

Dedicado á la enseñanza desde 1899, ha ido ganando sucesivamente, por concurso de méritos, las plazas de auxiliar de la Academia de Bellas Artes de Valencia, la de profesor de la de Cádiz en 1902 y la de igual clase de la Escuela de Artes é Industrias de Barcelona en 1903, entre treinta y ocho concurrentes.

Hace poco más de un año que permanece en esta ciudad, encerrado en su modestia, como el caracol en su concha. El natural zarandeo de estos continuos traslados ha interrumpido momentáneamente su labor; el arte necesita de quietud y estabilidad para manifestarse en toda su pureza.

Hoy que esa estabilidad es completa, tenemos derecho á esperar del talento de Pla y Rubio la continuación de su triunfadora historia, y á que no se malogren en la holgada somnolencia de una cátedra las esperanzas que hizo concebir al aparecer como estrella de primera magnitud en el cielo del arte.

Francisco CASANOVAS

TERCETO DE SERAFINES

Saloncito elegantemente amueblado. Sillas doradas; butaquitas forradas de sedas japonesas de claros matices. En las paredes algunas acuarelas. Sobre un velador de laca varios albums y chucherías. A un lado un Pleyel de media cola. Perezosamente arrellanadas y abanicándose, tres señoritas, ultra *chic*.

Consuelo: alta, delgada, casi diáfana, rubia, pálida y realmente bonita, 19 años. Falda de seda gris, blusa de ídem, azul apagado.

Mercedes: bajita, pelinegra, algo regordeta y algo feita, pero petulante y graciosa; bata de cachemira india, muy lisa, demasiado para una soltera, 20 años.

Lola: ni alta ni baja; pero esbeltísima; pelo rubio, *cendré;* rostro agraciado y sobre todo muy pintado. Blusa de raso crema; falda de ídem negro, 22 años.

. . . .

Mercedes ¿Pero en qué quedamos?... ¿Te gusta ó no te gusta?... ¿Lo tomas ó lo dejas?

Lola. Pues ahí verás, hija.... No sé qué hacer... Me cuesta mucho el decidirme, porque todos los hombres en general, y ese en particular, tienen su pro y su contra.

Mercedes *(riendo)*. El pro ya lo sabemos... Gustavo es buen mozo, guapo, rico y algo tonto: cualidades inmejorables para formar un buen marido; pero no es noble, no tiene ningún título que lucir ni que ofrecer á su señora, á la que debe serlo, y ahí está el contra: ¿verdad, Lola?

Lola *(ligeramente turbada)*. ¡Qué tontería!... Como si á mí me importase nada el que...

Mercedes. ¿Que no te importa nada?... Vaya, mujer, no digas... Como si no supiéramos todas cuál es tu flaco. A unas las da por eso... á otras por lo otro... y á ti te ha dado por... la sangre azul. ¡Ea!... no

trates de negar: lo que tú querrías es encontrar un marqués ó un conde, un barón, por lo menos; poder ostentar un escudo y una corona en tus tarjetas de visita, en tus pañuelos, en tus almohadas, en la portezuela del carruaje, y oirte llamar á todas horas señora marquesa ó señora condesa ó señora baronesa, por tu doncella, cocinera ó tu portero.

Lola *(picada)*. Y aun cuando así fuese ¿qué?... Búrlate cuanto te dé la gana; pero no me negarás que un título nobiliario es siempre decorativo y elegante... es muy *chic*...

Mercedes *(desdeñosa.* ¡Pche!... Eso, según y cómo. Si se quiere lucir un título pegado, vamos al decir, á un apellido histórico, ilustre, corriente. A mí me halagaría llamarme duquesa de Alba, pongo por caso, ó marquesa de Moncada, ó cosa por el estilo; pero para llamarme condesa de Casa Gedeón ó baronesa de Casa Pistraus ó cualquier otro título de esa clase, como ahora se usa tanto... ¡vaya!... ¿qué quieres que te diga?... eso me huele á vulgar y á cursi y á «quiero y no puedo».

Lola *(cada vez más picada)*. Anda, hija, no te hagas la despreciativa y la dengosa. Puede que si un conde ó marqués te ofreciese su mano dirías que sí en seguidita, y muy contenta.

Mercedes *(friamente)*. Pues te equivocas de medio á medio. Y la prueba es que no hace todavía un año di unas calabazas de primera magnitud á todo un señor conde, y madrileño por añadidura, que me hizo el honor de pretenderme. Sí, chica, sí, tal como lo oyes, y si te empeñas, te diré el nombre: un conde auténtico, cuyo título data del siglo pasado... Y no mal parecido él; más bien guapote y muy fino... eso sí, lo que es fino y distinguido, como el que más.

Consuelo. ¿Y por qué le desechaste?... ¿Por ser noble?

Lola *(irónica)*. ¡Pues, claro! Mercedes no apechuga con menos de un archiduque ó un gran revolucionario: no quiere tintas medias...

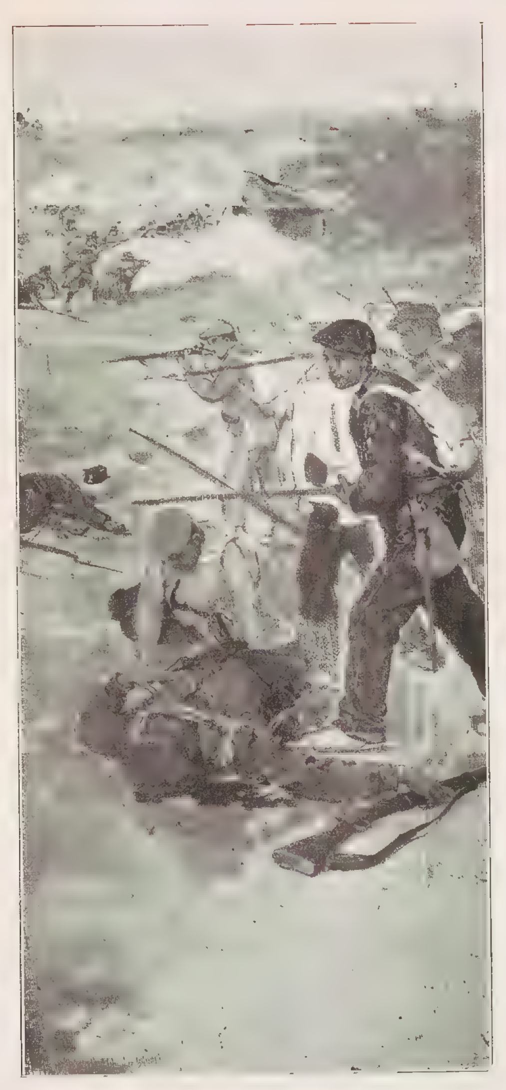
Mercedes *(encogiéndose de hombros)*. No digas tonterías. Si di calabacitas al condesito en cuestión, fué porque no me siento con abnegación suficiente para realzar señoríos tronados con mi dinero, ni para mantener golfos aristocráticos ¿entiendes?... No quiero que el millón de pesetas que mi papá dará á su única hija y heredera, el día que la case, sirva para sacar de apuros á un tipejo acostumbrado á pasear sus pergaminos y su ociosidad por todas partes y que aún se figuraría dispensarme un gran honor casándose con una plebeya como yo.

Lola. Comprendo... Lo que tú buscas es dinero: más dinero aún del que tienes; necesitas un ricachón que doble tus rentas, ¿no es eso?

Mercedes. Verás, hija... Yo no te diré que busque dinero, pero si el pretendiente que se ofrezca me gusta y además de gustarme tiene patacones, no me haré la remilgada. El dinero no estorba nunca por mucho que haya.



Estudio.



Estudio.

Lola *(con burla)*. Ahora me explico por qué le haces tan buena cara á ese memo de Carlitos. No tiene nada de Adonis ¿verdad? Es pequeño, rechoncho, luce una fisonomía bobalicona. Además, me parece que tartamudea... sobre todo los días que llueve: ¿no has notado? Y lo que es como elegante... ¡hum!... una elegancia de hortera...

Mercedes *(despechada)*. Todo lo que quieras; pero feo, rechoncho, tartamudo y hortera y todo, el día que quiera casarse no tendrá más que decir: «esa quiero», y ya verás tú como no encuentra quien le diga que no.

Lola. Pues yó se lo diría, y en redondo; así... ¿oyes?

Mercedes. No tendrás ese trabajo.

Lola. Ya lo sé: digo eso únicamente por lo que tú acabas de decir: que no encontraría quien le diese un nó. Y ahora que recuerdo *(con aire triunfante)* ¿sabes de quién llevó calabazas tu Carlitos?... de Pepa Sandoval.

Mercedes *(nerviosa)*. ¡De Pepa Sandoval!.. ¡Qué tontería! ¿Qué más hubiese querido ella?... una chica cursi, sin una peseta...

Lola. No exageres, mujer, no exageres... En primer lugar, de cursi no tiene nada, Pepita: es, por el contrario, muy distinguida, viste sencilla, pero divinamente... ya quisieran muchas tener su elegancia y su *chic*...

ALBERTO PLA Y RUBIO



DE LAS MONTAÑAS DE TERUEL

Verdad que no es rica, pero tampoco es tan pobre como tú dices... Verás, hija: no puede todo el mundo aportar un dote de un millón... Y finalmente, Pepa es instruída, toca el piano como un ángel y es guapísima... pero guapísima.

Mercedes *(secamente)*. No lo encuentro; eso es cuestión de gustos.

Lola *(con retintín)*. Eso; cuestión de gustos... Y á ese Carlitos parece que le gustaba extraordinariamente Pepa. Tanto, que se le declaró y recibió unas calabacitas... como las que tú diste á ese condesito de que me hablabas.

Mercedes. Pues, hija, me permitirás que ponga eso en duda. Será un infundio de Pepa para darse pisto; porque créeme: no se da así, sin más ni menos, por una chica tronada como la Sandoval, calabazas á un chico tan rico como Carlitos: ¿sabes tú el dinero que tiene su padre?

Lola... Si ya sé... no hay como robar al Estado, haciendo grandes chanchullos y estafar á los particulares prestando al 60 por 100, para enriquecerse; pero ahí verás, chica, no todo el mundo se deja tentar por la riqueza, cuando es mal adquirida y menos si para conquistarla hay que apechugar con un tipo tan cargante como ese Carlitos. Hay epidermis más sensibles las unas que las otras, querida...

Mercedes *(irguiéndose)*. ¿Qué quieres decir con eso?

Lola. Nada más que lo que digo... Y no sé por qué te sulfuras, la verdad...

Mercedes. Es que tú gastas un tono y un retintín que no me gusta ¿sabes?

Lola. Quita, mujer; qué he de gastar yo retintín... No sé por qué te imaginas siempre cosas que no son.

Mercedes. ¡Ya!... como si no te conociera... tienes tú más mala intención que un Miura.

Consuelo. Vaya, chicas, no enfadarse: no vale la pena... Con vuestras eternas escaramuzas no me dejáis meter baza y... *(vacilando)* sin embargo, tengo que comunicaros la gran noticia.

Mercedes y Lola *(curiosamente)*. ¡Hola!... ¿qué hay?.. ¿qué pasa?

Consuelo *(como avergonzada)*. Pues hay... hay, que me caso.

Mercedes. ¡Tú!

Lola. ¿Te casas?... ¿de veras?

Consuelo. Y tan de veras: dentro de un mes

Mercedes. Con Fernandito ¿eh?

Consuelo *(suspirando)*. No hija, no... es con otro. A ver si adivináis... *(tras una pausa)*. De fijo que no daríais aunque reflexionáseis toda la tarde. Voy á decirlo. Me caso.. me caso... con Don Pelayo de la Cítara.

Mercedes *(brincando)*. ¡Cómo! ¡con ese estafermo!

Lola *(estupefacta)*. ¡Con ese vegestorio!... ¡Pero si te lleva cuarenta años!

Consuelo *(echando otro suspiro)*. ¡Qué queréis, hijas!... la necesidad



FRUTOS DEL JARDIN DE ESPAÑA

no tiene ley, como dicen. Yo no soy mía, como vosotras. Mi padre ha ganado y gana muchísimo dinero, pero en casa no se ahorrado un céntimo. Me ha acostumbrado al lujo, á la gran vida, pero no ha puesto de lado ningún capitalito con que dotarme. ¡Ya se ve! tiene tantas obligaciones á que atender... ¡cinco hijas!... y... ¡tantos vicios!... En fin, que amedrentada ante el porvenir que podía esperarme, quiero tomar mis precauciones y me quedo con Don Pelayo, que no es joven... ¡sesenta primaveras! ni bonito, ni *chic*, pero bueno como el pan y rico.

Mercedes. ¡Y tan rico!... Papá dice que posee más de seiscientos mil duros. Hija, te felicito: haces un buen negocio.

Consuelo. Ya lo has dicho: un buen negocio Por de pronto me reconoce cien mil duretes. Ya es algo.

Mercedes. Y más tarde, si tienes maña, te dejará cuanto tiene. Y que no tendrás que esperar mucho, me parece. Ese hombre ha de tener algo crónico...

Consuelo. Sí: una bronquitis; creo que pasaremos la luna de miel en Panticosa.

Lola. Dime y ¿Fernandito?

Consuelo. Pues hija, tendrá que resignarse... como yo.

Mercedes *(riendo)*. Eso... que se resigne y... que espere.

Consuelo *(ruborizada)*. ¿Que espere?... y ¿qué?

Mercedes. Pues, claro; que espere que seas viuda y libre y millonaria. Cuestión de cinco ó seis años, á todo tirar. Y Don Pelayo, que es hombre discreto, comprenderá la necesidad de eclipsarse á tiempo.

Juan BUSCÓN

DOS AMORES

Habían nacido el uno para el otro, según aseguraban cuantos amigos de ambos estaban enterados de sus relaciones. Harían una linda pareja, al decir de las amigas. Y no era posible tachar de erróneas ni de lisonjeras tales afirmaciones, porque si Consuelo era una mujer preciosa, de rubia cabellera y soñadores ojos de purísimo azul, era Miguel un buen mozo cuyas negras pupilas despedían chispas y cuyo rizado cabello tenía el color y los brillantes reflejos del azabache.



¡POBRES

LA Y RUBIO



S MADRES!

Consideración de 1.ª medalla en la Exposición Nacional de 1901.

Apenas llevaba Miguel á Consuelo un par de años en la edad, doble número de centímetros en la estatura. Los dos eran simpáticos, buenos, inteligentes, cariñosos... ¡Oh! No cabía duda; estaban en lo fuerte, amigos y amigas, al formular las supradichas apreciaciones.

Poco antes de su matrimonio hallábanse ambos en el jardín del hotel que en Recoletos ocupaba la familia de Consuelo. Paseaban cogidos del brazo, cambiando no interrumpidas miradas y hablando en voz baja, aunque nadie podía oirlos. Inútil es consignar que cruzaban ternezas y forjaban planes de futura dicha: ¿acaso no es ésta la exclusiva conversación de los enamorados?

Miguel se expresaba con fuego; sus frases, llenas de pasión, brotaban del alma; para él no existía, no habría nunca más que su Consuelo. ¿Qué ventura igual á la de poseerla? ¿Qué existencia comparable á la de ambos esposos, paseando su amor y su felicidad por las principales ciudades de Europa, después de haberlos ocultado discretamente por algún tiempo en una poética y retirada posesión de los padres del joven, situada en un rincón de Andalucía?

La novia escuchaba sonriendo y contestaba á las palabras de su amado con otras más expresivas aún que las de éste; sus protestas tenían mayor energía que las de Miguel, eran más apasionadas y ardientes; hubiérase dicho que los papeles estaban invertidos, que había mayor virilidad bajo la blanca y sonrosada envoltura de la rubia, que bajo la morena piel de su compañero.

Pero llegó un momento en que éste exclamó:

—Y luego, para colmo de venturas, tendremos un hijo...

Estas palabras causaron en Consuelo una verdadera revolución, un radical cambio. La nieve de las mejillas se tornó en grana; el fulgor de los ojos se convirtió en suavísima irradiación; el alabastrino cuello, que sostenía erguida la cabeza, inclinóse dejando caer ésta sobre el hombro de Miguel, y una voz suave como el murmullo del céfiro respondió blandamente:

—¡Qué tonto eres!...

Luego la mirada de la joven, vaga, indefinida, se perdió en el espacio, pareciendo como que el azul de aquellas hermosas pupilas se fundía con el del despejado firmamento. ¡Consuelo ya se sentía madre!

Y lo fué al cabo de un año de matrimonio.

Cuando se verificó éste, los amigos y amigas de los cónyuges deseáronles y les presagiaron *una eterna luna de miel*. El novio no puso en duda que así sería, y durante los tres ó cuatro primeros meses de existencia conyugal pudo creer que no se había equivocado. Su corazón pertenecía en absoluto y por completo á su esposa; sólo por ella y para ella vivía; y cuando la joven, ruborizándose, le confesó que había notado los primeros síntomas de la maternidad, el gozo de Miguel fué inmenso: ¡iba á tener un hijo *de ella!* En el primer arrebato de su alegría, abrió los brazos y quiso estrechar entre ellos á su esposa; pero ésta, apartándole suavemente y lanzando expresiva mirada á su fecundado seno, murmuró:

—¡Loco! ¡Ten cuidado!...

¡La amante, la esposa, habían cedido ya el puesto á la madre!

Llegó el instante del alumbramiento. Este ofreció tantas dificultades, que el médico habló de hacer una operación, de sacrificar al hijo, para impedir la muerte de la parturienta.

—¡Sí! ¡Sí!—exclamó el joven sin vacilar.—¡Ella ante todo!

Consuelo le dirigió una mirada de horror, casi de pasajero odio. Hizo un supremo esfuerzo... y salvó la vida al fruto de sus entrañas.

Miguel fué buen padre; su cariño *al hijo de Consuelo* era grande; ninguna obligación dejó incumplida de cuantas la paternidad impone, y no necesitó, para proceder así, recordar que tal era su deber, pues hallaba estímulo suficiente en su ternura; mas Consuelo siguió siendo el objeto de su predilección, su bien amado, aquel ídolo que en el altar de su corazón había levantado y que debía permanecer allí hasta que el corazón dejase de latir.

Guardémonos de decir que Consuelo no amaba á su marido; pero es lo cierto que su amor había sufrido una gran transformación; la joven ya no quería al esposo amante, sino al padre de su hijo; para éste y no para Miguel fueron en adelante los arrebatos de su pasión; y Miguel, comprendiéndolo así, sufrió en silencio y se resignó. ¡Aquella inmensa felicidad soñada, y que por breve tiempo disfrutara, había desaparecido para siempre! Los goces de la paternidad atenuaron el dolor de esta pérdida, sin lograr extinguirlo, porque no hay compensaciones suficientes para el amor, sentimiento tan orgulloso como abnegado, que lo da todo, pero lo exige todo, y no se satisface sino con el primer puesto.

Pasaron años. El hijo del matrimonio se hizo hombre, acabó su carrera, se casó á su vez y, por exigencias de su profesión, estableciése en ciudad lejana. Los padres, ya ancianos, quedaron solos, y quiso el azar que, en época de epidemia, cayeran á un tiempo en el lecho, de donde no se habían de levantar.

Casi á la misma hora exhalaron el último suspiro. Miguel, vuelto hacia su esposa, sin separar un instante de ella los ojos, falleció repitiendo con igual pasión que treinta años antes:

—¡Consuelo!... ¡Consuelo! ..

Poco después, ella, con la mirada fija en el espacio, como si quisiera salvar éste con el esfuerzo de su voluntad, expiraba murmurando con acento de infinita ternura:

—¡Hijo mío!...

EDUARDO BLASCO



SRTA. MARIA NINFA VIDAL
Autora de la pieza de música que acompaña al número.

ÉGLOGA

POESÍA PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN ZARAGOZA

Bajo el muro, un arroyuelo;
y á su mismo borde asida
una parra retorcida
sonríe entre tierra y cielo.
Diríais que toca al suelo
como un ave, sin hincar;
diríais que va á escapar
cuando agita su ramaje
y que oculta en su follaje
las alas con qué volar.
Mas no huye; á lo mejor
parece que escucha atenta
lo que le canta ó le cuenta
el arroyo bullidor;
y es de fijo encantador
lo que escucha ó lo que siente,
pues ondula de repente
y echa más el cuerpo afuera
cual si amorosa quisiera
darle un beso á la corriente.
Al verla él así, tan bella,
muy en alto, lo ideal,
ya sólo tiene cristal
para reflejarla á ella.
No goza palpable huella
del amor que le cautiva;
mas lo siente en su onda viva
cierto y real de tal modo
que antes dudara de todo
que de su encanto de arriba.
Y ella y él, cuando ya ondea,
de la noche el primer velo,
que ensombrece al arroyuelo
y entre la parra azulea,
vibran sutil melopea
en que flotan, armoniosas,
esas voces misteriosas
que seducen nuestro oído
cuando vierten el sentido
del lenguaje de las cosas.
. . . .
«Si esto es soñar no lo sé,
—canta el arroyo,—ni acierto
á juzgar si estoy despierto
cuando te canta mi fe.
¡Qué importa! Mi amor te ve
flotando arriba, nimbada
de esplendores, y asomada
sobre este pobre arroyuelo
que bebe la luz del cielo
á través de tu enramada.
Cuando á besarme se inclina
la opulencia de tus ramas
circulan vivientes llamas
por mi linfa cristalina.
Pero mi suerte es mezquina.
¡Yo te sueño, y tú... confiesa
que tu encanto es verte presa
del sol...» Y el eterno amante
gime con tono insinuante:
«¡Porque ese sí que te besa!»
—«¡Qué es besar! ¡me tiene entera!»
canta la parra sintiendo
que un hervor le va subiendo
hasta su copa hechicera.
«Yo he de ser lo que el sol quiera,
sin su luz, leña aterida,
y á su fulgor, urna henchida
de una savia generosa
por cuyas ondas rebosa
la plenitud de la vida.
Si al mirarte me recrea
tu frescura; si percibo
hasta el soplo fugitivo
que en mis ramas juguetea;
si hallo en cuanto me rodea
nueva ocasión de sentir;
si no me rinde el sufrir
y llamo suerte á mi suerte,
es que mi sol me hizo fuerte
dándome afán de vivir.
Sólo siento... ¡Quién dijera
que tales cosas soñara!»
Y al decirlo puso cara
de soñar una quimera.
Sacudió su cabellera
de follaje y prosiguió:
«¡Cuántas veces me asaltó,
como envidia, un loco anhelo
de ser tú!»... Y el arroyuelo
murmuró asombrado—«¿Yo?»
—«¿No lo entiendes? Yo tampoco.
Soy dichosa, y ya lo ves:
te he envidiado. Mira si es
mi anhelo un anhelo loco.
Me atosigaba hace poco
cuando á verte me incline;
pues si ruín te juzgué,
preso abajo, tus reflejos
aún brillaban á lo lejos...
¡Allá .. muy lejos, no sé!
¿Qué hay allí? ¿Qué vida nueva
por esa anchura se esconde?
¡Quién fuera contigo á donde
tu clara corriente lleva!
Cada vez que en mí renueva
este anhelar tu murmullo,
por vencerle hasta el orgullo
de mi fuerza pongo á empeño;
pero aún vencido, el ensueño
me embriaga con su arrullo!
—«¿Y eso, dijo él, te cautiva
con atracción de misterio?
¿No ves que es un cautiverio
mi condición fugitiva?
Allá, no; yo sueño arriba,
sobre el cielo ó bajo el cielo,
algo que colme mi anhelo,
que me suba ó cuaje en mí
y acabe el tormento así
de arrastrarme por el suelo.»
Y aún prosiguió la corriente
su canturia sugestiva,
viendo tras la parra, arriba,
un cielo azul sonriente.
Dobló la parra, indolente,
con languideces de palma,
su ramaje, y en la calma
del dulce recogimiento,
aún flotaban en el viento
las inquietudes de un alma.

M. MORERA Y GALICIA *(Lérida)*



S. A. R. la Serma. Sra. D.ª MARIA DE LAS MERCEDES DE BORBON Y DE HAPSBURGO-LORENA

Princesa de Asturias.

Fot de Franzen (Madrid). † *Fallecida en 17 de Octubre del corriente año*

¡DE LA TIERRA AL CIELO!

(Homenaje á la malograda Princesa de Asturias).

Por inmutable ley, todo cuanto en el mundo nace, vive sujeto á la esclavitud de la muerte; esta enemiga eterna de la humanidad no descansa en su empeño tenaz de destruirla. Considéranla los filósofos como el símbolo de la justicia; los que por ella nos hemos visto privados de un sér querido hemos de considerarla como símbolo de la crueldad.

Y si es cruel la muerte cuando ejerce su fatídico poder siguiendo un orden natural, concediendo á su víctima los honores de la ancianidad; ¿qué nombre merece cuando, en casos como el que motiva estas líneas, se ceba despiadada y traidoramente en la que apenas ha empezado á recorrer la senda florida de la juventud?

Harto sabido tenemos que su destructora labor no ha hecho nunca distinción de categorías: para ella no hay grandes ni chicos; con igual fiereza asalta los alcázares regios que escala las míseras cabañas, y en esto precisamente se funda su fama de justiciera; pero muéstrase harto injusta é infinitamente más cruel al gozarse en paralizar corazones jóvenes y sanos, que laten vigorosos para el amor y la virtud.

La inolvidable Princesa á quien en hora funesta llora sin consuelo su amantísima familia y á la que gran parte del pueblo español miraba con ojos de cariño, como hermana mayor de su Soberano, cuya honda pena lamenta y comparte, poseía todas las sublimes cualidades que hacen de la mujer, cualquiera que sea su rango y posición, un ángel terrenal. Ya que nó por los timbres de su cuna y por el alto título que ostentaba, merecía que la muerte le hubiera guardado mayor respeto, por cariñosa hija, por esposa intachable, por tierna madre y por la nobleza de su alma, en que irradiaban las más relevantes virtudes.

Bien dijo el poeta: «Los ángeles en la tierra — no están bien y se van presto.»

Dios, fuente inagotable de la única verdadera justicia, la habrá indudablemente acogido en su gloria, dándola, á cambio de la corona real que acaso hubiera ceñido, un sitio preferente en el trono celestial.

* * *



Conducción del cadáver desde la estación al pueblo.



Desembarque del coche-estufa en la estación del Escorial.



BELLAS ARTES

Uno de los signos inequívocos de que la capital barcelonesa vuelve á encauzar su febril actividad, no suspendida, pero sí rebajada en la temporada veraniega, es el movimiento artístico que por ya antigua consuetud se inicia en el conocido Salón Parés con las primeras brisas otoñales. El artista, que durante los calores estivos ha buscado en el aire libre oxígeno para sus pulmones y luz y temas para sus cuadros, se encierra en su estudio y va elaborando en la quietud del taller sus concepciones, que expone después en aquel clásico centro de cultura barcelonesa.

Al principio son tímidas manifestaciones de un arte modesto y sincero, como bebido directamente de la naturaleza. Luego, á medida que el artista madura sus ideas y las viste con los ropajes de una labor paciente y concienzuda, el Salón Parés adquiere honores de palenque, donde hallan adecuado fondo las obras más celebradas del arte catalán y con mucha frecuencia del nacional.

En aquel recinto han desfilado todas las tendencias que se contienden el favor del público y la crítica, y hay que hacer esta justicia al señor Parés; su Salón está abierto á toda manifestación, por nueva y extraña que sea á primera vista; pudiéndose asegurar que, merced á su desprendimiento, el gusto artístico ha sufrido una radical transformación en Barcelona, la ciudad hoy más tolerante de España, en punto á novedades de procedimiento y de modo de ver en arte.

Con el mes de Octubre, pues, ha reanudado el Salón Parés sus exhibiciones semanales, habiendo merecido la consideración de la crítica los estudios que expuso el joven pintor José Nogué, algunos de los cuales honran hoy las páginas del Album Salón.

Nogué se halla actualmente en el período que va de las aulas de la Academia á la producción para el público, período de ensayos, tan ricos de esperanzas como de ilusiones; período en el que se ansía volar con libertad, sin que se haya abandonado todavía el lastre académico, ni se haya adquirido aún carácter individual; período de imitación, en



El obispo de Sión presidiendo el fúnebre cortejo.

ENTIERRO DE LA PRINCESA



Coche-estufa y piquete de honor.

EL CAUDAL DE PINILLOS

Paco Pinillos, el celebérrimo calavera andaluz, el afamado corneta de Marina, el gran Pinillos, que para todo el mundo era un desgraciado, un malaventurado y un pobrete, para mí era un genio, un carácter fundido al temple de un espíritu superior, era más; en mi concepto, era también un filósofo, por su modo de mirar la vida, y un rico, un millonario, por su nobleza de corazón y su grandeza de alma.

Pinillos era sevillano, trianero; no conoció padres, ni familia, ni lazo de ningún género que le acariciara; él era una pobre molécula desprendida de una bocanada de placer y coagulada y hecha hombre á la dura intemperie del arroyo.

Muy niño se encontró solo, desamparado, y como un hombrecito, pasando amarguras empezó á rodar por el mundo, peleando y haciendo equilibrios en la veleidosa cuerda de su fortuna.

A los quince años, amaneció un día en Madrid con un caudal de hambre atrasada y un puñado de ilusiones en la cabeza, y comprendiendo el muchacho que el tiempo es oro y que él no debía malgastar ni un adarme de sus preciosas horas de bohemia, sentó sus reales en la sugestiva infantería de Marina, en clase de corneta, para la que Pinillos parecía reunir aptitudes y empeño más que sobrados.

Entró en el cuartel por la puerta de los afortunados, y de un tirón se ganó las simpatías de todo el mundo; los jefes y oficiales le protegían, le mimaban, y en todas partes, en las oficinas y en las academias danzaba siempre la figurilla intrépida y riente de Pinillos, alegre como unas castañuelas de su tierra y listo y dicharachero como un gitanillo del Perché.

En sus noches de cuartel, en sus deliciosas *imaginarias*, Pinillos inventaba diabluras, ponía en planta á sus amigotes y camaradas, á los que refería cosas preciosísimas, por lo inverosímiles, y las madrugadas de guardia del travieso sevillano constituían el dulce y expansivo coloquio de toda la compañía

Hizo tantas diabluras y recorrió tantas veces el calabozo, que en sus dos primeros años se ganó el calificativo de calavera incorregible; pero él tenía una gran defensa para que le indultasen de sus castigos: sus magistrales *dianas* y sus inimitables *retretas* le sacaban en palmas de todo.

Calavera y *perdío* y todo, al sevillano fué preciso hacerle cabo y luego sargento y después maestro primero de cornetas. Pero no había cuidado en lo de pensar en su enmienda; cuanto más ascendía peor andaba Pinillos de ropas, de dinero y hasta de salud; aquéllo no tenía ejemplo: siempre agarrado al rancho, al traje de faena y al tabaco de *contrabando*... Pinillos era un dejado de la mano de Dios; sobre aquel corazón tan hermoso giraba una cabeza peligrosa y bohemia que acabaría mal; sí, Pinillos era un loco-cuerdo sin estrella y sin quicio, un genial arropado con la capa del infortunio, un hombre fraude procesado por la desgracia...

***

¡Maldito lo que le impresionó á él que un día le llamase el capitán para notificarle su traslado á Ultramar! Con su habitual buen humor recibió la noticia y con la misma son-

suma, no precisamente de imitación ajena, sino de la naturaleza, sin más finalidad que transcribirla íntegra y tal como la percibe la retina. Al propio tiempo afánase en familiarizarse con todos los procedimientos, para que mañana no sea obstáculo ninguno de ellos al desenvolvimiento de más importantes concepciones. De ahí una gran variedad en la serie de cuadritos expuestos por Nogué en el Salón Parés, donde se veían dibujos al carbón, pasteles, acuarelas y pinturas al óleo, en una variedad no menos compleja de temas que, empezando por el retrato, pasaban por el paisaje, el cuadro de género, el apunte y la copia de Velázquez y el Greco.

Los cuadros que publicamos hoy son un *specimen* de su exposición, en la que figura en primera línea la *Alquería valenciana,* notable por la luminosidad de la pintoresca arquitectura y el concienzudo estudio de coles del huerto; y no menos dignamente el estudio de luz artificial, *Velada doméstica*, de un sabor familiar y una ingenuidad que encantan. Ambos cuadros están pintados al óleo.

El retrato que viene en último lugar, sobre vencer un problema de expresión, está pintado al pastel con gran conocimiento de la técnica, siendo una promesa de que Nogué realizará buenas cosas en este género de pintura, relativamente tan poco cultivado.

Del examen del conjunto de sus obras, se deduce que Nogué dibuja con corrección y estudia con propósito de llegar á un resultado por lo menos sincero.

Francisco CASANOVAS



Misa de cuerpo presente en la iglesia del Escorial.



Honores de ordenanza en la puerta del Monasterio.

Fotografías de Campúa.

J. NOGUÉ



ALQUERIA VALENCIANA

Salón Parés.

J. NOGUÉ



VELADA DOMÉSTICA

Salón Parés.

risa de siempre llegó á Cuba y se incorporó á las filas. Allí, como en todas partes, demostró Pinillos que era un valiente, un bravo, y que la vida, la vida suya, no valía la pena de tomarla en serio.

Durante sus dos años de campaña se ganó dos balazos, dos cruces y no sé cuántas propuestas. Acabó la guerra, volvieron las fuerzas á la Península, y Pinillos se encontró en Madrid con seis años de servicio y con una brillante licencia y todo el haz de laureles que él había criado en su honrada y hermosa conciencia; pero sin un cuarto, sin recursos y hasta sin apoyo de nadie.

Entonces, Pinillos pensó en volver á su cuartel, á su infantería de Marina... Pero ¡oh, decepción!, allí no encontraba á nadie, nadie le conocía ni nadie le ayudaba á reclamar sus *alcances;* ni siquiera encontró quien se interesase para volverle á sus antiguas *imaginarias,* á su plato de rancho, á su traje de faena y á su tabaco de *gracia...*

El pobre Pinillos estaba dejado de la mano de Dios; ¡cómo sufría, burlándose y riendo, á su mala ventura y cuán grande se hacía á mi vista aquel pedacito de carne alegre y voluptuosa, aquel fragmento de cieno brillante, purificado, cincelado con el cincel de sus nervios y el martillo de sus energías.

***

Yo le conocí en el Ministerio de Marina, en cuya tipografía borrajeé pruebas un poco de tiempo.

El regente me lo recomendó para que me sirviera de *escucha,* y siete ú ocho meses que trabajamos en aquella casa, Pinillos vivió con nosotros.

Interesados como estábamos todos por él, después de muchas idas y venidas conseguimos que á nuestro ayudante se le facilitara diariamente un plato de rancho y una gratificación mensual.

Una tarde nos llamaron á cobrar, y Pinillos, que estaba medio descalzo y muy mal de ropa y harto ya de comer rancho y rodar por los talleres de las máquinas, recibió su primera mensualidad de *cinco duros.*

Por aquellos días andaba yo un poco mal de dinero, y aun cuando no había referido á Pinillos mis intimidades ni mis apuros, él lo sabía perfectamente por la serie de trastornos de que solía yo quejarme.

Nada más natural que la inmensa alegría que aquella tarde se dibujaba en su rostro; él, que hacía un año no veía un céntimo, acababa de recibir un puñado de pesetas, que suponíanle una vuelta á su indumentaria y quince días de baja en el mal guisado y fastidioso *gabi...*

Aquella noche, con gran asombro mío, encontré en los bolsillos de mi americana el billete de Pinillos, envuelto en una esquela, en la que me decía que dispusiera de aquella cantidad y que por Dios no dijese una palabra; y esto me lo rogaba muchas veces.

Al día siguiente devolví á Pinillos su billete y, emocionado por su hermoso rasgo, le dije delante de todo el personal:

—Mira, Pinillos: tú no eres un pobrete ni un mal aventurado; nada de eso; tú eres un hombre rico, millonario y espléndido; en lo interior de ese ropaje que viste tu cuerpo haraposo y tu cara de hambriento hay un caudal de nobleza que eleva tu espíritu y agiganta tu nombre; sí, Pinillos, tú eres la miseria rica; tú simbolizas algo así como el *Hampa de oro ..*

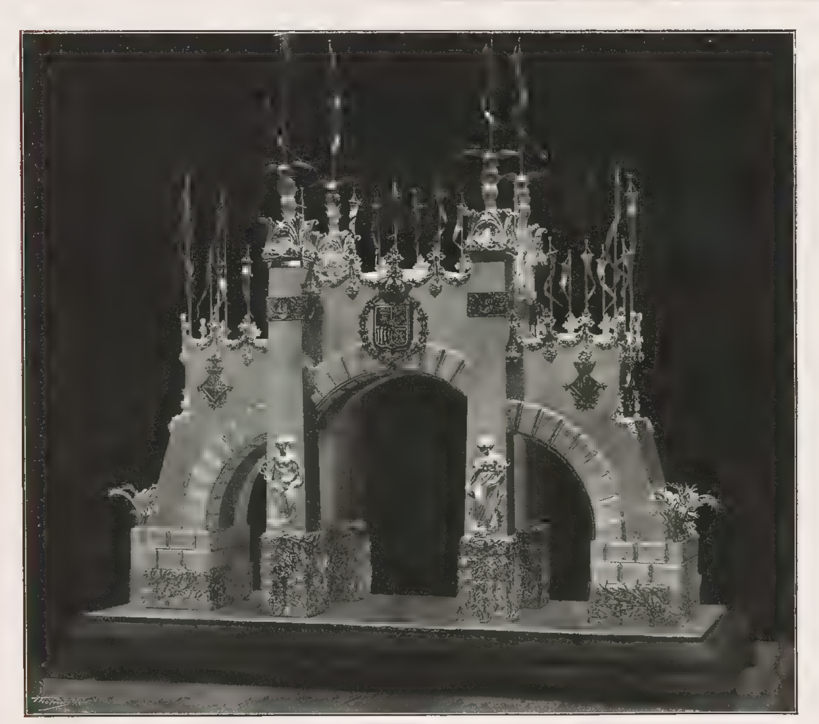
Y abracé á Pinillos muchas veces...

† E. ALBERTO CARRASCO

CONRADO MOLGOSA

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Fot. de Esplugas.



REPRODUCCIÓN EN METAL DEL ARCO ELEVADO EN EL PASEO DE GRACIA CUANDO S. M. EL REY VISITÓ LA CIUDAD.

En los talleres de don Valero Tiestos hemos visto una hermosísima obra de metalistería artística, dedicada á Don Alfonso XIII.

Consiste en una reproducción, en pequeño tamaño, del arco de triunfo proyectado por el arquitecto-director señor Sagnier, costeado por el señor marqués de Comilas y construído en cinco días por los inteligentes maestros de obras señores Barba, con motivo de la venida del Rey.

Ejecutada dicha reproducción con metal plateado y dorado, y con aplicaciones recortadas, grabadas, repujadas y policromadas algunas, produce el efecto de la realidad, pero poetizada, en virtud de la reducción de los tamaños y de la evitación de ciertos realismos, cosa que acredita la delicadeza del ejecutante. Este ha sido don Francisco Tiestos, hijo de don Valero, quien ha producido obras tan notables en Barcelona y tan buenos recuerdos dejó en la cátedra de Metalistería y Cerámica en la Escuela de Artes é Industrias.

El citado trabajo concilia la solidez y el ajuste con el encanto peculiar que producen los adornos y baños metálicos y está ejecutado todo de mano maestra, habiendo merecido su autor entusiastas felicitaciones de cuantos hemos tenido ocasión de admirarlo.

* * *



Acto inaugural, presidido por el Ministro de Agricultura, Sr. Allendesalazar.

EXPOSICION DE MINERIA EN BARCELONA

En las salas del palacio de la Industria, convenientemente adornadas para la solemnidad, se celebró en la tarde del próximo pasado mes la inauguración oficial de la Exposición de Minería y Trabajos Hidráulicos, habiendo presidido el acto el ministro de Agricultura señor Allendesalazar. En el estrado levantado para la ceremonia ocupó la presidencia dicho señor, quien tenía á su derecha al capitán general, al gobernador civil y al alcalde, y á su izquierda al presidente del Fomento del Trabajo Nacional, don Luis Ferrer-Vidal, al señor Durán y Bas y á los presidentes de la Diputación provincial y de la Audiencia.

El señor Ferrer-Vidal, en nombre del Fomento del Trabajo Nacional, dió las gracias al Gobierno por haber enviado á uno de sus miembros para inaugurar la Exposición, que, si es modesta, es de gran significado por su génesis y finalidad.

El señor Graells leyó el acta de la sesión de la Asociación Minera, en la que se acordó la celebración de la Exposición. El señor Gispert, secretario de la comisión organizadora del concurso, leyó la memoria reglamentaria, en la cual se explica cómo nació la idea de la Exposición.

Luego pronunció elocuentes palabras el presidente de la comisión organizadora, señor Thos y Codina, quien dijo consideraba la explotación del suelo como base de salvación de todo interés industrial.

Después de declarar abierto el certamen, el señor Allendesalazar repitió su promesa, hecha al visitar el Fomento, de que el Gobierno apoyará la actual Exposición, y terminó felicitando en nombre del mismo á aquella sociedad, á Barcelona y á Cataluña.

Eran las cinco y media cuando, terminado el acto, el ministro, acompañado de varias comisiones, procedió á la visita de las instalaciones de la Exposición, que es digna de un detenido estudio y habrá de ser de gran valor como medio de cultura y adelantamiento. * * *



Vista general de la Exposición

Fotografías de Merletti.

J. NOGUE



RETRATO AL PASTEL

Salon Parés.



Acuarela de J. Nogué. — *Adquirida por don José Alesán*

Salón Parés.

GRAN TEATRO DEL LICEO

Brillantemente ha comenzado la actual temporada, en la noche del 12 de los corrientes, pues en ella, la buena sociedad barcelonesa ha hecho un verdadero derroche de lujo, como en las grandes solemnidades. Espléndido, hermosísimo estuvo el suntuoso coliseo de la Rambla del Centro, y á su magnificencia, siempre sorprendente, se unió la de un éxito franco, legítimo, de aquellos que dejan en el público un recuerdo agradabilísimo.

Púsose en escena *Sigfrido*, segunda jornada de la célebre tetralogía de Wagner; y es preciso confesar que si habíamos aplaudido ya esa soberbia partitura, por habérnosla dado á conocer en 1899 el venerable maestro Mertens, nos ha sido revelada ahora por el maestro Kaehler, concienzudo wagneriano que ha sabido detallarla sin monotonía, subrayarla sin efectismos y mantener creciente el interés desde la aparición del héroe hasta el majestuoso y exuberante canto final.

Que la obra obtuvo un éxito completo no cabe dudarlo; la generalidad de los espectadores aplaudió con entusiasmo sus muchas bellezas; los que no sienten la moderna escuela dejaron aplaudir á los demás y escucharon respetuosamente, aunque en su fuero interno calificaran de monótona é interminable la musical creación. ¡Claro! ¡Como que no todas las inteligencias se hallan á la misma altura, ni en ningún momento de la vida laten al unísono los corazones!



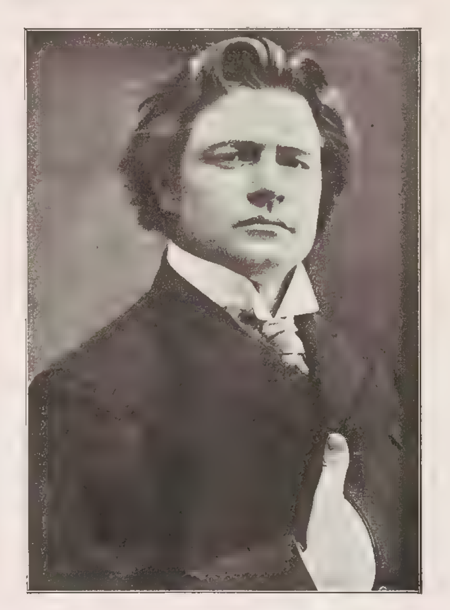
WILLIBALD KAEHLER

Según nuestra humilde opinión y reflejando la que han emitido nuestros más autorizados colegas de la localidad, hemos de reconocer que la representación del *Sigfrido*, con que inauguró el «Liceo» la campaña de este año, ha sido en triunfo, ante todo, para su malogrado autor, y después para los tres principales intérpretes, que dejaron satisfechos á los más exigentes en todas las escenas que de ellos exclusivamente dependían. Aludimos al maestro Kaehler, á la señora Bianchini Cappelli y al señor Borgatti.

Del primero hay que encomiar la claridad; nó una claridad fría, sino expresiva serenamente, sin precipitaciones, pero también sin somnolencias. Pocas veces se habrá notado una influencia tan directa y elocuente de la batuta sobre la masa orquestal. Fué una dirección la suya, verdaderamente magistral, casi irreprochable, digna por todos conceptos de los aplausos que le prodigó la distinguida y numerosa concurrencia.

Por lo que respecta al señor Borgatti, se vió desde el primer instante que es un entusiasta de su papel, que sentía admiración ilimitada por el personaje que representaba, como por toda la obra, y que lo domina en sus menores detalles, rebosando juventud, impetuosidad, robustez, cualidades distintivas del héroe imaginado por Wagner, sér primitivo, libre y en la plenitud de la energía física y de la inconsciencia moral. Posee el aplaudido tenor una voz potente, muy equilibrada en todos los registros, extensa y bien modulada; canta con seguridad y con convicción, no recurre á matices exagerados ni á rasgos efectistas, se expresa, por el contrario, natural y sobriamente, siendo además, un actor refinado; tanto, que en este sentido debemos aplaudirle sin reserva de ninguna clase.

La señora Bianchini Cappelli, á quien rogamos nos dispense si faltando á la galantería y sólo por el deseo de consagrarla especial atención la mencionamos en tercer lugar, fué dignísima compañera del héroe de la noche. Apareció la hermosa walkyria, despertando al beso más espontáneo é



JOSÉ BORGATTI

inconsciente que héroe alguno haya dado nunca, y se presentó con arrogante figura, voz agradable y espléndida y excelente escuela de canto.

Mucho y bueno hemos leído en elogio de esta celebrada diva; su carrera artística, por las noticias que hasta nosotros han llegado, ha sido una carrera de incesantes triunfos, y como su repertorio es extenso y muy variado, no nos faltará ocasión de aplaudirla en otras obras. Desde luego, en la que nos ocupa, ha dado ya una prueba irrecusable de su valer, ha sentado sus reales entre los *dilettanti*, cantando el soberbio dúo con majestad, con arrogancia, con frase clara y justa, en una palabra, como únicamente saben hacerlo los grandes artistas. En la manera de interpretar un tipo de la tragedia alemana tan característico cual el de la walkyria, ha puesto de manifiesto su talento nada común, en armonía con sus privilegiadas facultades y al servicio del teatro wagneriano, que tiene en ella una propagandista convencida y un paladín de primera fuerza; lo cual no obsta para que haga maravillas en la Tosca, la Gioconda, la Norma y Santuzza, figuras que requieren alto colorido pasional y que han servido de base á la fama de que viene precedida y que dejará de fijo bien sentada en esta ciudad, donde el verdadero mérito ha contado siempre con no escasos admiradores.
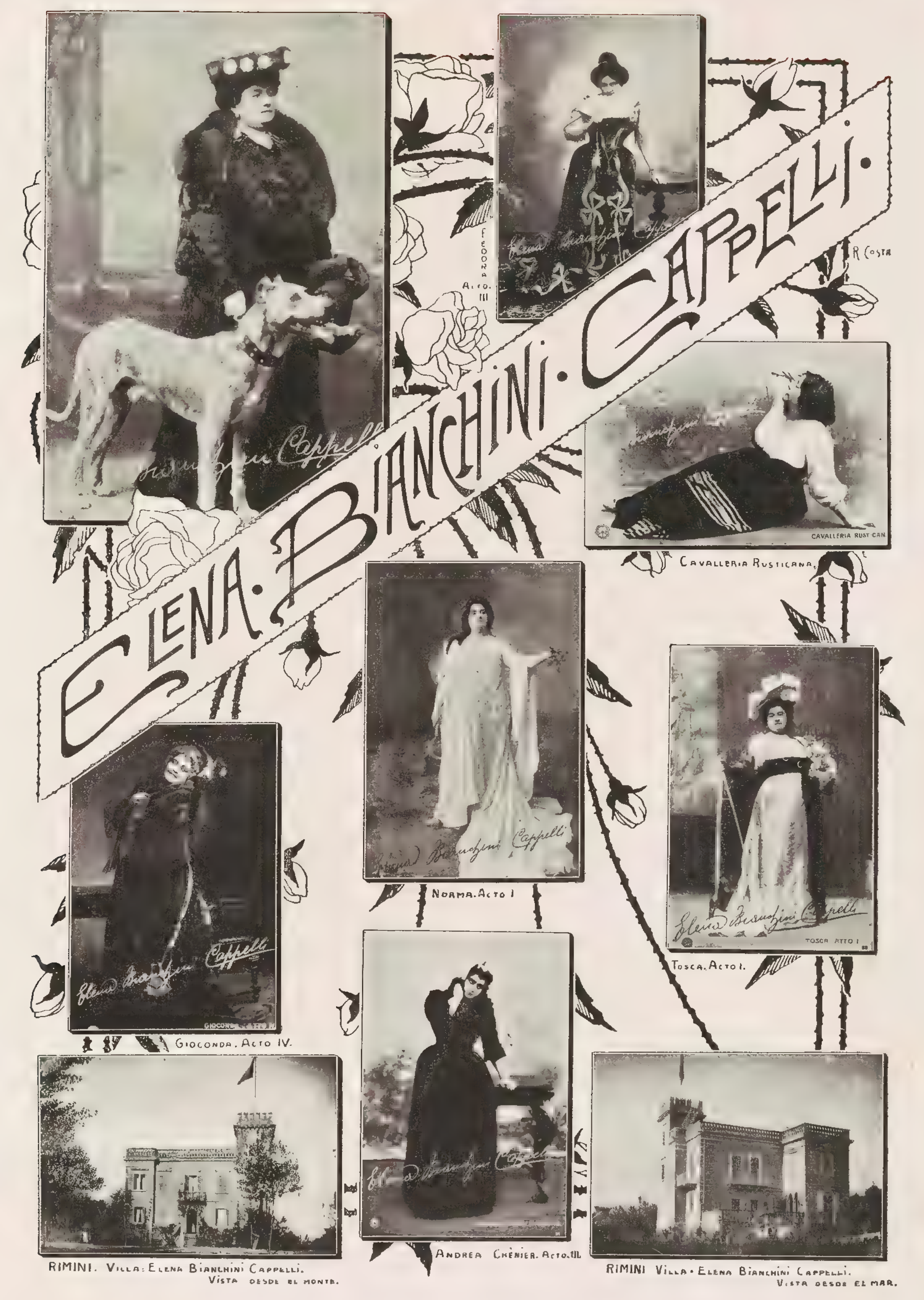
La señora Lucaceska, y los señores Cigada, Nanneti y Baldassari, á quienes estaban encomendados respectivamente los papeles de Erda, Wotan, Mime y Alberico, contribuyeron con el mayor celo, dentro cada cual de sus condiciones artísticas, al excelente conjunto de la obra; y la orquesta, dirigida por el eminente maestro concertador señor Kaehler, después de preparada convenientemente por nuestro paisano el maestro Ribera, hizo verdaderas filigranas, mereciendo unánimes y calurosos aplausos

No terminaremos esta sucinta reseña, sin consagrar cuatro palabras al activo y celoso empresario, merced á cuyos esfuerzos y acertadas gestiones deben los filarmónicos barceloneses el haber vuelto á saborear, con mayor fruición que en su estreno, la por unos tan discutida y por otros tan entusiásticamente ponderada música del compositor alemán cuya inspiración potente, volcánica, mostró al arte lírico nuevos y más luminosos horizontes.

Y ¿qué diremos, para tributar á Alberto Bernis el elogio á que le ha hecho acreedor la función inaugural del «Gran Teatro», preludio á no dudar de una temporada que dejará memoria, si, como es de creer, dada su formalidad, cumple religiosamente los ofrecimientos del cartel? Pues, diremos no más lo que ha tiempo pensamos y la experiencia va demostrando: que inútilmente se devanará los sesos la Junta de Gobierno del mismo para encontrar quien con más decoro y tacto gobierne el timón de ese buque tan propenso á embarrancar, en virtud de su extraordinario calado. Y dicho está: Bernis nació para empresario del «Liceo», y el «Liceo» necesita, para navegar bien, que él sea su empresario; porque, con fortuna favorable ó adversa, que de todo hay, al menos ofrece al público barcelonés la garantía de una actividad no desmentida y de una inteligencia experimentada.

Reciba nuestros sinceros plácemes, eco fiel de la opinión, por los méritos presentes y como anticipo de los que seguramente le valdrán los estrenos de las dos nuevas óperas: *Thais* y *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, que tiene anunciados.

* * *



Fedora. Acto III

Cavalleria Rusticana.

Norma. Acto I

Tosca. Acto I.

Gioconda. Acto IV.

RIMINI. Villa: Elena Bianchini Cappelli. Vista desde el monte.

Andrea Chénier. Acto III.

RIMINI Villa · Elena Bianchini Cappelli. Vista desde el mar.

Dibujo de Ramón Costa.

ANTONIO MU



MOROS A

UÑOZ DEGRAIN



LA ESCUCHA

Cuadro procedente del *Museo de Arte Moderno* (Madrid) y existente en el Gobierno Civil de Barcelona

BELLAS ARTES

HABLAMOS en el número pasado extensamente de las obras de Nogué, lo que nos exime hoy de repetir los conceptos que entonces vertimos acerca de sus talentos y cualidades. La portada del presente número es copia de una acuarela de ese mismo autor, muy fácil y fresca de mecanismo y uno de los trabajos más espontáneos que le hemos visto.

Con gusto tenemos que ocuparnos del hermoso cuadro de Muñoz Degrain, *Moros á la escucha*, por cuanto nunca habíamos tenido ocasión de mentar el nombre de este ilustre pintor, que tan honroso puesto ocupa en el arte patrio.

Muñoz Degrain ha tratado todos los géneros, distinguiéndose sobremanera en la pintura de grandes paisajes, con tendencias á lo fantástico, y en la pintura de historia. Las altas recompensas ganadas por él en buena lid en los certámenes nacionales, atestiguan la universal estima de que se ha hecho acreedor, figurando siempre como uno de los talentos más originales y vigorosos de la vieja escuela.

Este mismo cuadrito que honra hoy las páginas del ALBUM SALÓN, en su misma sencillez es un alarde más del buen gusto y conocimientos de su autor. Las dos figuras de que se compone no pueden ser más expresivas. La actitud del moro que está tendido con el oído aplicado al suelo para percibir los más tenues rumores del paso del enemigo, es natural y bella de líneas; y la de su compañero que se adelanta á gatas con cautela, contribuye á llenar de misterioso silencio la escena. El paisaje, ó mejor dicho, las retorcidas chumberas que cierran y limitan el lugar de la acción, es obra de un maestro que sabe sacar partido de los menores accidentes naturales, y sorprender las bellezas doquiera se encuentren. Un mecanismo sobrio y agradable, tan distante de los relamidos atildamientos de algunos artistas que cultivan el mismo género, como de las excesivas liberalidades del pincel, dan á este cuadro el carácter serio de una obra grande con la afable elegancia de la obra de caballete.

Por encargo y con destino á adornar un comedor, el dibujante Joaquín Diéguez ha pintado y tuvo expuestos en el Salón Parés tres *panneaux* decorativos que representan *El pan, El vino* y *El agua*, asuntos tan trillados como socorridos, puesto que permiten una infinita variedad de interpretaciones.

Diéguez ha resuelto bien los tres temas, en lo que respecta á la representación plástica, empleando figuras de niños, en actitudes apropiadas á sus diversos símbolos, é inspirándose en las formas arcaicas. Las agrupaciones son naturales y sencillas, y ciertamente la disposición del paisaje contribuye á evidenciar más claramente el asunto.

FRANCISCO CASANOVAS

JOAQUÍN DIÉGUEZ



EL VINO. — *Cuadro decorativo para comedor.* *Salón Parés.*

PÁJAROS Á LA HUERTA

AL atardecer de aquel domingo lluvioso, el sol, rompiendo la frágil barrera que le oponían las nubes y ordenando á éstas en torno suyo en apretujadas hileras que atavió de rojo y amarillo, asomó por encima del pico más alto su montera de oro con penacho de rayos, obligando á sonreir á toda la tierra con una sonrisa trémula é irisada que hizo suspender la lluvia.

De lo hondo del valle, contrastando con la solemnidad del crepúsculo, se alzó una risilla fresca y cariciosa, como de nereidas en danza: era el rumor del río vagando de oquedad en oquedad, de sierra en sierra, preso en la exuberante gama de las vibraciones aéreas, del río que se deslizaba entre cañales, malezas y avellanos silvestres, mostrando á horcajadas sobre su lomo rugoso y azul los cabrilleos del sol que imitaban lluvia de orientales perlas, desgranadas por mano invisible en las aguas... Abriéndose en profusos abanicos, recamados de espumas, corrían éstas presurosas á buscar las grandezas del Océano, trocando y transfundiendo, con jubiloso latir, en manojos de flores de cerámicas matizaciones los espejismos del cielo y perdiéndose, al fin, tras angosta revuelta, entre dos enormes taludes tapizados de verde, como dos baluartes alzados á la Esperanza.

Al extremo de uno de estos, al socaire de un monte y provista de huerta, establo, dos hórreos y un pajar, vióse de improviso á la casuca de la Xuaca dar señales de vida, desperezándose grotescamente bajo la caperuza granate de su tijera recién lavada. Sus desvencijados portillos, perforados de clavos y herrumbres, cedieron dóciles á la mano que por dentro los abría, y en los roñosos vidrios de sus ventanucos se quebró la luz con alegre relampaguear de colorines. Del goterial chorreante saltaron mil regurgitaciones rojizas que escurrieron las gárgolas sobre cerdos, gallinas y vacas que, así que cesó la lluvia, comenzaron á rebullir frente á la casa, dejando los escondrijos en donde guarecido se habían del agua. Dos palomas torcaces posáronse en el alero, enarcando, entre

arrullo y arrullo, su cola y sus alas estremecidas en forma de marisco, mientras por debajo del friso dábanse al vuelo algunas golondrinas, describiendo negras curvas sobre el campo verde y tenues remolinos en los baches.

***

La Xuaca salió al soportal, cargada con una *duerna* rebosante de caldo harinoso y extraños grumos, que depositó en el suelo, arrimándola á unos haces de leña seca, sobre los que verdeaban algunas ramas de fresno. En pos de ella salió también Tonico con un *tanque* de leche en una mano y un zoquete de borona en la otra. Tomó asiento el rapaz sobre las hojas de fresno y junto al caldero, á cuyo hedor acudieron á todo correr, y también á todo gruñir, los gochos hambrientos. Y mientras estos y el rapaz dábanse con ruidosísimo regodeo al furor de la gula, la Xuaca entró con sobrepticio apresuramiento en su casa, volviendo á salir al poco rato llevando á cuestas un especie de hombrete con montera, de brazos y piernas flácidos, con extremidades de piña y armazón de palo, bajo el rígido embutido de vieja trapería. Por encima del *tanque*, sostenido con ambas manos y cuyo contenido estaba en tal momento apurando, fijó Tonico sus ojos de color de turquesa, grandes como puños, en el pelele, al que vió que arrimaba su madre al tronco de un ciprés que sobre la huerta extendía, con protectora indiferencia, su ramaje sombrío.

Una nutrida falange de pájaros huyó á la desbandada al notar la presencia del espantajo, en cuya cara lívida grabado había la carbonil barbarie una boca y unos ojos asombrados del todo.

Tonico, que no apartaba los suyos del pelele, atisbaba al mismo tiempo á su madre, á la que, por fin, tras breve maniobrar, entrando y saliendo de la casuca al granero, del granero al establo y de éste al pajar, vió con júbilo partir hacia el pueblo, á donde iba á repartir la leche que en nivea lata sobre la cabeza llevóse.

***

No marchó la lechera sin antes recomendar á su hijo que *non fayese* diabluras, interin ella *non golvia:* á lo que protestó el rapaz con picaresco mohín que podía muy bien traducirse por un:

—¡Hay *que lo ver!*

—Gran demoniaco, — gritó la Xuaca, retrocediendo dos pasos hacia el Tonico: mas como sintiera, al propio tiempo, tambalearse sobre su frente la jarra, toda turbada la lechera por el súbito temor de que fueran sus cuentas las de la otra, llevó á la cabeza con prisa ambos manos, refrenó sus ímpetus y emprendió, arrimada á la ladera, su camino, bajando por una trocha que conducía al atajo y haciendo caso omiso del cínico rapaz que, con melífluo tono, quedóse aún rezando:

—*¡Vay, vay con Dios, buena muyer!*

Y esto diciendo, tiró impetuoso de una vara de fresno que debajo de las nalgas tenía atravesada y dióse con ardor á la rápida tarea de arrancar sus hojas hasta que la dejó monda.

Hecho lo cual, viendo á la Xuaca cada vez más lejos, púsose de un brinco en pie y dirigióse al ciprés blandiendo la vara.

Vivo clamoreo de voces, venido de próxima carretera, suspendió un punto al rapaz. Eran unos cuantos vendedores de sidsa, «*chigreros*», que iban despotricando sobre el *descansu dominicu.* Tonico miróles con el desprecio con que miraría un buey á una sabandija, y dando á su propio impulso toda la importancia, arrimó á la cara del pelele la suya, y con voz campanuda y socarrona, exclamó:

—¡Ya sé lo que *yeee!*

Y le atizó tan tremendo varazo, que le derribó en tierra. Y sin dar por terminada su hazaña, cogió valerosamente al *muerto* en brazos, y subiendo en un periquete á lo alto del monte, lo arrojó al abismo, gritando con el mismo tono de antes:

—¡Ahí va!... ¡Descansa, *home!*

Y echó á correr, silbando alegremente, hacia la huerta, á la que habían vuelto á descender los pájaros á buscarse la vida y que no tuvieron miedo alguno de Tonico, porque ya le conocían...

JOSEFA CODINA UMBERT

JOAQUÍN DIÉGUEZ



EL AGUA. — *Cuadro decorativo para comedor.* *Salón Parés.*

CANTARES

Apartar de mí tu imagen
he intentado muchas veces,
mas ¡ay! que las golondrinas
vuelven á su nido siempre.

Agua me dió una zagala
al verme morir de sed:
mucha sed antes tenía,
pero más tuve después.

Para ocultar un secreto
practiqué un hoyo en la tierra;
lo dije bajo, muy bajo,
pero lo oyó mi conciencia

Río arriba, río arriba,
nunca el agua correrá;
que en el mundo río abajo,
río abajo todo va.

Rafael, escribo tu nombre
de este árbol en la corteza;
como el amor que te tengo
irán creciendo las letras.

MELCHOR DE PALAU



El Pan. — *Cuadro decorativo para comedor.*

Salón Parés.

A. ROS Y GÜELL



ELS SARDINALS (LA ESCALA). *Salón Parés.*

EXPOSICIÓN A. ROS Y GÜELL

La última exposición de cuadros al óleo, impresiones de viaje, del joven pintor don Antonio Ros y Güell, verificada en el Salón Parés de esta ciudad á primeros del próximo pasado mes de Noviembre, constituye, para el arte catalán y para el estudioso artista, una nota sensacional, un verdadero acontecimiento.

Los que como nosotros, desde hará ya algunos años, venimos siguiendo paso á paso el camino triunfal del señor Ros, hemos de reconocer hoy que éste va avanzando cada día más, con seguridad y firmeza, al extremo de ya no podemos considerarle como un buen prometedor de obras bellas, sino como un espíritu noble que se ha encumbrado á las cimas gloriosas del sentimiento humano, logrando la más perfecta harmonía entre su propia manera de sentir y el *alma* de la Naturaleza. Porque — como decía muy bien un ilustrado crítico en artes, refiriéndose á las obras de nuestro amigo últimamente expuestas — en todos sus cuadros, en todas sus impresiones, más que un pintor propiamente dicho, se adivina una *alma*, un temperamento. Sí; un temperamento poético que, con mirada escrutadora, penetra en lo más hondo de las entrañas de las *cosas*, extrayendo de ellas el *substractum*, lo que á simple vista no puede apreciarse, hasta hacernos sentir un mundo misterioso y desconocido, ideal, si se quiere, de refinadas voluptuosidades, hermosa conjunción de realismo y romanticismo, que las gentes indoctas califican de *modernismo*.

Y es joven el señor Ros, muy joven todavía. Espíritu sencillo, de una bondad angélica, con rasgos infantiles, ve las *cosas* como las ven los niños y los corazones generosos sin mácula: ó sonrientes, con destellos de luz y de color, franca exteriorización de una alegría ideal; ó tristes, con tonalidades delicadamente moradas y violáceas, evocadoras de una tristeza plácida, de una melancolía sutil, propia de un poeta sentimental. No pinta por pintar, no compone sus cuadros á la tun tun, sin finalidad artística: trabaja con la fe del convencido, del que cree honradamente que el arte es una misión sagrada, sobre todo en nuestro país, donde el *industrialismo* lo absorbe todo y todo lo entibia con su vaho. Es de los pocos artistas que, compenetrándose con la madre Naturaleza, se impresionan tan profundamente, que podría pintar sus cuadros desde el taller, de *memoria*, con la seguridad de que su obra resultaría con más personalidad y más artística que tomada directamente del natural.

Quizá á algunos les parezca una herejía nuestra afirmación. Nosotros creemos, y lo decimos sinceramente, que para ser un gran pintor, lo mismo que para ser un excelente literato, lo esencial es saber impresionarse, *documentarse*, para, una vez *documentado*, trabajar interiormente con el corazón y la inteligencia, elaborando la obra de arte, y no exteriorizarla hasta que *in mente* se vea con toda claridad, como un sueño inaborrable. Copiar directamente el natural, sobre todo en el paisaje, que la Naturaleza cambia por momentos de luz, y, en consecuencia, de aspectos, en nuestro concepto es un trabajo vulgar, nunca la labor del verdadero artista que ha madurado una impresión fuerte y que la lleva en la retina, día y noche, acariciándola febril, con amor de padre Esto es lo que nosotros entendemos por *impresionismo*. Más que una expresión fiel y bárbara de la realidad, es una subjectivación del artista.

Así, pues, apreciamos al señor Ros en su última exposición. Sus hermosos cuadros, «Els Riells» y «El Gorch», confirman plenamente nuestros asertos. El primero, *cortado* con sumo gusto, es un derroche de color brillante y harmónico: con entonaciones de azul en su gradación más rica, sintetiza por sí solo un temperamento impresionista, poeta y pintor á un tiempo, soñador de visiones altamente artísticas. El segundo, con su tonalidad gris, sugiere una extraña melancolía: da la impresión exacta de la hora del crepúsculo vespertino, momento solemne en que la Naturaleza toda permanece en silencio, como entregada á un deliquio infinito. Y en los restantes cuadros, como en «Primeres Neus» y «Formiguers», exquisitos de perspectiva, las grandes cualidades de artista del señor Ros se manifiestan con igual intensidad y nobleza.

Felicitámosle sinceramente por su último triunfo, y hasta otra.

Ignacio IGLESIAS



Ros y Güell en su taller. *Fot. de Francisco Serra.*

LA CONFESIÓN

Había terminado el almuerzo. Sobre la «verde alfombra», como decían los poetas de antaño, destacábase la nota blanca del mantel, salpicada de manchones irregulares, entre rosados y purpúreos, esparcidos aquí y allá, sin orden ni concierto, á manera de islotes por un océano de nieve. Las capsulitas del Burdeos relucían bajo la hierba, cual gusanazos luminosos de un género desconocido en las clasificaciones zoológicas. Yacían las copas en el suelo, como embriagadas por los generosos licores que habían recibido efímera hospitalidad en sus redondeados senos de cristal de Bohemia. Las migajas de pan y los relieves del pantagruélico festín excitaban la voracidad de los pájaros que revoloteaban por los arbustos próximos, y la de los insectos que se acercaban rastreramente, merodeando por los bordes del finísimo lienzo. El «déjeuner-dîner» (según *ella* decía, recordando sus buenos tiempos de París) había sido copioso; y, acariciados por la juventud y el amor — esas dos grandes salsas con que no pueden competir las más delicadas invenciones del arte culinario, — los dos comensales honraron dignamente al aderezador de tan exquisitas viandas y al proveedor de vinos tan deliciosos y escogidos.

—Me sucede contigo, *neña* — decía *él*, con una especie de apasionamiento febril, — lo contrario que con las demás mujeres. Estos regodeos al aire libre, en los que á mi inapetencia habitual substituye un hambre instintiva, acabaron invariablemente por hacerme odiosa la compañía de mi huésped... Sentía yo palidecer sus encantos al observar cómo la luz del sol coloreaba los objetos. El aroma de las flores silvestres me hacía irrespirable el perfume de las esencias que impregnaban su piel, sus cabellos y sus vestidos. Parecíanme insoportable música y charloteo frívolo su voz y sus palabras, cuando percibían mis oídos el canto de las aves parleras. (Y absuélveme de estas continuadas fugas al campo de los poetastros bucólicos). Recordaba, en fin, la sentencia de aquel sapientísimo autor, según el cual, las horas siguientes á la orgía dieron lugar á la aparición de cenobitas y anacoretas...

Escuchaba *ella* con vago temor tales disquisiciones amatorias, no sabiendo si atribuirlas al delirio erótico ó á los ataques de gastralgia que *él* padecía, con frecuencia desoladora y con cierto carácter de isocronismo, por la mala vida que llevaba. No era cosa de achacarlas al vino, porque su anfitrión apenas si lo había probado. No; no era eso.

Quedáronse *él* mudo y *ella* pensativa, rumiando el uno tristemente sus propias ideas y la otra esforzándose por desentrañar la ajena intención.

La quinta donde celebraban la toma de posesión de sus nuevos destinos era un primoroso rincón de Asturias «muy *guapín*», como decía so-

lemnemente la guardesa, una buena moza del país, rubia, metida en carnes y apetitosa aún, por más que frisaba con los cuarenta.

Se titulaba *El Paraíso,* nombre que les había parecido de perlas para el caso de instalar allí su naciente amor; y era realmente digna de haber cobijado, en los genesíacos tiempos, la inocencia de nuestros primeros padres.

Ocupaba algunos *días de bueyes,* medida agraria que no figura en los tratados de aritmética, y equivalente á yo no sé cuántos centenares de pies cuadrados. Rodeábala en todo su perímetro elevada tapia de cal y canto, coronada de trecho en trecho por almenas de sillería á medio esconder, bajo la yedra que tapizaba el muro por el interior de la finca. A pocos metros de la verja de entrada erguíase el palacete de los dueños; algo así como *chalet* suizo, de un piso nada más, con amplia galería en la fachada principal, y una especie de torreón feudal á la parte de oriente, aprisionado entre cadenas de plantas parásitas, y con oficios de bodega.

En los andenes del jardín, irreprochablemente vestido á la moda inglesa, una capa de guijarros playeros, tamaños como almendras, servía de movediza alfombra, en la que no dejaban huella alguna los pies. El comedor, que, por un capricho de los amantes, se había improvisado *en plein air*, á la sombra de los castaños y á dos pasos de una fuente rezadora y alegre, era sencillamente un encanto.

Adán y *Eva*, ajenos á toda sensación exterior, sin parar mientes en el bellísimo espectáculo que la Naturaleza les ofrecía, con los ojos semientornados y las almas ausentes de aquel soberbio panorama, se despegaban por su tristeza de la nota riente del paisaje.

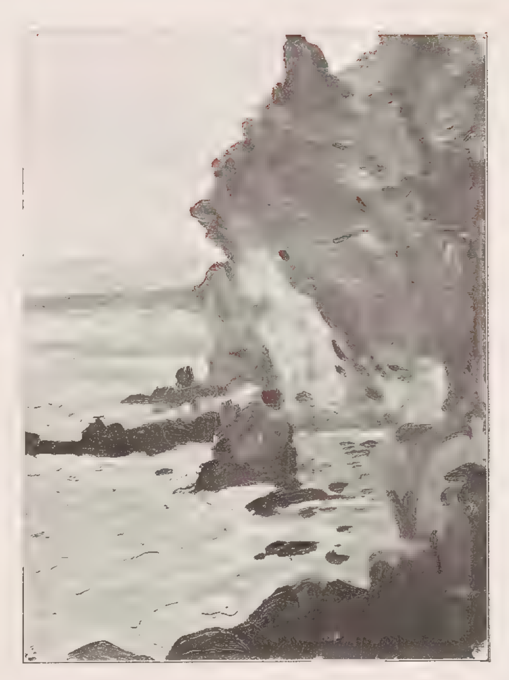
***

—¿En qué piensas? — interrogó *él* de pronto á su callada compañera.

—En mi desgracia pienso. Porque ya verás tú, Paquillo, cómo resulta que has aguardado á conocerme para meterte fraile ó sentar plaza de ermitaño cualquier mañana de éstas, de acuerdo con esa cruel sentencia de tu sapientísimo autor; acaso mi sentencia de muerte... Pienso en que correré igual suerte que mis antecesoras; peor suerte aún, pues ni me quedará la esperanza de reanudar los lazos que tu arrepentimiento desate... ¡Ay! Me faltaría valor para robarte del convento como Don Juan Tenorio á su Inés, ó para tentarle en el yermo como la reina de Saba á San Antonio...

Y una explosión de risa le hizo suspender en tal punto el discurso. También *él* reía, con hilaridad estallante y nerviosa. Mas se calmó súbitamente y, clavando sus ojos en Margarita, la Eva de aquel Paraíso..., sin manzana:

—A ver, explícame bien eso, preciosidad — le dijo. — Pero cambiemos los papeles. En vez de ser tú mi diablo predicador y yo tu religioso auditorio, sé tú una santa penitente y yo un confesor endemoniado. No te extrañe mi antojo, porque no faltan ejemplos tales en el pícaro mundo: *in hoc lacrymarum valle...* También tengo yo mis latines... Vamos, baja del púlpito y acércate al tribunal de la penitencia. No temas; seré



Cala fradosa (Cadaqués).



Cala culip (Cadaqués).

bondadoso contigo... Dime confiadamente, sin mentir propósitos de la enmienda ni ocultarme pecado alguno, lo que crees, lo que esperas y lo que amas... Todo ello con referencia á mí, por supuesto... ¡Ah! Te dispenso de arrodillarte... Habla...

Margarita se puso seria. No comprendía, por más que pensaba en ello, á qué obscuro y tortuoso designio podía obedecer al capricho pérfido de su amante. Un rápido temblequear de los labios, un fruncimiento de las cejas apenas perceptible y un fulgurante relámpago de los ojos significaron su protesta. *Paquillo*, como apodaba *ella* familiarmente á su último dueño, contemplábala atento, con expresión de desconfianza y de burla... Ante aquella revelación de injustificados recelos, Margarita sintió como un latigazo en pleno rostro, y, para desvanecer toda sospecha en *él,* cuyas sonrisas y miradas dejaban traslucir mil recónditas inquietudes, exclamó, al fin, entre malhumorada y risueña:

—Acúsome, padre...

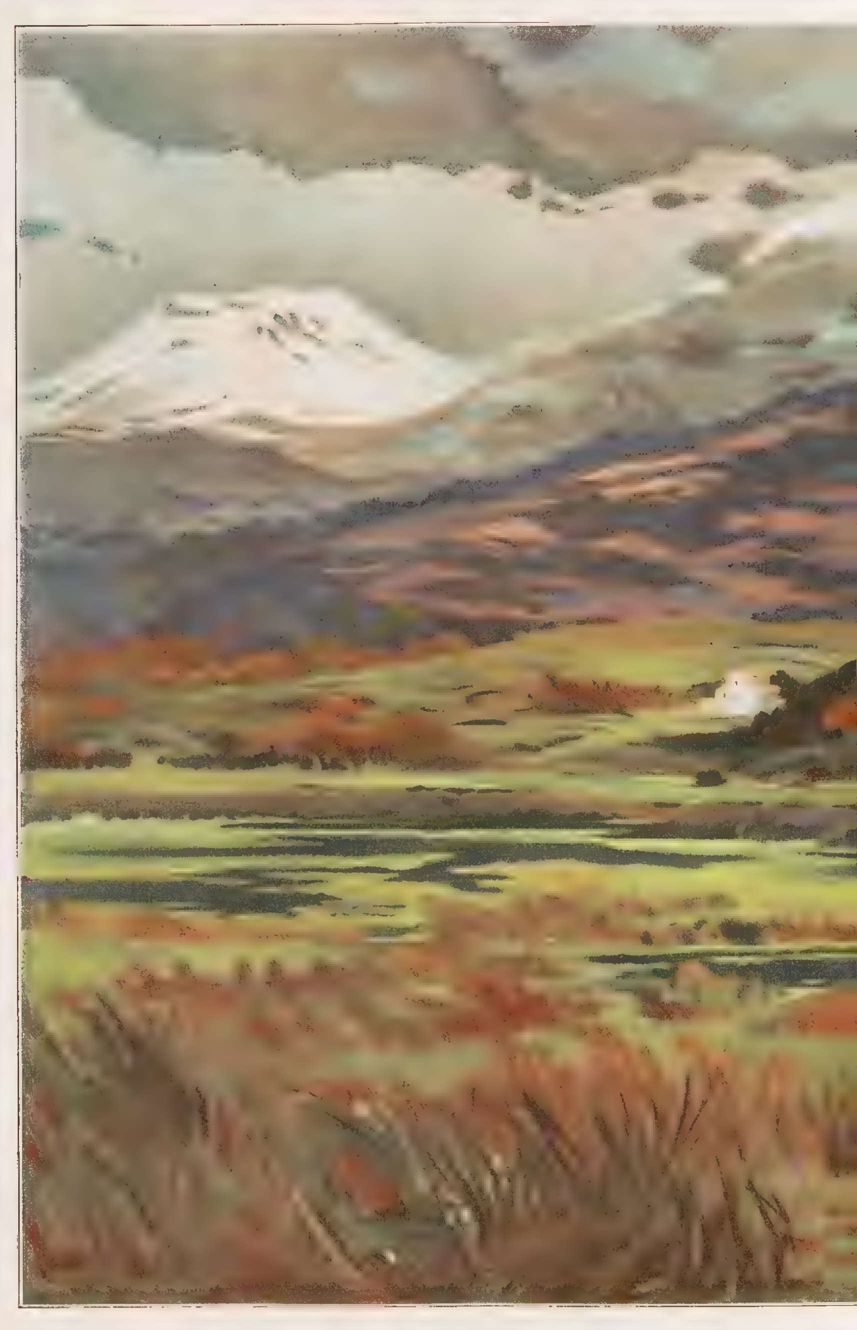
***

El confesor se estremeció ligeramente al oir las palabras sacramentales. ¿De qué culpas iba á acusarse aquella mujer?... Seguramente de alguna infidelidad, de un perjurio desconocido, de una no soñada traición. Y se arrepentía de la broma, considerando que el sainete pudiera concluir en tragedia. A punto estuvo de hacer callar á la penitente, de rogarle que enmudeciera, de pedirle que ocultase sus extravíos. *El* no quería saber nada; prefería ignorarlo todo... Indudablemente, sería mejor que no hablase. Pero la pecadora, después de una breve pausa, continuó diciendo:

—No me he confesado jamás con nadie, y ésta es acaso mi menor falta... Mas, pues tú lo has querido, voy á hacer en voz alta mi examen de conciencia. Segura estoy de que me absolverás de mis yerros. En esta hora suprema, mi alma se arrodilla á tus pies, y mi conciencia rompe el silencio augusto de este florido templo, que tiene al sol por lámpara y el azul del cielo por bóveda, y cuyo altar es ese sitio que ocupas tú, dios inmortal de mis amores... Prepárate á oir mi confesión; pero no me interrumpas...

» Mi fe, mi esperanza y mi caridad han anidado largo tiempo en mi corazón, como pajarillos de alas nacientes. Su primer vuelo ha sido para ti, nene mío... No quiere decir esto que no haya creído, ni esperado, ni amado hasta ahora. Quiere sólo decir que mis pensamientos no se encaminaban á fin alguno conocido; que mis creencias eran dudas; mis esperanzas, presentimientos; caprichos mis amores... Todo ha cambiado hoy, por mi fortuna ó mi desgracia... No hagas gestos de negación, puesto que no se puede distinguir la suerte buena de la mala. Seré feliz ó desdichada contigo; me salvaré ó me condenaré por tu causa; resultaré vencedora ó vencida en la lucha... ¡Quién sabe! Pero mi gran caída, mi primer pecado mortal, mi infierno acaso... á ti te los debo... No te sonrías de ese modo, confesor volteriano. Por tu culpa creo, espero y adoro... en ti! Conque, ¡ya ves si te debo mi caída, mi pecado y mi infierno! He ahí la primera parte de la confesión que solicitabas.»

Cuadros de A. Ros y Güell.



PRIMERAS N

Y GÜELL



EUS (Montseny).

Salón Parés.

Margarita calló, como avergonzada y confusa por lo que había dicho ó por lo que no se atrevía á decir. Su amante se aproximó hacia ella y, oprimiéndole brutalmente las manos, exclamó con voz ronca:

—¿Y la segunda parte?... Habla pronto, sin vacilaciones ni cobardías. Yo te lo mando, te lo exijo... Quiero saberlo todo, ¡todo!... ¿me entiendes?

La pecadora se desasió de aquellas manos que la abrasaban como hierros candentes y la atenazaban como garfios; y, mirando fijamente á su dueño, repuso:

—¡Ah! ¿La segunda parte?... ¿Pero no la has adivinado, mi nene? Pues bien; vas á saberlo todo; sí, todo... He dicho antes que creo, espero y adoro en ti, ¿verdad? Y que por eso te debo mi caída, mi pecado y mi infierno... El final de mi confesión podías haberlo presumido. Es éste: que conozco mi caída, y no quiero alzarme del suelo; que sufro mi pecado, y no me arrepiento; que merezco el infierno, y en él pienso vivir contigo... ¿Quieres más todavía?

Y la penitente rompió á llorar... Después de susurrarle al oído algunas palabras, el confesor cayó de hinojos ante la pecadora y le besó piadosamente las manos... Margarita le obligó á levantarse y, rozando con sus labios de fuego la frente pálida de *Paquillo*, le dijo sonriendo:

—Sí, mi nene, sí... ¡Te perdono!

Carlos MIRANDA



Port lligat (Cadaqués).

FLIRT

Y si me engaña usted? Los hombres inteligentes, de inteligencia verdaderamente superior, como usted, no suelen ser muy sinceros. La vida es una pura comedia, según usted mismo confiesa. ¿Quién me garantiza á mí si esto es sainete ó tragedia? ¿Quién es capaz de determinar su género? ¿Se ha impuesto usted el papel de galán enamorado, de rendido amante?... No, no me interrumpa... ¿Dice usted que me ama? Bien, venga la prueba... la prueba absoluta, irrecusable... Palabras, galanteos, rendimientos... todo eso no es nada. Un hombre de sociedad los tiene siempre para todas las mujeres... y aunque así no fuese, yo necesito la prueba, la prueba...

—Pero por Dios, Carmela... medite usted bien sobre lo que dice. El cariño es indemostrable, á la manera que usted lo exige. El amor no es un teorema matemático, que se resuelve con reglas fijas. Yo la amo á usted ardientemente, con una gran pasión, con una pasión digna de los tiempos medioevales; pero, ¿cómo probárselo más que con mi palabra? La fe es el primer elemento del amor. Si usted corresponde á mi cariño, debe tener confianza en mí, fe en mi palabra, seguridad en mis afirmaciones. El amor más grande no resiste el análisis...

—Entonces, hemos terminado. Hablemos de otra cosa... del último estreno... porque, ¡créalo usted!, para obtener mi afecto, es condición precisa esa extravagante de la prueba... Comprenda usted, no se trata de romanticismos, de extravíos nerviosos, nada de eso; es que me asusta el porvenir... si después, cuando ya no tuviese remedio, resultase que no me amaba, que *nos habíamos engañado*... ¡qué horrible! ¿verdad?

—Horrible, espantoso, abominable... Bien; resucitemos los pasados tiempos; yo recogeré el guante que ante las garras de la fiera usted arroje...

—¡Oh! no, no... ¡qué miedo!... Además, que el Gobernador no autorizaría el espectáculo...

—Entonces... si usted quiere, le haré la competencia á *don Tancredo*.

—Eso sería ridículo... Parece que habla usted demasiado ligeramente.

—¿Ligeramente? Hablo con toda seriedad. ¡Una prueba de amor! No se me ocurren otras...

—Piense usted. La originalidad me seduce... Adivine mi deseo... Lea en mi frente...

—¡Leer en la frente! ¿Sabe usted el alcance de lo que dice? Si yo pudiera descorrer el misterio, si yo pudiera poseer su pensamiento, ¿qué falta hacía entonces prueba alguna? Entonces sería usted mía, toda mía, íntegramente mía... ó no lo sería usted. La posesión absoluta ó el absoluto apartamiento: ¿pero la verdad es acaso la madre del amor? De las espumas nació Venus; deleznables, embusteras, engañosas, inconstancias que mueven todos los vientos y que se deshacen besando rumorosas todas las playas. Dulce sueño, agradable mentira es el amor; ya lo dijo el poeta... ¡Y si así no fuese! Recuerde usted el *despertar* terrible de *Roxana*. Para amarse, vale más no conocerse. A todos los humanos, para el tipo ideal, ó nos falta alma ó nos sobran... narices.

—Ingeniosísimo..

—Verdadero pienso yo y usted misma también. Ahora, ve usted, que leo en su pensamiento, no puedo llamar á engaño. ¿Es cierto?

—¡Quizás!

—¿Quizás? Mantiene usted la duda... Empiezan á flaquear sus convicciones... Me felicito de ello...

—No adelante usted los acontecimientos... No veo motivo.

—Yo, sí. La única forma de demostrar el amor... es amando. No se ría, Carmela. Todas las verdades verdaderas parecen *perogrulladas*. Si usted me ama, ha de amarme á mí tal como soy; feo ó guapo, sabio ó ignorante, valiente ó pusilánime. Si para amarme me exige usted la realización de una cosa es fácil que no sea á mí sino... á la empresa acometida á quien ame. Es esto como el que se enamora de una máscara; el momento de quitarse la careta es siempre el de la decepción y el desengaño. Si usted me quiere héroe, sabio, poeta; si usted desea en mí una cualidad que no tengo... es simplemente que no me ama usted... Si usted me amase... el amor es un sueño; no se puede dormir con los ojos abiertos. Cerremos, pues, los ojos; entreguémonos, Carmela, á la ilusión de nuestro encanto...

—Ah, sí; pero ¿y si despertamos un día?

—¿Despertar? ¡Despertar! No queda más que un recurso: tratar de conciliar el sueño nuevamente...

—No, no; quizás tenga usted en todo razón menos en esto. ¡Que los que se aman en sueños, cuando despiertan suelen no conocerse!

José DE CUÉLLAR



Aigua - molls (Riudellots).

Cuadros de A. Ros y Güell

LE TOCÓ LA SUERTE

Ignacio Isurriaga tenía diez y nueve años y había pasado su vida sin salir del caserío de Mecolalde, á igual distancia de Vergara y Oñate, en la bellísima provincia de Guipúzcoa.

Su padre, también se llamaba Ignacio, y Josefa su madre.

Aquél había viajado mucho, porque estuvo una vez en San Sebastián, *por corridas*, é ido á un partido de pelota en Tolosa; de forma que había visto tierras y aún viajado en tren.

Josefa no había pasado de Vergara, y era tal la idea que tenía de la limitación del mundo, que cuando se hizo la Restauración y vino el Rey Don Alfonso, le decía á una muy amiga suya, tan amiga, que compraban á medias cerillas amarillas para ponerlas en el suelo de la iglesia por las almas de sus antepasados:

—¿Por dónde entró el Rey Alfonso, cuando soldados nuestros tenían guardadas todas las salidas?

Ignacio, el hijo, sabía algún castellano, y cantaba, de una manera flamenca, hasta cierto punto, aquella copla que dice:

« Perdiz que en el campo cantas
Y en el monte nido tienes,
Viene el cazador y matas;
Más te valiera estar duermes. »

Había ido á la escuela de Vergara, y sabía leer en castellano.

Para él, Dios era vascongado y el diablo castellanua.

Sólo reconocía una autoridad, el cura.

Un solo baile, el zortzico; una sola enseña, Guernica.

Partidario de estas tres grandes unidades, no reconociendo más forma de que los hombres puedan entenderse que el vascuence, y creyendo de buena fe que en Castilla (para él España era Castilla) todos eran herejes y ninguno podía salvarse, cumplió Ignacio sus diez y nueve años.

Bebía sagardua; comía borona; el maíz le parecía la única cosecha posible, la boina el único tocado, y el alguacil el más alto magistrado. Don Carlos era, para él, Señor de la tierra y amigo de Dios.

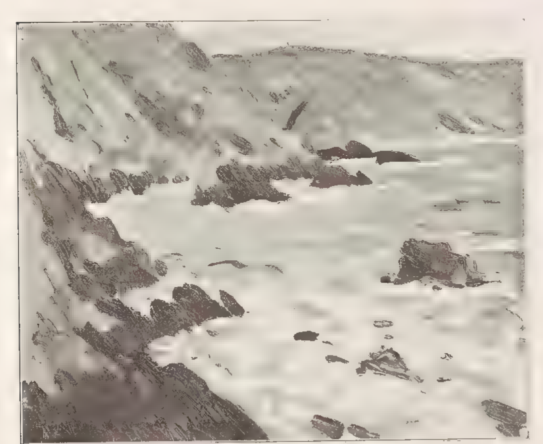
En gastronomía, el chocolate era el colmo de los mimos, y los chipisones el mayor regalo.

Todo el que llevaba uniforme y no gastaba boina era un *guiri*, y en cierta ocasión no quiso bailar con Antonia, hija de un foral, porque había sabido que un cabo de carabineros le había dicho al pasar: *Escachapolita*, y ella se había sonreído.

Tan firme era su arraigo en las ideas de sus padres y su patria, que cuando supo, hace cuatro años, que tenía que *quintar*, no lo sintió sólo por separarse de su familia, ni por las fatigas del servicio, sino por *condenarse*, lo que era evidente, dado su contacto con los castellanos.



Port gran (Cadaqués).



Las Sellas (Cadaqués).

Cómo se verificó la quinta en Oñate, cuando le tocaba sortear á Mecolalde, sólo Dios lo sabe; lo que sufrió el Alcalde teniendo que obedecer al Gobernador y no á la Diputación, podría dar lugar á Echegaray para hacer un drama, ó á Donato Jiménez para dar gritos estentóreos. Chaschote, por este nombre era conocido el Alcalde, hubo momentos en que creyó que el árbol de Guernica iba á descuajarse por sus raíces, él solo, de pena, al saber lo que estaba sucediendo.

Las monjas (en Oñate hay varios conventos), de acuerdo con el padre Arsurriaga, hicieron tres funciones de desagravios, y otra para que Dios purificase al pueblo de los miasmas de los *guiris*.

Don Lucas de Zubillaga y Rementesia, abogado, diputado á guerra que fué en la pasada, miembro de la junta carlista que se reunió en París cuando Don Carlos vivía en la calle de Cheveau-Legarde, y hombre de cierta instrucción, que, á pesar de hablar siempre en vascuence, sabía el castellano, y por lo que había viajado estaba en alguna comunicación con el mundo moderno, no creía tan en absoluto en la condenación eterna de todo el que saliese de Guipúzcoa, pero decía de la mejor fe: «Los fueros son sagrados, legítimos y de derecho divino. »

El cura párroco Arsurriaga, que, entre paréntesis, hizo los estudios en Vitoria, jamás pasó el Ebro, y predicaba en vascuence, manifestando estar en las mejores relaciones con Fangoicua; mientras las operaciones de la quinta no salió de su presbiterio, y desde allí, siempre en vascuence, exhortaba á su manera á las caseras, y les aconsejaba la mayor resignación para sufrir los rigores á que el Señor las entregaba, dejándolas en manos de los enemigos de Don Carlos y de Dios (Don Carlos por delante). El Secretario del Municipio, sargento que fué en el ejército carlista en la primera guerra, estaba en tal situación, que estuvo dos horas *encontrando* las listas del sorteo, y las *buscó* á las cuatro y media de aquella misma tarde.

Por fin, que el sorteo se hizo, y los quintos salieron del pueblo.

Pocas mujeres fueron á despedirlos; todas se refugiaron en la iglesia, y sólo cuando el pelotón se perdió de vista, y más allá del puente, salieron del templo, donde quedó el padre Arsurriaga, repartiendo á los muchachos rezagados escapularios del Sagrado Corazón que tenían estampado por detrás el retrato de Don Carlos.

***

No seguiré á Ignacio en los primeros días de su ingreso en las filas del ejército.

Lo que él sufrió al llegar á Castilla no es para contado: en Miranda distribuyeron los quintos provinciales, y á él le tocó ir á Burgos en un vagón de tercera, lleno de aragoneses, andaluces y gallegos.

¡Pobre muchacho! Al llegar á Nanclares, y al ver que el pueblo, á pesar de ser castellano, tenía campanario, y que por ende debía tener iglesia, su asombro no tenía límites.

Pero lo que verdaderamente le sobrecogió fué oir hablar de la Virgen del Pilar á un aragonés, de la Pelegrina á un gallego, y ver un escapulario de la Virgen del Carmelo en el pecho de un gaditano.

—¡Qué hipócrita es el demonio! — pensó para sus adentros, — ¡y cómo quieren parecer cristianos estos herejotes!

Y así, ensimismado, llegó á Burgos, donde le esperaba la mayor sorpresa.

Fué en domingo, y, apenas recibió el equipo, los llevaron á misa.



Port dugué (Cadaqués).

Cuadros de A. Ros y Güell.

A misa á la Catedral. Aquello le espantó. No cabía duda: los *guiris* eran cristianos. Pero entonces, ¿cómo podía ser que el padre Arsurriaga, tan amigo de Dios y de Don Carlos, dijese lo contrario?

Tenía que haber algo. La evidencia no podía ser tal evidencia.

Entonces principió en su alma una lucha horrible. Diez y nueve años de creer con fe verdaderamente ciega que toda Castilla está poblada de demonios y demonias; que no siendo vascongado y carlista no hay forma de salvarse, y ver que los soldados van á misa, y las demonias tienen cierta gracia, es para trastornar cualquier cerebro.

Insensiblemente, se fué adaptando al medio en que vivía. Fué amigo de un gallego, y reconoció que el jamón es superior á las berzas; un manchego le demostró de una manera evidente que el Valdepeñas es mejor que la sagardua; la práctica le convenció de las ventajas del candeal sobre la borona, y cuando en un cambio de guarnición vino á Madrid, y en otro fué á Granada, hubo momentos (por cierto una noche en el cuerpo de guardia de la plaza de la Armería, en Palacio) en que dijo para sus adentros: —Padre Arsurriaga, lo que pesca no sabe.

Verdad que aquella noche fué grandioso el espectáculo que se presentó á sus ojos.

Hacía quince días que llovía, y el Manzanares, que es un río, aunque no lo parece, había determinado hacer una de las suyas. La crecida aumentaba por momentos, los cuernos de las lavanderas tocaban á alarma y una autoridad, no se sabe cuál, pidió veinte hombres á la guardia de Palacio. Ignacio fué uno de ellos; llegaron á la orilla del río, cerca de los Jerónimos; trabajaron como leones para salvar la vida á toda una familia, y cuando, ya con el agua al cuello, se retiraban y llegaban á pisar

A. ROS Y GÜELL



Lo Gorch (Al anochecer). — *Mención honorífica en la última Exposición de Bellas Artes* (Madrid). *Salón Parés.*

la tierra firme, una de las mujeres salvadas milagrosamente, grita acongojada: —¡Virgen de la Paloma! Mi pobre nieta queda en la casilla junto al banco.

El sargento García oye este grito, y se arroja nuevamente al agua con inminente riesgo de su vida.

A los pocos minutos, sin ros en la cabeza, chorreando agua, y, como si no fuese bastante la que le escurría por el uniforme, llorando como un chico, apareció el sargento García con la niña entre los brazos.

Todos le estrechan, hasta el capitán, hasta Ignacio, que decía para sus adentros:

—Sargento García estar malagueño, llamar á mí carlista, dice que Don Carlos es necio, y yo tonto, y arriesgó vida por salvar motilla.

Ignacio fué á Barcelona; recorrió Cataluña y Valencia; vió que la Virgen de Montserrat y San Vicente Ferrer inspiran gran fe á catalanes y valencianos; fué un año asistente del coronel Mejía, y cuando después de licenciado volvió á Mecolalde, y nuevamente trabajó en el campo, y volvió á gastar boina, con el placer que todo hijo de una comarca honrada vuelve siempre á ella, solía siempre decir, aunque en vascuence y después de beber chacolí:

—El coronel Mejía tiene razón: aislados por los montes y por el vascuence, creéis que no hay más mundo que Guipúzcoa; las quintas os harán conocer lo contrario. No sólo nosotros somos los cristianos.

Todavía bailaba zortzico; pero un día, cerca de la fuente, le pegó una sobrina de Chaschote, porque le dijo: —¡Olé barbiana!, —requiebro que á la muchacha le pareció infernal.

A pesar de todo, yo he conocido á Ignacio, sobrino de Chaschote, y su mujer. ¡Pásmense ustedes! Cumple perfectamente sus deberes; pero no confiesa, como antes, todas las semanas.

Juan VALERO DE TORNOS

JUAN BAIXAS



PAISAJE

Salón Parés.



Procesión conmemorativa, en Barcelona, del quincuagésimo aniversario de la Definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

Fot. de Merletti.

¡NOCHEBUENA!

Dos palabras en una que encierran un mundo de ilusiones, un mundo de recuerdos!

Ellas llenan el corazón de esperanzas, de dichas, de alegrías, que parece no han de desvanecerse jamás, en esos primeros años de la niñez, de la juventud, en que antes de dejar el hogar paterno, buscando la felicidad soñada al unirse al sér amado de nuestra tierna y confiada alma, el cariño de una amorosa madre nos hacía pensar que la vida no podía sernos nunca triste, que en ella no sería posible la contrariedad; esa época de la vida en que las juveniles alegrías no nos dejan tiempo de pensar en nada que pueda sernos desagradable; y cuando se oyen relatar las desgracias de otros, se desechan y, con un convencimiento lleno de candor, decimos: no, á mí no me puede pasar nada de eso, yo seré feliz.

Mas ¡ay! que estos años se deslizan insensiblemente, y llegan las amarguras, y de una vez desaparece todo aquello en que se había confiado al verse una rodeada de cariñosos padres, infinitos parientes, no menos amigos íntimos, elevada posición social, hermosura celebrada en regias estancias; majestuosa figura celebrada de propios y extraños; y gracias ponderadas en poéticos cantos, que la pluma de grandes talentos lanzara en aquel ambiente de adoración que en torno de la dichosa niña bullía para no ofrecerla ver más que dichas presentes y futuras. Aquellas nochebuenas, de sin igual alegría, y en las que se esperaba que el reloj diera las doce, para que después de la misa del gallo empezara el baile, con todos sus goces, y después la cena, con el espumoso champagne, ya no volverá jamás. La niña, la joven más tarde, ha desaparecido, dejando paso á la mujer que, llena de amarguras, de desengaños y cansada su planta de pisar abrojos, sólo puede vivir de recuerdos. La nochebuena que de tantas dichas llenó su existencia, hoy es la noche de las lágrimas, la noche de las penas, la noche en que su alma está afligida, llena de congojas, en medio de la soledad más espantosa; ya en torno suyo no resuenan los elogios, todo ha desaparecido; familia, amigos, dichas, alegres ilusiones, y lo único que le queda en el mundo, pasa la nochebuena muy lejos de ella. ¿Quién la consuela? ¿quién la sostiene en medio de sus tribulaciones? La flor de los recuerdos, llevándole en cada pétalo un dardo que, al traspasar su corazón, la adormece, haciéndola abrigar una ilusión, un deseo, una esperanza, ¡un más allá!



Condesa de Blanca Luna



Srta. MERCEDES VILA
Autora de la pieza de música que acompaña á este número.



Procesión conmemorativa, en Barcelona, del quincuagésimo aniversario de la Definición dogmática de la Inmaculada Concepción. *Fot. de Merletti.*

MUSICOTERAPIA

En Rusia un sabio doctor,
para bien de los mortales,
hoy cura á más y mejor
con remedios musicales.
Juzgando fieras arteras
los males, su plan explica,
pues sabido es que á las fieras
la música domestica.
Y harto de la *hidroterapia*
y demás *apias* en uso,
por la *musicoterapia*
lanzas rompe el doctor ruso.
Al que una vida de perros
le da una anemia fatal,
le recomienda los *hierros*
ó el *triángulo*, que es igual.

A quien le da horribles ratos
el comer á dos carrillos,
le hace que huya de los platos
y que acuda á los *platillos*.
Si porque es de rompe y raja
una mujer da que hablar,
al momento la entra en caja
con la *caja militar*.
Al loco, cuya obsesión
hace que la calma pierda,
logra ponerle en razón
con instrumentos de *cuerda*.
Y á la vez, al que tortura
el asma á cada momento,
la curación le asegura
con instrumentos de viento.

Pues bien; entre las mejores
curas del sabio doctor,
la que asombra á los doctores,
por ser la más superior,
es la que de hacer acaba
con Serapia, mi vecina,
que de obesa reventaba
y la ha dejado en la espina.
Más que mujer era un fardo
que echaba á piche un patache,
y dejaba su andar tardo
en cada pisada un bache.
Y hoy de su ciencia el poder
logró curación completa:
no parece una mujer,
parece una bicicleta.

Me dejó, al verla, confuso
tal cambio en su humanidad,
y al saber que el doctor ruso
le curó la obesidad,
—¿Cómo fué—le pregunté—
su cura, Serapia amiga?
Y ella: — Va á saberlo usté,
ya que el saberlo le intriga:
De curioso no le acuso
y ante su ruego me combo;
¿que cómo me curó el ruso?
pues fué ¡tocándome el *bombo!*
Ante éxito tan colmado
me separé de Serapia,
creyendo á puño cerrado
en la *musicoterapia*.

Carlos CANO

JOSÉ VALLONESTA

En el último concierto de la Asociación Musical, que tan hábilmente dirige el reputado maestro señor Armengol, tuvimos el gusto de oir al notable pianista señor Vallonesta, cuya retrato acompañamos, que con toda corrección y pulcritud desempeñó las piezas que tenía á su cargo.

Empezó su tarea con el «Rondó capriccioso», de Mendelsshon, que ejecutó con suma limpieza y delicado sentimiento.

Teniendo ya al inmenso público que llenaba la sala, de su parte, siguió con la «Berçeuse», de Chopin, y el «Valse en *la* bemol» del mismo autor; siendo estruendosamente aplaudido y viéndose en la necesidad de ejecutar, fuera de programa, el «Valse en *do* sostenido», del mismo Chopin, su autor predilecto.

Pero donde se vió más y resaltó de una manera grande la mecánica que posee y el conocimiento de los recursos pianísticos, fué sin duda en la «Gran tarantela», de Gottschalk, que ejecutó magistralmente, acompañado de la orquesta.



Fot. de Napoleón.

El público aplaudió frenéticamente, teniendo el señor Vallonesta que repetir aquel número para complacer al auditorio.

Sabíamos ya lo que puede dicho pianista, en cuanto á interpretación, pues tuvimos ocasión de juzgarle imparcialmente la temporada pasada, en el brillante «Concierto en *sol* menor»; de Mendelsshon, acompañado por la misma orquesta, que le valió también una ovación franca y espontánea.

Tanto en aquella ocasión como ahora, la prensa local ha elogiado calurosamente al joven concertista, á pesar de ser ya el piano un instrumento donde es muy difícil llamar la atención pública, por lo mucho que se ha generalizado y el número extraordinario de verdaderas notabilidades que á cada paso se revelan.

Entre éstas figura el señor Vallonesta, que reune á su condición de pianista notable, la de profesor acreditadísimo, mereciendo por ambos conceptos nuestros cordiales aplausos.

* * *



PAISAJE *Salón Parés.*

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTÍCULOS LITERARIOS, CIENTÍFICOS, BIBLIOGRÁFICOS Y FESTIVOS; POESÍAS, CUENTOS, NOVELAS, ETC., ETC.

Reproducciones, en color ó en negro, de Cuadros al Oleo, Acuarelas, Esculturas, Objetos artísticos, Dibujos al pincel, al carbón y á la pluma, Caricaturas, etc., etc.

RETRATOS

Vistas

Música

Argila Niqui, Mercedes de «Minué», para piano.

Bayona, Buenaventura «Siempreviva». — Trío para violín, armónium y piano.

Bova, Juan «Toulouse en fête». — Romanza para piano.

Coma, Abelardo «Las golondrinas». — Canción con acompañamiento de piano, letra de A. Fernández Grilo y A. Coma Travaglia.

Ferré Domenech, José «Ceretana». — Danza para piano.

García Robles, José «Baladeta». — Canción catalana, con acompañamiento de piano, letra de Ignacio Soler Escofet.

Goberna, Roberto «VII palabra del Redentor en la cruz». — Recitativo para tenor, con acompañamiento de violoncello ú armónium.

— «Marcha brillante» para piano.

— «Panchita». — 5.ª mazurca de salón, para piano.

Huguet Tagell, Rogelio «Cake walk», para piano.

Kolb Ayala, Angelina «Romanza», para piano.

Lambert, Juan Bta. «Gavota clásica», para piano.

Maestro Gil, Felix «Marcha árabe», para piano.

Marcellán, José G. «Las hilanderas». — Valz para piano.

Molgosa, Conrado «¡Huérfana!». — Canción catalana, con acompañamiento de piano, letra de Emilio Planas

Otto, Araminda «Ilusión». — Valz Boston, para piano.

Pibernat, C «Argentino». — Schotisch (patiné, para piano.

Puig, N «Angélica», para piano.

Ruiz Salom, Julia «Primavera». — Boston para piano.

Salvador, José «Danzas españolas», para piano.

Vidal, María Ninfa «¿Me amas todavía?». — Valz zingaro, para piano.

Vila, Mercedes «La flor sola». — Canción catalana, con acompañamiento de piano, letra de Apeles Mestres.




GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00627 0025

